



Una virgen
de más

La XI novela
de Marco Didio Falco

Lindsey Davis

Lectulandia

Recién nombrado procurador de las aves sagradas y ascendido de categoría social, Marco Didio Falco recibe una enigmática visita: una jovencita repelente y malcriada desea contratar sus servicios como investigador, pues teme que un miembro de su familia la asesine. Falco no parece muy interesado en el caso, pero el hallazgo de un cadáver cambia por completo las cosas. Sus pesquisas le llevarán a desenterrar los secretos mejor guardados de una rica, promiscua y poderosa familia, y a conocer de cerca el siempre misterioso mundo de las vírgenes vestales y los hermanos aruales. Esta novela es, en cierto modo, una sarcástica mirada sobre el mundo de las jóvenes obsesionadas con su belleza.

Lectulandia

Lindsey Davis

Una virgen de más

La XI novela de Marco Didio Falco

ePUB v1.0

tagus 01.06.12

más libros en lectulandia.com

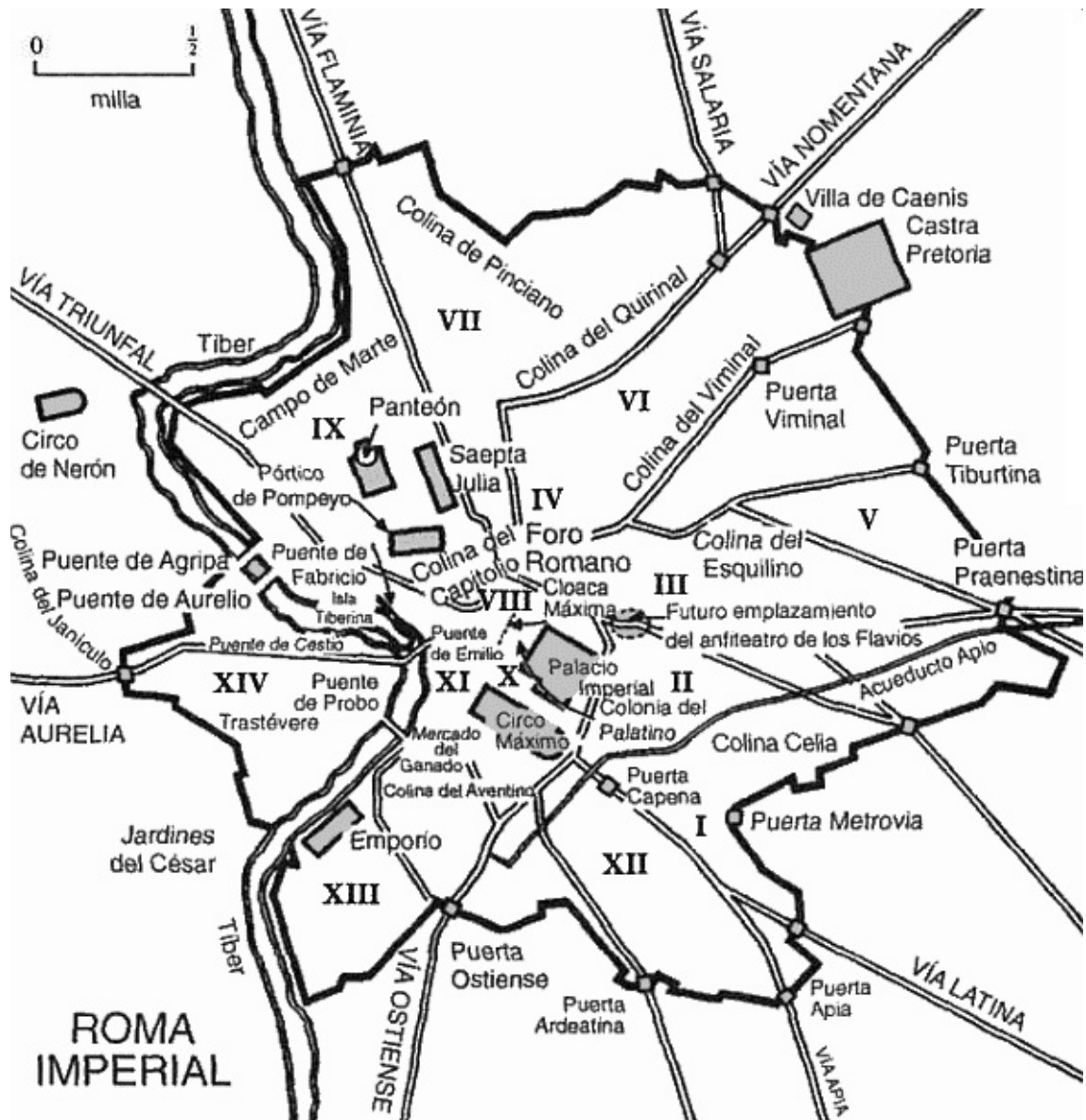
Título original: *One Virgin Too Many*
Lindsey Davis, 1998.
Traducción: Hernán Sabaté
Diseño/retoque portada: Iborra/Redna Azaug

Editor original: tagus v1.0
ePub base v2.0

DRAMATIS PERSONAE

M. Didio Falco	el hombre al que todos quieren echar las culpas.
Helena Justina	una chica con un secreto, que espera un mejor cuarto de baño.
Julia Junila	una deliciosa joyita.
Nux	una perra, no tan deliciosa.
Los Gansos	
Sagrados de Juno y las Gallinas	especies protegidas.
Sagradas de los augures	
madre	una comentarista muy práctica.
padre (Gémino)	un hombre con malas intenciones, como de costumbre.
Maya Favonia	hermana de Falco; inconvenientemente enviudada.
Cloelia (hija de Maya)	que espera convertirse en virgen.
Mario (hijo de Maya)	que quiere seguir yendo a escuela (un milagro).
Tío Fabio (el tonto)	un criador de pollos, a salvo en el campo.
Petronio Longo	primer socio de Falco; el que se retiró de la sociedad.
Rubela	torpe tribuno de la cuarta cohorte de vigiles.
Vespasiano	emperador de Roma; lo más alto que uno puede alcanzar.
Tito César	un príncipe romántico.
Berenice	una reina de corazones.
Rutilio Gálico	poeta y ex cónsul, en ascenso (a cambio de la caída de Falco).
Anácrites	segundo socio de Falco; el que fue empujado a serlo.
Laelio Numentino	eminente sacerdote principal (un viejo torcido y resabiado).
Laelio Escauro	sacerdote por derecho (inactivo).
Cecilia Paeta	una madre devota (que pretende entregar a su querida hijita).
Gaya Laelia	la siguiente vestal; ¿un sacrificio voluntario?
Estatilia Laelia	una tía dedicada (lo cual no tiene nada de malo).
Ariminio Módulo	un marido devoto (que pretende divorciarse, por supuesto).
Terencia Paula	una virgen casada; otra viuda (¿conveniente?).
Meldina	una bonita parte del escenario (peligrosa).
Atiné	una niñera reacia (¿segura con los niños?).
Ventidio Silano	un miembro de la hermandad arval, demasiado muerto como para colaborar.

El maestro de la hermandad arval	un gourmet, demasiado retorcido como para hacer comentarios.
Camilo Vero	padre de Helena, siempre intenta dar el máximo.
Julia Justa	madre de Helena, siempre teme lo peor.
A. Camilo Eliano	un experto provisional en la escena del crimen.
Q. Camilo Justino	el nuevo socio de Falco (permanentemente fuera de escena).
El camilo	(sin relación con los anteriores) un acólito de los arvaes; un joven salpicado de granos.
Constanza	una virgen; una chica excitante.
Glauco y Cota	contratistas distinguidos (y absolutamente terribles).



Jurisdicciones de las Cohortes de los Vigiles en Roma:

Primera Cohorte: Sectores VII y VIII (Vía Lata, Foro Romano)

Segunda Cohorte: Sectores III y V (Isis y Serapis, Esquilino)

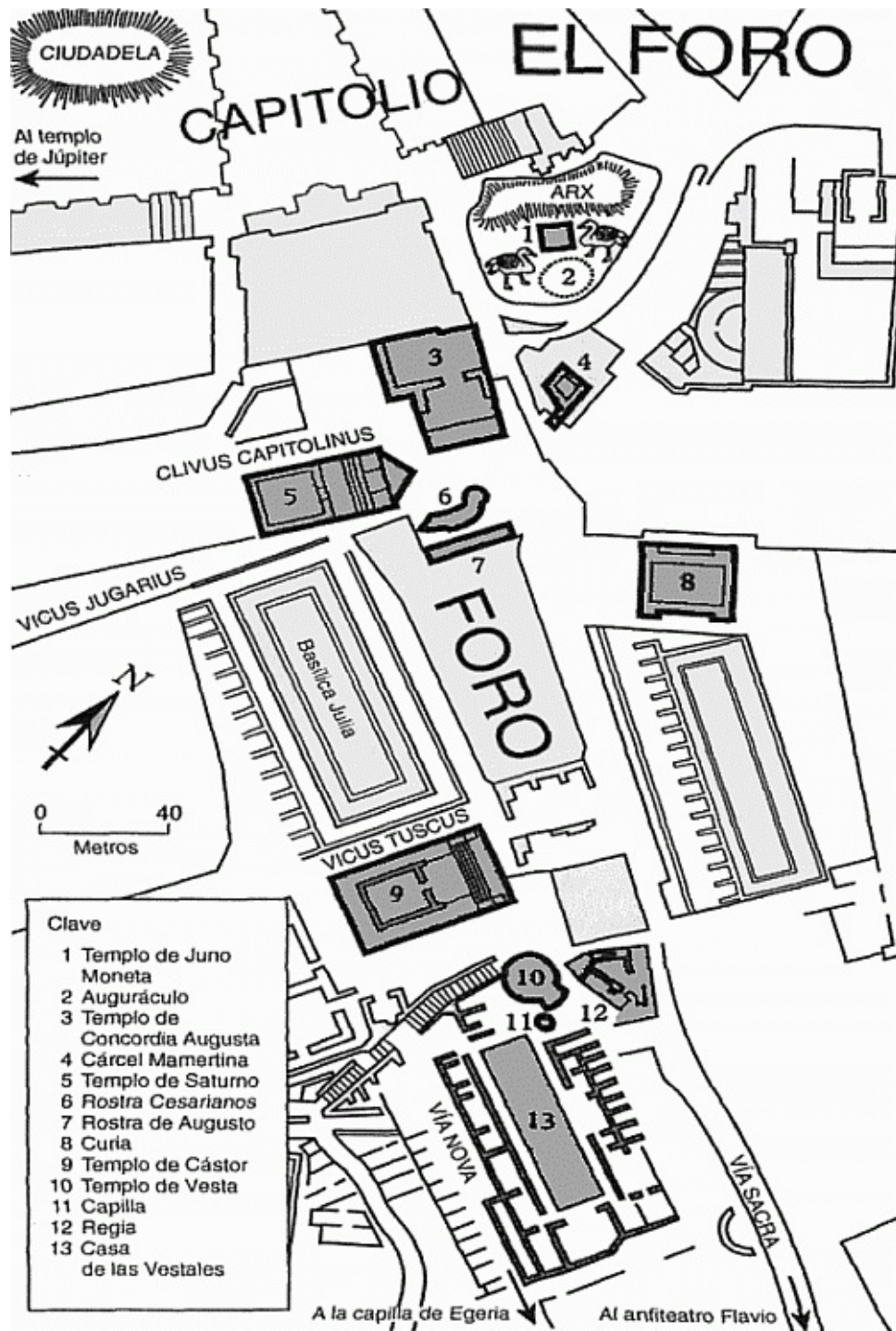
Tercera Cohorte: Sectores IV y VI (templo de la Paz, Alta Semita)

Cuarta Cohorte: Sectores XII y XIII (Piscina Pública, Aventino)

Quinta Cohorte: Sectores I y II (Puerta Capena, Celio)

Sexta Cohorte: Sectores X y XI (Palatino, Circo Máximo)

Séptima Cohorte: Sectores IX y XIV (Circo Flaminio, Trastévere)



ROMA: 27 de mayo - 7 de junio. Año 74

I

Acababa de llegar a casa después de comunicarle a mi querida hermana la muerte de su esposo devorado por un león. En tales circunstancias, no estaba yo de humor para recibir a nuevos clientes.

Quizás otros informantes habrían acogido con satisfacción la oportunidad, cualquiera que fuese, de aumentar su agenda de encargos. Yo buscaba silencio, soledad y olvido, pero tenía pocas esperanzas de conseguirlo, ya que habitábamos en el Aventino, y era la hora más bulliciosa de una cálida tarde de mayo en la que Roma entera se entregaba al comercio y a las conspiraciones. Pues bien, ya que no podía esperar un poco de tranquilidad, por lo menos merecía un buen trago. Pero una niña me esperaba a la puerta de casa, en plena plaza de la Fuente y, tan pronto como la vi desde el balcón, supe que el refrigerio tendría que esperar.

Mi amada Helena siempre sospechaba de cualquier cosa demasiado bonita que se presentara vestida con una túnica cortísima. ¿Sería cosa suya que la presunta cliente aguardase fuera, o la espabilada chiquilla había echado un vistazo a nuestra vivienda y había renunciado a aventurarse a entrar en su interior? Probablemente ella tenía algo que ver con la lujosa silla de manos o litera con un grabado de la Medusa en la portezuela brillantemente laqueada que aguardaba aparcada bajo el balcón. Nuestro humilde hogar le resultaría sumamente indeseable a nuestra visitante. Incluso yo lo aborrecía.

En lo que pretendía ser un pórtico, había encontrado el taburete que yo utilizaba para ver lo que sucedía en la calle. Cuando aparecí en lo alto de los desgastados peldaños de la calleja, lo primero que encontré fue un par de pies blancos, menudos y bien cuidados, que golpeaban desconsoladamente la barandilla con sus sandalias de tiras doradas. Con la imagen aún viva en mi recuerdo de los cuatro hijos de Maya, llorosos y asustados, no me encontraba yo con ganas de conocer a nadie. Demasiados problemas tenía ya.

Aun así, percibí que aquella personita sentada en el taburete poseía cualidades que, en otro momento, habría valorado positivamente en un cliente. Era una chica. De aspecto atractivo, confiado, muy aseada y bien vestida. Parecía una de esas personas que pagan minutas sustanciosas. En los rollizos antebrazos llevaba una profusión de pulseras y abalorios. Unas cuentas de cristal verde servían de brillantes separadores en la trencilla cuatricolor del cuello de su túnica, finamente tejida. Aplicadas doncellas debían de haber ayudado a peinar el círculo de rizos castaños que enmarcaban su rostro y a colocar la redecilla de oro que los mantenía graciosamente en su sitio. Si mostraba buena parte de las piernas bajo la túnica, se debía sin más a que ésta era muy corta y, en un momento en que la suave estola esmeralda se le deslizó de los hombros, volvió a colocarla en su sitio con gentil desenvoltura, como

dando por sentado que a mí podía manejarme con idéntica facilidad.

Había un problema. Mi cliente ideal, si Helena Justina aún me permitía ayudarla profesionalmente, sería una viuda alegre de entre diecisiete y veinte años. En cambio, la pequeña gema que tenía ante mis ojos entraba en una categoría mucho menos peligrosa. La chiquilla apenas tenía cinco o seis años.

Me apoyé en el poste que sostenía el pasamanos del balcón, un madero carcomido que el propietario debería haber reemplazado hacía años. Cuando hablé, incluso a mí me resultó cansada mi propia voz.

—Hola, princesa, ¿no encuentras al portero para que te muestre la entrada? —La niña me miró de pies a cabeza, pues se daba cuenta de que aquel sombrío edificio de apartamentos no poseía esclavos que recibieran a los visitantes—. Cuando tu tutor empiece a enseñarte retórica, descubrirás que mi pregunta era un pobre intento de ironía. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me han dicho que aquí vive un informante. —Su acento revelaba que pertenecía a la clase alta. Yo lo deduje enseguida, pero procuré que esto no me hiciera crearme mis juicios. Por lo menos, no demasiados—. Si eres Falco, quiero hacerte una consulta.

Lo dijo con voz clara y sorprendentemente firme. Con el mentón erguido y aire confiado, la posible cliente tenía el porte radiante de una artista del trapecio. Sabía lo que quería y esperaba que la escuchasen.

—Lo siento, no acepto encargos.

Angustiado todavía por la visita a Maya, me mostré más severo y arisco de lo que hubiera debido.

La cliente intentó ganarse mi amistad. Con la cabeza gacha, se miró los dedos de los pies con aire conmovedor. Estaba acostumbrada a conseguir sus propósitos a fuerza de halagos y mohines. Sus grandes ojos pardos suplicaban favores, confiados en que recibirían lo que pedían. Me limité a dedicarle la mirada severa de un hombre que vuelve de comunicar una noticia trágica a una gente que acaba de decidir responsabilizarlo de la tragedia.

Helena hizo acto de presencia. Dirigió una mirada ceñuda a la pequeña de las ajorcas y me dirigió una sonrisa maliciosa desde detrás de la media puerta de listones que Petronio y yo habíamos construido para evitar que mi hija de un año se saliera de casa gateando. Julia, mi atlética heredera, apretaba su rostro contra los tablones y miraba entre las juntas, desesperadamente interesada en lo que estaba sucediendo aunque averiguarlo le costara unos arañazos en las mejillas, la nariz chafada y los labios aplastados. La pequeña me recibió con un barboteo sin palabras. *Nux*, mi perra, saltó sobre la media puerta, enseñando a Julia el modo de escapar. La clienta fue derribada de su taburete por la masa alocada de pelambre pestilente y se acurrucó en un rincón mientras *Nux* llevaba a cabo sus exageradas zalamerías de costumbre para

celebrar mi regreso a casa y la expectativa de que alguien le diera de comer.

—Te presento a Gaya Laelia. —Y Helena señaló a la probable clienta como una hechicera miserable que sacara de una caja deslustrada un conejo vivito y coleando. No sabía si el tono de desaprobación de su voz tenía que ver conmigo o con la niña —. Tiene ciertos problemas con su familia.

Solté una carcajada amarga.

—¡Pues no busques consuelo en mí! Yo también tengo problemas con la mía. Escucha, Gaya, mi familia me considera un asesino, un manirroto y un capullo que no merece confianza alguna... Y ahora, encima, cuando consigo llegar a casa tengo que bañar a la niña, preparar la cena y coger dos pajarillos que dejan sus cagadas por todas partes, que se cuelan bajo los pies de la gente y se dedican a picotear a mi perra.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando un ansarón amarillo brillante, de patas palmeadas, se escabulló por entre las rendijas de la media puerta. Conseguí atraparlo en el mismo momento en que me preguntaba dónde estaría el otro; a continuación, agarré a *Nux* por el collar antes de que se le ocurriese saltar sobre el ave y empujé a la perra escaleras abajo. *Nux* se agarró a mis corvas con la esperanza de echar el diente al pobre pollo de ganso.

Las ajorcas emitieron un irritante tintineo como el de un cencerro y al mismo tiempo que Gaya Laelia pataleaba enérgicamente con su pie menudo, calzado de oro. Con el gesto perdió parte de su anterior aire de madurez.

—¡Eres odioso! ¡Ojala se mueran todos tus gansos!

—Estos ansarinos son aún muy jóvenes —le precisé con frialdad—. Cuando crezcan..., si lo consigo... Los crío desde que salieron del cascarón y si llegan a animales adultos sin que *Nux* ni Julia los maten de un susto, serán guardianes de Roma en el Capitolio. No insultes a un ser con un destino sagrado de por vida.

—¡Bah, eso no es nada! —se mofó la irritada damisela—. Mucha gente tiene un destino que... —dejó la frase a medias.

—¿Y bien? —pregunté con tono paciente.

—No estoy autorizada a continuar.

A veces, el secretismo le convence a uno para que acepte un encargo; pero en esta ocasión, el misterio no me interesó lo más mínimo. La tarde terrible que acababa de pasar en casa de mi hermana anuló cualquier curiosidad.

—¿Y cómo es que los has traído a casa? —insistió Gaya, señalando al ansarón con un gesto de cabeza.

A pesar de mi depresión, intenté mostrarme orgulloso:

—Soy el procurador del aviario, encargado de su cuidado por el Senado y el pueblo de Roma.

Era mi nuevo empleo. Apenas hacía un día que me habían nombrado y aún no me había hecho a la idea, pero ya sabía que, de haber estado en mi mano, no era ése el

cargo que yo habría escogido.

—¡Un lacayo emplumado! —exclamó Helena desde el interior, con una risilla picarona. La idea le resultaba hilarante.

—¡Me da la impresión de que ese título te lo has inventado tú! —replicó Gaya.

—No. Quien lo ha inventado ha sido el emperador, siempre tan ocurrente.

Vespasiano había querido colocarme en una situación que pareciese una recompensa y que a él sólo supusiera un pequeño sueldo. Había pensado en ello mientras yo estaba en el norte de África. Por orden suya regresé en barco directamente desde la Tripolitania, esperando con impaciencia posición e influencia. En lugar de ello, me viene con lo de los gansos. Vespasiano me había hecho objeto de una de sus bromas imperiales. Y, además, también me habían adjudicado los pollos sagrados de los augures. La vida es un asco.

Gaya, que sabía ser insistente, seguía intentando que le explicara por qué tenía en mi casa aquel ansarino amarillo.

—¿Cómo es que lo tienes aquí?

—Verás, Gaya Laelia, cuando recibí el nombramiento de mi honorable cargo, corrí a inspeccionar a mis pupilos. Es sabido que los gansos de Juno no incuban sus huevos en el Capitolio; normalmente, su descendencia la crían unas gallinas carcomidas en una granja. Dos ansarinos desconocedores del sistema habían eclosionado ya. Y a la llegada al templo de Juno Moneta vi al sacerdote de guardia dispuesto a retorcer aquel par de sagrados pescuezos.

—¿Por qué?

—Alguien se ha quejado. La visión de unos ansarinos campando a sus anchas ha molestado a algún anciano flamen dialis retirado.

Flamen dialis era el sacerdote de Júpiter, el principal servidor del padre de los dioses, el jefe supremo de la gran Tríada Olímpica. Aquel hombre amenazador que detestaba los ansarinos debía de ser un tradicionalista amargado y de la peor calaña.

Tal vez había resbalado en las deyecciones que los ansarones depositaban con frecuencia y en abundancia. Imaginaos los problemas que ahora teníamos en casa.

Gaya pestañeó.

—¡No se debe importunar a un flamen! —comentó con voz bastante enérgica.

—¡Trataré a éste como se merece! —fue mi respuesta. No había llegado a encontrarlo cara a cara; sólo había oído sus protestas de boca de un acólito en apuros. Me proponía evitarlo. De lo contrario, terminaría diciéndole a algún cabronazo poderoso dónde podía meterse su vara de mando. Como procurador del Estado, yo no tenía poder para actuar de aquella manera.

—Es un hombre muy importante —insistió la chiquilla. Parecía nerviosa por alguna causa. Era evidente que a este sacerdote le daba mucha importancia. Detesto a los miembros de las clases sacerdotales antiguas, con sus pretensiones y sus ridículos

tabúes. Sobre todo, aborrezco la influencia clandestina que tienen en Roma.

—¡Hablas de él como si lo conocieras, Gaya! —dije con tono irónico.

Y, al instante, la pequeña consiguió paralizarme:

—Sí, se llama Lelio Numentino; es mi abuelo.

El corazón me dio un vuelco. Aquello era grave. Tener una disputa con un obstinado jerarca de un culto oficial por un par de pollitos de ganso fuera de sitio ya era un estreno suficientemente malo en mi nuevo cargo; no era preciso que, además, descubriera que su adorada nieta acudía a mí para contratarme. Vi que Helena alzaba las cejas y fruncía el entrecejo con aire alarmado. Era momento de acabar con aquello.

—Bien. ¿Cómo es que has venido a parar aquí, Gaya? ¿Quién te ha hablado de mí?

—Ayer conocí a uno que me dijo que ayudas a la gente.

—¡Por el Olimpo! ¿Quién ha hecho tan absurda afirmación?

—No importa.

—¿Quién sabe que estás aquí? —preguntó Helena con voz preocupada.

—Nadie.

—No salgas nunca de casa sin decirle a alguien dónde vas —reprendí a la pequeña—. ¿Dónde vives? ¿Queda lejos?

—No.

Del interior de la casa llegó de pronto el llanto estridente de Julia. Se había alejado a gatas hasta desaparecer, pero en aquel instante estaba metida en algún apuro urgente. Helena titubeó y enseguida fue en su busca por si la crisis tenía que ver con el agua caliente o con algún objeto punzante.

Una chiquilla de seis años no podía necesitar nada de un informador. Yo me dedicaba a divorcios y a infidelidades financieras, a robos, a escándalos políticos, a herederos que no aparecen, a amantes desaparecidos o a muertes inexplicables.

—Mira, yo trabajo para adultos, Gaya. Deberías volver a casa antes de que tu madre te eche en falta. ¿Ese vehículo de la calle es tu transporte?

La chiquilla se mostró menos segura de sí misma y más dispuesta a descender hacia la refinada silla de manos que, un momento antes, yo había visto frente a mi propia casa. Automáticamente, me imaginé que era una niña rica y consentida que había tomado prestado el hermoso palanquín de su madre y a los portadores. ¿Sucedió aquello con frecuencia? ¿Sabía la madre que Gaya se había llevado la silla de manos aquella tarde? ¿Dónde estaba la madre? ¿Dónde estaba la criada que Gaya debía llevar pegada a sus talones incluso en el interior de la casa familiar, tanto más si la niña salía de sus muros? ¿Dónde estaba el progenitor de Gaya, inquieto sin duda?, pensó el padre que yo llevaba dentro sin grandes esperanzas de conseguir una respuesta seria.

—Nadie me hace caso —comentó. En la mayoría de los niños de su edad, la frase habría constituido una muestra de irritación; en boca de aquella chiquilla, sólo transmitía resignación. Era demasiado pequeña como para estar segura de que no contaba.

Me contuve:

—Está bien. ¿Quieres contarme brevemente a qué has venido?

La niña había perdido su fe en mí, si es que en algún momento la había tenido.

—No —murmuró.

Me hallaba varios peldaños por debajo de ella, de forma que mis ojos quedaban a la altura de los suyos. Su corta edad habría significado una novedad si hubiera estado dispuesto a aceptar su encargo, pero aquellos en que corría riesgos sin objeto habían quedado atrás. Por ridículo que pareciese el cargo que había recibido de Vespasiano, mi posición social había mejorado ostensiblemente con él. No podía permitirme el lujo de tomar decisiones extravagantes.

Conseguí recurrir a la paciencia que se supone que uno ha de tener con los niños.

—Todos tenemos peleas con nuestros parientes, Gaya. A veces son importantes, pero casi siempre quedan en nada. Cuando te tranquilizas y el que te ha ofendido ha tenido tiempo de hacer lo mismo, basta con una simple disculpa.

—¡No he hecho nada de lo que deba disculparme!

—Yo tampoco, Gaya, pero créeme: con la familia, lo mejor es ceder.

La chiquilla me dio de lado con la cabeza erguida. Estorbado por *Nux* y el ansarino, no pude hacer otra cosa que apartarme. Pero me incliné sobre el pasamanos cuando Gaya llegaba al nivel de la calle y, alzando la voz para que me oyesen los porteadores (que deberían haber tenido el juicio necesario para no llevarla hasta allí), le ordené con tono paternal que regresara directamente a casa.

Helena Justina salió a buscarme mientras yo seguía con la vista el palanquín que se alejaba. Me miró con sus bellos ojos pardos, unos ojos rebosantes de callada inteligencia y un aire burlón apenas disimulado. Me enderecé y acaricié al ansarón. Éste emitió un graznido sonoro y suplicante al cual respondió Helena con una expresión de desprecio. Yo tampoco estaba seguro de producirle a mi amada mejor impresión.

—¿Has dejado que se vaya, Marco?

—Ha decidido hacerlo por propia iniciativa. —Era evidente que Helena sabía algo. Tenía una mueca de preocupación en el rostro. Inmediatamente, lamenté mi brusca contestación—. Y bien, ¿cuál era ese encargo magnífico que quería proponerme Gaya y que he rechazado de forma tan tajante?

—¿No te lo ha contado? Cree que su familia quiere matarla —respondió Helena.

—¡Ah!, entonces no sucede nada. Me preocupaba que se tratara de alguno urgente de verdad.

Helena arqueó las cejas:

—No la crees, ¿verdad?

—¿A la nieta de un sacerdote de Júpiter? Lo que dice sería un escándalo de altos vuelos y no habría confusión —respondí con un suspiro. La silla de manos ya había desaparecido y no podía hacer nada al respecto—. Ya se acostumbrará. Mi familia tiene esas mismas intenciones conmigo, casi siempre.

II

Volvamos al día anterior y pongamos orden en la narración.

Helena y yo acabábamos de regresar de la Tripolitania en una apresurada travesía marítima, emprendida a toda prisa tras la muerte atroz de Famia y su funeral. Mi primera obligación al final del viaje fue darle a mi hermana la mala noticia. Maya debía de esperar lo peor de su esposo, pero que fuera devorado por un león en el circo era más de lo que incluso ella podía prever.

Tenía que darme prisa porque quería decírselo a Maya yo mismo, con calma. Como había regresado con nosotros mi socio Anácrites, que a la sazón se alojaba en casa de mi madre, era para creer que ésta descubriera lo sucedido enseguida. Mi hermana no me perdonaría nunca que alguien se enterase antes que ella. Anácrites había hecho la promesa de mantenerse callado todo el tiempo que pudiera, pero mi madre tenía fama de saber sonsacar un secreto. Y, además, yo nunca me fiaba de Anácrites.

Con mis responsabilidades a cuestas, corrí a casa de mi hermana nada más atracar la nave en el puerto de Ostia. Maya había salido.

Lo único que pude hacer fue volverme a casa con la esperanza de encontrarla más tarde. Según supuse después, Anácrites se vio apartado de cualquier peligro de que se le fuera la lengua con mi madre, puesto que tanto él como yo recibimos sendos mensajes convocándonos a una reunión en el Palatino para estudiar los resultados del Censo. Más adelante descubriría por casualidad que Maya no se encontraba en su casa porque también ella asistía a un acto con una conocida suya, relacionada con la realeza (algo que no habría esperado nunca de mi hermana, mujer de profundas convicciones republicanas), aunque tal evento se producía en la Casa de Oro, al otro lado del Foro, en cambio nosotros íbamos en busca de los escasos placeres de la burocracia a las viejas oficinas imperiales del palacio de los Claudios.

La recepción a la que asistía Maya sería importante para todo lo que aconteció después. Me habría resultado muy útil recomendarle que prestara atención a lo que oyera. Sin embargo, uno rara vez conoce las cosas antes de que sucedan.

Por primera vez, me presentaba ante Vespasiano con la plena confianza de que éste no tendría nada de qué quejarse.

Había trabajado en el Censo la mayor parte del año. Fue el empleo más lucrativo que tuve nunca y supe aprovechar la oportunidad. Anácrites, antiguo jefe de los espías del emperador, se había convertido provisionalmente en mi socio. Tal acuerdo resultó extrañamente fructífero, sobre todo si se tiene en cuenta que una vez se urdió un atentado contra mí y yo siempre detesté su profesión en general y a él en particular. Habíamos formado un equipo excelente que exprimía a quienes hacían fraudulentas declaraciones de impuestos. Su mezquindad era un buen complemento a

mi escepticismo. Él apabullaba a los débiles; yo encandilaba a los duros. El Secretariado al que informábamos, que no se había dado cuenta del buen equipo que formaríamos, nos había prometido un porcentaje sustancial sobre las cantidades defraudadas que descubriéramos. Como sabíamos que el Censo tenía una duración limitada, habíamos trabajado con ahínco. Laeta, nuestro contacto, intentó echarse atrás sobre lo prometido, como de costumbre, pero esta vez poseíamos un rollo que confirmaba que Vespasiano estaba encantado con el trabajo que habíamos realizado para él, y que éramos ricos.

No sé cómo, pero Anácrates y yo habíamos conseguido llegar al término de nuestro cometido sin que uno atravesara al otro con la espada. Aun así, mi socio había hecho todo lo posible para llegar a un final borrascoso. En Tripolitania, el muy idiota casi consiguió que lo mataran en el circo. Si alguien en Roma se entera algún día de que ha combatido como auténtico gladiador, será condenado a la vergüenza social y a duras sanciones legales. Cuando se recuperó de sus heridas, tuvo que afrontar la vida con la certeza de que estaba en mis manos para el resto de sus días.

Anácrates llegó a la reunión antes que yo. Tan pronto como entré en la cámara de audiencias de altos techos, me molestó ver sus pálidas facciones. La palidez era natural en él, pero se apreciaban unos vendajes bajo las largas mangas de la túnica y yo, que estaba en el secreto, percibí cómo sostenía su cuerpo con gran cuidado. Todavía le dolía. Aquello me confortó el ánimo.

Mi socio sabía que yo proyectaba pasar el día visitando a Maya. Me pregunté si, de no haberme topado con el mensajero de palacio, mi querido Anácrates habría dejado sin avisarme de que teníamos aquella reunión.

Le dirigí una sonrisa. Él nunca sabía cómo tomárselo.

No hice el menor esfuerzo para cruzar la estancia y acercarme a él. Anácrates se había recostado en un triclinio junto a Claudio Laeta, el burócrata al que habíamos desbordado con las cantidades totales de nuestros porcentajes. Una vez terminado nuestro trabajo en el Censo, Anácrates quería dedicarse de nuevo a su antiguo oficio. Mientras duró la reunión no se movió del lado de Laeta, con quien intercambiaba continuamente breves ocurrencias y comentarios entre murmullos. En realidad, estaban enfrascados en una lucha por la misma posición jerárquica. Fuera de sus despachos, donde tramaban el uno contra el otro, se trataban con fingida cortesía como si fueran los mejores amigos. Pero si uno de ellos hubiera entrado alguna vez tras el otro en algún callejón a oscuras, uno de los dos hubiera aparecido muerto al día siguiente. Por fortuna, tal vez, los palacios suelen estar bien iluminados.

El lugar de la reunión se había dispuesto en una sala de audiencias en la que estaban instalados los tronos acolchados del emperador y de su hijo, Tito, que eran los dos censores oficiales; también había sillas con brazos torneados, lo cual significaba que esperábamos a más de un senador, y sillas duras para los miembros de

órdenes inferiores. Los escribientes de pie ocupaban un lugar junto a las paredes. La mayor parte de la numerosa concurrencia lucía una brillante calva y tenía mala vista. Hasta que entró Vespasiano con Tito, que tenía treinta y pocos años, Anácrites, Laeta y yo mismo destacábamos por nuestra juventud, incluso entre los secretarios situados en los laterales. Estábamos entre recios individuos del Tesoro de Saturno, aquella mezcla acartonada de sacerdotes y recaudadores que por fin habían terminado de contar los ingresos del Censo depositados en las cajas fuertes de hierro que se guardaban en el sótano del templo. Codeándose con ellos estaban los enviados, de posición senatorial, que habían viajado a las provincias para cobrar los impuestos de los leales miembros del Imperio de ultramar que con tanta gratitud aceptaban el dominio romano y con tanta reticencia aceptaban pagarlo.

Avanzado su reinado, Vespasiano llamaría abiertamente a esos enviados sus «esponjas», que desde lejos de Roma se empapaban de dinero para él, insinuando que al emperador no le importaba gran cosa de qué métodos se valieran. Sin duda, estos enviados imperiales vieron frenada su tendencia natural a las amenazas y a la brutalidad ante los abiertos deseos de Vespasiano de ser reconocido como un «buen» emperador.

Yo conocía a uno de esos enviados, Rutilio Gálico, a quien habían nombrado para mediar en una disputa de tierras situadas entre Lepcis Magna y Oea (Trípoli). Allí lo conocí. De algún modo, entre la primera conversación que sostuvimos y el momento de su partida, Gálico aumentó su categoría para pasar de simple agrimensor de terrenos áridos a agente especial del emperador para el Censo en Tripolitania. Lejos de mí sospechar que este noble colega manipulaba sus cuentas. Era evidente que, en su calidad de ex cónsul, estaba bien relacionado en palacio. En Lepcis habíamos disfrutado de la confianza de los círculos sociales privados de dos romanos atrapados lejos de casa entre extranjeros de poco fiar, pero en esta ocasión empecé a tomarlo con cautela. Era un hombre más influyente de lo que yo había creído. Y supuse que su ascenso aún no había alcanzado su cenit, ni mucho menos. Podía resultar simpático, pero yo no daba por él ni un dracma.

Lo saludé discretamente y Rutilio Gálico me devolvió el saludo con un movimiento de cabeza. Estaba sentado tranquilamente, aislado de los demás sin formar parte de ningún grupo. Yo sabía que el hombre había llegado a Roma como senador de primera generación desde Augusta Taurinorum, ciudad del despreciado norte de Italia, y noté que desprendía cierto tufillo a forastero, pero supuse que a él no le importaba.

Ser un recién llegado y que la clase patricia no te mirara con desprecio ya no era obstáculo desde que Vespasiano, el más rústico aspirante al trono (a quien nadie había tomado en serio siquiera), sorprendió al mundo y se coronó emperador. Entró éste en la cámara, y lo hizo con el aire de un observador curioso, pero se encaminó

directamente al trono. Llevaba la púrpura en torno a su cuerpo recio con visible complacencia y, sin el menor esfuerzo, dominó la estancia con su presencia. El viejo ocupó su sitio en el centro; era de constitución fuerte y su frente surcada de arrugas parecía recoger el esfuerzo de toda una vida. Pero era engañoso. Los satíricos podían bromear con su aspecto de hombre estreñado, pero tenía a Roma y a toda la clase dirigente donde quería y su áspera sonrisa delataba que era consciente de ello.

A su lado estaba Tito, tan robusto como su padre pero con la mitad de años y el doble de ánimo. El joven retrasó el momento de tomar asiento mientras dirigía afables saludos a quienes acababan de regresar a Roma procedentes de las provincias. Tito tenía fama de encantador y de tener un corazón tierno, lo cual era siempre señal de que se trataba de un cabronazo nefasto que podía resultar de lo más peligroso. Su actitud infundía vigor y talento a la nueva corte flavia, junto a la reina Berenice de Judea —una belleza exótica diez años mayor que él— que, tras haber fracasado en engatusar a Vespasiano, dirigió sus desaprovechados encantos hacia lo que más cerca tenía. Al cabo de unos días, de regreso en el Foro, ya sabía que la noticia más reciente: que Berenice había seguido hasta Roma a su bello juguete.

Se suponía que también Tito estaba exultante de alegría ante tan dudosa fortuna, pero yo estaba muy seguro de que Vespasiano se ocuparía del asunto. El padre había forjado sus aspiraciones al trono sobre la base de unos valores tradicionales de gran altura; una posible emperatriz con una historia de incestos y de intervenciones en política no sería jamás un buen retrato para exponer en la pared del dormitorio del siguiente joven César, ni aunque posara para el artista chupando un punzón con aires de virgen casera cuyos únicos pensamientos fueran los inventarios de cocina. Alguien debía decírselo; alguien debía darle el portazo a Berenice.

Tito, un tipo gracioso, mostró una sonrisa bonachona cuando advirtió mi presencia. Vespasiano observó la sonrisa de su hijo y frunció el entrecejo. Yo, realista, preferí hacer otro tanto.

Los detalles de la reunión que vinieron a continuación probablemente están sometidos a normas sobre los secretos oficiales. De todos modos, los resultados son claramente visibles. Al principio de su reinado, Vespasiano había anunciado que necesitaba cuatro millones de sestercios para poner Roma a sus pies. Poco después de concluir el Censo, empezó a edificar y a remodelar en todos los solares y levantó el asombroso anfiteatro Flavio al final del Foro como colofón a sus obras. Tampoco es novedad que consiguiera su enorme objetivo fiscal.

Incluso con un presidente que detestara malgastar el tiempo y con los funcionarios más expertos del mundo ocupados en cumplir con los compromisos de agenda, el presupuesto de un imperio es grande y extenso. Llevó más de cuatro horas repartir y cuadrar todas las sumas.

Vespasiano no hizo el menor gesto que delatara su satisfacción ante los nuevos

fondos, aunque Tito sí enarcó las cejas un par de veces en un educado gesto de reconocimiento. Incluso los hombres del Tesoro parecían relajados, algo inaudito. Por último, el emperador hizo un breve discurso, sorprendentemente bien hilvanado, en el que dio las gracias a todos por su eficacia y, a continuación, desapareció de la escena seguido por su hijo Tito.

La reunión había terminado y Anácrites y yo estábamos a punto de abandonar el lugar a buen paso, cuando un esclavo emperifollado nos condujo de improviso a una salita lateral. Allí estuvimos paseando de arriba abajo y sudando entre un grupo de nerviosos senadores hasta que nos llevaron a una sala privada para una entrevista con Vespasiano. El emperador hubiera estado mejor echándose una buena siesta como cualquier anciano respetable, pero, en vez de eso, seguía volcado en el trabajo. Por fin, comprendimos que estaba repartiendo recompensas por el trabajo realizado.

Acabamos en una sala del trono mucho más pequeña. Tito estaba ausente pero, como nos habíamos dicho en son de broma mientras esperábamos, Tito tenía aspecto de cansancio. Berenice debía de estar sorbiéndole las fuerzas. Vespasiano utilizaba a sus dos hijos como apoyos públicos, pero lo hacía para acostumar a la gente a los rostros sonrosados de la descendencia imperial para el día en que él no estuviese; en realidad, nunca había necesitado un socio en el trono. Y, desde luego, era más que capaz de soltar un par de rápidas palabras de agradecimiento a unos tipos de baja ralea como Anácrites y yo.

Vespasiano actuó como si sus palabras de agradecimiento fueran sinceras. A cambio de nuestra labor, dijo, añadiría nuestros nombres a la lista de los caballeros. Le salió con tanta espontaneidad que pasó casi desapercibido para mí todo cuanto decía. Yo tenía la vista fija en una carcoma que se escabullía a lo largo de un friso pintado y no salí de mi ensimismamiento hasta que oí a Anácrites expresar su gratitud en un murmullo desagradablemente suave.

Para ser ascendido al rango medio era preciso tener bienes inmuebles por valor de cuatrocientos mil sestercios. No cabía imaginar que nuestro buen emperador fuera a donarnos las propiedades pertinentes. Con un bufido, señaló que le habíamos sacado tanto dinero en comisiones que esperaba que aportáramos la cantidad correspondiente; sólo nos otorgó el derecho formal a llevar el anillo de oro del rango intermedio. No hubo ceremonia alguna, pues ésta habría exigido que Vespasiano nos ofreciera sendos anillos de oro y, por supuesto, el emperador prefería que cada cual se comprara el suyo. Yo no tenía intención de llevarlo. Donde yo vivía, un ladrón me lo robaría en la primera ocasión en que yo saliera a la calle.

Para llevar a cabo una distinción entre mí, el conspirador libertario, y Anácrites, un ex esclavo que había llegado a un cargo en la administración, Vespasiano dijo a éste que todavía se le valoraba en las labores de espionaje. A mí, por otra parte, se me honró con una de esas terribles sinecuras con las que sueñan, tradicionalmente, los

rangos medios. Cuando trabajaba en el Censo, había evitado un accidente fatal a los gansos sagrados del Capitolio. Como recompensa, Vespasiano creó para mí el puesto de procurador de las aves en nombre del Senado y del pueblo de Roma.

—Gracias —respondí. Se esperaba de mí una actitud hipócrita.

—Lo mereces —sonrió el emperador. El empleo era un asco y los dos lo sabíamos. Un esnob podía estar encantado de verse asociado a los grandes templos del Capitolio, pero yo detestaba la idea.

—Felicidades —terció Anácrates en tono burlón. Yo le dediqué el saludo tradicional de los gladiadores, por si pensaba seguir irritándome y para recordarle que yo podía arruinarle la vida. Anácrates calló al instante y yo dejé estar las cosas; ya era un enemigo suficientemente peligroso.

—¿Algún amable amigo me ha recomendado para el cargo, César? —Antonia Genis, la amante del emperador durante muchos años, me había sugerido antes de su muerte que quizá volvería a pedir al emperador que revisara mis expectativas. Vespasiano me miró directamente a los ojos. Después de cuarenta o cincuenta años de respetar a Antonia Genis, cualquier consejo suyo siempre contaría para Vespasiano.

—Conozco lo que vales, Falco.

A veces me preguntaba si recordaría siquiera que conservaba una maldita prueba material contra su hijo Domiciano. Todavía no me había dedicado al chantaje, aunque el emperador y su descendiente sabían que dicha prueba estaba en mi mano.

—¡Gracias, César!

—Seguirás dedicándote a asuntos valiosos.

Me quedé paralizado, y los dos nos dimos cuenta.

Anácrates y yo salimos juntos de palacio, en silencio.

Para él, probablemente, se preparaban pocos cambios. Se esperaba de él que continuase su carrera en el servicio público, mejorada simplemente por su nuevo rango recién adquirido. Quizá le hiciera algún bien en el aspecto material. Yo siempre había sospechado que, tras una larga carrera en el espionaje, Anácrates ya había acumulado, en secreto, una fortuna. Por ejemplo, poseía una villa en la Campania. Yo sabía de su existencia por Momo, un soplón cuidadosamente cultivado.

Anácrates nunca se refería a sus orígenes, pero era sin duda un ex esclavo; incluso un liberto de palacio sólo podía adquirir una villa de lujo de forma legítima como recompensa a una vida de servicios excepcionales. Nunca había descubierto su edad, pero mi socio todavía no pensaba en retirarse; seguía teniendo el vigor suficiente como para sobrevivir a una herida en la cabeza que debería haber acabado con él, le quedaban muy pocos dientes y le faltaba la mayor parte de su cabellera negra, peinada hacia atrás y engominada. El otro sistema por el que los esclavos de palacio atesoraban cosas de valor era más directo: el soborno. Ahora que pertenecía al rango intermedio, no podía esperar sino que esos sobornos fueran más sustanciosos.

Nos separamos aún en silencio. Mi socio no era de los que proponen tomar una copa para celebrarlo. Yo nunca habría podido tomarla con él.

Para mí, el futuro aparecía sombrío. Yo era un hombre libre, pero plebeyo. En aquella jornada acababa de llegar más alto que todas las anteriores generaciones de Didios... Y total, ¿para qué? Para ser un plebeyo que ha perdido su posición natural en la vida.

Dejé palacio agotado y desanimado, consciente de que ahora debería explicar mi terrible destino a Helena Justina. También era su destino: hija de un senador, había dejado su hogar patricio por las emociones y los riesgos de vivir con un don nadie de baja estofa. Quizá pareciese reservada, pero Helena era apasionada y voluntariosa. Conmigo había afrontado el peligro y la deshonra. Habíamos luchado con la pobreza y el fracaso, aunque la mayor parte del tiempo habíamos podido disfrutar de nuestras vidas a nuestro antojo. Era una apuesta por la independencia que muchas personas de su posición envidiaban, quizá, pero pocos se atrevían a escoger. En mi opinión, Helena había sido feliz. Yo estaba seguro de haberlo conseguido.

Ahora, después de tres años de la promesa de ser ascendido al orden ecuestre, finalmente se ha cumplido, y con ella llegan todas sus restricciones. Tendría que relacionarme con delicadas empresas comerciales, con las jerarquías inferiores de los órdenes sacerdotales locales y con los puestos administrativos, no tan bien remunerados. Con la aprobación de mis iguales y la aquiescencia de los dioses, mi futuro estaba sellado: M. Didio Falco, ex informante privado, tendría tres hijos, ningún escándalo y una estatuilla erigida en su honor al cabo de cuarenta años. De pronto, todo aquello no me pareció tan divertido.

Y Helena Justina quedaría reducida a una permanente mediocridad, aburrida y respetable. Como fuente de escándalo, había constituido una rotunda decepción para ella.

III

En conclusión, que mi primera jornada después de mi regreso a Roma fue bastante exigente. Pasé la tarde encerrado, en casa con Helena, asimilando nuestra nueva situación y reflexionando sobre lo que el cambio podía significar para nosotros.

Al día siguiente fui a casa de Maya y le di la terrible noticia. El hecho de que el viaje en el que había muerto su esposo me hubiera traído especiales recompensas no mejoró en absoluto las cosas. Por supuesto, me sentí culpable. Cuando Maya me aseguró que no tenía motivos para reprocharme nada, me sentí todavía peor.

Me quedé con mi hermana la mayor parte del día. Además de aquella desgarradora experiencia, al volver a casa me encontré con la inesperada visita de aquella clienta infantil, Gaya Laelia. Después, lo único que me apetecía era entrar en casa y cerrar la puerta.

Sin embargo, el mundo parecía haberse enterado de mi regreso. En casa no había un solo cliente y, al menos por una vez, ni acreedores ni patéticos prestamistas. En cambio, varios miembros de mi círculo íntimo aguardaban en torno a mi mesa, absolutamente despejada, con la esperanza de que cocinaría para ellos. Había un amigo y un pariente. El amigo era Petronio Longo, cuya presencia habría acogido con gusto si no lo hubiera encontrado charlando como un viejo colega con el pariente al que menos toleraba: mi padre, Gémino.

—Les he contado lo de Famia —dijo Helena en un murmullo. Se refería a la versión edulcorada que habíamos decidido contar.

Habíamos acordado que sólo Maya conocería la verdad desnuda. Famia había sido enviado a provincias por la facción de los carreteros para la que trabajaba como veterinario equino, con objeto de adquirir nuevos animales en los criaderos de potros de Libia. La dificultad de acceso a la zona nos permitió difuminar los detalles. Oficialmente, mi cuñado había muerto en un «encuentro accidental» con un animal salvaje.

Era asunto de Maya decidir cuándo (si llegaba el caso) se daría a conocer públicamente que Famia, borrachín escandaloso e intolerante, había proferido soeces comentarios contra los dioses y héroes tripolitanos en el foro de Lepcis Magna, hasta el punto de que los habitantes olvidaron las normas de hospitalidad para con los forasteros y lo molieron a palos, lo llevaron ante un magistrado que visitaba la ciudad y lo acusaron de blasfemo. La pena que se aplica en Tripolitania por tradición es la de morir despedazado por las fieras.

El circo de Lepcis estaba en vísperas de celebrar una serie de juegos, como suele ser normal en África, donde son habituales los deportes sangrientos para aplacar la cólera de los dioses ofendidos, aunque esos severos dioses púnicos no hayan sufrido

el menor insulto. En Lepcis guardaban un león convenientemente hambriento con ocasión de los juegos. Famia fue arrojado a la fiera al día siguiente, antes de que yo tuviera noticia de que había desembarcado en Lepcis, antes de que me enterase de lo que estaba sucediendo, antes incluso de que yo pudiera intentar evitarlo. Le conté a Maya con todo detalle la causa de la muerte de su marido y cómo había sucedido, al tiempo que le aconsejaba que protegiera a sus hijos del horror innecesario a aquellas alturas. Sin embargo, lo que no le dije fue que el magistrado que había aprobado la ejecución con el objeto de mantener la paz en Lepcis era mi colega en las tareas del Censo, el enviado senatorial del emperador Rutilio Gálico. Tampoco le conté que yo me alojaba en su casa en aquella ocasión. Estaba sentado a su lado cuando me descubrí presenciando la muerte de Famia. Incluso sin saberlo, Maya me había echado la culpa de lo sucedido.

Petronio y mi padre me observaban con curiosidad como si ellos también sospecharan, por alguna razón, que yo estaba metido hasta el cuello en el asunto.

Helena me libró de la tarea de cuidar del ansarino, que colocó en su cesto junto al otro hermano, que no dejaba de chillar. Por suerte, nuestro apartamento quedaba encima de la tienda de un cesterero y Enniano siempre estaba impaciente por vendernos un cesto nuevo. No le habíamos contado que ahora me dedicaba a criar gansos. Ya tenía yo suficiente fama de payaso en el barrio.

—¿De dónde has sacado esos polluelos? —preguntó mi padre, burlón—. Un poco flacos para asarlos, ¿no crees? ¡Cuando les llegue el momento de echarlos a la cazuela, te habrán tomado por su madre!

Respondí con una franca sonrisa. Helena debía de haberle hablado de mi nuevo rango y del buen empleo que lo acompañaba. Mi padre dedicaría días enteros a pensar chistes malos al respecto.

Petronio empujó a *Nux* bajo la mesa, y la retuvo entre sus botas. A Julia la pusieron en brazos de su empalagoso abuelo. Mi padre era un caso perdido con los niños; baste con decir que incluso abandonó a sus hijos para irse con una novia. Sin embargo, quería a Julia y se pavoneaba porque el otro abuelo de la niña era un senador. La niña le pagaba con el mismo afecto sin necesidad de razones. La generación futura siempre parecía dispuesta a reverenciar a mi padre antes incluso de que los pequeños alcanzaran una edad en la que podían visitarlo a escondidas en su emporio de antigüedades y dejarse sobornar con golosinas y chucherías.

Reprimí la irritación, busqué un taburete y tomé asiento.

—¿Una copa? —me ofreció Petronio con la esperanza de tomarse él otra. Dije que no con la cabeza. El recuerdo de Famia me había quitado las ganas. Éste es el aspecto más nefasto de los borrachos. No sólo dejan de disfrutar de su propia bebida, sino que la visión de las consecuencias de sus excesos elimina cualquier placer en el resto de los presentes.

Petronio y mi padre se miraron y arquearon las cejas.

—Mal asunto —comentó mi padre.

—Siempre te gusta soltar obviedades.

Helena apoyó una mano en mi hombro y enseguida la retiró. Había vuelto a casa abatido, sintiéndome un cerdo miserable que necesitaba consuelo pero no permitía que se lo dieran. Ella conocía los síntomas.

—¿Has visto a Maya? —preguntó, aunque mi humor de perros así lo confirmaba claramente—. ¿Dónde se metió ayer?

—Llevó a una de sus hijas a una gala en la que se presentaba a las jóvenes a la reina Berenice.

Helena puso cara de sorpresa.

—¡Eso no parece propio de Maya!

Como yo, mi hermana menospreciaba los formalismos sociales. Normalmente, ante la ocasión de asistir a un acto presidido por la exótica amiga de Tito, Maya se mostraría tan rebelde como Espartaco.

Petronio parecía saber el motivo:

—Tenía algo que ver con el sorteo para una nueva virgen vestal.

De nuevo, aquello era impropio de Maya.

—No he tenido ocasión de comentar chismes —respondí—. Ya conoces a Maya. Tan pronto me vio, supuso que le llevaba malas noticias. Yo me presentaba en su casa pero... ¿dónde estaba Famia? Incluso él, en condiciones normales, habría pasado por su casa a dejar el equipaje antes de encaminarse a la taberna. Maya lo adivinó.

—¿Cómo se está tomando las cosas? —preguntó mi padre.

—Demasiado bien.

—¿Qué significa eso? Maya es una mujer sensata. No montará un escándalo. — Mi padre no conocía nada de sus hijos menores, Maya y yo. ¿Cómo iba a conocerlos, si había rehuido cualquier responsabilidad sobre nosotros cuando yo tenía siete años y Maya sólo seis? ¿Es que no llevaba más de veinte años sin ocuparse de nosotros?

Cuando le comuniqué a Maya la noticia de que su marido había muerto, se derrumbó en mis brazos. Después se irguió, se separó de mí y pidió que le contara los detalles. Yo había ensayado la narración suficientes veces durante la travesía de regreso a casa. Fui breve y ello dio un aire aún más sombrío al asunto. Maya permaneció muy callada. Dejó de hacer preguntas y no prestó oídos a lo que le decía. Estaba sumida en sus pensamientos. Tenía cuatro hijos y no disponía de ingresos. Había un fondo funerario al que Famia había cotizado, obligado a ello por la facción Verde de los carreteros, que cubriría el precio de una urna y de una inscripción que Maya no quería, pero que debería aceptar para dar a los niños un recuerdo de su infame progenitor. Tal vez los Verdes le ofrecieran una pequeña pensión. También cubriría las condiciones para optar al reparto de grano para pobres. Pero tendría que

trabajar.

La familia la ayudaría. No tendría que pedirlo y, cuando se le ofreciera ayuda, siempre tendríamos que decir que era para los niños. Éstos, cuyas edades iban de los tres a los nueve años, se mostraron asustados, perplejos e inconsolables, al principio. Pero eran todos muy brillantes. Supongo que, una vez que Maya y yo les informamos con delicadeza de que habían perdido a su padre, percibieron que tras nuestras palabras les estábamos ocultando algún secreto.

Mi hermana ya había conocido otras tragedias parecidas. Se le había muerto la hija primogénita de una enfermedad infantil cuando tenía más o menos la edad de Mario, su hijo mayor por entonces. En aquella época, yo estaba en Alemania y, para vergüenza mía, pronto me olvidé de lo sucedido. Maya, en cambio, no lo olvidaría nunca, pero sobrellevó su pena en solitario; Famia nunca le fue de ninguna utilidad.

Petronio tomó a Julia de manos de mi padre y se la entregó a Helena, momento que aprovechó para dar un leve codazo a mi padre indicándole que era hora de marcharse. Mi padre, como de costumbre, no lo captó.

—¡Bah! Volverá a casarse, por supuesto.

—No estés tan seguro —Helena mostró su desacuerdo sin alterarse. Sus palabras eran un reproche a los hombres. Mi padre tampoco captó aquella indirecta. Hundí el rostro entre las manos un momento y me dije que, en efecto, una mujer atractiva y desprotegida como mi hermana tendría que esquivar una lluvia de proposiciones, muchas de ellas repulsivas. Aquél debía de ser sólo un aspecto de su desesperación ante su nueva situación. Sin embargo, eliminar pretendientes indeseables e interesados era algo en lo que podía ayudarla.

—Apuesto... —A mi padre se le acababa de ocurrir una de sus terribles ideas maliciosas—. Apuesto a que tu madre —me sugirió ominiosamente— intentará emparejarla con alguien a quien todos conocemos...

No me atreví a pensar siquiera de quién estaba hablando.

—Alguien ha quien también le ha sido concedido un buen empleo... Por cierto, Marco, felicidades. Ya iba siendo hora. Tenemos que celebrarlo, hijo... En mejor ocasión, desde luego —concedió a regañadientes.

Con retraso, capté a qué se refería.

—¿No estarás hablando de...?

—Tiene un buen empleo con un empresario solvente, en posesión de mucho dinero, en lo mejor de la vida y bien conocido por todos nosotros. Supongo que es evidente —chilló mi padre—. ¡El apreciado inquilino de tu madre!

Me incorporé de un saltó, aparté el taburete de un puntapié y me marché al dormitorio, y cerré dando un portazo, como un chiquillo enfurruñado. Había sido un mal día, pero en aquel momento me sentí hastiado. Como todos los vaticinios de mi padre, aquél tenía un aire de poder cumplirse fatalmente. Si uno pasaba por alto el

hecho de que el inquilino era un hongo venenoso y parásito con la ética de una babosa políticamente tortuosa, era cierto que se trataba de un hombre con buen salario, con propiedades, recientemente ascendido, que anhelaba entrar a formar parte de la familia.

¡Oh, dioses! ¡Anácrites!

IV

La mañana del día siguiente, Petronio salió a mi encuentro en la plaza de la Fuente.

—¿Cuál es la verdadera historia de la muerte de Famia? —me preguntó. Me encogí de hombros y no solté prenda. Me dedicó una mirada cargada de acritud y evité sus ojos, convencido de que maldecía una vez más a Famia por colocarme en aquella situación—. ¡Cabronazo!

A pesar de la irritación, Petronio esperaba la ocasión de sonsacármelo por la fuerza.

—Gracias por llevarte a mi padre anoche.

Petronio sabía que mis palabras eran un intento por cambiar de tema.

—Estás en deuda conmigo. Tuve que dejar que me arrastrara hasta el local de Flora y que me hiciera beber la mitad de mi salario semanal.

—Entonces, ¿puedes permitirte una larga noche en una caupona? —le pregunté con interés, como una manera de empezar a sondear cómo le iba con su esposa.

Arria Silvia lo había dejado, motivo por el cual Petronio lo consideraba una infracción menor del código marital: su alocada relación con la hija de conducta dudosa de un destacado malhechor, que le había costado la suspensión de empleo en los vigiles y un gran menosprecio por parte de sus conocidos. La amenaza que pesaba sobre su empleo había sido temporal, igual que su relación con la chica, pero la pérdida de su esposa, que significaba la pérdida virtual de sus tres hijos, parecía que iba a hacerse irremediamente permanente. No sé por qué razón, la respuesta irritada de Silvia fue una sorpresa para Petronio. Yo, por mi parte, imaginaba que ya debía de haberle sido infiel anteriormente y que Silvia tenía que saberlo, pero en esta ocasión la mujer debía de estar, además, más que harta de que la mitad de la población del Aventino se sonriera por lo sucedido.

—Puedo permitirme lo que quiera.

Los dos estábamos amagando. Yo esperaba que aquél no fuese un resultado fatal de nuestro intento de actuar como socios. Aquello había tenido lugar precisamente antes de que me encadenara a Anácrites. Como amigos desde tiempos del ejército, Petronio y yo esperábamos ser colegas perfectos, pero habíamos chocado el uno con el otro desde el primer momento y, en todo instante, cada uno había intentado imponer su propio criterio para hacer su santa voluntad. Dejamos la sociedad tan pronto como encontré la oportunidad de hacer una detención espectacular sin su colaboración. Petronio dio por sentado que lo había mantenido fuera del asunto deliberadamente. Como era mi mejor amigo, romper con él me resultaba doloroso.

Cuando nos separamos, Petronio volvió a los vigiles. Era el lugar al que estaba destinado. Era jefe investigador de la Cuarta Cohorte e incluso su tribuno, un hombre

duro, de cara picada de viruelas, tuvo que reconocer que Petronio era excelente para el puesto.

Petronio creía que con esto recuperaría también a su esposa, pero, una vez que Arria Silvia cortó definitivamente con él, no perdió el tiempo en buscarse novio, un vendedor de encurtidos, para absoluto descomunal disgusto de Petronio. Sus hijas, pues todas eran chicas, todavía eran menores de edad y, aunque Petronio estaba autorizado a quedarse con la guardia y custodia de las muchachas, sería absurdo intentarlo a menos que hiciera una segunda boda de postín. Naturalmente, como la mayoría de los hombres que echan a perder una posición feliz por un capricho cuando creen que podrán hacerlo sin que los descubran, ahora pensaba que lo único que quería era que su esposa volviese. Silvia, entre tanto, se disponía a convivir con su rallador de remolacha.

Helena pensaba que, con sus antecedentes, a Petronio Longo podía resultarle tan difícil conseguir una nueva esposa como recuperar la antigua. Yo estaba en desacuerdo. Tenía buena planta y resultaba bastante atractivo; un hombre tranquilo, inteligente y afable, con una buena posición y un buen salario que había demostrado su capacidad para llevar adelante un hogar. Era verdad que, en la actualidad, vivía en mi antiguo y sórdido apartamento de soltero, donde se dedicaba a beber en exceso, a maldecir demasiado abiertamente y a flirtear con cualquier cosa que se moviera. Pero tenía el destino de su parte. Dar una apariencia de hombre amargado y herido produciría los encantos adecuados. A las mujeres les encantaba siempre el hombre con una historia detrás. Bueno, en mi caso había funcionado, ¿no?

Si bien todavía no podía exponerle toda la historia acerca de Famia, tenía muchas otras noticias que darle.

—Tengo mucho que contarte —le dije.

No tuve ningún reparo en revelar los coqueteos de Anácrites con el mundo de los gladiadores. Petronio se dedicaría a aquel escándalo hasta que el revuelo cesara; entonces podría explicarle confidencialmente el fiasco de Famia.

—¿Estás libre para cenar? —me preguntó.

Tuve que decirle que no.

—Vamos a casa de mis suegros.

—¡Ah, descartado, por supuesto! —asintió con cierto retintín. Mis suegros, como ahora empezaba a llamarlos sin mucho convencimiento, pertenecían a la clase senatorial, una alianza muy ventajosa para un informador. Petronio aún no sabía muy bien si mofarse de mi buena estrella o si vomitar en el arroyo de la calle—. ¡Por Júpiter, Falco! No te disculpes conmigo. Debes de estar muriéndote por presentarte como el maravilloso favorito del emperador, con tus recientes credenciales de acceso a la clase intermedia...

Me pareció conveniente intervenir con una broma:

—¡Sí, presentarme con pestilente mierda de ganso hasta las tiras de las botas!

Petronio aceptó la broma:

—Muy bonito en esos carísimos suelos de mármol de su mansión —dijo. Noté que entornaba ligeramente los ojos. Había visto algo. Sin cambiar en absoluto nuestro distendido tono de conversación, añadió—: Tu madre acaba de doblar la esquina de la calle de los Sastres.

—Gracias —murmuré—. Quizá sea el momento de marcharme y dedicarme al cuidado de esos gansos sagrados...

—No es necesario —replicó Petronio con un nuevo tono de voz que transmitía auténtica admiración—. Parece como si este nuevo cargo tan importante ya te hubiera afectado.

Me volví y seguí su mirada. Al pie de la destartada escalera que conducía a mi apartamento se había detenido una elegante silla de manos. Reconocí las franjas blancas y púrpura de las cortinas y la identificable cabeza de la Medusa grabada en la parte delantera; era la misma litera que ayer había llevado hasta allí a la pequeña Gaya.

De ella descendía un hombre de indumentaria ridícula, cuyos altaneros ayudantes y ademanes encogidos me llenaron de horror. Llevaba una capa basta de doble forro, lucía en la cabeza una peineta con aguja de madera de abedul que prendía una hebra de lana; todo aquel tocado se sostenía mediante un gorro redondo con orejeras, atado bajo el mentón con dos cuerdas como si fuera un juguete que mi pequeña se entretenía en retorcer y arrojar al suelo. La capa era, en teoría, la prenda del héroe, pero el visitante del tocado pertenecía a una casta que yo siempre había despreciado. En mi nueva posición, estaría obligado a tratarlo con falsa cortesía.

Se trataba de un flamen, uno de los fanáticos sacerdotes de los antiguos cultos latinos. Apenas llevaba dos días en el cargo y los muy condenados ya habían averiguado mi domicilio. Había conocido matones de caseros que le dejaban a uno respirar un poco más.

V

Cambiadas unas palabras con el cestero de la planta baja, precedido de sus ayudantes, el flamen ascendió los inseguros peldaños hasta la puerta de mi cubículo. Ante él, en el pequeño rellano donde Gaya me había abordado el día anterior, *Nux* se entretenía en mordisquear un hueso mondo y lirondo. La perra era de pequeño tamaño, pero su forma de ladrar detuvo en seco a la comitiva.

Se produjo un breve enfrentamiento.

Nux agarró el hueso, cuyo peso era tal que apenas podía levantarlo. Yo lo había visto (y olido) al salir. Debía de pertenecer a algún monstruo descompuesto y la perra lo había recuperado, sin duda, después de dejarlo reposar durante semanas. Un par de moscas se despegaron del hueso con un zumbido. Como la media puerta de abajo había quedado cerrada detrás de ella para evitar que Julia saliera y para mantenerla apartada de *Nux* cuando ésta fuera peligrosa, a la perra le quedaban unas opciones limitadas. Con las orejas gachas mostraba, irritada, el blanco de sus ojos. Ni siquiera yo me habría acercado a ella. Sin dejar de gruñir, bajó los peldaños transportando el hueso, que resonaba al golpear cada escalón. Los ayudantes retrocedieron y llegaron a pisar los dedos de los pies del flamen. Luego, ya al final de la escalera, se apretaron en un grupo asustado mientras mi perra, desconfiada, pasaba ante ellos con su preciada carga sin dejar por un instante de someter a los intrusos a un permanente y ronco gruñido feroz.

El flamen se envolvió bien en la capa y reanudó la subida. Sus ayudantes, cuatro en total, a regañadientes, se reunieron detrás para proteger la espalda de su superior; luego, cuando éste desapareció en el interior, se relajaron junto a la silla de manos. *Nux* dejó caer el hueso en mitad de la vía. Con la cabeza pegada al suelo, rodeó el objeto trazando un círculo a la vez que arrojaba una tierra imaginaria sobre el hueso con el hocico. Luego, convencida de que su tesoro quedaba invisible, se alejó en busca de algo más interesante.

Petronio, más amante de los gatos que de los perros, emitió un susurrante bufido. Le di unas palmaditas en el hombro e hice un enérgico gesto a mi madre para indicarle que aquel asunto oficial no debía ser interrumpido por sus habituales preguntas cariñosas acerca de las interioridades de mi familia. Al pasar ante la puerta del cestero, le guiñé un ojo. Después, subí las escaleras en silencio. Los ayudantes no me prestaron atención. Mi madre me llamó, pero yo estaba muy habituado a no oírla cuando me requería para algo.

Ya en casa, tuve el tiempo justo de coger a Julia en el instante en que, a gatas, se dirigía de cabeza a la puerta, que el flamen había dejado entreabierta. Con la pequeña apretada contra el hombro y con la esperanza de que siguiera callada, apoyé la espalda en la nueva pintura turquesa de la pared del pasillo y me dediqué a escuchar

el jolgorio.

Me preguntaba qué esperaba de mí el flamen. Helena pretendía averiguar algo de la muchacha que había abandonado mi casa momentos antes de encontrarme con Petronio: un gran tesoro domesticado... con un genio rebelde y explosivo. Se despidió de mí con un abrazo sensual y unos labios seductores. Sólo la lejanía de su mirada me hizo entrever su deseo de verme dar media vuelta y desaparecer. Se moría de impaciencia por leer ciertos rollos que mi padre había traído la noche anterior, escogidos de una subasta en la que había participado. En este momento, ya habría rebuscado en la caja de los rollos y habría realizado el primer descubrimiento, tan contenta. Cuando irrumpió el sacerdote, su presencia la puso furiosa.

Helena sabía que era un flamen. El gorro y la aguja eran inconfundibles. Las hijas de un senador saben comportarse como es debido; en cambio, las esposas de los informantes dicen siempre lo que piensan.

—Busco a un tal Falco.

—Estás en su casa. Por desgracia, Falco no está aquí.

Percibí que Helena, bajo la espontánea afabilidad de su respuesta, se mostraba precavida desde el primer momento.

Helena tenía en su habla una cadencia aún más refinada que la del flamen. Éste pronunciaba las vocales con poca elegancia, pese a que pretendía ser más culto de lo que era en realidad.

—Esperaré.

—Quizá tarde mucho. Ha salido a ver a su madre.

Aunque había esquivado la presencia de mi madre en la misma plaza de la fuente, se suponía que también me correspondía a mí la misión de informarle de lo sucedido a Famia.

Si el flamen ya conocía que yo era un informante, probablemente pensaría que Helena era la resaca de alguna antigua aventura. En serio. Habría dado por sentado que el hombre con el que intentaba contactar era un tipo duro instalado en una zona sórdida cuya cómplice femenina tenía todo el encanto lleno de arrugas de unas sandalias viejas. Craso error.

Ahora debía de darse cuenta de que Helena Justina era más joven, más brava y más refinada de lo que había previsto. Su menuda nariz estaría percibiendo que se hallaba en una salita pequeña pero inmaculadamente limpia (mi madre se había encargado de barrer y fregar cada día mientras estábamos ausentes). Como era habitual en el Aventino, a pesar de estar abierto y ventilado, siempre olía a niño pequeño, a animales de compañía y a la cena de la noche anterior; sin embargo, aquella mañana, además de todo ello emitía un perfume mucho más intenso, más exótico y mucho más caro, que despedía el poco habitual bálsamo que llevaba Helena sobre la piel cálida, bajo sus ropas livianas. Mi novia estaba al natural, sin maquillaje

y sin adornos. No los necesitaba. Absolutamente libre de aderezos, era capaz de sobresaltar y embelesar a cualquiera.

—Tengo que hablar con el informante —insistió el flamen.

—¡Ah, tengo una sospecha! —Imaginé cómo brillarían los grandes ojos pardos de Helena mientras se dedicaba a entretener al sacerdote—. Su especialidad es escabullirse. Ya aparecerá a su debido tiempo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el flamen, altivo.

—¿Qué quién soy yo? —preguntó ella, sin abandonar el tono de broma—. Soy la hija de Camilo Vero, senador y amigo de Vespasiano; esposa y compañera de Didio Falco, agente de Vespasiano y Procurador de las aves sagradas. Soy la madre de Julia Junila, que aún es demasiado pequeña para tener relevancia social. Ésos son mis títulos formales. Y, por si llevas un diario de la gente interesante que conoces en tu vida cotidiana, te diré que mi nombre es Helena Justina...

—¿Eres hija de un senador... y vives aquí? —El hombre echó un vistazo a nuestras escasas pertenencias de mobiliario y de decoración. Para nosotros, eran suficientes. Nos teníamos el uno al otro. (Además, teníamos varios muebles de buen gusto almacenados a la espera de mejores tiempos.)

—Desde luego que no —se apresuró a replicar Helena—. Esto no es más que un despacho en el que atendemos a posibles clientes. Vivimos en una casa espaciosa en el Janículo.

Era la primera noticia que yo tenía de ello. Pero, claro, yo sólo era el cabeza de familia. Con una mujer práctica a cargo de mi vida privada (y en posesión de su propia fortuna), si cambiábamos de dirección de la noche a la mañana, yo sería el último en saberlo.

Ahora, Helena estaba señalando el tocado que lucía el hombre.

—Veo que eres un flamen. Evidentemente, no eres el flamen dialis. —El sacerdote máximo de Júpiter llevaba un uniforme aún más ridículo y mantenía a distancia a la plebe con una larga vara—. El flamen quirinalis es primo segundo de mi padre. —Por lo que yo sabía, aquello era pura invención. Estar emparentada con el sacerdote de Quirinus, Rómulo deificado, situaba a Helena, de ser cierto, en los círculos más elevados y su declaración estaba dirigida a intimidar—. El flamen martialis tiene noventa años y es famoso por toquetear a las mujeres. —No eran muchos los que estaban al corriente de las costumbres poco edificantes del sacerdote de Marte—. Creo que el emperador está muy preocupado por el tema y por cómo resolverlo... —Helena era incorregible—. Así pues, no formas parte del grupo de los patricios —concluyó con frialdad, en un claro insulto a su interlocutor, si éste tenía en alguna estima su posición social—. ¿Cuál de los flamines debo decirle a Falco que ha venido a visitarlo?

—Soy el flamen pomonalis.

—¡Oh, pobre! Ése es el último del escalafón, ¿verdad?

Si se dejaba aparte a los amantes de las novedades que rendían honores a los emperadores deificados, el Colegio de Flamines lo formaban quince sacerdotes, tres escogidos entre la aristocracia para cuidarse de las deidades principales y el resto, que hacían sacrificios a dioses de los que la mayoría de la gente no había oído hablar jamás, reclutados entre el estamento plebeyo. Nunca había sido seleccionado nadie que yo conociese; uno debía tener un rostro plebeyo que encajara bien.

—¿Puedo saber cómo te llamas? —preguntó Helena.

—Ariminio Módulo —respondió. Antes de que lo dijera, yo ya estaba seguro de que sería un nombre enrevesado.

—Bien, si se trata de algo relacionado con los gansos, Falco tiene perfectamente controlado el asunto.

—¿Los gansos?

—Según tengo entendido, el flamen dialis tiene algunas objeciones respecto a las aves.

Todo aquello le resultaba un auténtico jeroglífico al máximo responsable del culto a Pomona. Su voz sonaba tan tensa que la aguja de madera de abedul amenazaba con atravesarle el gorro.

—¡He venido por el tema de Gaya Laelia!

—Sí, eso es lo que pensaba. —Helena era experta en responder con una calma pasmosa a cualquiera que le reclamase algo con demasiada precipitación—. La chiquilla se presentó aquí con una reclamación sorprendente. Tendrías que saber lo que nos dijo...

El flamen debía de estar mordiéndose las uñas de impaciencia por saber qué se había hablado allí el día anterior.

—Y quieres saber qué se propone hacer Didio Falco, ¿no es eso? —añadió Helena con tono inquisitivo. Si era cierto que la niña estaba siendo amenazada en su casa, no había nada de malo en que la familia supiera que había más gente que estaba al corriente de todo—. ¿Gaya Laelia es pariente tuya?

—Soy su tío... político.

Me preguntaba dónde quedaban los padres de Gaya, en todo aquel asunto. ¿Por qué enviaban a aquel mediador tan envarado? Algo inquieto, ladeé la cabeza para intentar desanimar a Julia de sus intentos de morderme el lóbulo de la oreja.

—¿Y has venido en nombre de los padres de Gaya? —preguntó Helena sin apenas disimular su escepticismo. Me sequé la baba de Julia de la oreja con la manga de la túnica. Mi hija soltó un eructo y se puso perdida. Le limpié la carita con el mismo pedazo de la manga.

—Gaya está bajo la tutoría de su abuelo. La familia sigue la tradición. Mi suegro seguirá siendo el cabeza de familia mientras viva.

Aquello significaba que el padre de la chiquilla no estaba emancipado legalmente del abuelo; una situación tan anticuada que la mayoría de los hombres la considerarían trasnochada. Las posibilidades de causar fricciones en la familia eran enormes.

—Gaya Laelia pertenece a una familia que tiene un largo historial de haber prestado los máximos servicios a la religión. Su abuelo es Publio Lelio Numentino, el recién jubilado flamen dialis...

Sí, aquél era el estúpido que había estado quejándose de mis ansarinos. Era interesante saber que se había retirado del cargo realmente; en el Capitolio todo el mundo parecía sentir todavía un pánico cerval hacia él.

—Yo creía que el sacerdocio era vitalicio. ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una dejación de funciones? —Helena soltó una risita disimulada, sin hacer caso de la pomposidad de su interlocutor. Cabía la posibilidad de que se exigiera la renuncia a los sacerdotes que deshonraban su cargo, pero eso no solía suceder. Por un lado, los sacerdotes del culto oficial tenían el poder para ocultar sus faltas y los medios para acallar las críticas. Podían ser auténticos desalmados pero la verdad nunca se haría pública. En resumen, podían ser unos cabronazos y todo el mundo lo sabía, pero seguían sin que se les controlara lo más mínimo.

El flamen pomonalis respondió, muy tenso:

—La flaminia había muerto y, dado que su figura participa oficialmente en muchas ceremonias, era necesario que el flamen dialis viudo abandonara su puesto. De lo contrario, quedarían incompletos muchos rituales fundamentales.

El tono de voz de Helena también se iba haciendo cada vez más frío.

—Siempre he dicho que es duro para un hombre perder mujer y posición en un mismo envite. Sobre todo cuando la posición es tan destacada y sus rituales resultan tan exigentes. Ahora, el abuelo de Gaya encuentra la vida bastante vacía, ¿es eso parte del problema?

—No hay ningún problema.

—Pues me alegro mucho de oírsele. —Helena tenía bien aprendido el truco de dar la impresión de participar en una simple conversación cortés al tiempo que perseguía fijamente un objetivo. Esta vez quería saber qué había sucedido en aquella familia para que una chiquilla diera el paso insólito de buscar ayuda fuera de casa. Una niña de seis años malcriada se dedica normalmente a dar portazos, a llorar entre pataletas y a lanzar su muñeca de trapo por la ventana, pero después se tranquiliza en apenas unos segundos con algo tan sencillo como un cuenco de frutos secos con miel —. De todas maneras, tu jovencísima sobrina acudió aquí con una historia de enemistades y ahora tú también has venido a hablar de lo mismo... Lo que nos desconcierta es que Gaya escogiera a Falco para confiarle el asunto. ¿Cómo pudo saber a quién recurrir y quién era Falco?

—Tal vez oyó mencionar su nombre en relación a su nombramiento de procurador de las aves sagradas.

Me produjo un escalofrío imaginar a algún apergaminado y viejo ex sacerdote de Júpiter estallar de rabia en pleno desayuno al enterarse de que el emperador había concedido responsabilidades tradicionales a un informante en alza, que desde aquel momento podría meter las narices con impunidad en los entresijos del templo. ¿Era ésa la razón que había movido a Vespasiano a nombrarle procurador?

—Y también creo —continuó el flamen pomonalis— que Gaya Laelia conoció a un pariente tuyo en la recepción en la que ciertas damas jóvenes prometedoras fueron presentadas a la reina Berenice.

Su tonillo de complicidad resultaba bastante exagerado. El único vínculo que yo tenía con Berenice era la insólita salida de mi hermana Maya para acudir a palacio el día que yo intenté ponerme en contacto con ella. ¿Acaso la reunión a la que había asistido Maya estaba llena de mujeres emparentadas con sacerdotes? Reprimí una risita y me pregunté qué consecuencia habría sacado mi hermana de aquello.

Helena probablemente había decidido investigar el misterio con Maya más adelante.

—Pues bien —dijo con tal energía que casi parecía un reproche—, te sugiero que me cuentes cuáles son, exactamente, tus cuitas familiares.

—¡Nuestras preocupaciones deberían resultar obvias! —exclamó el flamen. Se echaba un farol. Esperaba que la pequeña Gaya no hubiera revelado lo que su preciosa familia tanto deseaba mantener en secreto. También se proponía, en el caso de que la chiquilla hubiera revelado demasiados secretos, establecer un orden de prioridades en las indiscreciones.

—No te preocupes. Falco y yo sabemos tratar las quejas de una niña desdichada. Siempre resulta incómodo, ¿verdad?

—Los niños exageran —declaró el sacerdote, aliviado al comprobar que Helena se mostraba comprensiva.

—Espero que así sea en este caso —asintió ella con entereza. A continuación, le soltó sin tapujos ni componendas—: Gaya dice que alguien de la familia amenaza con matarla.

—¡Eso es ridículo!

—Entonces, ¿tú no...?

—¡Cómo te atreves!

—¿Quién, pues?

—¡Nadie!

—No quiero creer que la niña tenga razón.

—No importa lo que os hayan contado... —El flamen dejó la frase a medias esperando que Helena le diera más detalles. Una espera inútil.

—Nos pides que no intervengamos. —El tono de voz de Helena era muy tranquilo, pero yo sabía qué significaba esa tranquilidad: que, para ella, la visita del flamen daba más credibilidad a la petición de ayuda de la chiquilla. Su alarma podía estar justificada.

—Me alegra ver que nos entendemos.

—Sí, claro que sí —respondió Helena—. ¡Claro que sí!

Demasiado, lo entendía.

—Es imposible que alguien pueda desearle ningún mal. Se han depositado grandes esperanzas en Gaya Laelia —concluyó el flamen pomonalis—. Cuando se celebre el sorteo de la nueva virgen vestal... —de nuevo, se detuvo sin acabar la frase.

Así pues, se necesitaba una nueva vestal y la chiquilla que había encontrado a la puerta de mi casa era candidata a tan privilegiado puesto. ¿Acaso su tío le estaba sugiriendo a Helena que el nombre de Gaya sería con seguridad el extraído por el pontífice máximo en lo que, formalmente, era un sorteo? ¡Imposible! La mano de Vespasiano tendría que introducirse en una urna y coger una entre un buen puñado de tablillas. ¿Cómo podía nadie saber por anticipado cuál de ellas sería la escogida por la mano pontifical? Noté que en mi rostro aparecía una mueca de disgusto al comprender que el sorteo de las vírgenes vestales tenía que estar amañado.

¿Cómo podían hacerlo? Era tan fácil como guiñar un ojo. El mismo nombre escrito en todas las tablillas. O una de ellas, cargada como un dado trucado. O, sencillamente, Vespasiano anunciaría el nombre previamente seleccionado, sin necesidad de ver las tablillas siquiera.

El flamen aún trataba de engatusarla.

—Sería una nueva pérdida para el hogar familiar, pero también un gran honor. Todos estamos absolutamente encantados.

—¿Entre ese «todos» se cuenta la propia Gaya?

—Gaya está impaciente por ser presentada.

—Las niñas siempre tienen en la cabeza esas fantasías. —Estaba claro que las vestales no eran las mujeres favoritas de Helena. Aquello me sorprendió. Pensaba que la alta posición y el papel que aquellas mujeres desempeñaban le caían bien—. En fin, esperemos que tenga suerte —continuó Helena—. En tal caso, será conducida directamente a la Casa de las Vestales y entregada a la autoridad del pontífice máximo.

—Pues... sí —asintió el flamen, percibiendo tardíamente el tonillo irónico de su interlocutora. Sin embargo, dio por supuesto que sus llamadas habían tenido éxito e hizo ademán de disponerse a marcharse. Yo agarré con firmeza a Julia, me escurrí por el pasillo y me dirigí a otra estancia en la que ocultarme. Eché un vistazo al sacerdote de Pomona, que, con su capa y su peineta de madera de abedul, me daba la espalda

mientras se despedía de Helena; cuando pasé a hurtadillas por detrás de él, me ocultó a la vista de Helena.

Esperé hasta estar seguro de que se había marchado y entonces asomé la cabeza.

Cuando abrí la puerta tras la cual me había escondido, una figura menuda y decidida me cerró el paso. Me quitó de los brazos a Julia y protesté, pero en voz baja.

Me encontré ante una anciana delicada y frágil cuyos ojos negros taladraban como punzones. Una sensación de mala conciencia, para la cual no tenía ninguna causa, me clavó en el lugar.

—Supongo que tendrás una buena explicación —proclamó enérgicamente la recién llegada—. ¿Cómo no volviste a casa para el cumpleaños de la niña?

Desde luego que la tenía. Los ritos funerarios de Famia, que se celebraban por los escasos restos que el león había dejado de él. Era una explicación, aunque nada buena.

—¡Y sé perfectamente qué le sucedió a Famia —continuó—, aunque he tenido que enterarme por mi querido Anácrites!

—Hola, madre —le dije, e hice que mi tono de voz sonara apaciguador—. Nos vimos obligados a pasar el día del cumpleaños de Julia en una calma chicha frente a Ostia... ¿No piensas felicitar me por mi nuevo cargo como pilar fundamental de la religión del Estado?

—No me vengas con esas estúpidas zarandajas —se mofó mi madre.

Como de costumbre, yo había hecho lo que pensaba que ella querría, pero no había modo de impresionarla.

VI

El día se había convertido en una jornada muy mojada. En primer lugar, había tenido que brincar en torno a Petronio Longo mientras él mostraba su resentimiento; ahora, se presentaba allí mi madre. Y venía con varias quejas: sobre todo, cómo había permitido que su favorito, Anácrites, volviera de Tripolitania medio muerto por las heridas que había recibido en el circo. Jugar a gladiadores había sido idea suya pero yo cargaría con la culpa de sus decisiones. Por suerte, eso significaba que volvía a alojarse en su casa para recibir más atenciones, de modo que mi madre no estaba molesta del todo.

—¿Por qué dejas que el pobrecillo vuelva a su trabajo en palacio?

—Anácrites ya es mayorcito, madre. Sus decisiones respecto a su futuro no tienen nada que ver conmigo.

—Los dos trabajabais tan bien juntos...

—Hicimos una buena pareja para el Censo. Pero eso ya quedó atrás.

—Podrías encontrar otro trabajo que compartir con él.

—Ninguno de los dos quería mantener la sociedad. Yo sólo lo manifesté.

—Lo que quieres decir es que no te cae bien. —Mi madre siempre insistía en que yo no conocía bien a Anácrites, que no había sabido apreciar su refinamiento y sensibilidad y que había menospreciado su talento. Mi planteamiento era que cualquiera que hubiera intentado convencer a un exótico potentado extranjero para asesinar me debía seguir adelante con su existencia... después de sellarlo en un tonel y arrojarlo al mar, a mil pies de profundidad. En algún lugar frente a las ásperas costas de Britania, preferiblemente—. Nunca le has dado una oportunidad. Mira, ahora Anácrites tiene las miras puestas en la dirección de una nueva rama de los servicios de seguridad. Podrías ayudarlo en eso, Marco...

—También podría pudrirme en las lagunas Pontinas, comido por las sanguijuelas e infectado de fiebres. Eso sería muchísimo más divertido.

—¿Y qué hay de Petronio? —inquirió mi madre, cambiando de táctica para pillarme por sorpresa.

—Petronio está con los vigiles.

—Con quien debe estar es con su esposa.

—¿Con una esposa que ha decidido pasar el resto de sus días con un verdulero? Petronio parece una persona respetable, pero es un perro vagabundo incapaz de ver lo que más le interesa hasta que es demasiado tarde. Por supuesto, el simple hecho de que yo le insistiera continuamente en que era imbécil no tenía por qué evitar que la gente me echara la culpa a mí.

—No me atrevo a pensar qué le harías al pobre Famia —murmuró mi madre con tono sombrío.

—Todo se lo hizo él mismo. Yo he traído los restos a casa, seré un buen tío para los pequeños e intentaré cuidar de Maya.

—No cuentes con su agradecimiento.

—No, madre.

Ella entornó los ojos y compartimos uno de nuestros escasos momentos de sensatez:

—¿Y cómo está Maya, hijo?

—Bastante tranquila. Cuando le di la noticia, casi no mostró la menor emoción.

—Eso no durará mucho.

—Estoy vigilando el momento en que se derrumbe.

—¡No vayas a molestarla!

Helena Justina, que había asistido en silencio a la conversación desde su silla de mimbre, donde sujetaba a la perra contra su regazo al tiempo que dejaba que Julia Junilla se sentara sobre sus pies, me dirigió una sonrisa cargada de ternura.

Esta vez, Helena no me ayudaba en nada. Peor aún, me enfrentaba aquella noche a una cena en casa de sus padres, en la que tendría que someterme a más interrogatorios sobre los problemas de su familia.

—Deberías estar todo el rato en casa de tu hermana, en lugar de hacer tanto el vago —dijo mi madre a modo de orden. Ésa era mi intención; quería preguntarle a Maya por la recepción de la reina Berenice y cómo había encajado lo de las pequeñas candidatas a vírgenes vestales—. Pero no te preocupes, ya iré yo...

Se me había adelantado. Las vírgenes tendrían que esperar. Petronio Longo diría que las vírgenes nunca lo hacían. Sin embargo, la clase de vírgenes de las que se reía Petronio no tenían nunca la tierna edad de seis años.

Cuando mi madre se marchó, esperé a que Helena me contara lo de la visita del flamen pomonalis. Tuve que fingir que había llegado a casa precisamente al final de la visita y que no había oído a escondidas toda la entrevista. Helena habría participado con gusto en un juego en el que yo fuera el cómplice oculto, siempre que antes nos hubiéramos puesto de acuerdo en la conspiración, pero detestaba que la espieran en secreto. Incluso le incomodaba que alguien le enmendara la plana.

Me hizo un breve resumen, profundamente preocupada ahora.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo Gaya ayer, cuando estuvo a solas contigo antes de que yo llegara a casa?

—Me dijo: «Uno de mis parientes ha amenazado con matarme». Y añadió que estaba asustada —Helena me miró, pensativa—. Se le había metido en la cabeza que necesitaba ver a un informante, de modo que dejé que fueras tú quien se encargara del tema.

—Empiezo a lamentar haberla enviado de vuelta sin hacerle más preguntas. Ya sé que tú pensaste que debería haber profundizado un poco más en el asunto.

—Tenías otras preocupaciones, Marco.

—Esa pequeña puede tener otras aún peores.

—Ha crecido en una casa muy peculiar, eso es cierto —dijo Helena un tanto excitada—. Sus abuelos se casarían por algún extraño ritual antiguo y, como flamen dialis y flaminia, incluso su propia casa tenía un significado ritual. Ningún niño disfruta de una infancia normal en una casa así. La vida diaria del sacerdote y la sacerdotisa está plagada de ridículos tabúes y rituales a cada paso, que dejan poco tiempo para los asuntos familiares. Incluso los niños tienen la obligación de participar en algunas ceremonias religiosas; presumiblemente, el padre de Gaya pasó por todo eso. Y ahora Gaya, la pobre chiquilla, está siendo forzada a convertirse en virgen vestal...

—¡Tiene todos los indicios de ser una huida! —conjeturé con una sonrisa.

—Sólo tiene seis años —refunfuñó Helena.

Le di la razón. No era edad para alejarla de casa y someterla a treinta años de santidad.

—¿Debo entender que te propones investigar el asunto, Helena?

—Quiero hacerlo. —La noté abatida, lo cual siempre me inquietaba—. Pero todavía no veo cómo enfocar el tema.

Permaneció pensativa y callada todo el día. Todavía no estaba preparada para compartir sus nuevas ideas. Yo me apliqué a limpiar las deyecciones de ganso. Helena había dejado muy claro que aquél era un rito diario que, según establecían las tradiciones antiguas, sólo podía llevar a cabo el procurador de las aves sagradas.

Esa noche, la cena llegó como el alivio de una pesadilla. No cabía decir otra cosa de los nobles Camilos salvo que, a pesar de sus problemas financieros, cenaban opíparamente. En esto ganaban de largo a la mayoría de millonarios romanos.

El dinero de la familia estaba vinculado a las tierras (para proteger el derecho familiar a mantenerse en la lista senatorial), pero una serie de hipotecas oportunamente repartidas les permitía vivir con cierta holgura. Por ejemplo, al invitarnos a cenar, habían enviado su silla de manos para Helena y la niña. Lo que hicimos fue cargar el palanquín con regalos y juguetes de Julia. Yo llevé en brazos a la pequeña. Helena llevaba unas cartas de su hermano, un joven brillante llamado Quinto Camilo Justino, a quien yo conocía bastante bien.

Helena tenía dos hermanos, los dos menores que ella y ambos estrictamente obedientes a sus órdenes siempre que se acercaban demasiado a su hermana. El mayor de ellos, Eliano, estaba prometido a una rica heredera de la Bética, en el sur de Hispania. El menor, Justino, había huido con la chica. Yo acudí a Tripolitania, pagado por el senador, con el encargo de encontrar a la pareja fugada. Yo sabía que se consideraba culpa mía que Claudia Rufina hubiese decidido cambiar de hermano. No era cierto, por supuesto: se había encandilado del más guapo y atractivo, que también

tenía un carácter más abierto. Desde luego que yo estuve involucrado en el asunto, pues fui yo quien la trajo a Roma la primera vez como posible novia para Eliano y la esposa del senador sostenía desde hacía mucho tiempo que cualquier cosa que tocara M. Didio Falco saldría mal. En esto, Julia Justa seguía las opiniones de mi propia familia, de modo que no hice intento alguno por demostrar que su teoría no era cierta. Era perfectamente capaz de vivir con la pena que ha quedado expuesta.

Helena y yo habíamos observado que, bajo la tensión de las condiciones adversas del desierto, la pasión de los jóvenes amantes se había enfriado hasta el punto de llegar a la ruptura; nosotros, haciendo caso omiso de sus sentimientos más íntimos, tratamos de que se volvieran a juntar. Convencimos a Justino de que acabara con sus dudas y se casara con Claudia (y con su dinero), aunque antes enviamos a la pareja de visita a Hispania para que ella se reconciliara con sus ricos abuelos.

Justino estaba empeñado en encontrar el *silphium*, un famoso condimento de lujo ya extinguido. Esperaba descubrirlo de nuevo y hacerse millonario. Una vez fracasado su desquiciado plan, la única manera de evitar que saliera corriendo y se hiciera ermitaño fue atraerlo para reemplazar a Anácrites y convertirlo en mi socio. No cumplía con ninguno de los más elementales requisitos y, dado que ahora se había instalado en Hispania definitivamente, no se sabe por cuánto tiempo, en mi tercer intento de encontrar un compañero me topé con uno que no tenía la más remota idea del oficio... y que ni siquiera estaba localizable.

Helena había decidido compartir una casa entre todos (lo cual explicaría por qué había dicho al flamen pomonalis que vivíamos en el Janículo). Conociéndola, era probable que ya hubiese comprado un lugar en la zona. Ver sus esfuerzos para decírmelo me proporcionaría horas de secreta diversión.

Cualquiera pensaría que asegurar una fortuna en aceite de oliva de la Bética y una esposa agradable a su talentado muchacho me granjearía coronas de laurel por parte de los padres. Por desgracia, todavía les quedaba el problema de su hijo mayor, el ofendido. Eliano había perdido el dinero y la novia y debía abstenerse de participar en las elecciones al Senado durante un año, todo ello porque su hermano lo había puesto en ridículo. Fueran cuales fuesen los sentimientos de sus padres respecto a la solución dada a la vida de su hermano, ahora era Eliano el que andaba todo el día por la casa refunfuñando muy irritado. Un joven de veintitantos años sin oficio y con muy malos modales puede dominar una casa aunque pase la mayor parte del tiempo fuera de la ciudad.

—Parece mejor solución dejar que alarme a los vecinos con sus pendencieros amigos —murmuró el senador a nuestra llegada—. Hasta el momento no han llegado a detenerlo ni lo han traído a casa en una carretilla cubierto de sangre.

—¿Aulo cenará con nosotros? —preguntó Helena, dándole a Eliano el nombre familiar, pero intentando disimular que esperaba lo contrario. La concienzuda

hermana mayor siempre procuraba ser justa pero, de los dos chicos, era Justino quien más se parecía a ella en temperamento y carácter.

—Probablemente, no —respondió el padre, Camilo Vero, un hombre alto, agudo y ocurrente, con unos cabellos revueltos, salpicados de canas, que su barbero aún no había conseguido domesticar. Noté en él un aire dolido cuando se refirió a sus hijos.

—¿Está en alguna fiesta? —pregunté.

—Quizá te cueste creerlo, pero he intentado conseguirle un cargo sacerdotal y, de este modo, relacionar su nombre con títulos honorables. Si supongo bien, estará en el Campo Sagrado de los hermanos arvaes. Hoy es el día principal de sus fiestas anuales.

Emití un silbido de aprobación. Parecía lo más cortés. El grupo a que hacía referencia presidía los festivales y celebraciones religiosas y también tenía el encargo de elevar plegarias por la felicidad de la familia imperial. Las actividades del colegio de los hermanos arvaes se remontaban al principio de nuestra historia, cuando oraban por la salud propia y la abundancia de las cosechas, en prenda de lo cual llevaban guirnaldas de espigas de trigo atadas con cintas blancas. Imaginar a Eliano, siempre tan ceñudo, ataviado con una guirnalda o con una corona de espigas fue el clímax hilarante de una buena cena. Sin embargo, hablando con franqueza, si un hijo mío quisiera algún día afiliarse a la hermandad, lo encerraría en el cuarto oscuro hasta que se le quitara de la cabeza semejante tontería.

—Bien, cuéntanos tus novedades, Marco.

Anuncié mi ascenso social y rehuí las felicitaciones como buen romano modesto.

—Os advierto, señor, que en la actualidad mi conversación se limita a los sistemas de crianza de aves. Mi vida está regulada, hoy por hoy, por los acontecimientos rituales del calendario de la diosa Juno.

—¿Cómo? ¿Ya no te dedicas a tu labor preferida de informante?

Crucé mi mirada con la suya brevemente. Décimo, como me atrevía a llamarlo en ocasiones, era íntimo amigo de Vespasiano y yo nunca estaba del todo seguro de hasta qué punto sabía de mi trabajo oficial.

—Estoy liado con esas aves.

El senador me dedicó una espontánea sonrisa:

—¿Te mereces el ascenso social pero no puedes soportar el Aviario?

—Se supone que debo sentirme muy honrado.

—¡Vaya fastidio!

La madre de Helena dirigió una mirada compungida a su esposo y decidió conducirme a mi triclinio para comer antes de que su rudo marido infectara a su yerno, que estrenaba respetabilidad, con opiniones discutibles. Hasta aquel momento, yo había sido el republicano peligroso, y Décimo era el miembro convencional de la Curia. Me sentí ligeramente irritado.

Cuando ocupamos los triclinios, Julia Justa colocó ante mí, con sus manos de dedos sarmentosos llenos de anillos, unos cuencos de aceitunas y unas gambas al azafrán. Helena se inclinó hacia delante y picó unas gambas.

—Dime, Marco —intervino la madre, espléndida con su vestido blanco con ribetes dorados que brillaban casi tanto como su nueva y alarmante actitud amistosa—. Siempre me ha inquietado cómo se consigue convencer a los gansos sagrados de que no se muevan de su cojín púrpura cuando van en una procesión...

—Lo averiguaré y te lo contaré. Sospecho que primero les hacen pasar hambre y, a continuación, un hombre se les acerca con un puñado de grano para convencerlos de que se queden quietos.

—Es como llevar a un niño a una fiesta —dijo Helena. Su madre contempló complacida a nuestra pequeña que, tranquila y callada en brazos de una esclava, chupaba su sonajero de loza; con gran tacto, había escogido mordisquear un juguete que le habían regalado los abuelos.

La pequeña Julia siempre buscaba el momento oportuno. Sabía perfectamente cuál era el instante de interrumpir una comida. Y, desde la última vez en que los apreciados Camilos habían tenido ocasión de disfrutar de ella, había aprendido nuevas gracias.

—¡Qué rica es!

Helena y yo exhibimos públicamente la sonrisa de suficiencia de unos padres experimentados. Habíamos tenido un año para aprender a no confesar jamás que nuestra pequeña, tan encantadora con sus mofletes gordezuelos, podía ser también una llorona irritante. La habíamos vestido de punta en blanco, habíamos peinado sus suaves cabellos oscuros con suaves rizos y en aquel momento esperábamos, con los nervios a flor de piel, el instante inevitable en que decidiera empezar su berrinche.

Como siempre, fue una cena excelente, de la que habría disfrutado aún más si me hubiera sentido capaz de relajarme. El padre de Helena me caía bien y la madre no me disgustaba. Ellos habían aceptado, al parecer, que me tendrían que soportar. También habían observado ya que no se habían cumplido las expectativas de que haría desgraciada a su hija, ni había terminado en la cárcel (al menos, últimamente). No me habían prohibido la entrada en ningún edificio público, no me habían ridiculizado en ningún pasquín satírico ni había aparecido en las fichas policiales de malhechores que publicaba la *Gaceta Diaria*. Aun así, en aquel tipo de reuniones siempre había el riesgo de que alguien hiciese un comentario ofensivo. A veces me parecía que Décimo lo esperaba, en secreto, porque le resultaba emocionante. El hombre tenía cierta vena maliciosa que yo conocía muy bien, puesto que su hija Helena la había heredado de él intacta.

—Padre, madre, podéis ayudarnos en un asunto —dijo Helena cuando estuvimos en los postres—. ¿Alguno de vosotros sabe algo de Lelio Numentino, el flamen

dialis, y de su familia?

—¿Qué asunto despachas tú con ese flamen? —quiso saber el padre.

—Bien, he tenido un primer enfrentamiento con ese viejo estúpido —fue mi respuesta—, aunque no ha sido cara a cara.

—Por supuesto. En todo caso, estarías siempre a una braza de distancia impuesta por su preciada vara.

—No, no. Ya se ha jubilado. Su esposa falleció y ha tenido que renunciar al cargo. Aunque parece que esto no ha frenado sus quejas. Lo primero que me he encontrado en mi nuevo cargo ha sido una crisis causada por su disgusto a que los ansarinos campen a sus anchas por el Capitolio. He conseguido, hasta ahora, evitar encontrarme con él; de lo contrario, habría sido muy brusco.

—Después de pasar toda una vida protegido del contacto próximo con el mundo real, no puede ser muy ducho en el trato con las personas..., ni con los animales.

Era evidente que Décimo sentía un claro desprecio por la casta flaminia. A mí, el senador siempre me había caído bien. No tenía tiempo para hipocresías y, a pesar de su condición senatorial, me producía la impresión de que era un político honrado. No se vendía a nadie por nada. Y por eso carecía de riquezas.

Conocía a poca gente de los círculos de poder y reconoció que Lelio Numentino no era más que una figura pública a la que había visto brevemente en actos oficiales y en alguna que otra ceremonia.

—¿Qué fue de los ansarones, Marco? —preguntó su esposa con aire divertido.

—Les he encontrado un buen hogar —fue mi sobria respuesta, sin mencionar que dicho hogar era el nuestro. Helena me lanzó una mirada significativa.

—¿Y esperas que ese hombre te cause más problemas..., o existe alguna otra razón para hacer indagaciones?

—En su familia hay una niña que todos esperan que sea escogida como la próxima vestal. Creo que los Lelios pueden ejercer una influencia mística en el sorteo...

Dirigí este último comentario a Décimo, el cual levantó las cejas, fingiendo en esta ocasión que la insinuación de la existencia de amaños le sorprendía.

—Bien —dijo, casi en son de burla—, seguro que nadie desea que una pequeña plebeya sin pulir salga agraciada cuando hay tantas doncellas de altísima alcurnia que anhelan transportar el agua desde la capilla de la ninfa Egeria.

—¿Famosa por su anticuada castidad?

—Absolutamente famosa por su pureza y por su sencillez, en efecto —asintió Helena con tono desabrido.

—No, no puede ser —me corrigió Julia Justa—. Ser la hija de un flamen cuenta como exención para el sorteo.

—En realidad, es nieta.

—Eso significa que el padre renunció a ser sacerdote. —Julia Justa soltó una breve risita. Por un instante, me recordó a Helena—. ¡Seguro que le aceptaron enseguida la renuncia! —A modo de explicación, añadió—: Esa familia es conocida por considerar el sacerdocio como una prerrogativa personal. La difunta flaminia era famosa por sus pretensiones al respecto. Mi madre era una asistente asidua a los ritos de la buena diosa... Helena, ¿recuerdas que una vez te llevé a ti?

—Sí. Le he contado a Marco que no era más que un círculo de costureras que compartían unos deliciosos pastelillos de almendras.

—¡Ah, sí, desde luego!

Las dos mujeres estaban burlándose de Décimo y de mí. El festival de la buena diosa era una famosa reunión de matronas, secreta, nocturna y prohibida a los hombres. Corrían toda suerte de habladurías respecto a lo que sucedía en ella. Las mujeres ocupaban la casa del magistrado principal (a quien expulsaban de ella) y luego disfrutaban dejando que los hombres hicieran especulaciones sobre qué clase de orgías tendrían organizadas.

—Me parece recordar —desafié a Helena— que siempre has dado a entender que el festival de la buena diosa te disgustaba. ¿Por qué, querida? ¿Es demasiado seria y formal para ti? —continué con una sonrisa, fingiendo tolerancia, y me volví de nuevo hacia Julia Justa—. ¿De forma que la flaminia era una asistente asidua a la reunión, debido a su cargo oficial?

—Y su arrogante hermana, también —contestó Julia Justa con una mueca burlona insólita en ella—. Esa hermana, Terencia Paula, era una virgen vestal.

—Si los rumores que he oído son ciertos, el sorteo lo preside una de esas vestales, ¿no?

—Al menos lo intenta —Julia Justa se rió abiertamente—. Un grupo de mujeres no se entrega necesariamente a establecer liderazgos como haría un grupo de varones. Sobre todo, una vez han llegado los refrescos. —Fuera de control, ¿eh? Esto confirmaba los peores temores de nuestra ciudadanía masculina. Por no mencionar las sugerencias de que el vino jugaba un papel importante en los alegres ritos de las chicas—. Mi madre, que era una mujer muy lista...

—¡Tuvo que serlo! —asentí con una sonrisa, incluyendo en el cumplido tanto a Helena como a Julia Justa.

—Sí, Marco, querido. —¿«Marco, querido»? Tragué saliva, inquieto—. Mi madre sostiene que la flaminia llevaba una vida muy laxa.

—¡Ah! ¿Y qué pruebas hay de ello?

—Todo el mundo sabe que tenía un amante. Era algo más o menos público. Ella y su desagradable hermana siempre andaban discutiendo al respecto. El asunto se prolongó durante varios años.

—Me dejás anonadado.

—De eso, nada —replicó Helena, y me dio un golpecito con la servilleta—. Tú eres un informador privado tenaz y cínico que espera encontrarse un adulterio a la vuelta de cada esquina. Si no te importa, madre, la que se queda perpleja soy yo.

—Claro que sí, querida; te eduqué y te rodeé de todas las protecciones... En fin, ser la flaminia es un papel difícil —respondió Julia Justa. Como Helena, su madre sabía ser justa. Era una mujer sofisticada; últimamente, incluso conseguía mostrarse justa conmigo—. El flamen dialis y su esposa son seleccionados de entre un círculo muy reducido, pues tienen que cumplir unos criterios tradicionales muy estrictos. Ella tiene que ser virgen...

—¡Pero eso es imposible! —intervino Décimo con tono irónico.

—Los dos han de ser hijos de parejas casadas mediante *confarreatio*, esa ceremonia religiosa a la antigua que se lleva a cabo ante diez testigos, en presencia del pontífice máximo y de los otros flámines. Eso quiere decir que el flamen debe contraer matrimonio según estos ritos y no puede divorciarse. Las posibilidades de que una pareja así se soporte son bastante remotas desde el principio y, si las cosas van mal, se ven atrapados de por vida.

—Además, está la presión de las constantes apariciones en público los dos juntos, para llevar a cabo sus tareas oficiales... —apunté.

—¡Bah!, en público no debe de ser tan difícil —replicó Julia Justa—. Es en casa donde debe de aparecer esta tensión.

Todos asentimos juiciosamente, fingiendo que reflexionábamos sobre el tema de los desacuerdos domésticos como si fuera algo ajeno a nuestra propia experiencia. ¡Como si lo fuese!

—Y bien, ¿qué problema hay con la pequeña? —preguntó el senador.

—Ninguno en absoluto, según la familia —respondí—. La niña, por su parte, le aseguró a Helena que la amenazan con graves daños. Acudió a vernos con esa historia y confieso que no me la tomé en serio. Debería haberle hecho más preguntas.

—Si es verdad que está destinada a ser la siguiente vestal —comentó Julia Justa—, su familia sería la primera que se vanagloriaría de ello. ¿Qué puede causar el conflicto? ¿La pequeña ve con gusto la perspectiva de que la seleccionen?

—Está exultante de alegría, parece.

—Yo —apuntó Helena— sospecho más bien que, como diría mi abuela, Gaya debe de estar muy contenta de tener la oportunidad de desligarse de sus parientes.

—Es cierto que esa familia resulta un grupo poco atractivo.

—¡Un puñado de fósiles!

Ya habíamos insultado lo suficiente a los Lelios. Como ya habíamos dado cuenta de la cena, Helena abandonó la sala con su madre para ir a charlar de lo sucedido en el norte de África con Justino y Claudia. El padre y yo ocupamos el estudio del senador, un rincón abigarrado y lleno de rollos que Décimo había empezado a leer y

luego había olvidado. Encendimos unas lámparas, despejamos de cojines el diván de lectura e intentamos fingir que había espacio para reclinarnos con cierta elegancia. De hecho, aunque la casa de los Camilos era espaciosa, su dueño había sido apartado a un rincón minúsculo, como le gustaba comentar con abatimiento.

No obstante, había suficiente espacio como para que un par de colegas en buena armonía pudieran relajarse cuando no los viera nadie.

VII

Para convertir el encuentro en un simposio masculino, llevamos una botella de buen cristal de vino blanco decantado. La madre de Helena nos había indicado que nos encargáramos de la pequeña; al parecer, los esclavos de expresión torva de su séquito tenían demasiado trabajo pendiente. Nosotros nos habíamos ufanado de nuestra condición de expertos en cuidados infantiles. El senador colocó a Julia sobre una alfombra y le dejó coger todo lo que tenía a mano. Cuando se le permitía jugar con adultos, la pequeña no era ninguna molestia; esta vez se dedicó a jugar con lo que encontró en la bandeja de los punzones del abuelo. Yo era un padre realista e intentaba prepararla para la vida. Con un año y cuatro días de edad, no era demasiado pronto para que empezara a familiarizarse con la conducta de los hombres cuando se les deja solos con una buena garrafa de vino.

—¡Bien! Cuéntame eso de que Eliano cantaba el antiguo himno de los hermanos arvales.

—Es hora de añadir unos cuantos detalles embellecedores a su registro social — comentó con sorna su padre.

—Parece que esta semana no oigo otra cosa que cuestiones relacionadas con cultos religiosos. Por lo que recuerdo, la hermandad de los arvales es la más antigua de Roma. Creo que desciende directamente de nuestros antepasados agricultores, ¿no? ¿Y no celebraban la fertilidad de los campos con opíparos banquetes? Si es así, parece que tu hijo ha hecho una buena elección.

Décimo sonrió, aunque un tanto incómodo. Seguramente, prefería pensar que la decisión se debía a motivos más sobrios.

—¿Y qué hay de la selección, senador? ¿Es otro sorteo?

—No. Se realiza por elección cerrada entre los hermanos en servicio.

—¡Ah! De modo que Eliano tiene que infiltrarse entre los portadores de guirnaldas de espigas e impresionarlos con su carácter jovial, en concreto con su habilidad para adorar la buena práctica hortícola al tiempo que bebe por el amor de Roma, ¿no es eso?

Vi algunos problemas.

Aulo Camilo Eliano era un par de años más joven que Helena, es decir, tenía veinticuatro, quizá veinticinco ya. Tenían que haber nacido muy seguidos, lo cual apuntaba a un desconcertante período de pasión en el matrimonio de sus padres, cosa que prefería no contemplar. Eliano había sobrevivido en puestos profesionales modestos en el ejército y en el cargo de gobernador civil en la Bética y estaba perfectamente dispuesto a presentarse a la elección aunque el proceso era caro, lo cual siempre causaba fricciones en la familia.

La campaña también requería acercarse a los posibles votantes con sonrisa

conciliadora y era aquí donde yo veía la dificultad; no era éste uno de sus talentos naturales. Eliano tenía un carácter ligeramente gruñón, demasiado ensimismado, carente de la falsa calidez que pudiera congraciarse con los viejos senadores malolientes a los que debía halagar. Su padre acabaría por colocarlo en alguno de los escaños de la Curia pero, de momento, incluso podía considerarse una suerte que la fuga de su hermano con Claudia Rufina lo hubiera retrasado todo. Eliano aún estaba por pulir. A falta de mejores prendas, no podía hacerle ningún daño que, cuando menos, se ganara la fama de hombre viril. Los mujeriegos consiguen puñados de votos sin necesidad de sobornos.

Todo es relativo. Como aprendiz en una calderería del Aventino, el joven gruñón habría resultado fino y elegante. Quizá no lo suficiente como para engañar a las chicas, pero sí para convertirse en líder de los hombres.

—Si no le importa —comenté mientras su padre y yo reflexionábamos saboreando el vino—, hoy en día todo el mundo da por hecho que la votación en la mayoría de las elecciones sigue las líneas aprobadas por el emperador.

—¡En eso confiábamos! —reconoció Décimo, en una de sus contadas alusiones a su amistad con Vespasiano.

—Entonces, ¿qué hace hoy Eliano con esa caterva de cerriles?

Décimo lo explicó con su habitual sequedad:

—Los hermanos arvales, según hemos aprendido mientras nos dedicábamos sin descanso a imponernos a ellos, están muy ocupados durante el mes de mayo. Celebran la elección anual del líder y llevan a cabo los rituales de su máxima deidad durante un período de cuatro días. Tengo la teoría de que, después de los primeros asaltos sin freno a la comida y a la bebida, se toman un descanso y luego, aplacados por un día de resaca, continúan con más cautela.

—¡Son hombres hechos y derechos! ¿Cuál es la deidad?

—La diosa Día, esa dama conocida también como Ops.

—¿La protectora de las cosechas desde el principio de los tiempos?

—Desde que Rómulo trazó con el arado los límites de la ciudad.

Miré a Julia, pero la mujer estaba examinando las sandalias que llevaba con aire satisfecho. Se había agarrado el grueso tobillo y levantaba los dedos de los pies con una expresión interesante que significaba que estaba pensando en comerse el pie. Decidí dejar que aprendiera de sus investigaciones empíricas.

Décimo continuó su narración:

—El primer día de los ritos tiene lugar en Roma en la casa del maestro de los arvales, el hermano mayor de ese año. Al amanecer, ofrecen frutas, vino e incienso a la diosa, ungen la estatua, celebran un banquete formal en el cual se realizan nuevas ofrendas y los hermanos reciben regalos por su asistencia.

Viaje y subsistencia, ¿no? Buen grupo al que asociarse.

—Hoy, los ritos más importantes contemplan la elección del siguiente maestro en el bosque sagrado de la diosa. Espero que ahí esté la clave para adivinar si Aulo ha tenido éxito. Espero que el maestro recién elegido diga algo de quién va a ser ordenado bajo su mandato.

—Ojala tengas razón. Sería un gran golpe. Ser un hermano arval es uno de los honores que se conceden a lo más granado de la sociedad.

No exageraba. Los varones jóvenes de la familia imperial, por ejemplo, podían esperar su incorporación a la hermandad automáticamente como supernumerarios. Es probable que nuestros actuales príncipes, Tito y Domiciano, ya se hayan afiliado. El número total de miembros acostumbra a ser de nueve. Las vacantes están muy disputadas. Supongo que los Camilos iban demasiado lejos en sus aspiraciones cuando plantearon la candidatura de Eliano, pero éste no era el momento de criticarlos.

Ligeramente afectado por el vino, incluso el senador parecía dispuesto a reconocer la verdadera situación.

—No tenemos muchas posibilidades, Marco. ¡Condenados advenedizos!

—¿Se ha realizado ya la votación? —pregunté con un deje de prudencia.

—No. El acto tiene lugar en el templo de la Concordia, en el Foro, y parece que se celebra aparte de las fiestas rituales.

Fijamos la mirada en nuestras copas y reflexionamos sobre las desigualdades de la existencia.

Fue en este punto cuando, contra toda esperanza, el joven del cual estábamos hablando apareció en la puerta del estudio. Traía muy arrugada su indumentaria blanca que había llevado a la festividad y venía rojo como la grana. Probablemente estaba algo bebido, pero su expresión no lo dejaba entrever.

Eliano tenía una constitución más bien recia y unos rasgos menos finos que su hermana y que su hermano menor. Un buen pedazo de varón romano, a su modo: atlético y dotado de buenos reflejos. Había dejado que su hermana fuera la lectora de la familia, mientras que su hermano era el lingüista. Tenía los cabellos crespos, bastante más largos de lo que le quedaba bien, unos ojos pardos y una tez algo cetrina, puesto que últimamente pasaba demasiadas noches fuera de su casa con sus amigos.

Habría envidiado su estilo de vida pero, a pesar de la plena libertad de que disponía, se veía claramente que no era feliz.

—¡Sí, aquí estoy! Aquí sigue Aulo, alegraos.

El joven detestaba que su hermana viviera con un informante. Ahora que Helena y yo habíamos hecho permanente nuestro vínculo, me encantó bromear a su costa.

Eliano se quedó parado, sin acabar de entrar para unirse a nosotros y sin decidirse a largarse, furioso y ofendido. Su padre le exigió saber si había alguna novedad

acerca de la elección.

—No han contado conmigo.

Eliano apenas se atrevió a pronunciar estas palabras. Décimo preguntó quién había salido elegido. Su hijo pronunció un nombre que no reconocí. Décimo profirió una exclamación de disgusto.

—Bueno, es un buen tipo —consiguió murmurar Eliano, con sorprendente afabilidad.

Emití un murmullo de simpatía.

—Helena lamentará mucho saberlo —dije. Pero mi amada se daría cuenta de que aquello era una bofetada más en su rostro por parte de un hermano que no haría nada bueno en la vida a menos que consiguiera pronto algún título público.

Sin embargo, le preocupaba algo más que su fracaso con los arvaes. Tanto su padre como yo dedicamos, un poco tarde, una mirada más minuciosa a Eliano. Éste parecía a punto de vomitar.

—Te has echado al colete demasiadas copas, ¿no? —le pregunté. Él movió la cabeza en claro gesto de negativa. A pesar de ello, agarré una espléndida vasija de cerámica de una estantería donde formaba una colección de jarrones y la acerqué a él. Justo a tiempo.

Era una vasija ateniense en la que aparecía un muchacho con su tutor, un buen tema didáctico para alguien que parecía haberse consentido demasiado a sí mismo. El jarrón tenía las proporciones adecuadas para hacer de jofaina y disponía de dos asas para agarrarlo. Era una antigüedad espléndida.

Cuando las náuseas cesaron, Eliano hizo un esfuerzo por disculparse.

—No te preocupes. A todos nos ha pasado.

—No estoy bebido.

El padre lo acompañó hasta el diván.

—¡Y todos hemos pronunciado también esta frase poética entre protestas y gemidos!

Eliano se sumió en un pesado mutismo. Mientras Décimo dejaba la vasija en el suelo y la empujaba hacia un rincón donde algún pobre esclavo la encontraría al día siguiente, su hijo permaneció sentado, con los hombros extrañamente hundidos. La experiencia me decía que había superado el riesgo de volver a echar las asaduras.

—¿Qué sucede, Aulo?

Cuando respondió, lo hizo con voz entrecortada.

—Algo de lo que estás perfectamente al corriente, Marco Didio.

Décimo se movió bruscamente. Levanté una ceja como indicando que debíamos permitir que el muchacho se tomara su tiempo.

—He encontrado algo —continuó Eliano. Levantó la vista e insistió—: He tropezado con algo horrible.

Cerró los ojos y su expresión me hizo temer lo peor. En el siniestro negocio de informante, había visto aquella expresión en más gente de la necesaria.

—¿Ha habido algún accidente? —pregunté, optimista.

Eliano, sacando fuerzas de flaqueza, respondió todavía nervioso.

—No es eso exactamente. He tropezado con un cadáver. Pero, quienquiera que sea, está claro que no murió de accidente.

VIII

—Muy bien, hijo, tómate el tiempo que necesites —fue la decisión tomada por Décimo.

El senador fue a buscar una jarra de agua y un vaso. Eliano se enjuagó la boca y escupió en el vaso. Con paciencia lo vació en la pieza de cerámica ateniense, lavó el vaso, lo llenó de agua fresca y se lo dió a beber.

—Bien —comenté enérgicamente—, tu padre me ha contado que te disponías a participar en el día principal de adoración entre guirnaldas de espigas y manteles..., para hacerte notar en la causa del nuevo crecimiento del bosque sagrado de la hermandad arval. Fue allí donde tuvo lugar, ¿no? —Eliano se irguió en su asiento y asintió. Continué el interrogatorio, enérgico como un comandante de la legión que escuchara los pormenores de una situación de boca de un explorador—: ¿Y dónde está ese bosque?

—A cinco millas de la ciudad, en la Vía Portuense.

Eliano, como había servido en el ejército y en el gobierno civil, podía proporcionar un informe fiable cuando quería.

—¿Estamos hablando de un círculo de árboles venerables, o de qué?

—No. Se parece más a un foro. Tiene un circo, varios templos y un cesáreo para los emperadores deificados.

—¡Qué moderno! Y yo, estúpido de mí, pensaba en un refugio rústico.

—El emperador Augusto actualizó los rituales. El culto ha decaído en sus seguidores...

—¡Claro! Augusto intervino en todo. Y lo que hizo fue prepararme el escenario.

—Ha sido un día de adoración, seguida de juegos y carreras.

—¿Entre miembros del público?

—Sí.

—¿Todos hombres?

—No.

—¿Ha terminado la juerga?

—La gente espera todavía. La mayoría de los hermanos han regresado a Roma para celebrar allí otra fiesta en casa de su actual maestro. —Eliano hizo una pausa—. Bien, todos salvo uno de ellos. —Capté el comentario pero dejé que siguiera hablando—. Yo he vuelto a casa pronto. Parte de los que han estado en los juegos siguen divirtiéndose todavía en el bosque.

—¿Qué te ha echo venir tan pronto?

—Uno de los hermanos —explicó Eliano con un suspiro— me llevó aparte y me advirtió que «no se me consideraba lo suficientemente preparado para llevar la carga de la elección para un culto tan exigente». Es evidente que el hombre me estaba

diciendo que no soy lo bastante importante. —Eliano bajó la vista y su padre apretó los labios—. Me sentí fatal. Intenté mantener la cara risueña pero no dejaba de escuchar al muy condenado comentando en tono burlón la buena impresión que había causado y añadiendo que los hermanos esperaban sinceramente que encontrase otra manera de dar salida a mis supuestos talentos... No soportaba la mirada de la gente. Sé que debería haberme sobrepuesto...

Hizo una breve pausa, se apoyó en el codo y se cubrió la boca con una mano. Los dedos a la vista mostraban unas uñas mordisqueadas. Puse una mano en su hombro y, allí donde el pulgar tocó la piel bajo el borde de la túnica, la noté fría. El joven se hallaba en estado de shock.

Eliano continuó en voz baja:

—Tenía mi caballo en el lindero del bosque, donde se había instalado una línea de control. Para volver hasta allí tuve que pasar junto a un pabellón destinado al maestro, una gran tienda de campaña provisional. Oí que salía de ella un grupo de gente y me oculté rápidamente para evitar que me vieran. Tropecé con uno de los cables que sujetaban la tienda y caí literalmente de bruces sobre un cuerpo. —De nuevo, hizo una breve pausa—. Supuse que el hombre estaba borracho, pero algo hizo que me sintiera inquieto. Sin saber por qué, el corazón se me desbocó antes incluso de fijarme bien. La gente que había oído salir se alejó en otra dirección y volvió a quedar todo en calma. No había nadie alrededor. Apenas podía creer lo que veía. Era horrible. El cuerpo yacía en un charco de sangre, con las ropas empapadas de un líquido rojo. Llevaba la cabeza cubierta con una tela no sé de qué clase, igualmente empapada. Las heridas tenían un aspecto espantoso; sobre todo, la gran raja de parte a parte del cuello. El corte se lo habían infligido con un cuchillo ritual. El arma aún permanecía al lado del degollado.

—¿Estaba muerto? —preguntó Décimo.

—Sin la menor duda.

—¿Lo conocías? —pregunté.

—No, pero a su lado había una guirnalda de flores con las cintas blancas arrancadas en la lucha, probablemente. El hombre era uno de los hermanos arvaes.

—¡Bien, eso crea otra vacante! —Tomé aire y continué—: Entonces, supongo que informaste de tu descubrimiento, ¿no es eso?

Una mueca ceñuda se extendió por el rostro del joven.

—¡Oh, Aulo! —gruñó el senador.

—Estaba muy perturbado, papá. No podía hacer nada por él. Era una escena espantosa. No había rastro alguno del asesino; de lo contrario, te aseguro que habría hecho un esfuerzo por que cayera en mis manos. Una de mis preocupaciones era que, si aparecía alguien y me encontraba a solas con el cuerpo, podía sospechar que lo había matado yo.

De inmediato, pregunté:

—Ese cadáver, ¿no sería del hombre que te comunicó que no cumplías los requisitos para los arvaes?

Eliano me miró a los ojos, con los suyos abiertos como platos. Reflexionó sobre el comentario y respondió:

—No, no, Falco. No se le parecía en nada, estoy seguro.

—¡Bien! ¿Y qué hiciste entonces?

—Largarme de allí enseguida. Correr en busca de mi caballo y volver a casa lo más deprisa que he podido.

—Y venir a pedirnos consejo —apunté. Para mí, estaba claro que el joven Eliano esperaba olvidar todo aquel incidente.

—Está bien —asintió con una mueca—. Soy estúpido...

—No del todo. Has informado de tu macabro hallazgo a tu padre, un senador, y a mí. Es una conducta aceptable. —Aceptable..., pero no suficiente. Me apreté el cinto y estiré la túnica por debajo de él—. Tenemos dos opciones. O fingir que no sabemos nada del tema... o comportarnos como dignos ciudadanos.

Eliano sabía a qué me estaba refiriendo. Se puso en pie y se tambaleó ligeramente pero, probablemente, estaba en condiciones para el trabajo.

—O sea, tengo que volver allí...

—No te vayas a creer que toda la diversión va a ser para ti —repliqué con una sonrisa—. Yo también quiero participar. No voy a quedarme aquí sentado con una garrafa entre las manos cuando puedo montar a caballo y darme una indigestión mientras me interno cinco millas en el campo... Para que, al final, alguien más haya descubierto el cuerpo degollado y nadie nos dé las gracias por informar de ello por segunda vez. —Me volví hacia su padre—. Yo puedo ocuparme de esto. Pero a su señoría le queda el trabajo difícil: explicarle a Helena y a su esposa por qué nos hemos marchado...

—Creo que podré distraerlas —asintió Décimo, y se puso de pie como un resorte. Se inclinó y dejó salir a mi hijita de detrás del diván, sujetándola por los bracitos regordetes mientras ella hacía una orgullosa demostración de que ya sabía andar sola.

¡Qué visión! Yo ya sabía que podía sostenerse en pie. Era un nuevo truco. Había olvidado por completo que aquello le ponía al alcance nuevas atracciones y nuevos peligros. Fruncí el entrecejo. Julia había conseguido poner las manos en el tintero del senador; al parecer, había hecho una demostración en dos tonos, pues ahora tenía el rostro, los brazos, las piernas y la linda túnica blanca, todo, cubierto de grandes manchas rojas y negras. Tenía tinta en torno a la boca. Incluso tenía tinta en los cabellos.

Julia se agarró a su noble abuelo de forma que éste tuvo que alzarla y quedó manchado inmediatamente de rojo y negro. Luego, percibiendo cierto peligro, los

ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a sollozar, al principio en voz queda pero luego en un tono cada vez más alto que atrajo a las mujeres de la casa, que acudieron corriendo a ver qué desgracia había sucedido a la niña.

Eliano y yo aprovechamos el incidente para dejar que el senador se enfrentara a él sin más ayuda.

IX

Aún había luz. Helena y yo habíamos cenado pronto con sus padres con intención de regresar a casa con la niña antes de que las calles se hicieran demasiado peligrosas. Sin embargo, cuando su hermano y yo salimos al galope de nuestros briosos corceles, ya empezaba a anochecer. El tiempo no estaba de nuestra parte.

La Vía Portuense se dirige hacia el nuevo puerto de Ostia, en la orilla norte del Tíber. Teníamos que atajar por la ciudad para cruzar el río por el puente Probo. Anácrites y yo empezamos nuestras inspecciones del Censo por aquel lado y tomábamos muchas veces el trasbordador hasta las inmediaciones del Emporio, pero, a caballo, era de todo punto imposible usar esa vía. Yo detestaba cabalgar, aunque advertí que Eliano tenía una buena silla y parecía cómodo espoleando a su montura. Podríamos haber usado el carruaje del senador pero, en vista de la hora, lo que necesitábamos era ir deprisa. También renunciamos a una escolta, que no haría sino atraer la atención. Íbamos armados con nuestras espadas bajo la capa y tendríamos que fiarnos de nuestra buena estrella.

Al pasar junto a los Jardines del César, vimos ya la presencia de algunos tipos sospechosos. Pronto nos encontramos cabalgando junto a la casa de las fieras donde, seis meses antes, había empezado mi ascenso social como investigador de los fraudes al Censo que se cometían entre los suministradores del circo. El establecimiento estaba cerrado y en silencio, pues no se oía el eco del bullicio de los gladiadores tras la colación nocturna ni el inesperado rugido de un león. Ya en el campo, nos cruzamos con un par de viajeros que habían calculado mal el tiempo y llegaban tarde de la costa. Cuando llegaran a la ciudad tendrían que quedarse en el Trastévere, ese barrio que los conocedores de la ciudad evitan y en el cual los forasteros suelen terminar víctimas de un atraco o de algo peor. Más tarde, nos topamos con algún que otro miembro de la plebe adornado con espigas, señal inequívoca de que había estado en los juegos del bosque sagrado. Eliano suponía que la mayoría de la gente se había marchado mucho más temprano o se quedaría hasta el amanecer. Esto último parecía lo recomendable.

Mientras cabalgábamos, me contó los acontecimientos más señalados del día como mejor supo: los sacrificios de primera hora de la mañana a cargo del maestro, la búsqueda ritual de espigas de los hermanos ante el templo de la diosa, el compartir el pan de laurel (fuera lo que fuese semejante cosa) y los nabos (por lo menos, los arvaes no eran presuntuosos en la elección de sus guarniciones a base de verduras), y la unción de la imagen de la diosa. Después, despejado el templo y cerradas las puertas, los hermanos arvaes se recogieron las túnicas y llevaron a cabo una danza tradicional a los sones de su antiguo himno (tan complejo y misterioso que debían servirse de tablillas de instrucciones para llevarlo a cabo). Después llegó la elección

de un nuevo maestro para el próximo año, la distribución de premios y de rosas y una tarde de juegos que presidía el maestro arval revestido de la indumentaria de ceremonias. Para entonces, con buen apetito, los hermanos regresaban a Roma para cambiarse de ropa y seguir con nuevos banquetes nocturnos.

—¿En qué momento te llevó aparte ese tipejo altanero de la guirnalda de espigas para criticar tus talentos?

—Durante un descanso de los juegos. De hecho, lo conocí en las letrinas.

—Muy oportuno.

—¡Oh, yo soy el refinado de la familia!

—Sí, tu vida está adquiriendo una elegancia notable. —Me sonreí de su agrio comentario, que tenía un punto agudo típico de todos los Camilos—. Dime, pues, Aulo: en ese momento habría un bullicio ensordecedor y un montón de gente deambulando por el complejo, ¿verdad?

—Sí, es cierto. —Eliano vio de inmediato a qué me refería—. Y también había fanfarrias y aplausos procedentes de los juegos. Un forcejeo detrás del pabellón habría pasado inadvertido.

No hablamos más hasta que llegamos al bosque sagrado.

Había apenas cuatro árboles. A lo largo de los siglos el bosque había quedado reducido a un cortavientos ralo en torno al complejo. Los hermanos arvaes no eran silvicultores expertos. Incluso la poda rutinaria de las ramas sagradas exigía complejas ceremonias religiosas; cada vez que por la descomposición o por los rayos era necesario derribar algunos árboles y plantar otros, se realizaban grandes y solemnes sacrificios. Era algo inconveniente y había tenido como resultado que los árboles que rodeaban el santuario mostrasen los troncos nudosos y retorcidos. Aunque adorara la fertilidad, la hermandad debería avergonzarse de su jardín botánico.

Sus edificios, en cambio, eran un caso muy distinto. En decoración y gusto, el estilo claro de los templos habría podido salir de cualquier manual clásico de arquitectura. Los trazos más refinados y los detalles más destacados eran los del Cesáreo, la capilla dedicada a los emperadores deificados; triglifos y antefijas presentaban una sonrisa augusta en la parte superior. Parecía como si la familia imperial hubiera llenado el edificio con dinero imperial para asegurar que recibían suficientes honores. Muy astuto.

Eliano me condujo directamente al pabellón del maestro. Se trataba de una lujosa tienda de campaña (un lejano recuerdo de las tiendas de pieles para diez hombres que utilizaban las legiones en lo que yo denominaba acampada) que se erigía una vez al año en los días del festival. Aquella estructura, grande y bien cuidada, lucía unos palos rematados en tridentes y unos tirantes engalanados. El techo estaba formado con lienzos cosidos del tamaño de velas de barco para el transporte de grano; las

paredes, recargadas, cerraban el recinto por todas partes y había un porche sobre el cual colgaban las guirnaldas de espigas y de hojas de laurel. Ante la entrada acababan de encenderse varias antorchas, aunque en el interior no sucedía nada.

Crucé el porche y eché un vistazo al interior de la tienda. La temperatura aumentó considerablemente. La vaharada calurosa y húmeda que despedía me evocó directamente el ejército. Allí estaba el familiar olor sofocante de la hierba cálida y pisada. Ya estaban encendidas algunas lámparas de aceite. Frente a la entrada habían instalado un trono portátil. Delante de él, unos finos lienzos cubrían la mesa baja sobre la que sólo quedaban migajas. En la pared del fondo de la tienda, detrás del trono, se apilaban los cojines. Atraídas por la luz, las mariposas nocturnas y otros insectos de patas largas golpeaban la lona del techo. No había nadie más.

Tomé una antorcha y nos abrimos paso detrás de la tienda hasta que el rocío nos empapó las cintas de las botas. Eliano empezaba a mostrarse inquieto. Fuera lo que fuese lo que había visto antes, no quería volver a verlo jamás.

Según supimos luego, alguien lo había obligado. Cuando doblamos el ángulo de la tienda y llegamos donde me había dicho que encontraría el cadáver, comprobamos que éste ya no estaba.

Dejé a Eliano a la entrada del pabellón mientras yo intentaba encontrar ayuda. Por fin, me enteré de que el bosque sagrado no entraba en la jurisdicción de ninguna autoridad. Todos los hermanos arvaes habían regresado a Roma. Por extraño que parezca, nadie parecía saber nada del hombre que había sido acuchillado de forma tan terrible bajo los tirantes de la tienda. Tenía que haber una gran conmoción por la súbita muerte de uno de los doce hermanos, pero no vi señal alguna de consternación. El asesinato se había ocultado ignominiosamente.

Hice que Eliano volviera conmigo adonde había estado el cuerpo. Yo no dudaba de su relato, aunque empezaba a temer que otros pudieran mostrarse escépticos. Puse una mano en la hierba; estaba muy húmeda. Mucho más de lo que podía causar el rocío de la noche. A la luz de la antorcha, no era visible ya ningún rastro de sangre. Sin embargo, en los alrededores del pabellón encontré una rociada de gotas de color rojizo. Quien hubiera limpiado el terreno no se había percatado de ellas.

El cuchillo caído junto al cuerpo también había desaparecido. No parecía haber más evidencias de ningún tipo. Eliano introdujo la mano bajo el extremo inferior de la tienda; al montar ésta, la pared lateral había quedado sujeta al suelo mediante estacas de madera, que ahora aparecían arrancadas. Sin embargo, era posible que el encargado hubiese olvidado clavarlas; probablemente, aquella parte de la lona de la tienda se enrollaba durante algunas horas del día para airear el interior.

Con cierta dificultad, levantamos el faldón y observamos que los cojines que había visto dentro estaban todos apilados allí. Apartamos algunos y, cuando aproximé la antorcha, descubrí que la hierba del interior del pabellón, bajo los cojines, estaba

manchada con el rojo de la sangre.

—¿Me crees ahora? —preguntó Eliano, que hablaba siempre a la defensiva.

—¡Oh, siempre te he creído!

—Quien ya ha limpiado el exterior no ha caído en la cuenta de que le quedaba por repasar el interior de la tienda.

—Sí. Si alguien está encubriendo un asesinato, tendrá que ir a toda prisa. Imagino lo sucedido. Parece que la pelea empezó dentro de la tienda. Buen lugar para emboscarse alguien; el asesino pudo actuar con discreción. Al primer asalto, la víctima quizá cayó contra la pared de la tienda y, como ésta no estaba bien sujeta con las estacas, la lona cedió bajo su peso. Caería con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro y, probablemente, trataría de esconderse bajo la tienda, en un intento por escapar.

Tras esto, me agaché y pasé por el hueco yo mismo. En la cara interior de la tienda había más manchas de sangre, alargadas como si hubieran arrastrado un cuerpo que no hubiera traspasado la tela. Podría haberlas dejado un hombre herido, al caer.

—El problema empezó dentro. No sé cómo, la víctima desesperada llegó al exterior pero, probablemente, tropezó con los cables a causa del pánico y, al caer, fue rematado. Lo mataron ceremoniosamente, con el cuchillo de los sacrificios... —Los dos torcimos el gesto—. A continuación, el asesino bajó del todo la pared de la tienda y apiló los cojines para ocultar la sangre del interior.

—¿Y por qué había de molestarse en hacerlo?

—Para retrasar el descubrimiento del cadáver. Tú mismo decías antes que oíste aproximarse a alguien.

—Creo que eran esclavos que despejaban el interior.

—Puede que el asesino también los oyera llegar y tuviera tiempo para realizar unos retoques rápidos que dieran aspecto de normalidad a la escena.

Me pregunté si el asesino habría salido por la puerta, cruzándose con los criados, o si se habría colado otra vez bajo el faldón de la tienda. En cualquiera de los casos, logró evitar el encuentro con Eliano por muy poco.

—El cadáver —continué— podría haberse quedado detrás de la tienda y nadie lo habría descubierto.

—Exacto, Falco. Puede que no se descubriera hasta después de levantado el pabellón. Y tal cosa no sucederá hasta mañana, por lo menos..., o incluso pasado mañana, cuando termine formalmente el festival.

Mientras pensaba en todo esto, Eliano recorrió con la mirada la zona próxima al trono donde debía de haber empezado la agresión. De pronto, dio un respingo. Acababa de ver algo brillante bajo los cojines. Apartó los livianos almohadones en una zona más apartada y recuperó un objeto decorativo difícil de reconocer. Era un tubo plano con un extremo abierto y el otro cerrado y con forma curva. Como vaina,

habría sido demasiado corta para espada y demasiado grande para puñal, pero tenía una forma inconfundible, corta y de hoja ancha. Los dos supimos de qué se trataba: un refinado soporte para el cuchillo de los sacrificios.

—Bien, alguien ha cometido sacrilegio —exclamó Eliano con sequedad—. Está prohibido traer ninguna clase de arma al bosque sagrado.

X

Amanecía sobre el Arx.

En la menos elevada de las siete colinas, se alzaba el templo de Juno Moneta, Juno la Previsora, Juno la Acuñadora de Moneda, Juno la de los Buenos Consejos.

Frente a su templo estaba M. Didio Falco, el ex informante, el procurador. Falco, que desempeñaba debidamente las labores de su nuevo cargo... y buscaba una cláusula que lo librara de él.

El templo de Juno en el Arx conservaba los gansos, ahora bien alimentados, cuyos antepasados habían salvado en cierta ocasión a Roma de las hordas galas al ponerse a graznar cuando los perros guardianes aún no habían lanzado sus primeros ladridos. (Poco y nada bueno decía esto a favor de los comandantes militares de la época al no haber apostado centinelas.) Ahora, una vez al año, los laceros recogían los perros callejeros para ser crucificados ritualmente en tanto los gansos contemplaban la escena desde una litera con cojines púrpura. Tenía que asegurarme de que se sometía a los gansos a un tratamiento adecuado. Con los perros, en cambio, no tenía la menor obligación. Y, desde luego, nadie estaba obligado a corregir la incompetencia militar.

Unos graznidos de aves llamaron mi atención. Dos golondrinas giraban en el aire, perseguidas por un depredador. Éste tenía las alas anchas, una cola característica y un vuelo que mezclaba breves instantes de impulso a ala batiente mezclados con otros de planeo y de exhibiciones de cambios de dirección en el aire. Era un gavilán.

Aquél era el lugar de los augurios. El núcleo más antiguo de Roma. Entre los dos picos quedaba la llamada Silla de Montar, que Rómulo había señalado como refugio para fugitivos, determinando desde el primer momento que, pensarán lo que pensasen los austeros ancianos de las togas, Roma socorrería a los marginados sociales y a los delincuentes. En el segundo pico de la Ciudadela, se levantaba el templo nuevo a Júpiter Óptimo Máximo, el mayor construido jamás y, una vez terminado con todo el esplendor decorativo de estatuas y dorados, el más espléndido del Imperio. Desde el Arx había una espléndida vista del templo y, desde éste, se abría una espléndida panorámica hacia el este, hasta el monte Albano, donde los augures buscaban la inspiración de los dioses. Allí, sobre todo al amanecer, el hombre de espíritu religioso podía convencerse de la proximidad de las principales divinidades.

Yo no tenía tal espíritu. Había acudido al lugar para ver los pollos sagrados.

Junto al templo de Juno Moneta se extiende el auguráculo. Éste consiste en una plataforma consagrada que forma un emplazamiento práctico y permanente para los augurios. Yo siempre evitaba este conocimiento adivinatorio de tipo místico, pero conocía a grandes trazos que un augur debía marcar con un bastón especialmente curvado la zona del cielo que se proponía observar y, a continuación, la zona del

suelo desde la cual actuaría y en la que instalaba su tienda de observación. El augur se sentaba en su interior de medianoche al alba, mirando al sur o al este a través de la compuerta abierta hasta que veía, según él, un relámpago o el vuelo de un pájaro cargado de significado.

A todo esto me preguntaba yo, y no por malicia, cómo podía ver las aves en la oscuridad si todavía no había amanecido.

Aquel día no apareció ningún augur en el templo. Mejor así. Me asomé al interior para saludar sin acordarme de que cualquier interrupción anularía la vigilia de toda la noche.

Los pollos sagrados cumplían un papel distinto al de los gansos pero, como se utilizaban para los augurios, también vivían en el Arx y por eso le había parecido conveniente a Vespasiano añadirlos a mi principal tarea. Encontré al cuidador de los pollos, una de las escasas personas allí presentes.

—Llegas temprano, Falco.

—Se me ha hecho la noche interminable.

Prefería mantenerme como un hombre misterioso y no di ninguna explicación. Después de una crisis suelo desvelarme y la cabeza me da vueltas, con lo que no cesa mi excitación. Luego, puede ser que me adormile por fin al amanecer y me sienta fatal cuando me despierte ya tarde, o que me levante temprano y me sienta igualmente mal, pero con tiempo para hacer algo. En cualquier caso, Helena y yo habíamos pasado la noche en la residencia de los Camilos después de mi vuelta del bosque sagrado adonde había ido con su hermano. No tenía ánimos para empezar el día cambiando cortesías con personas medio desconocidas en el desayuno.

El guardián me mostró el gallinero. Está elevado sobre el suelo para evitar las alimañas. Unas puertas dobles con enrejado resguardan a las aves y las protegen de perros, comadrejas y de otros animales de presa.

—Veo que las mantienes limpias y bien guardadas.

—No quiero que mueran por mi culpa. Me gusta ser responsable con mi trabajo.

Si quería ser pedante, ahora que era procurador encargado del cuidado de las aves me correspondía hacer preguntas como si morían demasiados pollos, pero no quise darle una excusa para relajarse.

—¿Suficiente agua? —Había estado en el ejército y sabía ser irritante cuando el pueblo hace un trabajo perfectamente adecuado sin mi supervisión.

—Y mucha comida —asintió el guardián con voz paciente (ya había conocido a algunos como yo)—. Excepto cuando me hacen el guiño consabido.

—¿El guiño?

—Bueno, ya sabes cómo funciona esto, Falco. Cuando el augur quiere ver los signos que le interesan, abrimos el corral y alimentamos a las aves con bolas hechas de una masa especial. Si se niegan a comer o a salir del corral, o si salen y echan a

volar, es un mal augurio. Pero si comen con gana y esparcen migajas por todo el suelo, es señal de buena fortuna.

—Supongo que estás diciéndome que antes de los augurios hacéis pasar hambre a las gallinas, ¿o me equivoco? Y me imagino que sabéis hacer esas bolas de una masa que suelte migajas a porrillo —añadí.

El guardián de las aves hizo un chasquido con la boca.

—¡Lejos de mí hacer tal cosa! —mintió.

Una de las razones de mi desprecio hacia el colegio de augures era que podían manipular los asuntos del Estado escogiendo cuándo hacer favorables los auspicios. Personajes relevantes que sostenían opiniones que yo detestaba podían influir en asuntos importantes, o retrasarlos. No sugiero que se produjeran sobornos; simplemente, perversiones cotidianas de la democracia.

La principal función de las aves sagradas era confirmar los buenos augurios para los temas militares. Los comandantes del ejército necesitaban su bendición antes de abandonar Roma. De hecho, solían emplear gallinas romanas para consultar los augurios antes de la batalla, en lugar de confiar en aves locales que quizá no entendían lo que se quería de ellas.

—Siempre me ha gustado la historia del cónsul Clodio Pulcher, a quien auguraron infortunio en la batalla cuando estaba embarcado, dispuesto para luchar contra los cartagineses; el viejo demonio irascible arrojó a las aves por la borda.

—«¡Si no quieren comer, que beban!» —citó el guardián.

—A pesar de todo, Clodio perdió la batalla y toda su flota. Eso le enseña a uno a respetar las aves sagradas.

—¿Dices esto por tu nuevo empleo, Falco?

—No. Tengo fama de ser bueno con las gallinas.

Tomé notas en una tablilla, para dar buena impresión. Mis instrucciones como procurador eran inconcretas, como de costumbre, pero decidí preparar un informe aunque nadie me lo había pedido. Esto siempre sorprende a los superiores.

Mi plan consistía en sugerir que la plataforma del gallinero se elevara una pulgada. Me divertía inventar una razón científica absurda para ello. (La experiencia apunta que desde tiempos del rey Numa Pompilio la longitud media de las patas de las comadreas ha aumentado, por lo cual pueden llegar más alto que cuando se determinó la altura del gallinero de los pollos sagrados...)

Terminado mi trabajo en esta sección me fui en busca de los gansos sagrados, mis otros pupilos. Los animales se acercaron corriendo, graznando de un modo que me hizo pensar que los consejos de su cuidador eran los de un especialista, consejos que incluían advertencias de que, si se ponían desagradables, podían romperme el brazo. Difícilmente. Quizá los gansos de Juno habían aprendido que los humanos les traían comida. Cuando comprobé su estado, me siguieron incansablemente. Decidí volver

junto a Helena, a quien había dejado amamantando a la pequeña en un lugar recogido y discreto. Una comitiva de almohadas de plumas con patas no realzaba, precisamente, mi dignidad.

Helena esperaba en el auguráculo, alta y majestuosa. A pesar de que ya llevaba cuatro años con ella, su belleza seguía helándome el aliento. Mi novia. Increíble.

Julia estaba ahora completamente despejada; la noche anterior, después del baño y de la reprimenda por el episodio de la tinta, su abuelo y ella se quedaron dormidos juntos. Helena y yo nos habíamos instalado en una alcoba desocupada y dejamos a su padre a cargo de la pequeña. En la casa había buen número de esclavos para ayudarlo si era necesario. Nosotros hicimos el amor de madrugada sin el riesgo de que apareciese junto a la cama una pequeña espectadora ruidosa.

—Tiene ligeras manchas de tinta azul —dijo Helena sonriendo—. Mi padre y ella iban bastante bien tatuados.

La rodeé con mis brazos, rebosante aún de amorosa intimidad.

—Ya sabes cómo se blanquean las cosas en las lavanderías. Puede que alguien debiera mearse en ellas.

—Mi padre ya se te ha adelantado en gastar esa broma.

De cara a oriente, teníamos los ojos entornados frente al pálido sol matutino. A nuestra espalda quedaba el templo; a la izquierda, la vista se extendía por el Campo de Marte y por la cinta gris plateada de la superficie del río; más a la derecha, la amplia panorámica de los augures hasta las lejanas colinas envueltas en niebla.

—No parece muy feliz con tus gansos —comentó Helena.

—Estoy contento —respondí, y le acaricié la nuca lascivamente.

—Me parece que te propones crear problemas.

—Seré el procurador más eficiente que Roma haya tenido jamás.

—¡A eso me refería yo, exactamente! ¡No saben lo que han hecho nombrándote!

—Entonces, tiene que ser divertido. —Me eché hacia atrás, le hice dar media vuelta y mirarme y sonreí—: ¿Acaso quieres que sea respetable pero inútil, como todos los demás?

Helena Justina me devolvió una sonrisa maliciosa. Yo podía soportar hacerme piadoso, siempre que ella estuviera dispuesta a rescatarme de ese estado.

La ciudad se desperezaba. Abajo, en el foro del mercado de ganado, oímos las llamadas de los animales. Llegó a mi nariz un leve tufillo procedente de una curtiduría que debía de ofender también el refinado olfato de los dioses... o, al menos, de sus altivos y anticuados sacerdotes. Aquello me recordó al ex flamen dialis que se había quejado de los ansarinos, lo cual me llevó a pensar en su preocupada nietecilla.

—¿Qué piensas hacer con Gaya Laelia y su familia?

Helena hizo una mueca ante la sugerencia de que era responsabilidad suya, pero

enseguida planteó una sugerencia: «Invita a Maya a almorzar (en cualquier caso, yo aún no la he visto) y pregúntale acerca de esa recepción real».

—¿Yo también debo presentarme en casa para el almuerzo?

—No es necesario. —Helena sabía que me moría de curiosidad por enterarme de lo que decía Maya—. Y bien —replicó—, ¿qué te propones hacer respecto al cuerpo que Eliano encontró y ha desaparecido?

—No es problema mío.

—¡Ah, ya veo! —Helena hizo ademán de aceptar mi respuesta (aunque yo debería haber sabido que no era así) y murmuró en voz baja—: Yo tampoco he aprobado en ningún momento que mi hermano se afiliase a la hermandad de los arvaes. Ya entiendo que considerase que esto lo beneficiaría a efectos sociales, pero el nombramiento era de por vida. Mi hermano quizá disfrute comiendo y bailando con coronas de espigas durante algunos años, pero también puede ser muy serio y formal. No soportará todo eso indefinidamente.

—Ya sabes lo que pienso.

—Que todas las órdenes sacerdotales son grupos elitistas en los que patricios no electos y vitalicios ejercen el poder; sí, sí, éstos que van todos vestidos con ropas chillonas por razones no mejores que la hechicería, éstos llevan a cabo una manipulación dudosa y clandestina del Estado.

—¡Qué cínica te has vuelto!

—No hago más que citar tus propias palabras.

—¡Qué calamidad!

—No. —Helena adoptó una expresión glacial. —Tú, Marco, eres un observador agudo de la verdad política —añadió. A continuación, cambió de argumento—: En mi opinión, a menos que ya se conozca al asesino del hombre que encontró Eliano, mi hermano debería asumir, con tu ayuda técnica, la tarea de descubrirlo.

—¿A qué viene ahora todo eso? ¿Lo que pretendes es que Eliano informe al resto de los hermanos arvaes y, en señal de gratitud, la asamblea escoja al querido Aulo para cubrir la vacante?

—Nada de eso —replicó Helena—. Ya te dije que está mejor sin ellos. Así pues, cuando esos presuntuosos le ofrezcan un puesto gratuitamente, mi hermano podrá sentirse mucho mejor si exclama: «¡No, gracias!» y seguir su camino sin hacerles caso.

Y a veces la gente sugería que era yo el impetuoso.

—Así pues, ¿investigarás el asunto con él? —insistió Helena.

—No tengo tiempo para llevar casos privados sin que me paguen. Helena, querida, estoy muy ocupado planteando recomendaciones para el cuidado de esos bichos que graznan y cloquean desesperadas.

—¿Qué le has sugerido a Aulo?

—Que vuelva al bosque sagrado esta mañana y finja que está realizando una investigación oficial.

—¡De modo que lo estás ayudando, a pesar de todo!

Bien, lo que yo le había dicho era que podía utilizar mi nombre como tapadera, si eso convencía a la gente para que se lo tomara en serio.

—Depende de él. Si quiere saber la verdad acerca de ese cadáver misterioso, tiene mucho tiempo libre y buenos motivos para hacer indagaciones. Tendrá que encontrar a todos los esclavos que trabajaron ayer en el pabellón y hablar con los sacerdotes de varios templos; eso le llevará todo el día y demostrará si sus intenciones son serias. Apuesto a que no descubre nada. La experiencia aplacará su ardor y tal vez le obligue a desistir.

—Mi hermano es muy testarudo —advirtió Helena con voz apagada.

Por lo que a mí respecta, Eliano puede jugar con esta curiosidad tanto como quiera. Incluso puedo darle un par de indicaciones. Sin embargo, la rápida eliminación del cuerpo y el secreto con el que se ha producido no auguran nada bueno. Si los hermanos arvales deciden silenciar el incidente en el momento en que yo mismo me siento vagamente vinculado a la religión del Estado, tengo que resignarme. Hace tiempo yo era un investigador intrépido y entrometido, pero el maldito estamento del poder me había comprado a cambio de un puesto en el que apenas llevaba dos días.

—¿Qué puede hacer? —insistió mi novia, tan terca como su hermano.

—Eliano debería presentarse en la casa del maestro arval cuando la hermandad se reúna para el banquete de esta noche. Debería declarar lo que vio y dar a conocer su conocimiento del caso al máximo cargo de la hermandad, por lo menos, y a todo el grupo, si fuese posible. Mientras esté allí, debería mantener los ojos bien abiertos. Si advierte que falta algún hermano en concreto, puede deducir la identidad del cadáver.

Helena Justina se dio por satisfecha. De hecho, dio la impresión de creer que yo estaba ayudando a su hermano más de lo que me había propuesto.

—Qué maravilla, Marco. Por fin vas a tener un socio que colabore contigo mientras Justino está en Hispania...

Se lo negué con un movimiento de cabeza, pero ella se rió de mí. Antes de abandonar el Arx, compartimos por un instante la panorámica de la ciudad. Aquello era Roma. Estábamos en casa otra vez.

Si alguien ha oído comentar que un procurador vinculado al culto de Juno besó en cierta ocasión a una chica en el recinto sagrado del auguráculo, no son más que rumores que se esparcen con su habitual desprecio por la verdad. En cualquier caso, legado, esa chica era mi esposa.

XI

Maya se mostraba cautelosa como si quisiera dar visos de normalidad a la situación. Rehuyó el abrazo como si esto tuviera que parecer una demostración de afecto innecesaria. Estaba pálida pero vestía con su pulcritud habitual y llevaba sus rizos oscuros peinados hacia atrás, con la cara despejada. Iba ataviada con un vestido que yo sabía que era su favorito. Era evidente su preocupación por tranquilizarnos; desde luego, se notaba que hacía un esfuerzo. Pero en sus labios se notaba mucha tensión.

Venía acompañada de sus cuatro hijos y, cuando los llevé a la habitación de al lado para enseñarles los ansarinos, los ojos de Maya siguieron a sus pequeños con un destello de sobreprotección. Siempre bien educados, los niños se mostraban aún más callados que de costumbre; todos eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de que la muerte del padre tendría consecuencias drásticas y los mayores ya asumían en secreto la responsabilidad de sacar adelante a toda la familia tras aquella tragedia.

—¡Qué alboroto arman! —dijo Anco, con seis años cumplidos, mientras sostenía cuidadosamente entre las manos a uno de los ansarinos. Luego levantó la vista muy preocupado—. ¿Y qué se supone que debes hacer con ellos?

—Tengo que encontrarles otro sitio para vivir, Anco. Esta mañana he llegado a un acuerdo para que ocupen la lavandería de Lenia, al otro lado de la calle. Pueden moverse por el patio y alimentarse en la callejuela de atrás.

—¿Pero no tendrían que estar en el Arx?

—En este momento ya hay suficientes gansos allí.

—¿De modo que puedes quedarte los que sobran?

—Privilegios de mi nuevo empleo.

Anco tomó nota del comentario con expresión grave, considerándolo un estímulo para su carrera.

—No parece buena idea tener rondando a esos gansos en un lugar donde se lava la ropa —apuntó Cloelia. Tiene mi sobrina siete u ocho años y creía que tenía miedo de los animales, pero no le costó nada habituarse a arrojarles su pienso y sus hojas machacadas de mastuerzo a mis pupilos. Era la más práctica de mis sobrinas.

La lavandería de Lenia nunca había sido un lugar muy limpio, que digamos. Yo sólo acudía allí porque me caía a mano y porque Lenia fingía hacerme buenos precios. La mujer esperaba que los gansos protegieran la lavandería de las malintencionadas maniobras de su marido, del cual se había divorciado hacía poco. Esmaracto, que no había conseguido quitarle el negocio por vías legales, trataba ahora de expulsarla a la fuerza.

—Lenia no ha pensado en lo que van a ensuciar, de modo que no vamos a mencionárselo nosotros. ¿Queréis ayudarme a llevarlos a su nueva casa?

Salimos todos en comitiva, cargando con los ansarinos, la cesta y el comedero del pienso. Esto proporcionó a Helena y a Maya la oportunidad de hablar a solas.

—Nos gustaría recuperar este recipiente —le dije a Lenia.

La lavandera se echó hacia atrás los cabellos pelirrojos, encendidos como el pelaje de un zorro, y gruñó:

—¡No veo el momento, Falco! ¡Cuando los gansos hayan crecido, querré otro cazo más grande para cocinarlos!

—No lo dice en serio, ¿verdad? —me susurró Anco al oído, inquieto. Yo, que conocía a Lenia, estaba seguro de que sí lo haría.

—Claro que no, Anco. Las aves son sagradas. Lenia las cuidará con muchísima atención.

Lenia soltó una carcajada.

Encontramos a Petronio a la entrada del local, en pleno descanso antes del almuerzo, y se autoinvitó a acompañarnos, aportando un melón como cuota de inscripción.

Helena me dedicó una mirada iracunda cuando vio a Petronio, pero me pareció que sería de gran ayuda para alegrar el ánimo de Maya. La idea de Petronio para conseguirlo era dirigirle un guiño y comentar con una sonrisa:

—¡Qué viuda reciente más guapa! ¡Parece una jovencita!

—¡Pues ya soy un poco mayor, Petronio! —dijo Maya. Mi mirada siguió a Cloelia, que repartía unos cuencos de comida con poco garbo—. Y eso no significa que puedas volverme loca con tus halagos. ¡Actúa con normalidad y basta!

—¡Uuuy! Ya pensaba que estarías harta de que la gente normal murmure: «¿Y cómo conseguirás salir adelante?». Lo harás, no te preocupes.

Mi hermana le dedicó una mirada fulminante.

—¿Es cierto lo que he oído, que Arria Silvia y su hombre de los encurtidos se han marchado a vivir a Ostia?

Petronio se mostró más comedido de lo que yo esperaba cuando confirmó aquel nuevo desastre en su vida.

—Al parecer, ese payaso gelatinoso calcula que en los embarcaderos hay un gran mercado para su repulsivo producto. Y, en efecto, Silvia se ha llevado a mis hijas. En el futuro, no espero ver a las niñas más de una vez al año.

—Lo siento —fue el breve comentario de Maya. Todos sabíamos que Petronio echaría en falta a sus hijas pero, por lo menos, estaría allí si lo necesitaban de verdad. En cambio, los hijos de mi hermana ya no podían decir lo mismo de su padre.

Petronio, que se había instalado en un banco, estiró sus largas piernas delante de sí y se reclinó hacia atrás, cruzó los brazos y respondió tranquilamente:

—Éste es el único propósito que me trae aquí: ofrecerme a alguien más de quien sentir lástima.

Maya, que consideraba a Petronio una sabandija aún peor que yo, se tomó bien el comentario, al menos para lo que era habitual en ella.

—Petronio y Falco: la eterna pareja que no tiene por qué ser diferente. Ahora, escuchadme los dos con atención. El discurso oficial sobre mi marido expone lo siguiente: que era un inútil cuya muerte es lo mejor que le podía haber sucedido; si quiero cualquier cosa, sólo tengo que pedirla... aunque, por supuesto, esto significa no pedir nada que requiera tiempo o dinero, o que cause apuro; y lo más importante, hay que decirme que todavía soy joven y atractiva... Está bien, vale con «medio atractiva», y que pronto aparecerá alguien que ocupe el lugar de Famia.

Petronio Longo sentó sobre sus muslos a Rea, la silenciosa pequeña de tres años, y empezó a llenarle el cuenco. Siempre había sido un buen padre y Rea lo aceptó cariñosa y agradecida.

—Ocupar el lugar de Famia es ser un inútil, ¿no?

—¿Qué más? —dijo Maya y se permitió a duras penas una media sonrisa.

—¿Ha transcurrido suficiente tiempo como para que te digamos que jamás deberías haberte casado con él?

—No, Petronio.

—De acuerdo. Dejaremos esto para luego.

—No te preocupes; puedo vivir con ello. Es encantador lo dispuesta que está la gente a decirte que la persona que escogiste no merecía la pena. Como si no estuvieras ya preguntándote para qué es la vida y por qué te da la impresión de haber desperdiciado la mitad de ella. Todo, claro está, precedido de un: «Lamento tener que decirte esto, Maya...». ¡Qué consideración!

—Debes recordar —comentó Petronio con voz sombría, como si fuera un entendido— que todo lo que hiciste entonces fue lo que querías, o lo que parecía que querías.

Helena había colocado varias fuentes sobre la mesa; en aquel momento, se unió a nosotros en torno a ella y adoptó el mismo tono irónico de los demás.

—Estoy segura de que habrá muchas almas piadosas que expondrán que tienes cuatro hijos maravillosos que serán tu consuelo, Maya. Y que te insistirán en que lo que debes hacer es dedicarte a ellos.

—¡Pero que tampoco deje de cuidarme! —refunfuñó Maya—. «Por si sale algo.» Con eso quieren decir: «Por Juno, esperemos que Maya se entienda pronto con otro hombre, no sea que tengamos que ocuparnos de ella demasiado tiempo».

—Tus palabras me recuerdan horriblemente a las de Alia y Gala —comenté, refiriéndome a dos de nuestras hermanas mayores especialmente faltas de tacto—. ¿Y significa eso —le pregunté con tono apagado— que nuestra madre ha empezado a acosarte para que seas agradable con el pobre Anácritos?

Esta vez fue Maya quien replicó un poco alterada:

—¡Oh, no seas tan ridículo! Marco, querido, nuestra madre no haría nunca tal cosa. Ya me ha advertido que no baje mucho los ojos delante de él porque Anácrites es demasiado bueno para mí...

Fue en aquel momento cuando perdió su autocontrol y rompió a llorar. Helena se acercó para abrazarla, en tanto que Petronio y yo distraíamos a los pequeños. Lancé una mirada colérica a mi ex socio y él se encogió de hombros sin inmutarse. Tal vez tenía razón: a Maya le convenía dejar pasar el tiempo. Quizá lo que me molestaba de Petronio era que lo hubiese logrado con torpes comentarios en aquellos breves momentos cuando yo, antes, había fracasado en el intento.

Finalmente Maya dejó de llorar en el hombro de Helena y se enjugó las lágrimas en su propia estola. Alargó la mano para asir a Cloelia y a Anco y cargó con uno en cada brazo. Luego, me miró por encima de sus cabecitas. Ahora se apreciaba su tensión.

—Así está mejor. Tengo que confesarte algo, Marco. Cuando me contaste lo sucedido, tuve un momento de cólera y vertí por el desagüe hasta la última gota de vino que teníamos en casa... —Con esfuerzo, me dedicó una lánguida sonrisa—. Pero, hermano, si tienes alguna ánfora que ofrecernos, me gustaría beber un trago en la comida.

XII

Cuando todo el mundo terminó de comer, quise abordar el tema de la visita de Maya a palacio para conocer a la fabulosa reina Berenice. Sugerí que los niños se llevaran a *Nux* a dar un paseo por la plaza de la Fuente. Los pequeños, obedientes, dejaron que los echáramos fuera aunque, como se trataba de los descarados hijos de Maya, todos sabían a qué venía aquello:

—Vámonos, los mayores quieren hablar de cosas que no debemos oír.

Había atado una cuerda en torno al cuello de *Nux* y, cuando le entregué el extremo a Mario, el mayor de todos con sus nueve años, éste me miró con inquietud:

—¿Esta perra tuya tiene tendencia a escaparse y a perderse?

—No, Mario. *Nux* no se perdería jamás. La mimamos y la alimentamos demasiado como para que nos deje. La cuerda es por si tú te pierdes; en ese caso, *Nux* te traerá de vuelta sano y salvo.

Estábamos en el rellano a la altura de la calle, donde su madre no podía oírnos. Animado por la broma que acabábamos de compartir, Mario me tiró de la manga inesperadamente y me confió lo que le había tenido preocupado hasta aquel momento:

—Tío Marco, si ahora no tenemos dinero, ¿crees que dejaré de ir a la escuela?

El pequeño quería ser maestro de retórica; por lo menos, eso era lo que había decidido un par de años atrás. Tanto podía alcanzar su sueño como terminar ordeñando vacas. Hinqué la rodilla en el suelo y lo abracé con fuerza.

—Mario, te prometo que cuando haya que pagar la inscripción para el próximo curso, no te faltará el dinero necesario.

Aceptó mis palabras tranquilizadoras pero siguió mostrando cierta inquietud.

—Espero que no te haya importado que preguntase...

—No. Supongo que tu madre te habrá dicho que no molestaras a tu tío, ¿no?

El muchacho me dedicó una tímida sonrisa.

—Bueno, no siempre hacemos lo que dice mamá. Hoy, sus órdenes eran que no dejáramos de comentar lo guapa que es la pequeñita... y no quejarnos si tío Marco insistía en que tomáramos algo de esa horrible vieja ánfora de pescado encurtido que trajo de Hispania...

—¿Por eso tú y Anco habéis hecho esas muecas y os habéis negado a probarlo?

—Sí, pero lo que sí pensamos es que tu niña es más bonita que la de la tía Junia.

Vi con claridad que ahora Mario se consideraba en la obligación de ser el hombre de la casa. Tendría que parar aquello, pues podía echarle a perder su infancia. Como mínimo, Maya necesitaba poner fin a sus preocupaciones económicas, aunque ello significase forzar la colaboración de nuestro padre.

Volví a entrar y me senté junto a los demás con aire pensativo. Helena había

estado haciendo indagaciones sin esperarme.

—Escucha esto, Marco: el nombre de Cloelia consta entre los que entrarán en el sorteo para sumarse a las vírgenes vestales.

Solté un juramento, más por sorpresa que por tosquedad. Petronio añadió un comentario subido de tono.

—La responsabilidad no es mía —declaró Maya con un profundo suspiro—. Famia presentó su candidatura antes de partir hacia África.

—Pues nunca me habló de ello. De lo contrario, le habría dicho que era un idiota. ¿Cuántos años tiene la niña?

—Ocho —respondió Maya con gesto cansado—. ¡Ese Famia! A mí tampoco me dijo nada. Por lo menos, hasta que ya era demasiado tarde y Cloelia estaba convencida de que era una idea maravillosa.

—Pues ahora está excluida —nos dijo Petronio, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza—. Yo también pasé por eso con mis chicas; todas estaban locas por entrar hasta que tuve que insistir en que, como padre de tres hijas, podía eximir las del sorteo. Es un sistema perverso —se lamentó—. Seis vírgenes vestales que sirven como tales durante treinta años y cuyos puestos se renuevan mediante convocatorias y sorteos cada cinco años como promedio. Esto llena Roma de chiquillas soñadoras, todas ellas con el mismo deseo desesperado de ser las elegidas.

—Me pregunto por qué —replicó Helena secamente—. ¿Cómo van a pensar en otra cosa que no sea lo maravilloso que es trasladarse en carruaje, que los cónsules les cedan el paso, ocupar los mejores asientos en los teatros y ser veneradas por todo el Imperio? Y todo a cambio de unos cuantos trabajos livianos como transportar recipientes de agua y soplar el fuego sagrado...

Petronio se volvió hacia Maya.

—Famia tenía la eximente de las tres niñas...

—Lo sé. Lo sé —refunfuñó Maya—. Lo hizo porque era el colmo de la torpeza. Y ahora que el padre ha muerto, aunque la escogiesen, sería imposible que Cloelia ocupase el puesto. Las nuevas vestales deben tener a ambos padres vivos. Ésta es otra perturbadora consecuencia más de la muerte de Famia que tendré que explicar a mis pequeñas...

—No lo hagas —intervino Helena con tono enérgico—. Díselo al Colegio de Pontífices para que sean ellos quienes las retiren del sorteo. Así, Cloelia pensará que el premio se lo ha llevado otra por azar.

—Y, créeme, nunca ha habido la menor duda de que la afortunada sería otra —murmuró Maya, esta vez con tono irritado.

Cuando se calmó, nos contó lo sucedido:

—Mi maravilloso marido decidió que, si era realmente cierto que las plebeyas pueden ser elegidas como cualquier otra, nuestra hija mayor tenía derecho a optar al

honor de convertirse en vestal. No consultó el tema conmigo, probablemente porque sabía cuál sería mi respuesta. —Se suponía que aquello, además de ser un honor, proporcionaba un enorme respeto a la muchacha elegida durante los treinta años que permanecía en el puesto, pero Maya no era de esas madres que entregan a una chiquilla sin formar, todavía una niña, al control de una institución. Su familia era respetuosa de Roma y de sus tradiciones, pero también había aprendido a evitar planes poco realistas como dedicar la vida al servicio del Estado—. Así pues, ahora debo seguir fingiendo que es una gran idea. Tengo a Cloelia en permanente estado de hiperexcitación y los demás están secretamente celosos de que su hermana reciba tanta atención. Nuestra madre está furiosa, Famia ni siquiera estaba en el país para ayudarme a afrontar la situación...

Dejó la frase a medias. Petronio musitó, malicioso:

—Estoy seguro de que podemos dar por sentado que las pequeñas son vírgenes cuando el pontífice las acepta, al principio, pero ¿cómo puede nadie estar seguro de que las muchachas se mantienen castas? ¿Tienen que someterse a la prueba ritual cada semana?

—¡Lucio Petronio! —exclamó Helena, y le sugirió—: ¿No tienes ningún trabajo pendiente para esta tarde?

Petronio apoyó el codo en la mesa con una sonrisa.

—Hablar de vírgenes es mucho más interesante, Helena Justina.

—Me sorprendes. Pero hablamos de presuntas vírgenes, que no es lo mismo.

—Hablamos de una virgen de más, en el caso de Cloelia, la hija de Maya. —En esta ocasión, Petronio estaba decidido a causar problemas.

A mí no me habría importado, pero era previsible que Helena me echaría la culpa de lo que sucedía.

—Entonces, cuéntenos algo de esa voluptuosa Berenice —intervine yo—. Ésa no es en absoluto virgen, de eso podemos estar seguros.

—¡Ah! —dijo Maya—. Bien, desde luego es una mujer muy hermosa, si a una le gusta ese estilo. —No dijo qué estilo era y, en esta ocasión, tanto Petronio como yo guardamos silencio—. Si yo tuviera una cara de rasgos exóticos y una pequeña legión de peluqueros, no me importaría que mi reputación estuviese ligeramente empañada.

—No lo estaría —le aseguré—. De Berenice corre el rumor de que estuvo casada con su propio tío. ¡A ti nunca se te ocurriría hacerlo con los tíos Fabio o Junio!

Los dos hermanos de mi madre eran granjeros zoquetes de costumbres notoriamente extrañas y, al igual que yo, Maya carecía de paciencia para sus excentricidades.

—Supongo que si el tío de la reina estuviera tan chiflado como los nuestros, deberíamos sentir cierta simpatía por él —comentó—. En cualquier caso, la razón que me motivó a acudir a palacio fue que todas las chiquillas encantadoras cuyos

nombres aparecían en la urna de la votación para vestales y todas sus pacientes madres fuimos invitadas a una recepción con la amiga del César Tito. El encuentro fue concebido como una ocasión especial en la cual la población femenina de Roma aceptaría en su seno a la amiga del emperador asociado. De todos modos, imagino que siempre se amaña algo por parte de los encargados del sorteo, de forma que puede inspeccionarse a las pequeñas y eliminarse a las que no dan el perfil.

—Naturalmente, decir tal cosa es una blasfemia —dijo Helena con una sonrisa.

—¡Límpiame la boca! —exclamó Maya—. En cualquier caso, es evidente que una de las vestales estaba presente.

—¿Observando minuciosamente?

—No tanto. Era Constanza, una de las jóvenes. —Maya hizo una pausa, pero si había estado pensando algún insulto, se reprimió para no soltarlo—. En cualquier caso, por si alguien quiere hacer apuestas, las formalidades dejaron las cosas muy claras. Era tan condenadamente evidente cuál será el resultado, que el resto podríamos habernos vuelto a casa de inmediato. Todas llegamos a la hora marcada y enseguida se formaron grupos espontáneos según la categoría. Todas las madres fuimos presentadas a la distinguida anfitriona. Se puede calificar a la reina de mujer arrebatadora, pero a mí me pareció un poco fría...

—Son nervios —Helena fingió defender a la reina—. Probablemente, teme que se le haga el vacío.

—¡Me pregunto por qué! Como si fuese por casualidad, la cosa es que terminó rodeada en su estrado por las madres de rango patricio, mientras las demás nos quedábamos charlando entre nosotras. Y, al mismo tiempo, una muchachita había sido seleccionada para ofrecer a la reina una guirnalda de rosas, lo cual significaba que la niña pasó la mitad de la velada sentada en el regazo sedoso de Berenice mientras Constanza, la virgen vestal, ocupaba otro asiento contiguo. A las que procedíamos de otros estamentos sociales menos afortunados nos sacudió una intuición súbita y misteriosa respecto a qué nombre saldrá cuando el pontífice extraiga una bola de la urna del sorteo.

—¿Y ese nombre no será el de Gaya Laelia? —preguntó Helena.

Maya puso los ojos en blanco.

—¡Por los dioses, querida! No deja de asombrarme cómo tú y mi hermano siempre estáis en primera línea de los rumores y chismorreos. ¡Sólo lleváis tres días en la ciudad y ya lo sabéis todo!

—Es un don.

—Lo cierto es que, en efecto, conocimos a Gaya, esa pequeña patricia encantadora y llena de autosuficiencia.

—¿La conocéis a través de tu familia? —preguntó Maya a Helena.

—Es una de mis clientas —repliqué yo con parsimoniosa lentitud. Maya y

Petronio dieron un inesperado bufido—. Parece ideal para el trabajo de vestal. Todos sus parientes están especializados en ostentar cargos sacerdotales. La niña se ha educado en la casa de un flamen dialis.

—Bien, querido, todo eso ya lo sé. ¡La niña es perfecta para ese papel! —se mofó Maya con acritud—. Y no quiero ser desconsiderada, Marco, pero ¿para qué te necesita?

—Reconozco que eso me desconcierta. ¿Tu hija llegó a hablar con Gaya Laelia?

—Me temo que sí. Quizá me falten habilidades para escalar puestos en la sociedad, pero mi extraña niña ambiciosa va directamente a hacer amigos entre la gente importante.

—Cloelia no puede ser tuya —dijo Helena—. Famia debió de encontrarla bajo el arco de un puente. Háblanos de Gaya Laelia; ¿parecía feliz de verse preferida por Berenice y la vestal?

Maya hizo una pausa antes de responder.

—Bastante. Era una de las más pequeñas y después de un largo rato en el regazo real me pareció que se aburría un poco. En cualquier caso, hubo un poco de revuelo. Pero la situación se manejó con bastante disimulo y la mayoría de las presentes ni se enteró.

—¿Qué clase de revuelo? —pregunté.

—¿Cómo voy a saberlo? Dio la impresión de que la pequeña decía alguna inconveniencia, como suelen hacer los niños. Berenice la miró sorprendida y Gaya fue retirada del regazo de la reina; su madre la agarró como si quisiera que se abriese la tierra y la tragase, pero todas las mujeres próximas continuaron riéndose y fingiendo que no había sucedido nada. Cuando volví a ver a Gaya, jugaba con mi Cloelia y las dos me dirigieron una mirada en la que podía leer la amenaza en caso de que las interrumpiera.

—¿Jugaban? —insistió Helena.

—Sí, se pasaron más de una hora transportando imaginarios cuencos de agua desde una de las fuentes.

—¿Qué opinas de Gaya?

—Demasiado bien educada. Demasiado exquisita y demasiado buen carácter. Demasiado bonita y agraciada. No lo digas: ya sé que soy una refunfuñona.

—Y eso nos encanta de ti —aseguré a mi hermana con afecto. Le expliqué cómo Gaya había acudido a verme y lo que había dicho de su familia—. No sé la verdad de todo este asunto, pero la chiquilla me pidió ayuda. ¿Y qué piensas de la madre de Gaya? Si algún miembro de la familia tiene algo contra la niña, ¿podría ser ella?

—Lo dudo —contestó Maya—. Estaba orgullosísima de su pequeña.

—Sólo hemos conocido a un tío suyo —intervino Helena—. ¿La madre está dominada por alguien?

—No lo parece. Por lo menos, cuando está fuera de casa en compañía de otras mujeres.

—Pero, en casa, quién sabe, ¿no? ¿Cloelia le contó a Gaya que tenía un tío que trabajaba como informante?

—No tengo la menor idea. Es muy probable que sí.

—Y, por otra parte, supongo que no sabes si Gaya le contó a Cloelia algo de su familia...

—Helena, cuando Julia crezca un poco aprenderás una cosa —respondió Maya—: yo no era sino la acompañante que permitía a mi hija relacionarse con gente de clase alta y soñar que también ella era ridículamente importante. Yo contraté la litera que nos condujo al Palatino. Yo causé apuro al llevar un vestido demasiado brillante y bromear respecto a la ocasión en un tono que no cayó bien en algún grupo. Salvo esto, mi presencia era superflua. No se me permitía saber nada de lo que Cloelia comentaba con otras chicas cuando andaban juntas por su cuenta. Mi único papel fue luego en casa, mojarle la frente y sostener la palangana, pues la excitación le hizo pasar la noche vomitando.

—Eres una madre maravillosa —le aseguró Helena.

—Coméntaselo alguna vez a mis hijos.

—Ya lo saben —apunté.

—Pues Cloelia no pensará igual cuando tenga que darle la noticia de que no la escogerán.

—Muchas madres tendrán el mismo problema por toda Roma —le recordó Petronio.

—Todas, menos la mujer bizca, pagada de sí misma, ésa que parió a Gaya Laelia.

La madre de la pequeña había ofendido profundamente a Maya, pero imaginé que, en parte, la culpaba por el mero hecho de existir.

—Quizá no resulte tan sencillo. Decididamente, aquí se nos escapa algo. La niña vino aquí en busca de ayuda por alguna razón.

—Vino a verte porque tiene una imaginación desbordada y muy poco sentido común —dijo Maya—. Por no hablar de una familia que le permite hurtar la litera y deambular por media ciudad sin su obligada acompañante.

—Me da la impresión de que en este asunto hay algo más —dijo Helena tras unas reflexiones—. Es inútil. No podemos olvidarlo todo, sin más. Marco, uno de los dos tendrá que investigar esto a fondo.

Sin embargo, tuvimos que dejar la conversación en aquel punto debido a la conmoción que se produjo a la puerta de la calle cuando los niños llegaron un poco asustados. Los pequeños gimoteaban e incluso Mario estaba muy pálido.

—¡Oh, tío Marco, un perro muy grande ha saltado sobre *Nux* y no quería soltarla!

El chiquillo se retorció todo apurado, pues sabía qué se proponía el animal pero

no se atrevía a decirlo.

—Eso es magnífico —dije, radiante, mientras *Nux* se refugiaba bajo la mesa con un gesto entre tímido y avergonzado—. Si al final tenemos una camada de cachorros zarrapastrosos, Mario, serás el primero en escoger uno.

Mientras mi hermana se estremecía de horror, Petronio murmuró en un ronco aparte:

—Es muy acertado por tu parte, Maya. El padre de esas criaturas era veterinario de caballos y tú debes permitir que tus queridos retoños desarrollen esa afinidad con los animales que han recibido en su herencia.

Pero Maya había decidido que tenía que salvarlos de la mala influencia de Petronio y de la mía, de modo que dio un respingo y condujo a casa a toda su descendencia.

XIII

—¡Bah! ¡Vaya pérdida de tiempo!

Me había permitido olvidar temporalmente que Camilo Eliano, no se sabía cómo, había perdido un cadáver. Ascendió pesadamente los peldaños de nuestra escalera e irrumpió en el piso con el entrecejo fruncido. Oculté una sonrisa. Normalmente el joven héroe aristocrático despreciaba todo lo relacionado con el papel de informador, pero había caído de lleno en la vieja trampa: enfrentado a un enigma, se sentía impulsado a investigarlo, y seguiría haciéndolo incluso cuando se sintiera agotado y furioso.

Ya estaban ambas cosas en marcha.

—¡Por el Hades, Falco! Me has enviado a una misión absurda. Cuando preguntaba, todo el mundo me respondía con suspicacia, la mayoría se mostraba hosco y desagradable, algunos intentaron engañarme e incluso hubo uno que salió corriendo.

Le habría ofrecido una copa, el tónico tradicional, pero aquel día habíamos consumido toda mi reserva a la hora de comer. Cuando Helena le indicó que tomara asiento en un triclinio, los ojos castaños de Eliano recorrieron la mesa con la mirada como si buscaran vagamente una jarra y una copa. Todos los instintos más elementales estaban en marcha, aunque le faltaba el descaro suficiente como para pedir un trago abiertamente.

—¿Lo perseguiste?

—¿A quién?

—Al que salió huyendo. Te diré que casi con certeza ésa era la persona con la que tenías que hablar.

Camilo Eliano reflexionó acerca del comentario. Por fin, entendió a qué me refería, cerró el puño y se golpeó la frente.

—¡Bah! ¡Tonterías, Falco!

—¿Lo reconocerías si volvieras a verlo?

—Era un muchacho. Los miembros de la hermandad tienen a varios jóvenes como ayudantes y criados de sus banquetes. Se da la coincidencia de que estos jóvenes reciben el apelativo de «camilos». Sólo son cuatro. Seguro que lo reconocería.

—Tendrás que participar en algún festín primero —señalé, tal vez innecesariamente.

Eliano bajó la cabeza hasta apoyar la frente en la mesa, se cubrió el rostro y gimió desesperanzado.

—Otro día —dijo—. Ahora no puedo más. Estoy exhausto y furioso.

—¡Qué lástima! —murmuré con una sonrisa, al tiempo que lo ayudaba a ponerse

de pie tirando de él. Aquel hombre torpe y altivo se había comportado abominablemente con Helena y conmigo. Ahora, me encantaba poder pagarle con la misma moneda—. Porque si realmente quieres llegar a alguna parte, tú y yo lo que tenemos que hacer es ponernos presentables y dar un paseo hasta la casa del maestro de la hermandad arval. ¡Y debemos hacerlo ahora mismo, Aulo!

Era el último día del festival. Sería su última oportunidad. Mi joven aprendiz tuvo que aceptar el hecho de que su misión estaba determinada por unas limitaciones de tiempo. Como yo, era lo bastante astuto como para ver que, si queríamos atajar la progresión del escurridizo supervisor de un culto que escondía algo, necesitábamos poner en acción todo nuestro ingenio y nuestras energías... y que debíamos actuar deprisa. Su trabajo apenas se había iniciado.

—Juegos de hombres —me disculpé ante Helena.

—¡Chicos! —comentó—. Tened cuidado.

Le di un beso. Hubo un momento de vacilación por parte de su hermano, pero demostró que estaba aprendiendo y se obligó a imitarme.

Eliano supo encontrar la casa del maestro, en donde el primer día del festival asistió al banquete como observador. La mansión era una villa señorial que imitaba las de la costa, con su propia isla de tierras, situada cerca de la Vía Tusculana. Una profusión de delfines de piedra daba al lugar una sensación marina y un aspecto alegre carente de pretensiones, aunque en el centro urbano de Roma aquellas hileras de balcones abiertos en cada ala producían un efecto curioso y armónico. En la bahía de Nápoles, los propietarios podían dedicarse a pescar desde los porches de sus villas, pero su nostalgia por las vacaciones augustas, desaparecidas hacía ya mucho tiempo, quedaba fuera de lugar. Nadie pesca en las alcantarillas de Roma. Por lo menos, nadie que conozca, como es mi caso, qué cosas flotan en el suministro de agua de la ciudad.

Cuando llegamos, el gran número de palanquines era señal inequívoca de que la élite de miembros del colegio empezaba a reunirse para el banquete de aquella noche. Se notaba un bullicio especial y me pregunté si aquellos hombres coronados de espigas se saludaban con una animación superior a la habitual porque tenían conocimiento de la muerte producida la noche anterior.

Sin embargo, un hombre abandonaba el lugar. Alto, enjuto, anciano y arrogante, cuidaba de que su mirada no se cruzara en ningún momento con la de los demás. En torno a su venerable calva lucía unas canas de cabello fino que el viento agitaba suavemente.

El hombre se detuvo en lo alto de la escalinata de entrada como si esperase que algún lacayo le abriera paso. Cuando Eliano ascendió los peldaños con saltos atléticos, rozó ligerísimamente con la capa al viejo, que se encogió como si acabara de tocarlo un mendigo leproso. Eliano tomó al hombre por un senador que quizá tenía voto en la asamblea y se disculpó, circunspecto. La única respuesta fue un gruñido de

impaciencia.

El hombre le resultó vagamente familiar. Quizá tenía algún cargo honorífico, o puede que lo hubiera visto en los asientos del teatro. Júpiter sabía de quién se trataba.

Entramos con osadía en el porche principal. Encontré un chambelán. Nuestros ademanes le sirvieron de advertencia: éramos un problema, pero demostramos ser lo bastante discretos como para convencerlo de que nos ayudase.

—Lo lamento, pero esto es muy urgente. Antes de que empiece la diversión, tenemos que ver al maestro por un asunto confidencial. Somos Didio Falco y Camilo Eliano. Y el asunto se refiere a un hecho desafortunado que se produjo ayer tarde.

El chambelán respondió afable, inexpresivo y, sin duda, al corriente del escándalo acaecido en el bosque. Para incredulidad de mi acompañante, nos franqueó el paso al momento.

Mala señal. El maestro debía de estar llevando aquel asunto con astucia.

En un principio no fuimos recibidos por el maestro en persona, sino por su adjunto, un hombre pegajoso y coloradote, cubierto de verrugas, al cual, de haber sido un hombre común en lugar de un noble de alcurnia, no habría comprado pescado fresco por temor a que me produjera alguna intoxicación. Lo acompañaba el viceflamen, un tipejo pálido y delgaducho con un goteo en la nariz que debía de ser la fuente principal de los resfriados veraniegos que se producían aquel mes en Roma. Los dos individuos nos recibieron con nerviosismo, explicaron quiénes eran y se extendieron en excusas y comentarios sobre su participación en los oficios y en las ceremonias en el templo, puesto que el auténtico maestro y los flámines habían tenido que acudir a otras obligaciones.

De todos modos, se ahorraron explicaciones embarazosas dado que en ese momento sus superiores aparecieron en escena, vestidos con ropas de viaje.

Me levanté respetuosamente. Lo mismo hizo el hermano de Helena, a imitación mía.

—¡Camilo Eliano! —El maestro se lavó las manos en un aguamanil que sostenía un esclavo; a continuación, asintió con una sonrisa para demostrar que lo reconocía—. ¿Y tú eres...?

—Didio Falco. —Probablemente, era una convención aceptada por todos que, en compañía de tales personajes, uno mencionara la relación que mantenía con la religión. Sin embargo, no estaba dispuesto a reconocer mi condición de guardián de los gansos—. He trabajado para el emperador —añadí. Que adivinaran en qué—. Estoy aquí como amigo de este joven. Eliano tuvo una experiencia bastante desagradable a últimas horas de la tarde de ayer. Creemos que debe ponerle al tanto de ello formalmente, por si no estáis al corriente de lo sucedido.

—Lamento haberos hecho esperar; teníamos algunos asuntos extraordinarios que tratar en el bosque sagrado.

El maestro era un hombre de vientre abultado que ya debía de ser enorme mucho antes de ocupar el cargo en un puesto que acarreaba la continua participación en banquetes. El flamen sacrificial del culto, que le seguía a dos pasos, era bajo de estatura y estrecho de cintura, pero hacía denotar su presencia con una risa estridente en momentos inoportunos.

—¿Un rito de purificación? —pregunté sin alzar la voz.

El eficiente chambelán debía de haber avisado al cabeza de familia de lo que habíamos manifestado que buscábamos.

—Exacto. El bosque ha quedado contaminado por la presencia de un arma. Pero ya se han ofrecido las debidas reparaciones con solemnes *suovetauriliae*.

Como es sabido, este magno acto de expiación consiste en el sacrificio de un cerdo, un carnero y un toro juntos. Tres animales perfectos, cazados a lazo y degollados al día siguiente.

¿Sería tratado con la misma diligencia un cadáver humano ensangrentado? En aquel culto, sí.

Los tres funcionarios habían encontrado asiento. Las espigas de los tocados asentían suavemente a la luz de una hilera de lámparas de aceite suspendidas. Unas sombras cruzaron sus rostros. Los tres hombres estaban acostumbrados a aquel efecto. Eliano, que esperaba unirse a ellos, debía de haberse preparado para aceptar esta visión. Yo conseguí contener la sonrisa. Por muy poco.

—Bueno, joven, cuéntame qué te sucedió —propuso el maestro con tal condescendencia que me castañetearon los dientes. En aquel momento estaba cambiándose de ropa para cubrirse con un vaporoso vestido de noche blanco, como el que ya llevaban los demás. Sobre uno de los hombros había colocado un chaleco doblado. El banquete se estaba retrasando. Ayudado todavía por el discreto esclavo, se vistió a toda prisa. Notamos que aumentaba la tensión a cada momento. Por supuesto, nadie quería que el cocinero arval empezara a lamentarse de que se le quemaba el asado.

Eliano exhibió su gesto ceñudo menos atractivo y dijo bruscamente:

—Tropecé con un cadáver detrás de tu tienda, señor.

—¡Ah! —El hombretón no dio muestras de la menor sorpresa; apenas dejó entrever una leve preocupación. Ya ataviado para el festín, hizo una indicación al esclavo para que nos dejara—. Debe de haber sido una experiencia terrible.

—¿Vosotros visteis el cuerpo? —intervine.

—Yo, sí. —El hombre no hizo ningún intento de disimular. Normalmente, en mi trabajo, uno encuentra resistencias y negativas rotundas a colaborar, pero ésta también era una escena familiar. Estaba seguro de que era mucho peor. Tratar con franqueza absoluta es como caer en un silo de grano. Uno puede asfixiarse en un instante.

—Posteriormente el cadáver desapareció. —Perturbado todavía, Eliano habló en tono demasiado áspero. Si le permitía continuar por aquel camino, perderíamos la poca iniciativa en la conversación que aún conservábamos.

El maestro nos miró de hito en hito. La suya fue una discreta exhibición de suave reproche.

—¡Ah, querido! Veo que sospechas de maniobras oscuras...

Noté que se me encendían las mejillas. Era como si habláramos de que faltaban de la caja unos cuantos denarios extraviados, en lugar de referirnos a un hombre que estaba honrando la antigua religión oficial cuando había muerto acuchillado en una de las tiendas.

—¿Habéis procedido a limpiar el lugar de los hechos?

Formulé la pregunta sin dar muestras de demasiada desaprobación. Estaba ante personas inteligentes que se daban cuenta de que yo conocía su deseo de que el secreto se mantuviera en el círculo de practicantes del culto.

El maestro ahondó de inmediato la mueca de profunda lamentación que ya mostraba.

—Me temo que sí. Al fin y al cabo, era la noche principal de nuestra fiesta anual y esperábamos evitar el pánico entre el personal asistente y entre el público que estaba de visita para los juegos sagrados. El bosque de la diosa también había sido contaminado, de modo que hubo conversaciones respecto a cómo volver a consagrarlo lo antes posible... Bien, éste es un asunto de lo más molesto, pero no existe ningún secreto inconveniente. Te agradezco que acudas a nosotros con tus preocupaciones. Permíteme explicar qué ha sucedido, hasta donde nosotros sabemos...

—¿El muerto era uno de los hermanos? —pregunté.

—Por desgracia, sí. —Noté que no hacía el menor ademán de decir el nombre—. Un triste accidente doméstico. La mujer responsable fue descubierta vagando por el bosque inmediatamente después, cubierta de sangre y llorando muy abatida, totalmente trastornada.

—Lo has llamado «un accidente doméstico»; ¿quiere eso decir que esa mujer es pariente de la víctima?

—Tristemente, así es. ¿No es verdad, Falco, que los asesinatos se cometen, en la mayoría de los casos, por miembros de la propia familia?

Asentí.

—Normalmente, las esposas matan a sus maridos. ¿Viste a la mujer con tus propios ojos?

Por primera vez, el hombre dio la impresión de sentirse abrumado por el terrible suceso.

—Sí. Sí que la vi. —Permaneció callado un instante y luego añadió—: Una vez

que la mujer se tranquilizó, su rostro adquirió una expresión de satisfacción. Yo le hablé con suavidad y ella admitió que lo había hecho.

—¿Y pudo dar alguna explicación racional al crimen?

—No.

—Sería difícil —comenté con sequedad.

—Estas cosas suceden a veces. Se produjo de forma muy inesperada; de lo contrario, podrían haberse evitado tan terribles consecuencias. Ese miembro de nuestra hermandad, según se ha sabido ahora, llevaba tiempo perturbado por los accesos de locura de la mujer, pero intentaba protegerla ocultándolos. Hay gente que actúa así, ¿sabes? —Respondí con una mueca de asentimiento—. He hecho más investigaciones y he llegado a la conclusión de que ésa es toda la verdad. La mujer se trastornó. Lo que quizá no averigüemos nunca es si se debió a una gran presión que ya no podemos descubrir o a una desdichada enfermedad mental.

—¿Se emprenderá alguna acción oficial?

—No, Falco. He consultado al emperador hoy mismo, pero no se sacaría nada llevando el caso a los tribunales. No haría sino aumentar la pena y el dolor de todos los afectados. No nos queda otra cosa por hacer que lavar el cuerpo y entregárselo reverentemente a sus familiares y que éstos se ocupen del entierro. La pobre mujer ha sido puesta bajo la tutela de su familia más cercana, con la promesa de que será atendida y vigilada constantemente.

Al oír esta perorata, los dos funcionarios ayudantes que nos habían recibido a la llegada se revolvieron ligeramente en sus asientos. Ellos y el maestro intercambiaron unas miradas y el vicemaestro dijo a su superior:

—Cuando llegaste estábamos tratando los detalles.

—Bien, bien...

Intuí que el diálogo se refería a mucho más de lo que las palabras en sí dejaban traslucir. ¿Se trataba acaso de una advertencia de algún tipo?

El maestro me miraba como si esperase a ver si insistía en el tema. Decidí no hacerlo.

—Por supuesto, no habrá publicidad, ¿verdad?

Asintió en silencio.

—¿Cómo se llamaba el hermano que murió? —intervino Eliano.

El maestro le miró con una mirada colérica bajo el entrecejo fruncido.

—Me temo que no puedo decirlo. Se ha decidido no decirlo. —Habló con voz grave y su tono dio a entender que la decisión estaba respaldada por Vespasiano tras la consulta que el maestro afirmaba haber realizado con él—. No se facilitará el nombre de la familia implicada en esta tragedia terrible.

Los otros tres hermanos se revolvieron en sus asientos. Ya no me quedaban dudas de que conocían toda la historia. Estaban extasiados con el modo en que su líder nos

toreaba con la versión oficial.

Cerré los labios y aspiré profunda y lentamente por la nariz. En otra época me habría hecho incómodo a fuerza de tanto insistir en que me facilitaran más información, con lo que no habría llegado a ninguna parte. Cuando la clase dirigente cierra filas, su personal sabe bien cómo hacerlo. Eliano estaba impaciente por seguir con el tema, pero yo negué con la cabeza en un leve gesto para advertirle que no protestara.

—Joven —dijo el maestro con tono comprensivo—, me perturba mucho que te hayas visto involucrado en este triste episodio mientras asistías a nuestros ritos. Debe de haber sido un buen sobresalto. Hablaré con tu padre, pero trasmítele ya mi sincero pesar. Y a ti, Didio Falco, gracias. Te agradezco de todo corazón tu ayuda y tu apoyo.

—Confía en nuestra discreción —dije, acompañando mis palabras con una sonrisa, que intenté que no fuera sombría. El hombretón de la túnica no nos había pedido que guardáramos silencio; sin embargo, quedaba entendido que seríamos considerados con la desgraciada familia afectada por el caso—. Yo soy un agente imperial que goza de la confianza del emperador y Eliano, como bien sabes, tiene el mayor respeto por los hermanos arvaes.

Preguntar quién era el máximo candidato a la inesperada nueva vacante habría sido un craso error. Le hice un guiño a Eliano y, tras dirigir un saludo general a los presentes, nos marchamos.

Antes de abandonar la sala, oímos el murmullo de una conversación detrás de nosotros. El ayudante del maestro decía, casi como si no pudiera contenerse:

—Tuvimos una visita suya antes de que todo eso...

Y, en ese momento, la puerta se cerró.

Dirigí la mirada al joven Camilo para observar cómo interpretaba nuestra entrevista. Al fin y al cabo, era el hermano de Helena. Le irritaba que nos hubiesen toreado y burlado con una cortesía dura como el granito. En vista de la antipatía que ya abrigaba dentro de sí, pretendía culparme de la falta de resultados.

Vi que apretaba los labios con disgusto.

—Bien, como dije al principio de la velada, Falco, ¡vaya pérdida de tiempo!

XIV

Dimos tres pasos. Entre la salida y nosotros, los hermanos pasaban en comitiva hacia el comedor del maestro. Nos detuvimos.

A nuestra espalda, el maestro y sus acompañantes salieron de la sala que acabábamos de abandonar. El hombretón hizo una pausa y dio una palmada en el hombro a Eliano. Después, excusándose de que el banquete iba a tener lugar en su domicilio privado, donde había un número limitado de triclinios, dijo que no podía invitarnos. Los miembros ordinarios habían aminorado el paso, de modo que el maestro y otros dirigentes pudieron alcanzar la cabeza del grupo y abrir la marcha. Eliano y yo nos quedamos donde estábamos y vimos a los portadores de guirnalda encaminarse en pleno hacia su último ágape formal de aquel festival.

—Aulo, tenía entendido que el primer día se apretaron un poco para hacerte sitio como espectador, ¿no es eso?

—Ajá.

—Pero hoy el maestro insiste en que no hay lugar para ti. Ese comedor debe de haberse encogido.

—Ves conspiraciones por todas partes, Falco.

—No. Sólo veo a un par de investigadores indeseables a los que se ha querido hacer que tragasen una sopa espesa de medias verdades.

Probablemente, lo único que hacía el maestro era tapar un trágico incidente que, de convertirse en escándalo público, perjudicaría a los involucrados. Yo sentía simpatía por la familia afectada pues, al fin y al cabo, la mía también tenía problemas que prefería ocultar a los demás. Pero detestaba que me trataran con condescendencia.

Los hermanos arvaes pasaron ante nosotros a paso ligero, tropezando con los dobladillos de sus ropas blancas. Eran el orgullo de las filas patricias, de modo que la mitad de ellos estaban achispados e incluso había algunos de rostro senil. Los conté en voz baja. Había un par que sobraba, pero las guirnalda destacaban sobre todo. Allí estaban los doce. No, once. Uno había sido apuñalado por una esposa loca la noche anterior. Por lo menos, suponía que se trataba de la esposa, aunque, al pensar más en ello, el maestro no había dicho nada concreto al respecto. (A esas alturas, todo cuanto procedía de él me hacía desconfiar.)

—Con todas las salvedades. Dime, presunto novicio, ¿suelen hacer todos el esfuerzo de asistir al banquete?

—No. Calculan reunir entre tres y nueve. Una vez, al término del reinado de Nerón, se produjo un quórum absoluto del que todavía se habla con asombro.

—Ese maestro habrá contratado a un cocinero magnífico.

—Supongo que iban a abrir un debate sobre el emperador loco.

—¡Qué sorpresa!

El grupo se amontonaba en los triclinios. Se oían murmullos de los que disputaban los mejores puestos y los gemidos de los más ancianos que pugnaban por acomodarse sus cuerpos hechos un lío entre los pliegues de sus túnicas. Imaginé su impaciencia por escuchar detalles escabrosos del asesinato y por conocer qué efecto podía tener un escándalo así.

—Bien, Falco, es hora de irse. —Eliano tenía la concentración de un mosquito—. Aquí no tenemos nada que ver nosotros.

—Eso es lo que quieren que pienses. El maestro de tu admirada religión nos ha vuelto del revés. Ahora sé cómo se siente un conejo cuando lo desuellan.

—Tropecé con un lamentable incidente doméstico, ¿tú no lo crees así?

—Sí, claro.

—De modo que el maestro nos dijo la verdad.

—En parte... probablemente sí.

—Me ha parecido un hombre absolutamente abierto y razonable.

—Un tipo encantador. Pero apuesto a que hace trampas a las damas.

Cuatro jóvenes aparecieron por una puerta lateral. Todos vestían túnicas blancas iguales y llevaban bandejas en las manos.

Eliano, a punto de abandonar cualquier pretensión de camaradería conmigo, se volvió ligeramente. A pesar de su odio por mí, cruzó su mirada con la mía. Una vez más, la curiosidad había ganado la partida y, de pronto, volvía a estar en el juego.

—¿Quién de los tres? —pregunté.

Señaló al tercer muchacho. Me acerqué a él y lo agarré hasta que la bandeja saltó por los aires; le inmovilicé llevándole un brazo a la espalda y lo obligué a introducirse en una alcoba, detrás de una estatua. Eliano bloqueó la salida y confirmó en voz alta que aquél era el joven que unas horas antes había escapado corriendo cuando trató de hacerle unas preguntas en el bosque.

Tenía unos trece años, unos cuantos granos en la cara y algún que otro pelo en la barba. Era un joven patán de pecho de pichón que creía que podía hacer lo que le viniera en gana y que teníamos que soportarlo todo. Eliano arrugó la nariz. El uniforme blanco impoluto cubría un cuerpo que rehuía el baño como es típico en los adolescentes.

—¡Suéltame! ¡Tengo que cumplir con mis obligaciones en el banquete...!

—¿Éste es el camilo de piernas ligeras? —pregunté a Eliano—. ¿Por qué salió corriendo? ¿Qué ocultaba?

—¡Que algo esconde, es evidente! —Eliano se inclinó sobre el muchacho y lo aplastó contra la estatua.

—Algo malo, diría yo. ¿Cómo te llamas, candidato a atleta?

—Averígualo tú mismo. Yo no he hecho nada.

—¿Lo puedes demostrar? Ha habido un asesinato, listillo. ¿Qué me dices a eso?

—¡Nada! —Me devolvió una mirada torva e hizo como si no supiera nada. El chico era arrogante, pero yo podía hacer valer mi condición oficial. Sin embargo, estábamos en casa ajena; podíamos ser descubiertos y expulsados en cualquier momento. Tenía que actuar deprisa.

—¿Qué hacemos? —le susurré a Eliano—. Me gustaría apretar en las empulgueras al chico, pero las más próximas serán sin duda las del puesto de los vigiles y la cohorte de distrito que cubre este barrio no es mi preferida. ¿Por qué van a disfrutar de todo este jolgorio? No, no; deja que los chicos de las esteras de esparto peinen las calles en busca de pirómanos. Supongo que será mejor llevar a palacio a este pequeño pordiosero.

—¿Los pretorianos?

—No; son demasiado blandos. —Cualquiera en Roma sabía que la guardia pretoriana era cruel y sádica—. Se lo entregaré a Anácrites.

—¿El jefe de los espías? —Eliano me seguía el juego—. ¡Oh, Falco, ten un poco de compasión del chico!

—Desde luego, Anácrites es un bruto; no soporto sus métodos, tan sucios. De todos modos es quien tiene mejor equipo. El chico no durará mucho en su cámara subterránea de torturas.

Mientras Eliano se estremecía dramáticamente, el chico rompió a chillar de pánico.

—¡No he hecho nada! ¡No he hecho nada!

Ahora, de cualquier modo, hacía demasiado ruido. Eché un vistazo a mi espalda pero, a pesar de los gritos, el personal de la casa estaba completamente absorto en servir el primer plato del banquete. Los hermanos arvaes también armaron un buen alboroto cuando se lanzaron sobre sus entremeses ceremoniales y, con la boca llena, intercambiaron chismorreos sobre los terribles sucesos de la noche anterior.

—Responde, pues, a mis preguntas, hijo. Ayer mataron a un hombre de forma muy desagradable. ¿Qué viste en el bosque sagrado de la diosa Ceres?

—No lo vi muerto.

—Entonces, ¿sabes quién era?

—Uno de los hermanos. Cuando llevan la ropa ceremonial puesta, todos se parecen. No conozco sus nombres.

—¿Viste el cadáver?

—No. Lo encontré otra persona, uno de los sacerdotes del templo, creo. Hoy estaba de baja por enfermedad. —¿Era cosa del propio clérigo o era una decisión del maestro?—. Sólo vi que los ayudantes del maestro retiraban el cuerpo tapado en unas parihuelas.

—¿Qué más? —preguntó Eliano sin alterarse. Sin preparación alguna, había

adoptado el papel del investigador amistoso y comedido, reñido con la brutalidad. Por mí, no había inconveniente.

—La vi a ella —dijo el chico entre jadeos, volviéndose agradecido hacia el interrogador más comprensivo—. A la mujer que lo hizo. La vi.

De pronto, se mostró menos seguro de sí y su aspecto encajaba más con su edad. Era un chiquillo. Y además estaba tremendamente asustado.

—¿Nos puedes hablar de ella?

—Los hombres que trasladaban el cuerpo no querían espectadores allí. Yo tenía una buena atalaya, pero me ordenaron que me fuera. Al alejarme, ella apareció ante mí.

—¿Puedes describirla?

El camilo era demasiado niño para empezar a tomar nota mentalmente de los atributos de las mujeres. El muchacho parecía desvalido.

—¿Qué ropa vestía? —le sugerí.

—Ropa blanca. Y el cabello recogido. Blanca... pero la parte delantera del vestido estaba cubierta de sangre. Así fue como supe que lo había hecho ella.

—Por supuesto. Quedarías aterrorizado —comentó Eliano, comprensivo.

—Me encontraba bien —se vanaglorió, consolándose a posteriori. Probablemente, ni había tenido tiempo para sentir miedo de verdad.

Mantuve la presión sobre el tema:

—¿Era joven?

—¡Oh, no! —Para un chico de su edad, el no ser joven podía abarcar a cualquiera que pasase de los veinticinco años.

—¿Era una abuela de cabellos canosos?

—¡Oh, no!

—¿Una matrona, pues? ¿Era de clase alta? ¿Llevaba muchas joyas?

—No lo sé. Sólo me dio tiempo a mirarla. Tenía una expresión furiosa. Y...

Hizo una pausa.

—¿Y qué? —preguntó Eliano, paciente con el chiquillo.

—Sostenía un cuenco. —El muchacho empleó esta vez una voz más grave. Aquella parecía ser la fuente de su terror oculto—. Sostenía un cuenco de esta manera... —Hizo una demostración, imitando la acción de llevar una vasija apoyada en la cadera, con una mano en el borde más alejado del cuerpo. Nosotros guardábamos silencio. El muchacho se debatió, agitado—. Estaba lleno de sangre. Como en un sacrificio del templo.

—¡Dioses benditos! —Perplejo, Eliano puso una mano en el hombro del muchacho para sostenerlo de pie. Eliano nos había dicho a su padre y a mí que el muerto tenía un gran tajo en la garganta. Ahora sabíamos por qué. Me dirigió una mirada y exhaló el aliento con cuidado—. ¿Qué sucedió, pues?

—La mujer hizo algo horrible.

—¿El qué?

—Otras personas la habían visto. Las oí que se acercaban a nosotros y creí que estaba a salvo.

—¿Pero...?

—Tal vez ella también oyó que se acercaba gente. Rompió a llorar desconsoladamente. Dio la impresión de que empezaba a despertar de un sueño y, entonces, me vio. Después sucedió algo extraño. En un altar, cuando cortan el cuello del animal y recogen la sangre, a veces emplean a un muchacho para que sostenga el cuenco ritual. La mujer dio la impresión de pensar que yo estaba allí para eso. —El camilo tomó fuerzas para proseguir—: «¡Ah, estás aquí!», me dijo. Y, acto seguido, me entregó el recipiente que contenía la sangre del muerto.

XV

Cruzamos el vestíbulo en silencio y abandonamos la casa. Un recién llegado que se presentaba con retraso subía los peldaños de dos en dos y se topó con nosotros. Era un senador con toga y, para mi sorpresa, lo reconocí.

—¡Rutilio Gálico!

—¡Falco! ¿Qué te trae por aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo, señoría.

El hombre hizo una pausa para recobrar el resuello.

—El deber...

—Bien, seguro que no perteneces a la hermandad. Si fueras uno de los arvaes, esta noche irías adornado con guirnaldas de espigas. Por cierto, te presento a Camilo Eliano, hermano de aquel Justino al que conociste conmigo en África.

Gálico se acordó oportunamente de no exclamar: «¡Ah, el que debería haberse casado con esa rica heredera hispánica que le birló su hermano!».

—He oído hablar mucho de ti —comentó. Fue un error, como de costumbre. Eliano parecía resentido. Apurado, Rutilio Gálico se apresuró a excusarse por estar allí:

—Quizá no te lo haya dicho, Falco, pero soy sacerdote del culto de los emperadores deificados. En realidad, ocupé el cargo después de que Nerón...

Solté un silbido. Se trataba de un honor altísimo, con estrechas vinculaciones con el emperador, que conservaría toda su vida y que luego haría grabar en su lápida con letras muy grandes. Incluso Eliano se obligó a parecer impresionado.

—En resumidas cuentas, que estás vinculado a los hermanos arvaes, después de todo.

—Sólo en el grado en que no puedo evitarlo —dijo Gálico con un estremecimiento. En el fondo aún seguía siendo un italiano del norte de los pies a la cabeza—. No los defiendo, Falco, pero en vista de su papel para rezar por la salud de la casa imperial, estoy invitado *ipso facto* a sus festivales.

—Una comida gratis nunca viene mal. He oído la teoría de que la elección para ser el nuevo maestro depende, en realidad, más de una impresión culinaria que de las cualidades religiosas del individuo.

—Me lo creo —asintió Rutilio con una sonrisa—. Veamos... ¿Los dos vais a entrar al banquete? Estoy seguro de que podría arreglarlo...

—Me temo que no sería atinado. —Aproveché la posibilidad de que perteneciera al círculo privado que estaba al corriente del asesinato cometido en el bosque y añadí —: Anoche, mi joven amigo Camilo tuvo la desgracia de descubrir un cadáver en un charco de sangre. Quizás hayas oído algo del asunto. Nosotros estamos aquí, precisamente, realizando algunas indagaciones y haciendo torpes preguntas. Los

hermanos arvales se muestran muy sensibles acerca del incidente; nuestras caras no encajarían en la fiesta.

Rutilio miró a su alrededor como para asegurarse de que no nos oía nadie.

—Sí. Acabo de llegar de palacio; estábamos hablando de eso, precisamente. Por eso llego tarde. Normalmente, Tito y Domiciano César habrían estado aquí...

—¿Una decisión política? Es un protocolo delicado —asentí, comprensivo—. Si se quedan impasibles ante una tragedia que nadie puede evitar, tal actitud se toma como demostración de sangre fría. Pero si este asesinato se convierte en un escándalo de los de las páginas sensacionalistas de la *Gaceta Diaria*, a los príncipes no les gustaría ver sus nombres relacionados con el caso. Deja que adivine... ¿Los chicos de púrpura se han visto afectados por algún trastorno estomacal inexplicable y has venido a presentar sus sinceras disculpas?

—Domiciano tiene el estómago revuelto, en efecto —asintió Rutilio—. Y a Tito lo han escogido inesperadamente para que asista al cumpleaños de una tía suya muy anciana.

—¡Ah, bueno! Eso significa que pasará una velada tranquila en los brazos de su extraordinaria Berenice.

—¡Estupendo para los dos! Falco, debo pasar dentro enseguida...

Nos despedimos deseándole una buena velada y abandonamos la casa, que más parecía una quinta a orillas del mar. Al cabo de un rato, Eliano me preguntó qué opinaba de todo aquello.

—Resulta intrigante. Una mujer se vuelve loca y acuchilla a un pariente... pero disfrazada el hecho como un sacrificio religioso. —Hice una pausa—. No puede haber sido asunto fácil. Matar a un hombre tuvo que ser difícil, incluso en pleno frenesí, pero además, después de ese esfuerzo agotador, aún tuvo que manipular el cadáver para desangrarlo...

Los dos pusimos sendas muecas de desagrado.

—Y ese asesinato, Falco, ¿te parece que fue un mero acto de súbita locura, o crees que la víctima ya había importunado a la mujer en anteriores ocasiones?

—Bueno, es probable que algo desencadenase el hecho. Pero no debía de ser nada relacionado con los juegos sagrados. Sin duda, fue algún incidente previo, porque el asunto estaba planificado de antemano. La mujer se había vestido de sacerdotisa y había acudido al bosque equipada con instrumentos rituales para el sacrificio.

—¿Crees que el hombre y ella acudieron juntos al lugar?

—Lo dudo. Él se preguntaría para qué eran todos los avíos religiosos. En cualquier caso, una mujer de buena posición no suele viajar fuera de Roma sin compañía. Y para llegar hasta el bosque, si no precisó de acompañantes, al menos tuvo que utilizar algún medio de transporte.

—Para una mujer de buena posición, un transporte discreto no es problema. La

mitad de los escándalos en Roma confían en ello. Así pues, ¿era posible que la mujer se desplazara hasta el lugar de los juegos e increpara al hombre, enfrentándose a él con toda la intención de acabar con su vida? No pudo haber circunstancias atenuantes, pero ¿sabes una cosa, Falco? Esa homicida chiflada sólo ha sido sentenciada a ser devuelta a la familia. ¡Si hasta es probable que sea enviada a su casa en el mismo medio de transporte discreto que utilizó para llegar! ¿Acaso se le permitirá continuar su vida normal?

—Bien, el maestro dijo que iban a ocuparse de ella —respondí con sequedad—. Si el hombre al que mató era su esposo, quizá lo único que tengan que hacer sea asegurarse de que nunca vuelva a casarse. Aunque sin duda, si lo hace, alguien dará instrucciones al nuevo marido para que nunca vuelva la espalda a su mujer cuando esté cortando carne ahumada.

—¡Ah! ¡Maravilloso! Y ese viejo de modales rudos con el que nos cruzamos en casa del maestro ¿era un pariente que acudía a los arvaes para suplicarles que confirmaran la coartada?

—Muy probable.

—Bien, pues yo considero lamentable que se salgan con la suya.

Como el hombre había nacido en el círculo social superior, donde tales coartadas eran permisibles, me abstuve de comentarios. ¿Qué ganaba dando publicidad a la tragedia de aquella mujer? Un juicio y una ejecución no serían sino una desdicha más para sus parientes, que podían recurrir a fármacos para tranquilizarla y a centinelas para mantenerla encerrada. Muchas familias del Aventino, perfectamente normales, tenían en casa a alguna tía abuela desquiciada a quien mantenían a buena distancia del hacha de cortar leña.

Anduve con Eliano hasta la casa del senador y me aseguré de que no lo asaltaba ningún delincuente. Después, recorrí mi camino de vuelta a casa por el Aventino. Varias veces, durante el viaje en sombras, creí oír unos pasos que me seguían, pero no vi a nadie. En Roma, por la noche, hay ruidos sospechosos de todas clases que pueden ponerle a uno nervioso, una vez empieza a dejar que se cuelen en su cabeza.

XVI

El día siguiente iba a ser el último día del mes de mayo. Consulté el calendario de festividades, una abominación que, como concienzudo procurador, debía estudiar con regularidad. Aquella mañana podría haber votado o haber sido jurado de algún proceso criminal si alguien me lo hubiera pedido. Pero nadie lo hizo y, así, dio la impresión de que el último día del mes transcurría con suma placidez. Cualquiera puede ser un ciudadano responsable cuando la mayor parte del mundo cree que aún sigue en el extranjero.

Dejé transcurrir el día. Ya de vuelta en casa, me sentí cansado, muy cansado. Además, estaba inquieto. El cargo de procurador de las aves sagradas marcaba mi existencia. Y el calendario señalaba que al día siguiente se celebraba un gran festival en honor de Juno Moneta. Mi puesto estaba allí. Incluso asistir a ese acontecimiento sería una novedad para mí, y mucho más el hecho de servir de niñera a una nidada de gansos que iban a realizar su insípida demostración triunfal de cada año sobre un puñado de perros guardianes supuestamente culpables, unos pobres canes abandonados que serían atrapados y crucificados siguiendo el ritual. Aquélla no era la idea que yo tenía de una suave evocación histórica.

Ahora, sin embargo, estaba en casa sin hacer nada, encargado de cuidar a la pequeña Julia mientras Helena permanecía fuera de casa. Cuando, como si fuera un pomposo cabeza de familia que fiscalizara la vida social de su esposa, le reclamé que me explicara dónde iba, se limitó a mirarme con una expresión cándida que significaba que estaba ocultándome algo. Fuera lo que fuese, cogió a *Nux* como acompañante, suficientes panecillos para un buen desayuno, su punzón para escribir y sus tablillas de anotaciones privadas y varias esponjas; después, vi que escondía mi mejor martillo bajo la capa y dudé mucho que fuese a visitar a una amiga para hablar de bordados.

—Helena, compañera de mi corazón, ¿es posible que me ocultes algo?

—No quieras saberlo, querido —fue su respuesta—. Disfruta del día libre.

Su tono de voz al marcharse era cariñoso y resuelto, como el del granjero que acaba de llevar a su caballo favorito al matarife con una cebadera llena de pienso hasta los topes.

Habría dedicado el tiempo a actividades propias de hombres —el Foro, los baños, las tiendas, buscar a Petronio hasta encontrarlo en la taberna que hubiera escogido para comer aquel día—. Tener a Julia a mi cuidado fue un estorbo, pero no olvidé visitar el almacén de mi padre en la Saepa Julia para tratar de los problemas económicos de Maya. Mi padre había salido. Incluso Petronio se hizo invisible, aunque sus camaradas del puesto de guardia imaginaron que estaba trabajando.

—Parece demasiada diligencia por su parte —comenté.

—A todo el mundo le llega la madurez, Falco.

—Si eso es lo que acaba de sucederle a Lucio Petronio, necesitará a un cirujano que no se mueva de su lado.

—No; lo que ha pasado es que alguien acaba de mencionarle al oído la palabra «lechuga»... sin ninguna relación con el amante de su esposa, por supuesto.

—¡Oh, no! ¿Petronio se ha enfurecido?

—Es un tipo quisquilloso.

Cargado aún con la niña, me encaminé al Foro de todos modos. A Julia le encantaba estar entre las multitudes. Cuanto más ruines fuesen, más mostraba su contento con sus medias palabras. Mi familia decía que, por lo menos, no había dudas acerca de la paternidad de la chiquilla.

La casa de baños que frecuentaba quedaba detrás del templo de Cástor, así que me arriesgué a llegar hasta allí. Glauco, el austero propietario, se reservaba el derecho de admisión con normas muy estrictas. Su establecimiento tenía por norma ser un reducto para hombres serios, con ocupaciones importantes. A las mujeres no se las admitía. Tampoco toleraba a los chicos guapitos ni a los pederastas que los rondaban. Hasta donde yo sabía, nadie había sido nunca lo bastante loco como para presentarse allí con una niña de un año. Dejamos atrás al portero porque lo tomamos absolutamente por sorpresa. El atrevimiento me condujo más allá del vestuario y me encontré en dirección al gimnasio cuando oí a mi espalda la voz áspera de Glauco, en una exhibición de sarcasmo, hacia algún desgraciado que estaba entrenando con pesas; reculé y decidí dedicar cualquier otro día a mantenerme en forma.

Me escabullí por las termas lo más deprisa que pude y luego vi en pleno trabajo al masajista, un bravucón gigantesco llegado de Tarso que tenía unos poderes legendarios como quiromasajista. En aquel momento estaba ocupado en atender al padre de Helena Justina. Entré con Julia y tomamos asiento en el banco lateral donde esperaba turno (se suponía que presa del pánico) el próximo cliente. El masajista dirigió una mirada airada a la pequeña, pero se quedó demasiado boquiabierto como para hacer comentario alguno.

Con una sonrisa, inspeccioné a Décimo.

—Gracias por la cena de la otra noche. Veo que conseguiste limpiar la tinta a base de frotar...

—La niña ha progresado mucho desde que te fuiste. Deberías haberme puesto sobre aviso.

—Aprendió a sostenerse en pie en el barco. La primera vez que lo intentó estaba junto a la borda, con el tiempo revuelto. Podría haberme ahorrado años de problemas dejando que cayera por la borda... pero sabía que era tu nieta favorita.

Y también la única.

—De modo que la agarraste *in extremis*, ¿no es eso?

Perder a Julia le habría partido el corazón realmente. Cuando la niña cogió agua, juntando las manos, y se dispuso a arrojarla sobre el enorme masajista sudoroso, volví a efectuar un rápido movimiento. El senador emitió un gorjeo, muy oportuno puesto que ya tenía el rostro contraído en una mueca horrible bajo la andanada de golpes que recibía entre los hombros. Me convencí de que el masajista creía en el individualismo tribal y no en la democracia dirigida por el senado. Desde luego, estaba descargando su agresividad personal sobre el cuerpo de Camilo...

Décimo y yo intercambiamos secretos allí, como viejos camaradas.

—¿Helena Justina te ha comentado algo acerca de una aventura en el terreno inmobiliario?

—Nadie me cuenta nada —se lamentó su noble padre—. No me dejan hacer otra cosa que tumbarme en uno de esos triclinios del comedor para que éste no se vea vacío. ¿Qué quiere comprar? —preguntó con inquietud.

—Una casa, podría ser.

—Quizá me permita aconsejarla, cuando tenga toda una serie de candidatas. —Hizo una pausa mientras el hombre de Tarso intentaba, o eso me pareció a mí, arrancarle el brazo por el hombro—. Le dije a Aulo que fuera a verte hoy.

—¿Para hablarme otra vez de sus amigos de las guirnaldas? Creía que se había tragado la historia esa de que el hombre que encontró muerto sólo era la víctima infortunada de una esposa malhumorada...

—¿No te gustaría saber quién era la pareja y qué impulsó a la mujer a hacer lo que hizo?

—Sí, claro. Anoche, cuando lo dejé, Aulo parecía menos curioso.

—Fui yo quien le dijo que debería averiguarlo.

Sonreí rodeado de vapor.

—¡Nunca te he menospreciado como intrigante, senador! Y tiene que conocer los hechos para demostrar a los hermanos que guarda escrupuloso silencio sobre el tema... con el propósito de asegurarse votos, ¿no?

—¡Por todos los dioses! ¡Eso sería un chantaje! —exclamó Décimo con fingida sorpresa.

—Estoy impaciente por asistir a tu fiesta la noche de las elecciones.

En aquel momento entró Glauco. A la vista de mi hijita Julia, enrojeció de indignación. La pequeña agitó ambos bracitos hacia él, muy contenta.

—¡Eh, Glauco! La niña quiere una sesión de pesas...

—¡Ya te advertí acerca de esa perra tuya, Falco! ¡Y ahora me vienes con éstas...! Me puse en pie.

—Sólo he traído a la única nieta de tu más distinguido cliente para que le eche un vistazo, Glauco...

—¡Nada de niños! —Glauco me hundió el índice en el pecho. Resultaba casi tan

efectivo como una punta de lanza en el esternón—. ¡Es la última advertencia!

—Ya nos vamos —y al decirlo, ya había alcanzado el pasillo.

—¿Y es una niña, dices? —dijo Glauco con asombro, tras echar una ojeada a Julia.

—¡No! ¡Es un chico! —se apresuró a asegurarle Décimo—. Se llama Julio, ¿verdad, Falco?

Glauco se revolvió sobre sí mismo. Nos conocía bien. Dio la impresión de que se disponía a comprobarlo. Apreté a Julia contra mi pecho con gesto protector. La niña luchó por liberarse con la fuerza de un Hércules.

—Si alguien intenta mirar por debajo de la túnica de mi hijo, lo mato, Glauco. No hay nada más que hablar. Probablemente diría lo mismo si se tratara de una hija, desde luego, aunque primero averiguaría si el tipo era un ricachón, por si fuese un buen partido...

—¡Largo! —rugió Glauco.

Nos marchamos.

Volví la cabeza un momento.

—Por cierto, Glauco, la próxima vez que permitas entrar a ese cerdo de Anácrites, pídele que te cuente cómo utilizó tu movimiento del «truco del entrenador» mientras estábamos de vacaciones.

Aunque te batas en retirada, derrotado, procura colocar unas cuantas estacas en huecos disimulados para atrapar a tu enemigo.

Fui a ver a Maya.

La encontré con mi madre. Las dos habían salido a encargarse de la lápida funeraria de Famia. Por no sé qué razón, para la visita al lapidario se habían envuelto en unos pesados velos que, en aquel momento, llevaban colgados en torno al cuello. Las dos estaban sentadas juntas en un par de butacas para mujeres, con las manos cruzadas en el regazo y con aspecto meditabundo.

No se parecen demasiado en sus rasgos faciales; Maya ha salido a la familia de mi padre, igual que yo. Sin embargo, el porte erguido y la expresión ceñuda indicaban su cercano parentesco. Alguien o algo las había afectado a ambas de la misma manera.

—¿Qué ha sucedido? Si tiene que ver con el dinero, ya te lo he dicho: no te preocupes.

—Sí, se trata de dinero —replicó Maya secamente—. Creo que Famia se olvidó de pagar las cuotas de la funeraria.

—¡Nunca se olvidó de eso! —comentó mi madre—. Lo que hizo fue beberse el dinero.

—Eso fue después de que viniera a verme el propietario, que se encargó de advertirme, por mi propio bien, de los peligros de retrasarse en el pago.

—Cuidado con ese hombre —murmuró mi madre.

—Tu madre y yo hablábamos precisamente de hacer una visita social a mi encantadora amiga Cecilia Paeta, para quitarme el asunto de la cabeza.

—Tenéis que salir —respondí con cautela. Tanto mi hermana como mi madre me observaban con un brillo especial en la mirada. Quizás era amigable, pero lo dudaba. Mi madre se pellizcó los labios. Tenía una manera de no decir nada que valía por tres rollos de retórica elocuente—. No me vengas con misterios; ¿quién es Cecilia y por qué la buscas?

—Cecilia es una altanera de cara de cangrejo —dijo Maya, al tiempo que tiraba del velo que le rodeaba el cuello y lo apartaba a un lado—. Es una de las mujeres que conocí en palacio la otra tarde. La madre de tu pequeña Gaya, para ser precisa.

Dejé a la niña en manos de mi madre, que siempre se daba maña para mantenerla callada.

—¿Y a qué venía esa expedición que preparabais?

—Somos entrometidas —dijo mi madre con una risita conspiradora.

Maya se mostró más estirada y formal.

—No dejes de pensar en lo que dijisteis Helena y tú respecto a que la niña tenía miedo de su familia. Como Gaya y Cloelia se hicieron amigas, estuve charlando unos momentos con la madre. Era evidente que quería evitar todo contacto conmigo, pero eso es suficiente para mí, que tengo fama de descarada. Puedo encargarme de investigar eso en tu nombre, Marco.

—Bien, gracias, pero creo que Helena tenía intención de visitarla...

—Helena está haciendo otra cosa.

—¡Ah! ¿Estás al corriente de eso? —Merecía la pena probar.

—He jurado guardar silencio —dijo Maya y enseñó los dientes en una sonrisa picarona.

—He oído que Helena se ha enredado con Glauco y con Cota —dijo mi madre con gesto adusto. ¿Quiénes eran aquéllos, por el Hades? Sus nombres evocaban a un par de poetas eróticos de poca monta.

—En cualquier caso, Marco, es una suerte que hayas venido —terció Maya recalcando las palabras—. Te dejaré compartir mi pequeña aventura. No está lejos. Esos parientes de Gaya viven en el Aventino; fue una de las pocas cosas que la altiva madre se dignó decirme. Como el abuelo fue flamen dialis y, al parecer, ostentó el cargo durante muchos años, la familia siempre ha hecho uso de la casa oficial llamada «La Flaminia».

—¿Esa casa está en el Palatino?

—Sí. Es un lugar terriblemente aislado para que viva allí una familia. Allí arriba todo son recintos de templos y alojamientos imperiales.

—Deben de haberlos vuelto locos —fue la opinión de mi madre.

Maya sonrió:

—Cecilia Paeta me aseguró que su marido y su hermana han vivido allí desde la infancia. No recuerda otra casa. Según parece, resultó muy doloroso que todo el mundo tuviera que levantar el campo y trasladarse de casa inesperadamente cuando la flaminia se fue para siempre.

—¿Hace poco que murió?

—Ésa es la impresión que tengo. En cualquier caso, ahora han ocupado una casa en la parte de la colina que da a la Puerta de Ostia. Cecilia se quejó de que estaba destartada y dijo que no le complacía.

Puse cara de tonto.

—¿Y Cecilia se alegrará de verte, Maya querida, si vas detrás de ella siguiéndole los pasos?

—Tendremos que preguntárselo a ella, ¿no? —replicó mi hermana con una sonrisa.

Mi madre y yo cruzamos una mirada, dispuestos a asentir a cualquier plan que hiciera que Maya actuara, al menos temporalmente, como solía hacer antes. Mi madre se hizo cargo de Julia y, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré caminando por el Aventino acompañado de Maya y, tras unas cuantas vueltas para encontrar la dirección, dimos con la casa de la familia Laelia. No me sentí impresionado. Maya y yo estuvimos de acuerdo enseguida en que, de haber sido compradores o inquilinos en perspectiva, nunca nos habríamos fijado en aquella vivienda.

¿Quién había escogido aquel lugar? ¿Había sido el antiguo flamen, abrumado de pena por la reciente pérdida de su esposa... o afligido sólo por la pérdida de posición que representaba su muerte? ¿Tal vez su hijo, el padre de Gaya? ¿Intervino su yerno, el flamen pomonalis? Aceptando que su familia podía ser tan liberal como la mía, ¿había sido alguna de las mujeres? ¿Su hija? ¿Su nuera?

No. Tenía que ser cosa de un agente inmobiliario. Observé de nuevo la lóbrega vivienda desde la calle, fruncí el entrecejo y comprendí que aquella era la idea que tenía un vendedor respecto a cómo debía de ser la residencia de un alto sacerdote retirado. Un gran pórtico gris que podría causar cierto hundimiento de la calle. Unas ventanas altas y estrechas y unos techos de poca calidad. Un par de altas vasijas a ambos lados del quicio de la puerta; las dos estaban vacías. Una propiedad sin características atractivas, situada en una zona poco atractiva, con vistas que apenas merecían la pena. El edificio, grande y frío, situado en el lado más húmedo de la calle, debía de llevar más de diez años como oferta permanente en la lista del agente. Pocas personas con suficiente dinero para permitirse comprar un edificio como aquél tendrían tan mal gusto como para quedárselo. Pero un flamen dialis que se veía fuera de su residencia oficial recién salido del funeral de su mujer, ingenuo y desesperado por encontrar otro alojamiento, debió de parecerle al agente un regalo de los dioses del Olimpo. Era el proverbial toque de gracia. Un cliente con prisas, sin la menor

idea... y demasiado seguro de sí mismo como para seguir los consejos de un auténtico experto.

—Espero que ese hombre no esté ahí —murmuró Maya—. Me parece, de todos modos, que me trae sin cuidado.

—Exacto. A juzgar por su actitud para con mis ansarinos, es lo que mi madre llamaría un cesto viejo repulsivo.

No tuvimos oportunidad de comprobar la teoría. Cuando conseguimos convencer a uno de los porteros para que respondiera a nuestras llamadas, el hombre nos dijo que no había nadie en casa. Nos hizo aguardar en el porche y accedió a entrar y hacer averiguaciones sobre nosotros, aunque me pregunté cómo lo haría, ya que nos había asegurado que toda la familia había salido a un funeral. Incluso el flamen dialis, como seguía llamándolo el portero a pesar de que se había retirado del cargo, asistía a la ceremonia.

Maya levantó las cejas.

—El flamen dialis tiene prohibido ver un cadáver, pero puede acudir a los funerales —susurré, demostrando mis conocimientos arcanos, mientras permanecíamos en el umbral de la vivienda, nerviosos como vendedores de chucherías de poco fiar que estuvieran a punto de ser mandados con viento fresco—. Es una suerte que no esté. No le habría gustado oír que has hecho amistad con Cecilia.

—Ni le gustaría enterarse de que hoy hemos estado aquí —intervino Maya, sin el menor esfuerzo por mantener la voz baja—. Supongo que a Cecilia le echará un buen sermón por mezclarse con malas compañías, por alentar visitas indeseables y por permitir que la queridísima y especialísima chiquilla tenga relaciones con cualquier gente.

—Pues esa Cecilia parece buena persona, después de todo.

—No lo creas, Marco —Maya soltó una risa nerviosa—. Pero el flamen no sabrá que es cosa de Cecilia el que yo haya acudido a buscarla.

—¿Me estás diciendo que la maltrata?

—No, no. Supongo que, para el flamen, su mundo es ley y sus opiniones son las únicas que está permitido expresar.

—Eso me recuerda a nuestra casa cuando padre vivía allí —dije en son de broma. Maya y yo guardamos silencio y evocamos brevemente nuestra infancia—. De modo que el flamen, probablemente, será rudo, dominante y poco amistoso; pero ¿hemos de creer que quiere muerta a Gaya, su preciosa pequeña?

—Si aparece, se lo preguntaré.

—¿Que harás qué?

—No tenemos nada que perder —dijo Maya—. Le diré que deseo preguntarle a Cecilia Paeta, de madre a madre, cuál es el motivo de que su dulce pequeña, la nueva

querida amiguita de mi hija, sea tan infeliz y haya tomado una decisión tan curiosa como la de acudir a mi hermano, el informante, con tan ridícula historia.

Después de todo esto, al fin y al cabo, fue una suerte que el portero regresara para confirmar que no había nadie en casa que pudiera hablar con nosotros. En esta ocasión lo acompañaban un par de refuerzos. Era evidente que tenían la intención de convencernos de que nos marchásemos pacíficamente. Me gustaría decir que eso hicimos, pero allí estaba Maya, haciéndose de rogar e insistiendo en dejar un mensaje a Cecilia Paeta en que le comunicaba que había pasado a visitarla.

Mientras mi hermana seguía acosando al portero, apareció una mujer en el atrio, bastante oscuro, que apenas alcanzábamos a divisar detrás del criado. La recién llegada parecía tener la edad adecuada para ser la madre de Gaya, de modo que pregunté a mi hermana:

—¿Ésa es tu amiga?

Cuando Maya se volvió a mirar y negó con un movimiento de cabeza, la joven ya estaba rodeada por un grupo de mujeres que debían de ser sus ayudantes; al unísono, todas ellas desaparecieron de la vista otra vez. Parecía una extraña escena coreográfica, como si las doncellas hubieran arrastrado con ellas a su señora y ésta hubiera accedido a que se la llevaran.

—¿Quién es? —preguntó Maya abiertamente. El portero, sin embargo, se mostró indeciso y fingió no haber visto a nadie...

Cuando nos marchamos, aquella extraña visión quedó grabada en mi recuerdo. La mujer tenía un aire de ser miembro de la familia, no una esclava. Había caminado hacia nosotros como si tuviera derecho a acercarse y hablarnos, pero daba la impresión de que permitía que las doncellas la convencieran de no hacerlo. Bien, probablemente estaba dándole demasiadas vueltas al asunto.

Maya me permitió acompañarla de regreso a casa y recoger a Julia. Cuando dejamos la vivienda de mi hermana, en la calle un grupo de chiquillas jugaban a ser las vírgenes vestales. Aquéllas no eran niñas malcriadas procedentes de una impecable residencia patricia. Las alborotadoras muchachitas del Aventino no sólo tenían una jarra de agua robada que sostenían sobre la cabeza, sino que habían conseguido unas brasas y habían encendido un fuego sagrado en su pequeño hogar sagrado. Por desgracia, habían decidido recrear el templo de Vesta muy cerca de una casa que lucía unos balcones de madera muy atractivos, algunos de los cuales estaban en llamas en aquel momento. Como el fuego no estaba en el lado de la calle donde se encontraba Maya, continué caminando como si tal cosa. No me gusta meter en problemas a unas chiquillas. Y, en cualquier caso, el grupito me había mirado como si estuviera dispuesto a machacarme la cabeza si intervenía de algún modo. Al doblar la esquina, pasé junto a un grupo de vigiles que olfateaba el aire para localizar el origen del humo. Imaginé que habían tenido que soportar a un buen montón de pequeñas

pirómanas desde que se había anunciado el sorteo de las vestales. Cuanto antes extrajera un nombre el pontífice máximo, mejor para todos.

XVII

La plaza de la Fuente estaba tranquila cuando Julia y yo regresamos a casa. Después del almuerzo, los borrachos que ya no se tenían en pie se habían dejado caer en la acera de la calle, a la sombra húmeda y desagradable, entre hojas secas de col. Los tontos del otro lado, cuando despertaran, tendrían la frente, la nariz y las rodillas quemadas por el sol. Un gato maulló, pero se mantuvo a prudente distancia de mis botas. Unas palomas desgarradas picoteaban lo que los indigentes les habían dejado del pan chamuscado que Casio, el panadero de la zona, les había repartido al cerrar su establecimiento hasta el día siguiente. Las moscas habían encontrado medio melón al que atormentar.

A la puerta de la barbería había unos taburetes vacíos. Una ligera columna de humo negro colgaba sobre un extremo de la calle y la llenaba de un olor pestilente a aceite quemado. Unos humos con olor a azufre se alzaban de la trastienda de la lavandería. Pensé en ir a ver cómo estaban los ansarinos, instalados ahora en el patio de la lavandería, pero Julia y yo estábamos cansados después de medio día sin hacer nada en particular. Mis vecinos estaban disfrutando de su siesta habitual, que para la mayoría de aquellos holgazanes se prolongaba todo el día. Así pues, el hombre que caminaba por la calle delante de nosotros paseaba solo. Lo había visto salir de la funeraria, repitiendo una dirección. No se me ocurre por qué le pediría información a los funerarios, dado el número de mausoleos familiares que terminan conteniendo urnas con las cenizas de otro por culpa de esos incompetentes.

El tipo que me precedía tenía una estatura media, largas patillas, brazos hirsutos y andares enérgicos; vestía una túnica oscura y calzaba unas botas bastante despellejadas, hasta las pantorrillas. Comprobó el candado de la cestería como si se propusiera entrar y, a continuación, subió a todo correr los peldaños hasta el apartamento de la primera planta donde yo vivía.

Quisiera lo que quisiese, no me sentía de humor para tratar con desconocidos y me detuve a charlar con Lenia. La mujer estaba a la puerta de su local, en la parte de la calle de la que se había apropiado para secar la ropa; la colada matutina se enredaba en varias cuerdas, agitada por una suave brisa, y Lenia, con expresión irritada y sin muchas energías, procedía a dar la vuelta a las prendas más mojadas. Cuando me vio, dejó de inmediato lo que estaba haciendo.

—¡Por los dioses, el último día de mayo y ya no se puede uno mover de calor!

—Dime, Lenia; hace un rato ha subido a nuestra casa un mendigo y no dejo de preguntarme si será alguien que quiere molestarme.

—¿Ha sido ahora mismo? —me interrumpió Lenia—. Porque antes ya vino buscándote otro indigente.

—¡Ah! Bien, por mí pueden molestarse lo que quieran que yo voy a descansar un

rato aquí abajo.

Apoyé la espalda en el pórtico. Lenia cogió a Julia por ambas manos y ensayó unos pasos con ella para ver si andaba. Julia agarró una toga que todavía chorreaba con unas manos que eran más gruesas y grandes de lo que yo había advertido.

Oímos un grito procedente del piso.

—¿Quién era tu mendigo? —pregunté a Lenia sin alterarme.

—Un tipo joven con una trama púrpura en la túnica. ¿Y el tuyo?

—Ni idea.

—El mío dijo que te conocía, Falco.

—¿Tiene el aspecto de que el desayuno le sienta mal cada mañana?

—A juzgar por lo que dices, ése es el cara de asco, querido.

—El hermano de Helena. Ése nos trae sin cuidado. Parece que el hombre al que seguí hasta su casa está de acuerdo. —Los gritos continuaron—. Helena no está arriba, que tú sepas, ¿verdad, Lenia?

—Lo dudo. Me pidió prestada una de las bañeras. Piensa meterse en ella tan pronto llegue a casa.

—¿Sabes dónde fue con la bañera? —insistí. Lenia se echó a reír. Del otro lado de la calle llegaron más gritos. Tal vez habría cambiado de idea y habría intervenido, pero oí que otro se ofrecía a ayudar en el trabajo duro de la lavandería y me escondí tras una sábana mojada. Era mi padre. Tan pronto oyó alboroto, echó escaleras arriba para ver dónde estaba la diversión. Irrumpió intempestivamente y añadió su voz al griterío; después, Lenia y yo lo vimos aparecer en el porche con Camilo Eliano. Entre ambos traían agarrado al hombre de las botas despellejadas. Lo traían medio a rastras, cada uno por un brazo, con las rodillas rozando el suelo. Como daban la impresión de saber lo que hacían, me limité a sonreír y dejar que la esforzada pareja continuara con lo suyo.

Empezaron a bajarlo por la escalera en volandas, pero pronto advirtieron que sostenerlo durante todo el rato escaleras abajo resultaba demasiado engorroso. Al llegar a trompicones al nivel de la calle, lo soltaron. El tipo salió huyendo. Si hubiera venido hacia mí, quizás habría podido levantar un pie y ponerle la zancadilla, pero la fortuna estaba de su parte y escapó en dirección opuesta.

Guiñé un ojo a Lenia y me acerqué a los héroes, que se felicitaban entre sí por el modo en que habían evitado que intentaran robar en mi casa.

—Veo que decidisteis mostraros compasivos —comenté con sarcasmo al tiempo que los conducía otra vez al interior del edificio—. Sois muy bondadosos dejándolo que se vaya de esa manera.

—Bien, lo hemos ahuyentado para hacerte un favor —jadeó mi padre, que siempre se tomaba un tiempo para recuperar el aliento después de un altercado. Aunque tal cosa no lo detenía nunca, si veía algo estúpido en que meterse—. ¡Júpiter

sabe qué pensaría ese tipo que podía llevarse de este lugar!

Como subastador que era, mi padre vivía rodeado de valiosos muebles y objetos diversos. Por ello, nuestra austera vivienda le resultaba incómoda e inquietante. Sin embargo, guardar nuestros objetos de valor en su almacén significaba que Helena y yo no tendríamos que preocuparnos de que algún ladrón de manos largas del Aventino se las llevara. (Eso, dando por sentado que mi propio padre no metería la mano en nuestras cosas. Pero me veía obligado a comprobarlo regularmente.)

—No era ningún ladrón —le corregí sin cambiar el tono de voz.

—Y me tomó por ti, Falco —intervino Eliano con un eco de indignación. Me complació observar que tenía una fuerte contusión en la mejilla. Se llevó los dedos a la zona y la tocó con cuidado. Los huesos seguían intactos; al menos, era lo más probable.

—¡De forma que has parado un golpe que iba contra mí! Gracias, Aulo. Es estupendo que hayas podido ocuparte de todo.

—Entonces, ¿quién es? —quiso saber mi padre, cuya curiosidad era famosa—. ¿Tu nuevo socio?

—No. Éste es su hermano, Camilo Eliano, la próxima estrella fulgurante del Senado. Mi socio, muy sensatamente, se ha marchado a Hispania.

—Eso debería hacer más fácil combinar vuestra experiencia —continuó mi padre en tono burlón. Justino no tenía ninguna experiencia como informante, pero no vi ninguna necesidad de decirle a mi padre que me había asociado con un colega aún más inadecuado que Petronio o Anácritos. Era probable que Eliano no tuviese noticia de que su hermano me estaba proporcionando muchos datos, puesto que lo vi que miraba de reojo—. ¿Esperabas acaso que esa gentuza viniera a visitarte? —preguntó mi padre acto seguido.

—O algo parecido, posiblemente. Supongo que anoche me siguieron cuando volvía a casa. Alguien quería asegurarse de mi dirección.

—¡Por los dioses! —exclamó Eliano, aprovechando la ocasión de mostrarse piadoso, al tiempo que me insultaba—. ¡Vaya imprudencia, Falco! ¿Y si mi hermana hubiera estado en casa, en este momento?

—Pero no estaba. Ya sabía que Maya había salido.

—Helena habría echado al intruso a golpes con una sartén de fondo grueso y contundente —apuntó mi padre como si se sintiera con derecho a vanagloriarse del espíritu inquieto de mi mujer.

—Y se habría asegurado de atarlo de pies y manos —asentí, recordando a la pareja el error que acababan de cometer—. Después, habría averiguado quién lo envió a asustarla.

—¿Quién crees que anda de por medio? —preguntó mi padre sin hacer caso del reproche—. Apenas hace cuatro días que has vuelto a la ciudad.

—Cinco —le corregí.

—¿Y ya has conseguido enemistarte con alguien? ¡Estoy orgulloso de ti, muchacho!

—Recuerda, padre, que el arte de fastidiar a la gente lo he aprendido de ti. Yo era el objetivo escogido. Pero creo —añadí, para satisfacción de Eliano— que el mensaje más fuerte iba dirigido, en realidad, a este amigo nuestro.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —protestó Eliano.

—Y el mensaje es: «Ni lo intentes tampoco» —repliqué con una sonrisa burlona—. Sospecho que tú, Aulo, acabas de recibir una insinuación de que evites ofender a la hermandad de los arvaes.

—No hablarás de esos desastres, ¿verdad? —refunfuñó mi padre con profundo desagrado—. Todo lo que tenga que ver con la antigua religión me produce escalofríos.

Fingí ser más tolerante:

—Eres muy exigente, padre. Tú no tienes que organizar una carrera para el Senado partiendo de cero... El pobre Eliano tiene que apretar los dientes y dar vueltas en una danza rústica, al tiempo que agita espigas de grano mohoso.

—¡La hermandad de los arvaes es un colegio de sacerdotes antiguo y honorable! —protestó el aspirante a acólito. Pero Eliano sabía que su reconvención carecía de fundamento.

—¡Y yo soy Alejandro Magno! —replicó mi padre afablemente—. Esos hombres son ancianos y más desagradables que una cagada de perro en plena Vía Sacra, que parece que te está esperando a ver dónde pones la planta de la sandalia... ¿Y qué has hecho para molestarlos, Marco?

—Simplemente, les hemos hecho demasiadas preguntas, padre.

—¡Muy propio de ti!

—Tú me enseñaste a agitar las cosas.

—Si ésta es la reacción, quizá deberías detenerte, Falco —apuntó el hermano de mi amada, como si el asunto hubiera sido idea mía.

—No permitas que esos hijos de mala madre se salgan con la suya —nos aconsejó mi padre. No era suya la cabeza que el tipo había amenazado con arrancar...

Opté por ofrecer a Eliano la ocasión de retirarnos en aquel momento como buenos chicos y le recordé que su padre quería que obtuviese más pruebas de influencia política; él decidió hacer caso omiso de su padre, algo que, en presencia del mío, no pude sino aplaudir. A Eliano lo había enviado a verme Décimo, pero a aquellas alturas el joven ya se sentía liberado de obligaciones hacia él y volvió con todas sus contusiones a casa de la familia, donde su madre, sin duda, me echaría a mí la culpa de su desgraciado estado.

A veces, tratar con los Camilos era aún más complicado que maniobrar con mis

propios parientes.

Mi padre se acercó a la mesa donde comíamos normalmente como quien espera que le den de cenar gratis. Sus ojos de mirada furtiva me interrogaron antes que sus palabras:

—Me ha llegado un mensaje de que querías hablar conmigo. ¿Tiene algo que ver con el proyecto de Helena?

Su pregunta me irritó. Si alguien me hubiera puesto en antecedentes desde el principio, lo habría usado como arma para descubrir lo que Helena tenía en mente. Mi padre era detestable.

—Entonces —insistió—, ¿Helena siguió mi consejo de utilizar a Glauco y a Cota? —¿Su consejo? El corazón me dio un vuelco. Mi padre, inquieto, añadió una confesión—: Aunque de un tiempo a esta parte, quizás estén un poco venidos a menos...

Este último comentario quedaba fuera de lugar.

—Estoy seguro —repliqué pomposamente— de que Helena Justina puede quitarse de encima a cualquiera que le cree problemas.

—Cierto —asintió mi padre—. Probablemente, deberíamos sentir lástima de ellos.

Se incorporó de un brinco. Tenía que sentirse aún más culpable de lo habitual, para marcharse sin intentar gorronearme una cena.

Apoyé la mano en su hombro y lo obligué a sentarse otra vez. Cuando le dije que quería hablar de cómo ayudar a Maya, recordó que tenía una cita urgentísima. Dejé muy claro que tendría que hablar de ello o le hundiría la cabeza en el marco de la puerta.

—Escucha, tenemos una crisis familiar y debemos resolverla nosotros, los hombres. Esta vez, mamá no puede hacer nada; ya se ocupa económicamente de los crios de Gala...

—¿Y por qué ha de hacerlo? El jodido Lolio no se ha peleado con un león...

Una vez muerto Famia, Lolio pasaba a ocupar su lugar como el más desagradable de mis cuñados. Era un barquero del Tíber, una burbuja asquerosa de escoria fluvial. El único rasgo que lo redimía era su habilidad para no entrometerse en nada, habilidad que me había ahorrado imaginar nuevas maneras de ser desagradable con él.

—Por desgracia, no. Pero ya sabes que el jodido Lolio es un completo inútil e incluso cuando le da algo de dinero a Gala, tampoco podemos considerar que ella sea una administradora demasiado hábil. Los pequeños no tienen la culpa de haber tenido unos padres tan terribles, pero mi madre ayuda en todo lo que puede para que todo ese grupo de incompetentes pueda sobrevivir. Escucha, padre: ahora, Maya tiene que pagar el alquiler, la alimentación y las matrículas escolares de Mario, por lo menos; el

chico quiere cursar estudios de retórica... Y, además, mi hermana acaba de descubrir que Fania había dejado de pagar las cuotas de enterramiento, de modo que incluso tiene que pagarle el funeral a esa sabandija.

Mi padre, grueso y canoso, ligeramente patizambo, se irguió. Eran cuarenta años de engañar a compradores de arte los que le ayudaban a ser convincente, aunque yo sabía que todo él era un fraude.

—No soy insensible a la situación de tu hermana.

—La conocemos todos, padre. Maya, sobre todo. Dice que tendrá que trabajar otra vez para ese sastre estúpido —le comenté en tono sombrío—. Y siempre me ha parecido que ese gilipollas baboso le tiene echado el ojo...

—Es hora de que se jubile. No hace gran cosa ya, aunque nunca hizo mucho. Tiene a todas esas muchachas que hilan para él y la mitad del tiempo se ocupan también de la tienda. —Tras un breve momento de distracción, mientras se sentía celoso de que el sastre atrajera a aquellas jóvenes tejedoras, mi padre volvió a ponerse pensativo—. Maya sería perfecta para llevar un negocio.

Tenía razón y me molestó no haber sido yo el primero en verlo. Y a Maya, que detestaba a nuestro padre incluso más que yo, había que conducirla con una gran habilidad hacia cualquier idea que procediese de él. Pero en aquel momento teníamos la respuesta y, para asombro mío, mi padre se ofreció voluntariamente a convencer al viejo sastre de que deseaba comprarle el negocio. Y lo mejor de todo: mi padre se ofreció a adelantar el dinero necesario.

—Tendrás que hacer creer a ese tipo que la venta es idea suya.

—No me enseñes a hacer negocios, chico.

En efecto, mi padre era un comerciante de gran éxito, eso no podía evitar reconocerlo. Un brillante talento para echarse faroles lo había hecho más rico de lo que merecía.

—Bien, mañana es día festivo oficial, así que puedes cerrar tu tienda y...

—¡No puedo creer que esté oyendo tal blasfemia! ¡Yo nunca cierro por una festividad cualquiera!

—Pues esta vez, hazlo y ve a convencer al sastre.

—¿Y tú? ¿No vienes conmigo?

—Lo siento, tengo una cita pendiente. —Me abstuve de explicar que tenía que ocuparme de los díscolos gansos sagrados—. Y no lo soltaré barato, padre.

—Está bien, tengo dinero suficiente, ya que tú rechazaste el que te ofrecía. —En una ocasión, mi padre se ofreció a encontrar el dinero necesario con el que apoyar mi aspiración a ascender al rango de caballero; no había manera de hacerle entender que ganármelo con mi propio esfuerzo era una cuestión personal—. Déjame esto a mí —declaró mi incorregible viejo, lanzándose a una exhibición de magnanimidad con la misma alegría con la que un día había huido del redil familiar—. ¡Tú límitate a jugar

a que eres el chico de los gansos!

El muy cabronazo había esperado hasta entonces para divertirse a mi costa con ese insulto.

—No olvides esto —le repliqué—. Mantén todo el negocio a tu nombre para cuando a Maya le caiga bien un nuevo pretendiente. ¡Seguro que no te gustaría despertar un día y descubrir que financias a Anácrites!

Aquello bastó para cortar la conversación en seco.

XVIII

El día siguiente eran las calendas de junio y hubo celebraciones por Marte y las Tempestates (las diosas del tiempo y del aire). También se celebraba el festival de Juno Moneta, el día en que los gansos eran trasladados en procesión para ver crucificar a los perros guardianes.

Yo preferí no entrar en los detalles de este sangriento fiasco. Baste decir que cuando, en mi calidad de procurador de las aves sagradas, presentara mi informe a palacio recomendaría con la máxima insistencia lo siguiente:

Para evitar crueldades innecesarias a los animales y malos tragos a los observadores demasiado sensibles, a los perros guardianes condenados a los que se vaya a crucificar se les tranquilizará con comida drogada antes de que se proceda a clavarlos.

Para evitar que los gansos sagrados escapen de su litera de ceremonias mientras presencian el rito, también se les dará una dosis de algún producto tranquilizante y, a continuación, se les atarán las patas (los lazos quedarían ocultos bajo los almohadones púrpura en los que se aposentan tradicionalmente los gansos).

Para facilitar lo anterior, añádanse a la litera unos barrotes o una jaula.

El día antes de las calendas, será responsabilidad del cuidador de los gansos ocuparse de que las alas de todos los gansos sagrados que tomen parte en la ceremonia estén recortadas convenientemente para que no tengan posibilidad de salir volando.

Se debe permitir que los perros de casa bien (*Nux*, por ejemplo) paseen por el Capitolio bajo el control de personas autorizadas (yo, por ejemplo) sin riesgo de ser capturados y puestos bajo custodia con la amenaza de convertirse en participantes de la ceremonia de la crucifixión.

Los perros inocentes que sean aprehendidos accidentalmente deberán ser devueltos a la custodia de sus responsables autorizados sin que éstos tengan que pasar dos horas discutiendo.

Se tenderá a que todo el ritual de la crucifixión de los perros guardianes «culpables» caiga en el olvido lo antes posible. (Sugerencia: para tranquilizar a los puristas, la supresión de esta antiquísima ceremonia podría excusarse en nuestro Estado moderno como concesión a las tribus celtas, dado que la Galia es parte del Imperio y que ya no es probable que los bárbaros intenten invadir el Capitolio, salvo en forma de turistas.)

Cada vez que el procurador de las aves asista al festival de Juno Moneta, deberá inmediatamente después tener derecho a una considerable cantidad de bebida a costa del Estado.

XIX

Al día siguiente —cuatro antes de las nonas de junio, según marcaba mi calendario—, no se celebraba ninguna fiesta religiosa y, por lo tanto, era un día en el que podían producirse transacciones legales.

Ese día recibí un mensaje urgente de mi padre en el que me comunicaba que había convencido al sastre a vender el negocio, pero la decisión podía ser sólo temporal (o el precio se encarecería) a menos que le presionáramos y consiguiéramos que firmara el contrato aquel mismo día. Sólo me paré un momento a desear que, cuando organizara mi propia sociedad de investigadores privados, no me forzara a hacerlo un empresario como mi padre; inmediatamente supe lo que tenía que hacer, estuve de acuerdo y me dirigí a casa de mi hermana, pues mi padre había decretado que sería tarea mía convencer a Maya de que lo que tenía que hacer era lo que habíamos proyectado para ella.

Su reacción inmediata fue de suspicacia y de resistencia.

—¡Por el Olimpo, Marco! ¿A qué viene tanta prisa?

—Tu honrado empresario podría consultar con su abogado...

—¿Y por qué...? ¿No estaréis estafándolo papá y tú?

—Claro que no. Somos gente honrada. Todo el mundo que tiene tratos con nosotros lo dice. Lo que no queremos es darle ocasión de cambiar de idea y que intente estafarnos.

—Todo el mundo que tiene tratos con vosotros dice: «¡Nunca más!». Lo que pretendéis organizar, par de sabandijas, es mi vida, Marco.

—No te pongas dramática. Lo que te ofrecemos es un negocio próspero y rentable.

—¿No me puedes dar por lo menos un día para pensármelo?

—Mira, Maya, nosotros, fuertes y bondadosos, por estar al frente de tu familia ya hemos pensado por ti, como se supone que debemos hacer. Además, nuestro padre dice que quedan pocos días para tener la oportunidad de hacer un negocio ventajoso y no debemos desperdiciar esta ocasión. Su consejero legal ha redactado un escrito muy minucioso y, antes de continuar adelante, papá quiere saber que te alegras.

—No quiero tener nada que ver con papá.

—Excelente. Sabía que lo dirías.

Mi padre tenía razón, según comprobé en el calendario. Gracias a la aguda percepción romana de que los abogados son tiburones a los que conviene dar el menor estímulo posible, sólo suele haber cuatro o cinco días al mes en que se les permite embaucar a los clientes. (Otros países deberían reflexionar sobre la conveniencia de adoptar esta ley.) A los abogados también les gusta, los muy holgazanes. Junio ofrece una especial protección al ciudadano nervioso, aunque ello

resulte un tanto inconveniente cuando uno está dispuesto a engañar también lo que pueda. Si perdiéramos aquella oportunidad, el día hábil más próximo para la firma de contratos sería bastante después de los idus.

Envié a Mario a decirle a mi padre que Maya estaba encantada. Mi hermana dejó que Mario se marchara, pero, más contrariada incluso de lo habitual por su estado de irritación, cambió pronto de idea y salió tras él. Por fortuna, Mario era lo bastante despierto como para darse cuenta de que, si quería asegurarse las matrículas escolares en el futuro, tenía que echar a correr tan pronto como perdiera de vista la casa familiar.

Un oportuno visitante interceptó a Maya. En el instante en que mi hermana salía precipitadamente por la puerta de la casa y yo la seguía pisándole los talones, vimos en la calle la forma ya familiar de la silla de manos con el grabado de la cabeza de la Medusa que identificaba a los Lelios. Si tenía en cuenta que querían evitar el trato con nosotros, aquel vehículo estaba arando profundos surcos en las casas de mi familia.

—¡Saludos, Maya Favonia!

—¡Cecilia Paeta! Mira, Marco, ésta es la madre de la encantadora pequeña Gaya Laelia.

—¡Cielos, Maya querida...! Bien, será mejor que la dama entre enseguida.

(Y yo, tu inquisitivo hermano, debo quedarme aquí para otear el panorama...)

Cecilia Paeta era de constitución delgada, vestía unas ropas blancas bastante gruesas, lucía una gargantilla de metal deslustrado y no llevaba nada tan irreverente como un maquillaje facial para dar vida a su pálida tez. Maya había comentado que Cecilia era bizca; la verdad es que padecía de una miopía severa que le daba el aire de quien no ve tres en un burro y de que nada más allá de su campo de visión puede estar sucediendo de verdad. Tenía una boca de labios finos, una nariz que resultaba mejor de frente que de perfil y una mata de cabellos oscuros reseco sujetos en la nuca con una raya en el centro, según un estilo muy pasado de moda.

No era mi tipo. No esperaba que lo fuese. Por supuesto, eso no significaba que no pudiera despertar el deseo en otros hombres (aunque, probablemente, en ninguno de mis amigos).

Parecía nerviosa. Tan pronto como intercambiamos unos cuantos cumplidos de compromiso, fue al grano:

—Sé que habéis visitado nuestra casa. Ni se os ocurra decirle nunca a Lelio Numentino que he venido aquí...

—¿Por qué? —Mi hermana se hacía la tonta. Maya tenía un ojo en la puerta, impaciente por salir corriendo detrás de Mario para que éste dijera a su abuelo que rechazaba la oferta—. Las niñas tienen que salir a charlar y jugar con sus amiguitas alguna vez. Se debe confiar en que una matrona respetable tenga contactos sociales.

¿Nos estás diciendo que tu suegro te tiene secuestrada?

Que Cecilia hubiera hecho una valerosa apuesta por la libertad era esperar demasiado; prefería estar a salvo escudándose en la opresión teñida de religión:

—Somos una familia normal. Cuando Numentino era flamen dialis, esto era fundamental para los ritos. Ahora desea continuar la vida como siempre la ha conocido. Es un anciano...

—Tu hija le hizo una extraña propuesta a mi hermano —interrumpió Maya bruscamente—. Eres su madre. ¿Qué opinas de que viniera a decirnos que alguien quiere matarla?

—A mí también me lo dijo..., pero le repliqué que no dijera bobadas —Cecilia se dirigió a Maya—: Gaya Laelia tiene seis años. Cuando supe que había acudido a tu hermano, me quedé horrorizada...

Por fin, Maya se acordó de presentarme.

—Pues mi hermano es éste.

Dirigí un cortés saludo a la madre de Gaya.

Cecilia Paeta ponía cara de asustada. Bien, los informantes tenemos mala reputación. Quizás esperaba encontrarse con un réprobo político de aspecto malévol. La visión de un tipo normal, bastante atractivo, con manchas de salsa de pescado en el borde de la túnica, sometido a la experta autoridad de su hermana menor, debía de tener confundida a la mujer. A menudo también me confundía a mí.

—Gaya tiene demasiada imaginación. No sucede nada raro —se apresuró a confesar Cecilia.

—Eso nos han dicho. —Le dirigí una sonrisa viperina—. El flamen pomonalis insistió en ello ante mi esposa, como un cuñado leal y bien adiestrado. Ahora lo dices tú también. Para asegurarme absolutamente, me gustaría volver a preguntárselo a la propia Gaya, aunque el pomonalis se ocupó muy bien de informarnos de que la niña es muy querida y que no corre ningún peligro. Así pues, imagino que esa idea alguien se la habrá metido a Gaya en la cabeza.

Cecilia ni parpadeó. La gente que vive bajo el terror al tirano no pestañea cuando la amenazan; ha aprendido a evitar irritar a su opresor.

—¿Hay alguna posibilidad de que hable con Gaya? —insistí, sin muchas esperanzas de alcanzarlo.

—Oh, no. Rotundamente, no. —Consciente de que sus palabras transmitían un exceso de celo, Cecilia intentó dulcificarlas—: Gaya sabe que lo que te contó eran tonterías absurdas.

—Bien, tú eres su madre —repitió Maya, condescendiente, como una madre que criticara la postura de otra. Con todo, incluso mi impulsiva hermana sabía ser justa—. Lo cierto es que, cuando habló del asunto con mi hija Cloelia, Gaya parecía entusiasmada con la idea de convertirse en vestal.

—¡Y lo está, desde luego! —exclamó Cecilia, casi suplicándonos que la creyéramos—. No somos monstruos; tan pronto como me di cuenta de que había algo que la hacía desgraciada, dispuse que tuviese una larga charla con Constanza sobre lo que sería su vida en la casa de las vestales...

—¿Constanza? —repetí.

—La vestal que todos conocimos en palacio —me recordó Maya, un tanto resabiada.

—Exacto. ¿Constanza es la oficial de enlace con las nuevas reclutas?

—Se asegura de que las aspirantes escuchen las mentiras adecuadas —replicó Maya con profundo cinismo—. Insiste en la fama y el respeto que reciben las vírgenes vestales y olvida mencionar los inconvenientes, como el de vivir durante treinta años con otras cinco mujeres privadas de sexo que, muy probablemente, la odian a una y la fastidian sin descanso.

—¡Maya Favonia! —protestó Cecilia, verdaderamente asombrada.

—Lo siento —Maya hizo una mueca.

Hubo un silencio. Vi a Maya tensa todavía y como frustrada por no poder escapar a la carrera para tratar con nuestro padre. Cecilia Paeta no parecía muy segura de si continuar o dar por terminada la entrevista.

—¿De quién fue la idea de inscribir a Gaya en el sorteo de las vírgenes? —pregunté y pensé en lo sucedido a la familia de mi hermana.

—Mía.

La respuesta me sorprendió.

—¿Y qué piensa su padre?

Cecilia levantó ligeramente la barbilla antes de responder:

—Escauro se mostró encantado cuando le escribí y le planteé la cuestión. —Probablemente puse una expresión de desconcierto ante su modo de expresarse. Ella añadió calmadamente—: No vive con nosotras.

El divorcio es bastante corriente, pero un lugar en el que no había esperado que se produjera era en una casa donde todos los varones estaban destinados a servir como flámenes y cuyo matrimonio había de durar de por vida.

—¿Y dónde vive, pues? —inquirí. Conseguí dar un tono neutro a mis palabras. Escauro debía de ser el nombre del padre de Gaya; era el primer indicio de que existía, de que tenía entidad propia, y me pregunté si aquello significaría algo.

—En el campo. —Cecilia Paeta mencionó un lugar que, casualmente, yo conocía; estaba a una hora de marcha desde la casa de campo que tenían mis tíos maternos. Maya me dirigió una mirada, pero la evité.

—¿Estáis divorciados?

—No. —Cecilia no alzó la voz. Tuve la sensación de que rara vez hablaba de aquel tema con extraños. El ex flamen dialis se sentiría ultrajado si lo hiciese—. Mi

suegro se opone rotundamente a ello.

—Tu marido, su hijo, ¿es miembro de la clase sacerdotal?

—No. —Cecilia Paeta bajó la mirada—. No, nunca lo ha sido. Yo siempre supuse que seguiría las tradiciones familiares; de hecho, así lo prometió en la época en que nos casamos. Pero Laelio Escauro prefirió un tipo de vida distinto.

—La ruptura con la tradición imagino que debió de causar un gran desasosiego familiar...

Cecilia no hizo ningún comentario directo, pero su expresión lo decía todo.

—Nunca es demasiado tarde. Siempre quedaba la esperanza de que, si sólo estábamos separados, algo pudiera rescatarse del naufragio. Y ese algo, por supuesto, sería Gaya. Mi suegro proponía que fuera desposada según la costumbre antigua con alguien que ingresara en el colegio de flámines; esperaba que más adelante, algún día, llegara incluso a convertirse en la flaminia, como su abuela...

Dejó la frase en el aire.

—¡Pero si la hacen virgen vestal, no podrá...! —intervino Maya como exponiendo la contradicción. Cecilia Paeta levantó la cabeza. Maya bajó la voz, susurrando como en una conspiración—. ¡Tú lo has desafiado! ¡Has inscrito a Gaya en el sorteo deliberadamente para fastidiarle los planes a tu suegro!

—Jamás desafiaría al flamen —replicó la madre de Gaya en un tono mucho más suave. Se dio cuenta de que nos había dado más información de la que quería, y se dispuso a desaparecer—. Mi familia pasa una época difícil. Por favor, compadecednos y dejadnos en paz.

Se encaminó hacia la puerta.

—Nuestras disculpas —se limitó a decir Maya. Habría podido protestar, pero aún quería seguir con la misión que se había impuesto a sí misma. Así pues, se aferró al comentario de Cecilia de que pasaban una época difícil—. Naturalmente, lamentamos vuestra pérdida.

Con los ojos desorbitados, Cecilia Paeta se volvió a mirarla. Una reacción muy extrema, aunque el dolor puede hacer hipersensible a una persona cuando menos te lo esperas.

—Tu familia asistía a un funeral cuando Maya fue a visitarte —le recordé sutilmente—. ¿Era un pariente cercano?

—¡Oh, no! Era un pariente político, eso es todo...

Cecilia recuperó el aplomo, inclinó la cabeza en un gesto ceremonioso y se encaminó al palanquín.

Incluso Maya consiguió esperar a que la mujer se hubiera marchado antes de gritarme:

—¿Qué sucede? ¡Qué familia tan picajosa!

—Todas las familias lo son —respondí con voz angelical.

—¡No lo dirás por la nuestra! —replicó mi hermana con tono burlón... y salió corriendo para lanzarse a una discusión con nuestro padre.

Yo fui a ver a mi madre como un hijo sumiso.

Hacía mucho tiempo que llevaba a mi madre a la Campania a visitar a la tía abuela Febe y a mis increíbles tíos, el taciturno Fabio y el pensativo Junio..., aunque seguramente a éste no le veríamos, pues había desaparecido sin dejar rastro y se suponía que no debíamos hablar siquiera. Sería fácil dejar a mi madre en la propiedad familiar para que se dedicara un buen rato al chismorreo y, acto seguido, buscar algo inocente en que ocuparme.

Por ejemplo, podía desplazarme unas cuantas millas hasta el lugar que había mencionado Cecilia Paeta y entrevistar al huido y exiliado padre de la pequeña (supuestamente imaginativa en exceso) Gaya Laelia.

XX

—Helena Justina, un hombre que te quiere con ardor se ofrece a llevarte traqueteando durante horas en un caluroso carruaje abierto y de paso sobarte en un campo de coles.

—¿Cómo podría resistirme a esa proposición?

—Seguro que puedes dejar solos a Glauco y a Cota aunque sólo sea un día.

Helena no hizo el menor asomo de haberme oído mencionar esos nombres.

—¿Me necesitas, pues?

—Sí. Tengo que enganchar la mula y ya sabes cuánto me disgusta eso. También solicito tu sensata presencia para mantener a raya a mi madre. En cualquier caso, si no te llevo conmigo, la tía abuela Febe dará por sentado que me has abandonado.

—Pero ¿por qué iba nadie a pensar tal cosa? —Helena sabía negarlo de una manera que me resultaba ligeramente preocupante.

—Por cierto, querida, mi padre ha enviado un mensaje con su habitual estilo retorcido. Cree que deberías saber que, según ha oído, Glauco y Cota no son los mismos que eran cuando él los recomendó.

Como quien no quiere la cosa, Helena se volvió y alzó la mirada de la cazuela que llevaba un rato restregando con arena y vinagre. En sus ojos había una llamarada de cólera. Con un siseo angustioso, murmuró entre dientes:

—Realmente, no necesito que nadie me diga cómo son Glauco y Cota. ¡Y si oigo que alguien más menciona a ese par de sinvergüenzas, me pondré a chillar!

Lo decía totalmente en serio. Por fin, el cuadro tenía al menos un esbozo a carboncillo. Mi padre la había cargado con un par de sus ayudantes favoritos; aquellos chicos tenían que ser mediadores en el negocio de la construcción. Sonreí y guardé silencio.

Faltaban tres días para las nonas de junio, festividad de Bellona, la diosa de la Guerra, una divinidad a la que convenía respetar, por supuesto, pero que no tenía ninguna vinculación directa con las aves sagradas, según tenía yo entendido. Era otra jornada libre para votaciones, de modo que resultaba conveniente alejarse del Foro antes de que a alguien le diera por escogerme para hacer de jurado.

Nos dimos prisa por llegar al desorganizado huerto de la casa de mis parientes donde, como de costumbre, los puerros y las alcachofas luchaban por su cuenta mientras mis tíos se ocupaban de llevar una existencia emocionalmente intensa. Mis parientes eran hombres de grandes pasiones, si bien sus personalidades eran absolutamente mediocres. Me quedé el tiempo suficiente como para enterarme de que al tío Junio, el muy estúpido, se le había roto el corazón por un condenado lío con la coqueta esposa de un vecino y, tras una terrible escena acaecida en medio de un campo de coles después de haber fracasado en su intento de colgarse de una viga del

cuarto de los aperos de labranza y los arcos para los animales de tiro porque la madera estaba carcomida (la tía abuela Febe había insistido numerosas veces en que la reparase), abandonó la casa en un ataque de rabia ante la inoportuna aparición, durante una violenta tormenta, de su hermano Fabio, quien se había marchado de casa en otro arrebato de ira debido, creo, a una crisis existencial (aunque, dado que lo que hacía era, ante todo, causar problemas en la vida de los que le rodeaban y a continuación pegarse a ellos con continuas disculpas, su enfado debía de estar estimulado por todos los demás). Todo, pues, normal y como de costumbre. Los dos hermanos mantenían una rivalidad de por vida, una rivalidad tan vieja que ninguno de los dos podía recordar a qué detalle en concreto se debía, pero en la que ambos se sentían cómodos. Hacía años que no veía a Fabio, pero constaté que no había mejorado un ápice.

Mi madre cogió a Julia de nuestros brazos y se dispuso a chismorrear con Febe sobre los jóvenes y sus problemas. *Nux* se vino conmigo. Desde el episodio en el Capitolio en que la capturaron los acólitos sacerdotales cuando iban en busca de perros que crucificar, *Nux* se mostraba inquieta y muy apegada a mí. Además, una sucesión de canes de aspecto desagradable habían ocupado nuestro porche recientemente, lo cual apuntaba a que la perra estaba en celo. Esto contribuía también a hacer más inestable su conducta. Me sentí molesto; hacer de comadrona de mi propia hija ya había sido una experiencia suficientemente perturbadora; no estaba dispuesto a pasar por ese trance otra vez, y menos por una camada de cachorros.

Helena sabía que estaba comprobando la historia de la familia Laelia, de modo que, tan pronto como dejamos a mi madre, se vino conmigo.

Era una calurosa mañana de junio y avanzábamos en el carro, tirado por una mula lo bastante cansina como para obedecer mis órdenes. Noté la rodilla de Helena contra la mía y su hombro, ligeramente cubierto, rozándome el brazo. Sólo el hocico húmedo de *Nux*, que pugnaba por meterse entre los dos desde la parte trasera del carro, estropeaba lo que habría podido ser un idilio.

—Bien, aquí estamos, viajando apaciblemente —murmuró mi amada—. Es tu oportunidad para convencerme de que te cuente mi secreto...

—No se me ocurriría ni soñando.

—Espero que lo intentes.

—Si necesitas compartir tus problemas, sé sincera y dilo de una vez.

—¿Y si lo que quiero en realidad es que me sonsaques la historia a base de interrogarme?

—¡Paparruchas! Tú eres mucho más seria que todo eso —proclamé, convencido—. Te quiero porque tú y yo no tenemos que rebajarnos nunca a tales juegos.

—Didio Falco, eres un cerdo asqueroso.

Le dediqué una sonrisa de cariño. Hiciera lo que hiciese, confiaba en ella. De una

parte, si de veras se hubiera propuesto engañarme, yo no habría tenido modo de enterarme de que estuviera sucediendo algo; Helena Justina era demasiado lista.

Tenía mi trabajo, sí. Una ocupación solitaria, generalmente. Helena colaboraba cuando parecía conveniente (y a veces, cuando el trabajo se hacía peligroso me aterraba la idea de que estuviera involucrada), pero merecía un estímulo por mi parte. Aunque nuestras vidas estuvieran separadas, yo siempre aprovechaba la mínima ocasión que se presentara para alejarla de sus preocupaciones y llevármela aparte, de forma que pudiéramos perdernos...

Una parte de nuestro primer cortejo se había producido en el campo. Me pareció un toque nostálgico rodar con ella por el suelo sin darnos cuenta de que tupidas y duras matas de vegetación se nos clavaban en la espalda.

Con todo, la nostalgia es un plato para jóvenes.

—¡Oh, por Júpiter!, espero que tengamos una buena cama en casa. La diversión es la diversión, pero ya somos demasiado mayores...

Helena Justina me miró con ternura:

—Didio Falco, nunca terminarás de crecer...

Nux, atada al carro, se puso a ladrar.

De todos modos, encontramos la casa de campo bastante más tarde de lo que habríamos podido hacerlo. Era una pequeña propiedad que se veía bien llevada, aunque apenas suficiente para mantener a más gente de la que allí vivía. Había camellones de verduras de verano, alguna que otra ave de corral que picoteaba en un campo de frutales, un par de vacas y un cerdo bien cebado. Dos gansos salieron a recibirnos: ¡no podía librarme de su presencia ni un solo día!

Los perros de la casa olieron la presencia de *Nux* al cabo de escasos minutos. Si la hubiera atado, sólo la habría convertido en una víctima sacrificial. En lugar de a *Nux*, até a los perros. Después me llevé a la perra, preservando su castidad canina por mucho que ella intentara resistirse. Helena dijo que sería una buena práctica para cuando nuestra hija creciese.

La pequeña propiedad parecía diseñada como lugar de retiro de un intelectual romano, una vez privado del patrocinio de su mecenas; desde allí podía escribir notas bucólicas a sus amigos de la ciudad, alabando la vida sencilla del campo donde en la mesa sólo había queso tierno y una hoja de lechuga (al tiempo que esperaba que algún visitante civilizado le llevara los rumores que corrían por la ciudad, los recuerdos de mujeres sofisticadas y un ánfora de buen vino). Con todo, si Laelio Escauro apenas contaba treinta y tantos años, como yo suponía, parecía demasiado joven para retirarse tan pronto de la vida ciudadana.

Encontramos a un avejentado fámulo de espalda encorvada con su azadón al hombro. Puso cara de alegrarse al vernos, pero no le sacamos nada en claro. Mis prejuicios contra la vida rural se dispararon. Primero mis tíos, tan raros, y ahora un

labrador que dejaba el cerebro en un estante cuando salía al aire libre. Después, las cosas mejoraron. Apareció una muchacha.

—¡Vaya! —dije a Helena sin poder evitar una sonrisa—. Si quieres echar una siestecilla en el carromato, ahora ya me las puedo arreglar solo.

—¡Olvidalo! —replicó ella con un gruñido.

La muchacha de la finca tenía la cara redonda, la boca grande, unos hoyuelos bien marcados, la sonrisa voluntariosa y su figura desgarbada. De su porte se deducía un carácter amistoso y abierto. Tenía los ojos oscuros y prometedores y los cabellos atados con una cinta azul. Lucía un vestido holgado de color crema, con unos cuantos descosidos en las costuras, a través de los cuales era claramente visible su piel lustrosa.

¿De dónde podía haberla sacado Escauro, si llevaba la vida austera del hijo de un flamen?

—Ha ido a Roma.

—¿No puede alejarse del Foro? —inquirí.

—Bueno, Escauro va y viene. La última vez hizo una visita a escondidas a su hermana. Esta vez el motivo era una carta de su esposa. —Por lo menos, a la chica le constaba la existencia de Cecilia Paeta. No me habría gustado pensar que aquella radiante jovencita era víctima de algún cruel engaño—. Podría haber ido ayer, pero como era un día hábil tuvo miedo de que quisieran hacerle firmar algo.

—¿Algo? ¿Como qué? —sonreí. La actitud amistosa de la chica resultaba sumamente contagiosa.

—¡Oh!, no lo sé.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Helena con voz un tanto inquisitiva.

—Soy Meldina.

Bonito nombre, pero conseguí morderme la lengua y no comentar nada al respecto. Por muy sincero que uno pretenda ser al decirlo, la frase siempre suena a tópico y a frase hecha. Me hallaba en una situación bastante comprometida, intentando retener a una perra que trataba de liberarse con todas sus fuerzas, ansiosa por tener un romance campestre.

En adelante, dejé a Helena que se ocupara del interrogatorio mientras yo me limitaba a controlar a *Nux* y a observar a mi amada con admiración. (Me refiero, por supuesto, a que admiraba la habilidad de Helena para formular preguntas embarazosas.)

—¿Cuánto hace que Laelio Escauro vive aquí? —preguntó.

—Unos tres años.

—¿Tanto tiempo? ¿Y tú vives aquí desde entonces?

—No del todo. —Meldina nos dedicó una sonrisa especialmente abierta—. Se está muy bien aquí.

Todos miramos a nuestro alrededor. Teníamos ante nosotros una escena bucólica perfecta. Y, a efectos de perspectiva, el primer plano era especialmente bello debido a la presencia de los abundantes encantos de Meldina.

—Déjame adivinar... —repuso Helena con amabilidad, en un tono que no quería resultar ofensivo—: Tú serás una liberta de la familia Laelia, ¿no?

—¡Oh, no! —exclamó Meldina, horrorizada—. No tengo nada que ver con eso. Mi madre ya era una liberta de la tía de Escauro —explicó.

Aquella definición tan complicada daba a entender que no había sido forzada a trasladarse allí con Escauro; siendo una mujer libre de nacimiento, se había instalado en la finca por propia voluntad. Con todo, me preguntaba, curioso, si la tía la habría animado a hacerlo; una chica tan atractiva habría podido convertirse en una especie de favorita del marido de la tía.

—¿Conocías a Escauro antes de trasladarse a vivir al campo? —Helena intentaba averiguar si era la amistad con Meldina lo que había causado el que el hombre se apartara de la casa familiar.

—No, fue más tarde. De todos modos —añadió la muchacha con aquella sonrisa que nunca la abandonaba—, ahora estamos bastante bien aposentados.

—No hay posibilidades de que vaya a divorciarse de su mujer, ¿verdad?

—Nunca lo hará. Su padre se lo tiene prohibido.

Lo que imaginábamos.

—Discúlpame por hacerte todas estas preguntas —dijo Helena.

—¡Ah!, no es nada. Hablaré con quien haya que hablar. —Qué actitud más refrescante, me consolé. Luego me pregunté hasta dónde llegaría la accesibilidad de Meldina. Parecía poco probable que se pusiera muchos límites. Vi que Helena me dedicaba una mirada severa, y no sé por qué—. ¿Para qué queráis ver a Escauro? —preguntó la muchacha, al tiempo que me lanzaba otra mirada en respuesta a la mía. Yo era un hombre de mundo y sabía llevar tales situaciones. Sin embargo, quizá no fuera capaz de manejar a Helena después de aquel incidente.

—Queríamos hablar con él acerca de su hija Gaya. Tuvimos un encuentro con ella que nos ha dejado bastante preocupados.

—Una chiquilla muy graciosa —comentó Meldina con un delicioso gesto enfurruñado—. La he visto unas cuantas veces. Su tía la trae aquí para que no pierda el trato con Escauro.

La tía había aparecido ya suficientes veces en la conversación como para que Helena fijara su atención en ella.

—Cuando hablas de su tía, no te refieres a Terencia Paula, supongo... —El comentario de Helena me sorprendió hasta que recordé una conversación en relación a esa mujer en casa de los padres de Helena. Terencia era la hermana de la difunta flaminia—: Mi abuela la conocía de unas festividades de la Bona Dea —explicó

Helena—. Terencia es una de las vírgenes vestales, ¿verdad?

—Sí, me refiero a ella, naturalmente. ¡Pero Terencia ya no es virgen! —Meldina lo dijo tratando de ahogar la risa que se le escapaba—. ¿No lo sabíais? Terminó su ciclo de treinta años como vestal..., ¡y a continuación no dejó títere con cabeza hasta contraer matrimonio!

Las vírgenes vestales que terminan su ciclo pueden hacer estas cosas, en teoría. En la práctica, rara vez obtienen éxito, ya que se considera que casarse con una ex vestal trae un montón de desgracias al marido. Como lo más seguro es que hubiera dejado atrás la época de fertilidad, la novia tendría que ofrecer algo más que el premio habitual de la virginidad para que ésta fuera tenida en cuenta. El aliciente que, en un primer momento, pudiera tener la fantasía de acostarse con una vestal se vería sobradamente frenado por la perspectiva de quedar sometido a un tirano que se presentaba con treinta años de experiencia en dirigir el gallinero.

—¡Dioses eternos! —exclamó Helena con energía—. ¡Mi abuela nunca me contó eso!

—Estás protegida de cualquier escándalo —intervine.

—¡Vaya! ¡Pero si habla...!

—Por los codos —asintió Helena con ironía—. Pero sólo lo traigo conmigo para que lleve a la perrita. Bien, pues; las vestales que llegan al final de su ciclo pueden tomar marido, pero la gente siempre las mira mal. No puedo decir que mi abuela tuviera en mucha estima a Terencia... —apuntó.

—¿Ah, no?

La muchacha seguía mostrándose desinhibida y colaboradora aunque, en esta ocasión, estaba claro que pretendía escamotear la respuesta. Meldina estaba siendo leal, pero ¿a quién?

Helena dejó el tema como estaba y cambió de enfoque.

—Meldina, ¿sabías que existe un plan para que la pequeña Gaya Laelia siga los pasos de Terencia y se convierta en vestal?

—Sí, Escauro me ha confesado que era cosa de su mujer.

—¿Y él ha dado su consentimiento?

—Supongo que sí.

—Me vengo preguntando muchas veces si sería ése, precisamente, el motivo de que hoy se encuentre en Roma...

—No, no. Su tía lo requiere. Escauro ha dicho que se trataba de echarle una mano en sus asuntos.

Helena guardó silencio un instante.

—Lo siento —dijo tras una pausa—, debo de haber entendido algo mal. Creía que habías dicho que Laelio Escauro había ido a Roma después de recibir una carta de su esposa, no de su tía...

La sonrisa de Meldina se agrandó como nunca:

—Bien, se trata de la familia, en cualquier caso, ¿no es verdad? Su tía lo requiere, pero su mujer le ha escrito diciéndole que su padre ha decidido que Escauro no se meta en el asunto. Escauro —añadió con una sonrisa picarona— ha ido a Roma a montar un buen escándalo.

XXI

Nos quedamos a pasar la noche en casa de mis parientes. La despampanante Meldina nos prometió que cuando Escauro regresara lo enviaría a que se pusiera en contacto con nosotros. Lo dijo con un tono de seguridad que me produjo escalofríos. Estaba acostumbrado a que me convencieran con maniobras mucho más sutiles, pero me daba cuenta de que un hombre educado en una atmósfera de represión podía agradecer la presencia de una muchacha tan segura. A su lado, el pobre tipo se sentiría reconfortado.

Mi madre y la tía abuela Febe competían entre sí en exclamaciones de dolor porque decían que aquélla sería la última vez que se vieran en vida. Según comentaban esas viejas cotorras imperturbables, a ambas les quedaba un solo día para poder echar un hueso al perro de Caronte en el inframundo. Yo, en cambio, le concedía una década más de vida a cada una. Para empezar, ninguna de las dos soportaría abandonar este mundo mientras Fabio y Junio siguieran proporcionándoles desastres de los que lamentarse.

Fabio, el que ocupaba ahora la casa, había tenido noticia de mi nombramiento como procurador de las aves sagradas.

—¡Ah, tienes que venir a ver lo que hago con los pollos, Marco! Eso te interesará...

El corazón me dio un vuelco. Cuando mi tío abuelo Escaro dirigía la finca, también él estaba lleno de planes e ideas fantásticas, pero tenía el arte de convencerle a uno, después de mostrarle alguna extraña pieza de hueso tallado con el aspecto de una paloma tripuda, de que su autor había descubierto el secreto de volar. Cualquier prototipo producido por Fabio o por Junio se tenía que conformar con dimensiones más pequeñas, y su modo de expresar entusiasmo tenía todo el vigor de una estera vieja y desgastada. No importaba cuál de los dos lo arrinconara a uno contra un comedero de animales para darle una conferencia, el resultado era siempre una tortura.

Mi abuelo y el tío abuelo Escaro (ambos fallecidos hacía mucho) habían construido el gallinero original, un gran recinto cubierto con redes y protegido con tela metálica, donde en las buenas épocas comían más de doscientas aves. Al lado, en una chabola, vivían una mujer y un muchacho, pero mis tíos eran los peores jefes de personal que podían existir (tanto si pretendían atraerlos a hacer algo, si discutían con ellos o si los desatendían por completo), de forma que los animales también estaban mal cuidados. Reducida la producción a cuarenta o cincuenta individuos durante el último y reciente reinado de tío Junio, la bandada vivía confortablemente, sin que apenas la importunasen quitándole los huevos o retorciéndole el pescuezo a alguno para echarlo a la cazuela de la familia. Ahora que Junio se había largado donde fuese,

Fabio tenía planes para cambiar todo aquello. «Estoy engordando científicamente a esos pollos para venderlos. Vamos a establecer una organización completa.» Mi tío no tenía nada de científico ni de organizado, salvo cuando salía a pescar. Sus tablillas de anotaciones con aburridos datos sobre peces capturados, localización y condiciones atmosféricas, variedad, longitud y cebo utilizado ocupaban un estante completo de la alacena de la cocina, lo cual obligaba a Febe a guardar los encurtidos en la parte de atrás de la bodega. Salvo este detalle, Fabio apenas era capaz de calzarse él mismo: se quedaba sin saber qué hacer después de ponerse la primera bota y tenía que pensar cómo se las arreglaría a continuación.

Fabio tenía ahora un gran número de gallinas en un edificio sin ventilación en el que se hacinaban unas en jaulas situadas a lo largo de una pared, otras en contenedores especiales de mimbre con un agujero en cada extremo para la cabeza y la cola. Las gallinas tenían por cama una capa de heno, pero estaban inmovilizadas de tal modo que no podían volverse y desperdiciar energías. Allí, las impotentes aves eran atiborradas con semillas de lino o de cebada amasada con agua en forma de blandas bolitas. Fui informado de que apenas se precisaban cuatro semanas para que alcanzaran el tamaño adecuado para su venta.

—¿No es un régimen algo cruel, Fabio?

—No hables como un blandengue de ciudad.

—Bien, sé práctico, entonces. ¿Es tan bueno su sabor como el de las que andan libres?

—La gente no paga por el sabor, ¿sabes? Lo que mira el comprador es el tamaño.

Aquella muestra de astucia debía de ser la razón por la que los romanos tenían en tan alto concepto a sus antepasados agricultores. Por mi parte, yo descendía de auténticos labradores. No era de extrañar que mi madre, como aquel viejo campesino maloliente, Rómulo, hubiese huido a la vida urbana.

Con el constante cacareo de las aves como ruido de fondo, Fabio expuso con todo lujo de detalles sus proyecciones financieras, que le llevaban a la conclusión de que, en un par de años, sería millonario. Tras una hora de palabrería, perdí la calma.

—Fabio, eso ya lo he oído otras veces. Si hubieran funcionado todos los proyectos que para enriquecerse han salido de la mente de esta familia, seríamos una leyenda entre la comunidad bancaria del Foro. En lugar de eso, cada año baja un poco más nuestra economía... y nuestra reputación apesta.

—El problema contigo —replicó Fabio con su irritante gravedad de costumbre— es que nunca quieres arriesgarte.

Habría podido decirle que mi vida se basaba en el azar, pero me pareció una crueldad vanagloriarme de ello cuando la suya se asentaba en la incapacidad.

Siempre me gustaba visitar el campo aunque sólo fuera de excursión. Me recordaba por qué mi madre había estado tan dispuesta a largarse de allí, tanto que

incluso mereció la pena casarse con mi padre. Aquello refrescaba mi opinión de las bondades de la vida en la ciudad.

Y siempre volvía a casa como un romano cabal: ufano de mi superioridad.

XXII

El día anterior a las nonas de junio era la fiesta de Hércules, el Gran Custodio. Pese a todo, un día laborable.

Al principio, dio la impresión de que Laelio Escauro no aparecería. Es una jugada habitual en el mundo de los informantes. Yo había pasado la mitad de la vida esperando a tardones que no hacían el menor esfuerzo por llegar a tiempo a las citas.

Más adelante, las burlas de Helena vinieron a aumentar el fastidio de la espera.

—¡Meldina te engañó! Resultaba tan deseable... y te sonreía como si fuera a romper las costuras de la túnica. Era imposible que estuviera mintiendo, ¿verdad?

Le seguí la corriente:

—Parece que está tan ocupada en ser una diosa de la fecundidad que no tiene tiempo para transmitir simples mensajes.

—O tal vez Escauro sigue retenido en Roma —concedió Helena.

—Pues yo supongo que ya está de vuelta, pero me considera un forastero entrometido. Es un rasgo de familia —dije.

—Y es cierto, por supuesto.

Después de ver tanto a su pálida esposa como a su despampanante amiga, tuve la certeza de que Escauro acortaría las visitas a la ciudad cuanto le fuera posible. En su situación, había mejores placeres en la casa de campo, pero eso me lo guardé para mí. No soy tonto.

Me demoré un rato más, hablando con Febe de si podría acoger a uno de mis pequeños sobrinos; uno de ellos, hijo de Gala, necesitaba ser apartado de Roma antes de que la vida callejera lo llevara a la ruina. Mi madre se instaló en el carro, dispuesta para la partida, apretó los labios y declaró que Gala no accedería nunca a que Gayo dejara la casa, aunque fuera para su bien. En eso mi madre tenía razón. Yo ya había alejado de la ciudad al hermano mayor del chiquillo, Lario, y lo había dejado disfrutando de una vida de artista en la bahía de Nápoles, de forma que mi hermana ya me consideraba a esas alturas una especie de ladrón de niños. Por alguna razón, la tía abuela Febe tenía fe en mis capacidades y prometió hacer los preparativos para recibir a Gayo de inmediato. Gayo era un bicho revoltoso, pero yo también tenía fe en ella. Si había forma de salvar a Gayo, ella lo haría.

Ya estaba recogiendo ansarinos cuando Fabio se presentó como por casualidad.

—Escucha, Marco, he tenido una idea...

Conseguí contener mi irritación.

—Tenemos que irnos ahora mismo —metió baza mi madre, elevando la voz. Llevaba setenta años tratando de conseguir que su hermano Fabio se centrara. En cualquier caso, había cargado el carro de verduras y quería llevarlas a Roma mientras aún estuvieran frescas. (O sea, que tenía que marcharse antes de que Febe se diera

cuenta de cuántas ristras de ajos y cuántas cestas de espárragos tiernos había decidido quedarse mi madre como regalo de sus afectuosos parientes.)

—No, escucha, ahora que tienes la responsabilidad de las aves sagradas, quizá podamos idear algo... —sugirió Fabio con aire peligrosamente interesado.

—No quiero parecer rimbombante, pero es inconcebible que se vaya a encerrar en esas jaulas tuyas a las aves destinadas a los augurios para engordarlas, tío Fabio. De lo que se trata, precisamente, es de darles libertad de movimientos para que puedan expresar la voluntad de los dioses sin intervenciones ajenas.

—Eso ya lo sé, Marco —replicó mi tío con gravedad—. Estaba pensando en suministrarte nuevas aves de vez en cuando.

—Lo siento. Nos suministramos de ellas mismas. Incubamos los huevos.

—¿Cómo, en la ciudad...?

—Las ciudades son semilleros de la naturaleza, Fabio. Junto a cada fuente pública de las calles hay un erudito que toma nota de las especies que ha visto copular durante la jornada y de cada nidada que ha visto eclosionar.

La metáfora y la sátira eran rotundamente inútiles con Fabio.

—Vale, sólo era una idea.

—Gracias.

Hice esfuerzos por dirigirle una sonrisa. La actitud amistosa era una estupidez, pero me engañé a mí mismo diciéndome que había conseguido librarme de él. No tuve esa suerte.

—¿Y qué me dices del guano de los gansos sagrados? —preguntó con más interés si cabía—. ¿Sabías que los excrementos de esas aves son sumamente aptos para abonar los campos? El elemento sagrado sería un buen reclamo. ¿Has pensado en venderlo para abono?

Toda una panorámica de argucias y subcontratos peligrosamente corruptos se había abierto ante mí con mi nuevo rango. Ser respetable podía resultar una labor muy ardua si prestaba atención a todas las posibilidades que, para sacar tajada bajo cuerda, la gente ponía voluntariamente a mi alcance. Con un rechinar de dientes salté al pescante del carro.

Y ya cruzábamos la verja que daba al camino cuando, mientras yo fustigaba con la vara a la mula, nos topamos de frente con un hombre montado en un burro que resultó ser el ausente Escauro.

Tuve la corazonada de que era él. Como había calculado, frisaba en los treinta y tantos años aunque tenía los modales de una persona mayor. Su aspecto, tan abatido y apagado como el de su esposa, resultaba deprimente. Aunque ahora vivía en el campo, parecía empequeñecido por la estancia en cautividad, siempre bajo techo. Era enjuto y tenía la frente despejada y los hombros hundidos en actitud abatida. También era esa clase de actitud del hombre apocado que me ponía furioso en un abrir y cerrar

de ojos.

—¡Tú eres Laelio Escauro!

Cuando conseguí detener a la mula, vi su cara de sorpresa ante el hecho de que lo conociera.

—¿Y tú eres Falco?

El aire de la Campania debía de tener algo que hacía que cualquier cordero lanudo de la región tendiese a reafirmar obviedades. Esta vez, me pilló por sorpresa y tuve que conversar con él junto a la verja de la casa de campo, ante la atenta mirada de mi madre, de la niña, de *Nux* y de Helena. Escauro no se bajó del burro. Yo no dejé el pescante del carro.

—Sí, soy Falco. Gracias por venir; sé que has perdido dos días viajando hasta aquí y...

—Bah, eso no importa.

Detesto a la gente que se deja tranquilizar, sobre todo por mí. Sin embargo, me negué a sentirme culpable.

—Mira, no voy a retrasarte mucho...

Desde luego que no, con los ojos color miel de mi madre taladrándome con una expresión que decía que ya la había hecho esperar demasiado rato después de recibir la promesa de que sería devuelta a casa antes de que los puerros se ajasen.

Por fin, para alivio mío, Escauro desmontó lentamente del burro. Así pues, yo también salté del carro y los dos nos apartamos unos pasos del resto del grupo.

—Tú eres el padre de Gaya Laelia, ¿verdad? —Era demasiado esperar que aquel tipo envarado replicara con la vieja broma de «eso es lo que dice mi mujer»—. No sé si has conseguido ver a tu hija estos días que has estado en Roma...

—He visto a toda la familia —me contestó con voz grave. Como hijo que se ha fugado de casa, resultaba tan emocionante como un cuenco de salsa fría.

Decidí no andarme con chiquitas:

—He oído que tu tía mandó buscarte. ¿Te importaría decirme por qué te ha llamado?

Escauro, nervioso, levantó la mirada al cielo.

—No, no encuentro razón para negarme... —Aposté a que su padre la habría encontrado—. Mi tía, que es viuda, desea nombrarme su tutor. Soy el único pariente varón vivo de Terencia Paula.

En cuanto a recogida de información, una tarea larga y tediosa en condiciones normales, aquel asunto iba muy rápido. Apenas había pasado un día desde que nos enteramos de que, ya retirada, Terencia Paula se había casado. Veinticuatro horas más tarde, ya sabíamos que su marido había fallecido. Resultaba divertido pensar que el pobre hombre había tenido un ataque debido a la excitación de la noche de bodas con una vestal, pero lo más probable es que, a sus noventa y tres años, el pichón hubiera

fallecido de muerte natural. En cualquier caso, yo tenía la delicadeza suficiente como para no preguntar a Escauro.

Así que Terencia, ahora, quería que el hijo de su difunta hermana la representara legalmente. En mi familia, las tías solitarias dirigían sus propios asuntos y lo hacían con mano de hierro. Mi tía Marciana movía las cuentas de los alambres de su ábaco con una habilidad que muchos cambistas envidiarían. Sin embargo, la ley declaraba a las mujeres incapacitadas para tomar decisiones salvo las relativas a los colores de la lana de sus telares. Así, legalmente, sobre todo si se trataba de propiedades, una mujer debía tener un pariente o amigo varón que se hiciera cargo de ellas. De esto quedaba exenta toda mujer que hubiera tenido tres hijos (lo cual era muy justo, decía la mayoría de las madres que conocía). Presumiblemente, por su condición de ex vestal, la tía de Laelio Escauro no tenía hijos. Sin embargo, una vez más, especular abiertamente parecía una falta de delicadeza.

—No pareces demasiado feliz —comenté.

Escauro, ceñudo, daba la impresión de no estar muy contento con mi interrogatorio.

—No me atrevo a hacerlo. Yo mismo no he estado nunca emancipado del control patriarcal de mi padre.

Yo ya sabía que su familia estaba dividida por las disputas; ahora, la petición de la tía añadía otro elemento perturbador.

—Tu padre es un ex flamen dialis y desea atenerse a las antiguas tradiciones. ¿No cambiará de idea?

—No, jamás.

—¿No podría ocuparse él de tu tía, en lugar de hacerlo tú? El tutor no tiene que ser necesariamente un pariente de sangre.

—Se odian —explicó Escauro, con la mayor naturalidad.

—¿Tampoco hay ningún liberto amigo al que pueda acudir?

—Eso sería poco apropiado —dijo él.

Probablemente, pensé, porque la mujer había sido una vestal. Otras mujeres eran menos remilgadas respecto a los ex esclavos. Un liberto tenía una deuda para con su patrona que podía significar mucho más, para ser francos, que el afecto que sentía un pariente. A veces, el liberto y su patrona eran amantes aunque, por supuesto, no podría sugerir tal cosa en una vestal.

—Entonces, ¿cómo has resuelto el asunto, Escauro?

El hombre titubeó. Quizá pensaba que no era asunto mío.

—Mi tía insistirá en el tema. Debo volver a Roma en el plazo de doce días...

—¿Doce días?

—Es la próxima jornada hábil para cuestiones legales. —Debería haberlo recordado, después de la urgencia que se había dado mi padre para resolver lo de mi

hermana Maya. Sin embargo, lo que Laelio Escauro estaba planeando con la connivencia de su tía resultó mucho más asombroso que nuestro simple intento de adquirir un negocio—. Presentaremos una petición al pretor para que me nombre sui juris, es decir, libre para gestionar mis propios asuntos. Si la gestión no resulta, recurriremos al emperador.

—¡Vas muy deprisa! —dije con un silbido de admiración—. Tu tía parece más que capacitada si ha ideado todo esto. —No vi muy convencido a Escauro. A mí me gustaba bastante la idea—: Plantear que necesita un consejero varón es legítimo, razonable y modesto. Si el tema llega hasta el emperador, éste tendrá presentes los intereses de tu tía puesto que, como pontífice máximo, las vestales están bajo su responsabilidad directa y debe tratar con profundo respeto a las ya retiradas. Y además, en su calidad de pontífice, también supera en rango a tu padre. —Sólo se me ocurría un posible riesgo—: Supongo que el emperador no decidirá nombrarse tutor de tu tía él mismo, ¿verdad?

Tal decisión se consideraría pertinente, aunque no ayudaría a Laelio Escauro a escapar del control de su padre... y podía significar que la tía tomara un tutor que esperaba ser también su heredero. Muchos lo hacían. Y Vespasiano era famoso por apropiarse de todo con suma habilidad.

Escauro hizo como si le estuviera dando prisas.

—Si es así, ¿qué le vamos a hacer? —Un toque humorístico le impulsó a seguir—: El emperador puede notar que mi tía es poca cosa.

—Las ex vestales tienden a ser activas y enérgicas, es cierto —asentí. Escauro volvía a mostrar una mueca de inquietud. Hablar con él era como intentar limpiar una mesa embadurnada de aceite frito. Cada vez que pensaba que estaba avanzando, la superficie se secaba y dejaba a la vista la misma vieja pátina—. Supongo que a ti no te asusta... —dije, aunque parecía lo contrario—. Eres un hombre adulto y llevar los asuntos y propiedades de la dama no puede significar tanto trabajo ni tantas preocupaciones.

—Mi tía tiene un genio endiablado —respondió Escauro. Supuse que la mujer se burlaba de él, de algún modo. Sin embargo, así solía suceder cuando una mujer patricia designaba como tutor a algún pobre desgraciado que, a continuación, tenía la obligación de contentarla.

—Ánimo. Terencia Paula debe de tenerte en gran consideración. Escucha, espero que no te importe si te lo pregunto, pero si continúas bajo el control legal de tu padre no podrás tener propiedades. ¿Significa eso que la finca que ocupáis la deliciosa Meldina y tú es propiedad de otra persona?

—Sí. De mi tía.

Esta confirmación no me sorprendió. Todo aquello empezaba a cobrar forma. Para cualquier juez, la ex virgen y el ex flamen estaban enzarzados en una acalorada

disputa y utilizaban al pobre Escauro a modo de arma arrojadiza. El hombre era un guiñapo entre dos personas de carácter tremendamente fuerte.

Qué terrible familia. Hacía que la mía pareciese absolutamente normal.

Recordé que se suponía que estaba actuando en interés de una niña. Ya estaba seguro de que la pequeña Gaya también estaba siendo utilizada por sus padres, Escauro y Cecilia, en su pugna por malograr los planes al viejo. ¿Y dónde encajaba la tía en todo esto?

—Supongo que Terencia Paula debe de estar encantada de que tu hija vaya a seguir, si así lo disponen los Hados, su carrera en la casa de las vestales...

Una extraña mirada cruzó el rostro del padre de la niña.

—A decir verdad, ése es el único motivo de diferencias entre mi querida tía y yo. Creo que sería un honor y que estaría en la tradición de mi familia pero, por algún motivo, mi tía se opone firmemente.

Escauro me miró a los ojos.

—¿Terencia no quiere? —inquirí—. ¿Por qué?

—Es una larga historia —dijo Escauro. Poco antes parecía una masa blanda que todo el mundo podía moldear, pero era tan escurridizo como cualquier otro cerdo malicioso—. Y es un asunto familiar, si no te molesta. Tengo entendido que el pontífice máximo llevará a cabo el sorteo dentro de tres días, de modo que este asunto estará concluido para esa fecha. ¿Era eso todo lo que querías decirme, Falco? Le he prometido a Meldina que hoy no estaría mucho rato fuera de casa.

—¡Seguro que Marco ha terminado! —gritó mi madre desde el carro. Capté la indirecta y nos despedimos de Escauro. Él reemprendió su marcha hacia el sur, hacia su despampanante compañera; nosotros tomamos el camino de regreso a Roma.

Le hice un breve resumen de la entrevista a Helena Justina. No hubo una gran reacción por su parte:

—¡Los dioses nos protejan de la intervención de parientes que nos quieren!

—Tu abuela conoció a una virgen que debe evitarse por todos los medios —asentí. Después enumeré todas las atenciones amorosas de Terencia Paula a la familia de su difunta hermana (las que conocíamos, por lo menos)—: Terencia siempre estaba a la greña con su hermana, la difunta, respecto a si ésta tenía un amante; en cambio, parece haber convertido al hijo de su hermana en su favorito. No puede tener muy buena fama en la familia. Hace tres años, proporcionó a Escauro los medios para abandonar su casa y vivir en la granja; con ello, Terencia se aseguró de que Escauro nunca daría el gusto a su padre de ingresar en alguna orden sacerdotal y, cuando el hombre huyó, abandonó a su esposa. Y no será de gran ayuda, precisamente, que la familia en Roma ya tenga noticia de la existencia de Meldina, que está relacionada con Terencia a través de su madre. Pero, ahora, Terencia se busca aún más problemas al nombrar tutor a Escauro, contra los deseos del padre de éste. Incluso proyecta

ejercitar acciones legales, lo cual, como mínimo, provocará que el nombre del ex flamen sea objeto de la atención pública. Podemos imaginar cómo se sentirá después de un punzante artículo de tribunales en la *Gaceta Diaria*. Y si la acción tiene éxito, puede arrancar a Escauro de la autoridad paterna.

—Las vírgenes que rompen el voto de castidad son enterradas vivas —dijo mi madre en tono burlón—. Y da la impresión de que ésta debería haberlo sido a buena profundidad en el instante mismo en que terminó su período de servicio.

—Tengo la sensación —replicó Helena—, de que lo que esta mujer haya dicho o hecho, o lo que tenga en proyecto, puede estar en el meollo de lo que inquieta a Gaya Laelia.

Si mi amada estaba en lo cierto, un alma soñadora como Escauro no parecía, precisamente, el tutor más adecuado a los intereses de la dama. Tampoco a mí me inspiraba confianza como padre de una niña de seis añitos, perturbada y sin afecto.

—Bien, quizá debamos aceptar que no es asunto nuestro. Ninguna de esas personas es cliente mía, ni me paga.

—¿Y cuándo te ha detenido eso? —murmuró mi madre.

—La chiquilla te pidió ayuda —me recordó Helena. A continuación, hizo una pausa con aire pensativo. Yo la conocía y esperé—: En toda esa cháchara sobre asuntos legales que urdió Escauro para que lo escucharas había algo que no cuadraba.

—A mí me sonó razonable.

—Salvo una cosa —Helena había tomado una resolución y estaba muy indignada—. Marco, todo esto es un completo disparate. ¡Las vírgenes vestales están exentas de las reglas de la tutela femenina!

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Helena me miró con suspicacia por haber dudado de ella—. Es uno de sus famosos privilegios.

Mi madre apretó los labios.

—¡Absoluta libertad de la intromisión del varón! La mejor razón para convertirse en vestal, en mi opinión.

—Desde luego —asintió Helena, y se tranquilizó al tiempo que el problema despertaba su interés—, siempre es posible que la ex vestal en cuestión deba tener un tutor por razones especiales. Puede que esté disponiendo de sus propiedades de una manera disoluta y derrochadora.

—¡O puede que sea una chiflada! —gorjeó mi madre con un tonillo malicioso. Sin embargo, Terencia Paula producía la impresión de ser demasiado buena organizadora como para no estar en sus cabales.

—Así pues —reflexioné con cierta irritación—, Laelio Escauro es un tonto sin don de gentes que ha malinterpretado completamente algo que le ha dicho su tía... ¡O simplemente me ha tomado el pelo con un puñado de rotundas falsedades!

Pero, ¿por qué había de hacer tal cosa?

Había dejado que Escauro se marchara y ya habíamos avanzado demasiado trecho como para dar media vuelta, desandar el camino y desafiarlo. Además, tenía que pensar en Gaya. El día siguiente eran las nonas de junio. Dos días más tarde, como sabía cualquier procurador responsable que consultara su calendario de festividades, empezaría un período dedicado a Vesta, que incluía dos grandes jornadas festivas denominadas Vestalias. Las mujeres de Roma se acercaban al templo para pedir a la diosa su favor para el año venidero y habría minuciosas ceremonias de limpieza del templo y del almacén anexo. Aquel año, el inicio de tales acontecimientos se producía cuando el pontífice máximo había elegido realizar el sorteo entre las aspirantes a ser vírgenes. Después de este sorteo parecía probable que quedara fijado el destino de Gaya. Incluso si intentaba ayudarla, sólo me quedaban tres días. Después, era posible que la chiquilla fuera apartada de la opresión y de las peleas que vivía en su familia, pero lo sería a cambio de aventar las brasas del hogar sagrado durante los treinta años siguientes...

A la tía de su padre, que había llevado a cabo sus obligaciones durante el plazo completo, no le parecía buena idea. Bien, ella era la más indicada para saberlo.

XXIII

Las nonas de junio se consagraban a Júpiter, guardián de la Verdad. Ésta era, por supuesto, mi manifestación favorita del mejor y más grande de los dioses. La verdad, en la vida de un informador, es un fenómeno muy raro... En el caso de que hubiera algunas ramificaciones en la festividad, me aseguré de mantenerme totalmente apartado de los grandes templos del Capitolio.

Hacía diez días que había vuelto de África y esperaba que los clientes privados que necesitasen un informador se alegrasen de mi regreso y que hicieran cola ante mi oficina para recibir mis sabios consejos. Pero los posibles clientes pensaban de otro modo.

Había tres razones para aceptar la situación con toda tranquilidad. La primera, que mi supuesto socio, Camilo Justino, estaba en el extranjero y no podía ayudarme en el relanzamiento del negocio. Si ofendía a los ricos familiares cordobeses de su novia, éstos la harían volver a su tierra y él se quedaría tan desolado que se dedicaría a realizar otros tantos trabajos como Hércules durante los diez próximos años. Si los abuelos de Claudia lo apreciaban de verdad, lo considerarían un hombre casado y se pasaría el resto de la vida cultivando aceitunas en la Bética. En cualquier caso, tendría suerte si alguna vez volvía a verlo. Pero hasta que supiera a ciencia cierta lo ocurrido, los planes de relanzar mi negocio se verían obstaculizados.

En segundo lugar, cuando trabajaba con Anácrites, alquilé una oficina en la Saeptha Julia, pero dejé ese local cuando lo dejé a él. Una vez más, mi despacho nominal era mi viejo apartamento en la plaza de la Fuente, todavía ocupado por Petronio Longo desde que su esposa lo dejara. Cualquier persona que necesitase contratar a un informador debía de tener buenas razones para mantener la discreción en su vida privada y le horrorizaría llegar a una oficina y encontrarse en ella a un gran espécimen de los vigiles oficiales ataviado con su túnica de tarde, un vaso de vino en la mano y los pies apoyados en la barandilla del balcón. No podía desahuciar a Petronio y, en su lugar, recibía a los posibles clientes en mi nuevo apartamento. Muchos de los talleres de artesanos romanos están plagados de niños, lo cual no es un problema si lo único que quieres es comprar un trípode de bronce con pies de sátiros, pero a la gente no le gusta que la interroguen sobre sus problemas de vida o muerte mientras un bebé lleno de energía les lanza papillas a las rodillas.

En tercer lugar, por primera vez podía contemplar todo aquello sin demasiada preocupación o urgencia. Anácrites y yo habíamos ganado tanto dinero en nuestro trabajo para el Censo que, en esos momentos, no tenía presiones económicas.

Pero eso, en sí mismo, era preocupante. Tendría que acostumbrarme a ello. Durante los ocho últimos años, desde que persuadí al Ejército para que me licenciara de la Legión, había vivido siempre con miedo a no tener qué comer y a que el casero

me pusiera de patitas en la calle. Incluso me daba miedo casarme porque temía arrastrar a otros a esa vida de precariedades. Yo había vivido en la inmundicia, había carecido de solaz y de refinamiento intelectual. Me había visto obligado a realizar trabajos peligrosos y degradantes. Y por eso bebí, soñé, forniqué, me quejé, conspiré, escribí torpes poemas e hice todo lo que dicen que hacemos quienes insultan a los informadores. Luego, en Bretaña, en mi primera misión para Vespasiano, conocí a una chica.

Aunque era un hombre que se reía despectivamente de las mujeres desdeñosas, me lancé a cortejar a Helena con un entusiasmo que dejó pasmados a mis amigos. Ella era hija de un senador y yo una rata callejera. Nuestra relación parecía imposible: una maravillosa atracción por una persona a la que gustaba el riesgo. Al principio, ella me odiaba: otra artimaña. E incluso llegué a pensar que yo la odiaba a ella: una ridiculez.

La historia de cómo llegamos a vivir como lo hacemos ahora, mucho más unidos y enamorados que el resto de la gente (más, sobre todo, que mis abrumados clientes), llenaría unos cuantos rollos de pergamino en vuestra biblioteca. Que Helena me amase era un misterio. Que eligiera soportar mi estilo de vida todavía era más raro. Durante cortos períodos de tiempo, vivimos en mi viejo apartamento, el que ahora ocupa Petronio con su corpulencia cuando se obliga a pasar una noche bajo techo. Luego, durante un breve tiempo, alquilamos un apartamento en un edificio que fue «accidentalmente» derribado por un deshonesto constructor. Por fortuna, no estábamos en casa. Y ahora vivimos subarrendados en una casa de tres habitaciones en la primera planta de un edificio, de la que hemos quitado los frescos obscenos y a la que trasladamos los lloros de nuestra niña y nuestras risas, pero poca cosa más.

Yo siempre había albergado sueños de tener mi propia mansión, dentro de unos años, cuando tuviera tiempo, dinero, energía, motivación y el nombre de un vendedor de fincas digno de toda confianza (bueno, ese último criterio descartaba que pudiera hacerlo). En tiempos más recientes, Helena Justina había hablado de comprar una casa con suficiente espacio como para compartirla con su hermano pequeño, al que ambos apreciábamos y cuya joven dama (si se quedaba con él) era de lo más agradable. Yo no estaba seguro de que nadie me cayera lo bastante bien como para soportar la posesión conjunta de una casa pero, al parecer, era una posibilidad mucho menos remota de lo que yo había pensado.

—Ahora que hemos alquilado el carro con la mula —anunció Helena con aire un poco sumiso—, mañana podríamos salir a ver esa casa que he comprado.

—Supongo que me estás hablando de esa casa de la que yo no tengo ningún conocimiento, ¿no?

—Exacto.

—Claro. —Si un hombre se une a una mujer formidable, debe esperar que sus

libertades domésticas se vean algo reducidas. Helena había comprado una casa entera para mí sin decirme siquiera la calle o el barrio, sin haberme mostrado el plano del edificio ni mencionado el precio.

—Te gustará —me aseguró Helena, con un tono que parecía que hubiera empezado a dudar de que le gustara a ella misma.

—Si tú la has elegido, naturalmente que me gustará. —A menudo, yo me mostraba firme. Helena siempre hacía caso omiso de mi firmeza, por lo que adoptar esa actitud podía parecer inútil, pero esa frase había dejado claro a quién habría que echar la culpa si habíamos caído en manos de un vendedor desaprensivo.

Y era eso lo que había ocurrido, me lo temí.

Fue prohibida durante el día la circulación de vehículos en Roma, y aquella noche, después de llevar a mi madre a casa, dejamos la mula en la lavandería de Lenia con la idea de levantarnos muy temprano al día siguiente y salir antes del amanecer. Después de unas pocas horas de descanso en nuestro apartamento, a la mañana siguiente me desperté a regañadientes, puse a Julia y a *Nux* en el carro, en sendos cestos, y recorrimos las calles silenciosas como delincuentes en fuga.

—Éste es el primer inconveniente. ¿La casa está a muchas millas de la ciudad?

—Me han dicho que se podía llegar andando. —Helena estaba apesadumbrada.

—Veremos si es cierto.

—Siempre dijiste que querías vivir en el Janículo, con una buena vista de Roma.

—Cierto. Un lugar muy bonito. Una vez vi allí la magnífica casa de un gángster. Tenía buenas razones para proteger su intimidad.

La casa que Helena había comprado estaba al otro lado del Tíber, aislada, podría decirse. Si tenía vistas, tal como había prometido, debía de estar elevada. Cada día, cuando volviera a casa por la noche (no me molestaría en acercarme hasta allí a la hora del almuerzo como hacía ahora), la última parte del camino sería una empinada cuesta. Me dije que ya me las arreglaría con eso, puesto que había pasado toda la vida en el Aventino.

—Ahora podemos permitirnos tener palanquín propio —aventuró a decir Helena mientras pasábamos ante el teatro de Pompeyo y cruzábamos el puente de Agripa. Aquello era mucho más lejos de lo que yo solía andar a pie.

—Si quieres tener vida social, necesitaremos uno cada uno.

La casa tenía tremendas posibilidades. (¡Las mismas palabras terribles de siempre!) Una vez reformada, puesto que había sufrido un abandono total durante veinte años, podía quedar realmente hermosa. En sus espléndidos pasillos se abrían unas habitaciones espaciosas y bien ventiladas y había patios interiores de peristilos que separaban las distintas alas de la casa. Los suelos eran de buen mosaico geométrico policromo en las estancias y salones principales. Unos frescos anticuados y algo descoloridos planteaban el interesante dilema de si conservarlos o invertir en

diseños más modernos.

—No tenía baños —dijo Helena—. Por suerte, hay una fuente. No sé cómo se las apañaban los antiguos propietarios. A mí me parece esencial tener un baño.

—¿Gloco y Cota? —pregunté tragando saliva.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Son los candidatos perfectos para que algo salga mal. No los veo por aquí. —Lo que sí veía eran las escaleras, los escombros y los restos de comida. También había una gran placa en la que anunciaban sus servicios, colgada del busto que daba la bienvenida junto a la puerta de entrada. Sin duda alguna, antes de marcharse, volverían a dejarlo todo como estaba.

Es broma. Para mí, la situación estaba clara. Era evidente que aquellos muchachos dejaban una estela de destrucción a su paso. El riesgo que se corría al contratarlos era tener que hablar, después, con algún constructor serio para que arreglase todo lo que esos tipejos habían estropeado. Esa situación no tendría nada de raro o sorprendente pues está cuidadosamente contemplada por el gremio de los constructores. Precisamente así es como perpetúan su oficio. Cada vez que acude uno y te estropea la casa, el siguiente de la cadena tiene trabajo asegurado. Y no intentes escapar. Conocen todos los trucos a los que el nuevo propietario puede recurrir. Son dioses y hay que dejarles que se salgan con la suya.

—Gloco y Cota no están nunca aquí —replicó Helena—. Ésa, me siento obligada a admitirlo, es su gran desventaja. Si te dijera que compré esta casa antes de que nos marcháramos a África...

—Nos fuimos a principios de abril, ¿no? —pregunté con una tierna sonrisa—. Y hemos estado fuera un par de meses...

—Había quedado con Glauco y Cota en que construirían los baños durante nuestra ausencia. Era una obra sencilla, en un lugar limpio y despejado. Me aseguraron que tenían tiempo de hacerlos. Les llevaría veinte días.

—Y, entonces, ¿qué ha pasado, cariño? —Estaba tan desconsolada que resultaba muy fácil ser amable con ella. Ya tendría tiempo de atacarla cuando me proporcionara la munición.

—Supongo que ya te lo imaginas. —Helena, que era una muchacha valiente, respiró hondo y me contó la odisea—. Empezaron más tarde porque no habían concluido todavía su anterior trabajo. Tienen que ir constantemente a Roma en busca de materiales pero no regresan hasta el día siguiente. Necesitan dinero por anticipado pero, si les pagas por cortesía, se aprovechan y desaparecen hasta otra vez. Les di una lista muy clara de lo que quería, pero ni caso, todos los materiales que han traído son distintos de los que yo había elegido. Se les ha roto la bañera de mármol blanco que había hecho traer especialmente de Grecia; han perdido la mitad de los mosaicos del suelo del caldario... después de haber colocado sólo la primera mitad; ahora, los que

se pongan no podrán ser iguales. Beben, hacen apuestas y discuten por los resultados. Si vengo aquí a adecentar otras estancias de la casa, me interrumpen constantemente pidiendo comida y bebida o para anunciar que hay un problema en el diseño que no habían previsto de antemano. Deja de reírte, por favor.

—No sé de qué te extrañas. —Yo me estaba divirtiendo de veras—. Esa pareja es un ejemplo típico del mundo de los contratistas de obras y lo que es más, fue mi padre quien los encontró.

—¡No menciones a tu padre!

—Perdona. Ya arreglaremos todo eso —respondí, un poco más serio.

Helena empezaba a dar muestras de pánico y desesperación.

—Con esta gente yo no puedo arreglar nada, Marco. Cada vez que consigo que trabajen, se limitan a reconocer que me han engañado de una manera intolerable, se disculpan servilmente, prometen ponerse manos a la obra de ahora en adelante con toda diligencia y... ¡y desaparecen otra vez!

La miré a los ojos. El alivio por haberme implicado en el asunto estaba suavizando su tragedia. Era un buen lío, sí, pero ahora podía llorar sobre mi túnica. Saber que había podido confiarme la verdad le daba ánimos.

—Tienes suerte de vivir con un hombre que no te pega nunca, Helena —le dije.

—No sabes cuánto te lo agradezco... Aunque me alegraría que también limitases tus burlas un poquito.

—Imposible, cariño.

—Ya me lo suponía.

Con aire de desconsuelo, me permitió que le acariciara la ruborosa mejilla. Llevaba un vestido negro y un conjunto de brazaletes para ocultar la cicatriz del antebrazo donde le había picado un escorpión en las afueras de Palmira. Como nos habíamos levantado muy temprano, no había tenido tiempo de peinarse y se había limitado a meter los cabellos bajo el cuello de la túnica. Le puse la mano en la nuca y empecé a soltárselos. Más relajada, Helena apoyó la cara en mi mano. Le pasé el brazo por el hombro y nos volvimos para contemplar la propiedad.

Era esa hora de la mañana en la que el sol empieza a calentar anunciando un día canicular. Miramos la hermosa casa de dos pisos, con sus agradables ritmos de columnatas y arcos repetidos bajo las ventanas cerradas de las plantas superiores. La fachada exterior era regular, con dos pequeños torreones rojos en cada esquina, un porche con escalones bajos y dos delgados pilares en los que se abría el frontispicio.

Una nerviosa paloma blanca revoloteó en dirección a los canalones; probablemente habría anidado en el cálido espacio debajo del tejado, que, en realidad, se veía muy sólido.

La zona en la que no se habían construido los famosos baños albergaba una terraza con pinos y cipreses. El terreno descendía suavemente, bordeado de

descuidados setos ornamentales, cerca de la casa, las habituales enredaderas y celosías. Unos caminos de gravilla mal cuidados, casi todos los guijarros conducían desde la verja de la propiedad a la puerta de la casa y luego se abrían por todo el terreno hasta llegar al sitio donde Helena había planeado construir los baños. El que la finca careciera de fuentes y estanques permitiría a un inventor como yo dar rienda suelta a la imaginación, diseñarlos y construirlos (y quitarlos de nuevo después de que un niño cayera dentro de ellos). Era, realmente, un lugar muy tranquilo.

Hice girar mi cinturón en torno a la cintura para que Helena no se clavase la hebilla mientras la estrechaba contra mí, miraba detrás de ella y le restregaba la nariz en la nuca.

—Cuéntame toda la historia —dije.

—Me gustó tan pronto como la vi —respondió Helena con un suspiro, al cabo de un momento. Sus palabras eran serenas y tenían la sinceridad rotunda con la que siempre abordaba los temas que nos incumbían a ambos y que a mí tanto me gustaba—. La compré para ti. Creí que te encantaría. Pensé que nos gustaría mucho vivir aquí como una familia. Estaba en buenas condiciones, y sin embargo podían hacerse muchas cosas a nuestro gusto para mejorarla cuando tuviéramos ganas y tiempo. Pero ya veo que es un desastre. Tú no puedes estar tan lejos de Roma.

—¡Hmmm! —A mí también me gustaba y comprendía que Helena hubiera elegido aquel lugar.

—Supongo que puedo venderla de nuevo. Construir los baños y luego anunciarla como «una casa con carácter, completamente reformada, buenas vistas y baños propios». Que sea otro quien descubra que Glauco y Cota no han sido capaces de construir unos baños en condiciones.

—Y que el nuevo hipocausto pierde humo.

Helena se volvió para mirarme horrorizada.

—¡Oh, no! ¿Cómo lo sabes?

—Cuando las instalan unos chapuceros como Glauco y Cota siempre sucede —dije tras sacudir la cabeza con pesar—. Y dejan los canalones llenos de escombros, con lo cual se obturan cuando llueve.

—¡No!

—Tan seguro como que las ardillas comen bellotas.

Helena se cubrió el rostro con las manos y se le escapó un gemido.

—Ya veo el papiro con la compensación que nos pedirá el nuevo propietario.

—Te quiero —le dije riendo.

—¿A pesar de todo? —Agitada, Helena se soltó de mi abrazo y retrocedió un paso—. Muchas gracias, Marco, pero ahora mismo, esto es escurrir el bulto.

Tomé sus manos largas y finas entre las mías.

—No la vendas todavía.

—Tengo que hacerlo.

—Primero la arreglaremos. —De repente, parecía urgente hacerlo—. No te precipites, no hay necesidad de...

—Tenemos que vivir en algún sitio, Marco. Necesitamos espacio para la niñera de Julia, para los criados...

—Pero esta casa necesita toda una cohorte de esclavos; tendrías que mandar cada día una tropa a Roma sólo para hacer la compra... Me gusta. Quiero que la conserves mientras tomamos una decisión.

—Tendría que haberlo consultado contigo, primero —dijo, alzando la barbilla.

Miré de nuevo la bonita casa en sus soleados terrenos, sobrevolada por la preocupada paloma blanca a la que debíamos de parecerle gente con la que tendría que vérselas diariamente. No sé por qué, su presencia hizo que me sintiera tolerante.

—No pasa nada.

—Cualquier hombre habría dicho que primero tendrían que haberle consultado —comentó Helena en voz baja.

—Es que no saben nada. —Lo dije en serio.

—Nunca pierdes los nervios ni te aterroriza nada de lo que yo sugiero. Siempre me dejas hacer lo que quiero. —Parecía asombrada aunque me conocía desde hacía suficiente tiempo como para no sorprenderse.

Hacer lo que quería la había llevado a vivir conmigo. Hacer lo que quería nos había llevado a vivir unas aventuras más apasionantes de las que un hombre suele compartir con su aburrida esposa.

—Siempre y cuando lo que te guste sea lo que haces conmigo —le dije con un guiño.

Nos quedamos todo el día en el Janículo. Recorrimos la finca y tomamos medidas y anotaciones. Aseguré las puertas porque cerraban mal. Helena barrió y recogió algunos trastos. Hablamos mucho y reímos mucho. Si íbamos a vender la casa, aquello era, teóricamente, una pérdida de tiempo, pero nosotros no lo veíamos de ese modo.

Gloco y Cota, los sagaces constructores de los baños, no aparecieron.

XXIV

Me acerqué a casa de mi madre para contarle lo que pensaba de la nueva casa. (Helena me acompañó para escuchar lo que yo tenía que decir.) Nos esperaban problemas: el condenado inquilino se encontraba allí.

—¡No hagáis ruido! Anácrites se encuentra mal. El pobrecito está dando una cabezada.

No hubiera habido nada de malo en eso, pero la advertencia de mi madre lo despertó y salió al punto de su cuarto, sabiendo que yo habría preferido marcharme sin verlo.

—¡Falco!

—¿Lo ves, Helena? Todos los días perfectos tienen sus pequeños fallos.

—¿Por qué eres tan brusco, Marco? Buenas tardes, Anácrites. Lamento saber que tus heridas te están molestando.

Se le veía fatigado. Llevaba tiempo sufriendo de unas heridas que recibió en la cabeza cuando estuvo en Tripolitania y los cortes que le hicieron con la espada mientras hacía el idiota en la arena retrasaron su recuperación. En Lepcis perdió mucha sangre; yo había empleado horas y horas en vendarle, y durante todo el viaje de regreso a casa esperé —en vano— tener que arrojar su cadáver por la borda.

Mi madre no hacía más que moverse de acá para allá, nerviosa, mientras él intentaba aparentar valentía. Lo conseguí; fui yo el que estuve a punto de vomitar.

Se vio obligado a levantarse de su sofá con la misma ropa de la siesta: una túnica gris sucia y unas zapatillas viejas, raídas, como lo que *Nux* solía traerme para jugar. Todo eso distaba mucho del atuendo elegante que Anácrites utilizaba normalmente y hacía vislumbrar al hombre que se ocultaba detrás de la persona pública, tan inapropiado como un lince domesticado. Me avergoncé de encontrarme en la misma habitación que él.

Se rascó la oreja y luego, con una sonrisa, preguntó:

—¿Qué tal la nueva casa?

Yo habría dado un cofre lleno de oro con tal de que no supiera mi posible nueva dirección.

—No me digas que has hecho que tus sórdidos colaboradores nos siguieran hasta allí arriba.

—No he tenido necesidad de hacerlo. Tu madre siempre me pone al corriente de cuanto haces. —Seguro que aquel hijo de puta había sabido de la casa antes que yo, pero permanecí leal a Helena y pasé por alto sus palabras.

Mi madre le sirvió un caldo de esos que se hacen para los enfermos. Eso significaba que, por lo menos, todos comeríamos algo. Estaba lleno de verduras que ella había robado el día anterior en el mercado.

—¡Qué bien me cuidan aquí! —exclamó Anácritos, complacido.

Apreté los dientes.

—Hoy ha venido Maya —dijo mi madre, mientras yo empuñaba la cuchara con gesto malhumorado. Vi que Anácritos se lo tomaba con buen apetito. Tal vez se limitaba a ser amable con su casera. O tal vez quería ponerme nervioso. Quizá ya le había echado el ojo a mi hermana viuda porque volvía a estar disponible. (¡Por todos los dioses!) Mi madre frunció el ceño—. Me han contado todo ese plan que has tramado con tu aliado.

Decidí no mencionar que la compra de la tienda del sastre era un plan de mi odiado aliado, pero noté que mi madre lo había intuido. No me atreví a pensar en si también sabía que iba a comprárselo a Maya con el dinero de mi padre.

—Parece la solución ideal —me apoyó Helena con firmeza—. Maya necesita una ocupación. Sabe coser y la responsabilidad la hará prosperar.

—¡Estoy segura de ello! —se burló mi madre con desdén. Anácritos guardó silencio, haciendo gala de tal diplomacia que me entraron ganas de meterle la cuchara de sopa hasta la garganta—. Y, además —prosiguió mi madre—, tal vez quede todo en agua de borrajas.

—Por lo que yo sé, ya está todo arreglado, mamá.

—No. Maya se negó a aceptar si no le daban tiempo para pensárselo. El contrato todavía no está firmado.

—Bien, yo lo he intentado. —Dejé la cuchara sobre la mesa—. Los niños necesitan un futuro. En eso tendría que pensar.

Mi madre se ablandó. Era una defensora a ultranza de sus nietos.

—Es lo que se propone hacer. Lo único que quiere dejar claro es que no está cumpliendo órdenes de tu padre.

Era tan raro que mi madre mencionase a mi padre que nos quedamos todos callados. Era una situación realmente embarazosa. Helena me dio una patada por debajo de la mesa para indicarme que había llegado el momento de que nos marcháramos.

—Una cosa, Marco —dijo Anácritos interrumpiendo el incómodo silencio—. No he averiguado lo que quería el chico que mandaste.

Volví a apoyar la espalda en el respaldo del que había empezado a separarme despacio.

—¿Que yo mandé a un chico? ¿Qué chico?

—Creo que se llama Camilo.

Miré a Helena.

—Conozco a dos chicos que se llaman Camilo. Camilo Justino me ayudó a rescatarte de la muerte en Lepcis Magna, Anácritos. No creo que puedas ser tan desagradecido como para haberlo olvidado.

—No, no, tiene que ser el otro.

—Eliano —dijo Helena con frialdad. Anácrites puso cara de desconcierto. No parecía advertir que ambos Camilos eran los dos hermanos menores de Helena y que, en cierta ocasión, él había utilizado a Eliano como contacto que le fue muy útil. La herida de la cabeza le había afectado a la memoria.

—Yo no te he mandado a nadie, Anácrites —repliqué, molesto.

—¿Ah, no? Pues él dijo que lo mandabas tú.

—No te hagas el gracioso. ¿Has olvidado que lo conoces? El año pasado os vi abrazaros como amigos que se reencuentran después de mucho tiempo, en esa cena de los productores de aceite... La misma noche en que te hiciste esa gran brecha en la cabeza.

Anácrites dejó de lado su orgullo y se mordió el labio inferior. En anteriores discusiones, había constatado que el ex jefe de espías no recordaba nada de la noche en que había recibido la paliza. Eso le preocupaba. Era muy patético. Para un hombre cuya carrera implicaba saber más acerca de otras personas de lo que éstas cuentan a sus amantes o a sus doctores, perder parte de sus propios recuerdos representaba una terrible conmoción. Aunque Anácrites intentaba no demostrarlo, yo sabía que por las noches no dormía, esforzándose por recordar los días perdidos de su vida.

Yo no había sido tan cruel. Anácrites sabía algo sobre esa noche porque yo se lo había contado: lo encontraron inconsciente, yo lo rescaté y lo llevé a una casa segura, la de mi madre, bajo cuyos cuidados pasó varias semanas en estado semicomatoso. Si no hubiera sido por ella, habría muerto. Podría decirse, aunque yo fui lo bastante cortés para no hacerlo, que también estaba en deuda conmigo. Me aseguré de que su celoso rival en palacio, Claudio Laeta, no lo encontrara y le diera el billete para el Hades. Llegué incluso a descubrir a los responsables del ataque y, mientras Anácrites estaba en cama, los llevé ante la justicia. Nunca me dio las gracias por ello.

—Así que lo conozco yo —susurró Anácrites, que se debatía por recordar a ese antiguo contacto.

—Hablaste con él de lo que andaba mal en la Bética —dijo Helena, apiadándose de él—. Era la época en que mi hermano vivía allí. Trabajaba con el gobernador de la provincia. Pero sólo lo conociste de pasada, es cierto. Sería mucho pedir que lo recordaras.

—Pero él tampoco me recordó a mí. —La mirada de Anácrites seguía siendo sombría y turbada. Acababa de mantener una conversación sobre alguien que había conocido en cierta ocasión y a quien no conseguía recordar. Debía de parecer que había en ello una aterradora falta de lógica, pero yo sabía la razón, tal como había ocurrido: Eliano quiso ocultar un grave error de apreciación por su parte. Al transmitir un documento al jefe de la inteligencia, lo había entregado a quien no debía y el documento acabó por ser destruido. Anácrites nunca lo supo, pero Eliano, al

comprobar que el jefe del servicio secreto no se acordaba de él, no tuvo ningún inconveniente en hacerse pasar por un desconocido.

—Qué fastidio de joven. —Dejé que Anácrites viera mi sonrisa afectada—. Está jugando. Supongo que te ha contado que uno de los hermanos arvaes ha muerto en extrañas circunstancias. Eliano está incordiando a la hermandad, buscando una conspiración.

Tal conspiración podía ser real pero, si lo era, me molestaba que aquel joven estúpido hubiera puesto sobre aviso a Anácrites. Eliano y yo formábamos equipo y el espía tendría que pedir con mucha educación que le dejáramos participar.

—Y Eliano, entonces, ¿qué quería? —le preguntó Helena.

—Un hombre.

—¿De veras?

—Deja de hacer teatro, Falco —gruñó Anácrites. Trabajando con él en el Censo, había podido comprobar que aquel hombre era el jefe del servicio secreto porque tenía cierta perspicacia.

—Muy bien, socio —dije, cediendo con una sonrisa—. Supongo que te preguntó si sabías quién es el miembro de la hermandad fallecido.

—Exacto.

—¿Y podrías identificarlo?

—No. Esa sigilosa hermandad ha logrado mantener en secreto la identidad del muerto. ¡Estoy impresionado! —admitió, burlándose de sí mismo.

—¿Y tus astutos rastreadores lo han descubierto?

—Por supuesto.

Sucio bastardo.

—¿Y bien?

—El muerto se llamaba Ventidio Silano. —Yo nunca había oído hablar de él—. ¿Te dice algo ese nombre? —me espetó Anácrites mirándome con cautela.

Decidí no engañarlo. Me recosté en la silla y abrí las manos en un gesto de franqueza.

—Nada de nada.

—A mí tampoco —confesó Anácrites con una sonrisa; también él aparentó que hablaba con una inusual muestra de sinceridad.

XXV

Roma se encontraba en su mejor momento. Los molinos a pleno rendimiento, las fuentes limpias, las golondrinas trisando en los tejados, a la luz del atardecer que no posee ninguna otra ciudad de las que he visitado.

Habíamos devuelto el carro y la mula al establo donde nos lo habían alquilado y, por lo tanto, de nuevo, íbamos a pie. Helena y yo caminábamos hacia nuestra casa desde la de mi madre, pensando ambos en nuestra nueva propiedad en el Janículo. Las calles del Aventino seguían llenas de vida a una hora en la que todavía no llegaban a ser peligrosas. Aún había bastante luz y hacía bastante calor, por lo que las actividades domésticas y comerciales continuaban, y las furcias y rateros apenas habían empezado a salir. Hasta las callejas más estrechas eran seguras.

Julia Junila dormía con la cabeza apoyada en mi hombro. Era como un peso muerto que me recordaba mis días de soldado en los que cargaba piedras para construir muros provisionales. Mi madre siempre conseguía agotar a la niña. *Nux* trotaba junto a Helena con aire esquivo. Siete perros de distintas formas y tamaños, pero con una única intención, la seguían implacables.

—Nuestra chica está en celo —comenté apesadumbrado.

—¡Qué bien! Tendrá perritos... —dijo Helena con un suspiro.

Perdimos a unos cuantos de los admiradores junto a una carnicería en cuya alcantarilla había restos: huesos y vísceras. Habríamos perdido también a *Nux* cuando ésta vio qué hacían los otros congéneres, si Helena no la hubiera cogido mientras olisqueaba un trozo de tripa especialmente asqueroso. La alejamos de allí a rastras mientras la perra escarbaba furiosa con las patas sobre las losas de lava hasta que la cogí y me la puse bajo el brazo que me quedaba libre. *Nux* aulló pidiendo ayuda a sus admiradores pero éstos prefirieron seguir babeando entre huesos sanguinolentos y mollejas y no le hicieron caso.

—Olvídalos, *Nux*, los hombres no valen la pena —la consoló Helena. Yo hice caso omiso de aquella charla entre chicas rebeldes. Llevaba en brazos al tesoro de la familia y, si no me concentraba, podía caérseme. Volví a pensar en el ejército: cualquiera que hubiese cargado su parte de petate militar por media Bretaña (jabalinas, zapapicos, la bolsa de las herramientas con ellas dentro, el cesto, diversas latas y ración de comida para tres días) podía cargar con una niña y una perra unos cuantos pasos sin apurarse. Por otra parte, si colocas bien la marmita del rancho no te va dando golpes en las costillas ni se te escurre del hombro.

En la plaza de la Fuente alguien preparaba almejas en una parrilla y por el olor que despedían estaban más quemadas que otra cosa. Había caído la noche. Las sombras de las casas hacían engañoso el camino. Una lámpara solitaria, colgada de un gancho, ardía fuera del salón, no tanto para alumbrar a los transeúntes como para

que el personal sin rasurar del establecimiento pudiese terminar la partida del juego cuyo tablero habían pintado en el suelo. Ese diminuto círculo de luz sólo servía para que el estrecho corredor de nuestra calle pareciera más oscuro y peligroso. Entre los adoquines crecía una resbaladiza vegetación con la que era muy fácil patinar y romperse más de un hueso. Caminamos con cautela, sabiendo que cada paso llevaba nuestras sandalias hacia un cenagal de porquería y tiestos de ánforas.

Helena dijo que ella se encargaría de bañar a la niña; normalmente lo hacíamos en la lavandería, utilizando toda el agua caliente que había sobrado después de que Lenia cerrase el establecimiento. Decidí subir a casa y ver a Petronio. Tenía que contarle lo de la casa en el Janículo antes de que lo supiera por boca de otros.

Le encontré con las piernas abiertas bajo la mesa de la habitación que da al exterior. Estaba fuera de las puertas correderas, ganduleando bajo los últimos rayos del sol en el balcón. Aquello siempre me producía irritación, me recordaba demasiado mi vida de soltero. Sólo hubiera faltado encontrarle con una bailarina en el regazo.

Estaba tomando una copa. Eso sí podía soportarlo. Me dijo que buscara un vaso y me sirviera yo mismo.

—¿Has estado en tu nueva casa? —preguntó sin esperar a que yo hablara.

—Toda la ciudad parece conocer que me ha comprado una casa, excepto yo.

Petronio sonrió. Había alcanzado la benévola fase de soñar sentado en un banco después de la cena. Al recordar lo fácil que era no molestarse en preparar un plato para uno, supuse que no había cenado demasiado y que por eso la fase de ensoñación se había anticipado.

—Si a todos los demás nos ha gustado la idea, ¿a ti qué te preocupa, hijo mío?

—Bueno, es un plan inútil. Helena piensa ahora que no podemos vivir tan lejos de la ciudad.

—Entonces, ¿por qué compró la casa?

—Probablemente, todos los demás, los que estabais en el secreto, os olvidasteis de fijaros en los inconvenientes.

—Pero, ¿es una buena finca?

—Muy hermosa.

Durante un rato bebimos en silencio. Oí voces femeninas familiares que hablaban en la calle y supuse que eran Helena y Lenia. Ésta, probablemente, contaba a voz en grito los últimos horrores que le había infligido su ex marido Esmaracto, que era el propietario del edificio donde vivíamos. Tomé la copa con ambas manos pensando en lo malvado, demente y avaro que era aquel hombre, un mentiroso con sus inquilinos y un insulto para la humanidad. Petronio tenía la cabeza apoyada en la pared, pensando, a buen seguro, en sus propios enemigos. En Rubela, probablemente, el tribuno de su cohorte, que era un tirano ambicioso y sin escrúpulos, maniático de la

disciplina y que, según Petronio, ni se limpiaría el culo con una esponja de letrina sin consultar antes las reglas para ver si tenía que hacérselo algún subordinado.

Fuera se oyó el rumor de pasos. Petronio y yo nos sentamos bien, ambos repentinamente tensos. Aquí nunca sabías cuándo los visitantes te traían malas noticias o sólo venían a darte una paliza. Petronio nunca sabía si eran manifestaciones no deseadas de su vida y de su trabajo o una resaca violenta de cuando yo vivía allí.

Alguien cruzó la puerta y se quedó en la habitación que estaba detrás de nosotros. Los pasos eran rápidos y ligeros, incluso después de subir seis tramos de escaleras. El recién llegado apareció entre las puertas correderas. Yo era el más cercano; me quedé quieto, aunque listo para saltar.

—¡Por todos los dioses! Vaya par de sinvergüenzas estáis hechos todavía... — Nos relajamos.

—Buenas noches, Maya. —No estábamos borrachos, ni siquiera achispados. Sin embargo, a toda mi familia siempre le ha gustado ser injusta.

Me pregunté por qué mi hermana había venido a ver a Petronio. Yo lo conocía muy bien y sabía cuándo se ponía nervioso. Se estaba preguntando lo mismo que yo.

Petronio alzó la jarra para ofrecerle vino. Maya pareció tentada a aceptar pero luego dijo que no con la cabeza. Se la veía cansada. A buen seguro necesitaba relajarse, pero tenía cuatro niños en casa que dependían de ella.

—Helena me ha dicho que estabas aquí arriba haciendo el vago. No puedo detenerme: Mario está abajo, examinando a esa terrible perra tuya. Quiere saber si ya está preñada. Te mataré por esto...

—Hago todo lo que está en mis manos para que *Nux* siga siendo casta.

—Pues hablando de doncellas castas, hoy me han contado algo que pensé que te gustaría saber —dijo Maya—. He hablado con una de las otras madres cuya hija es aspirante a entrar en el colegio de las vestales como mi Cloelia. Esta mujer conoce a Cecilia Paeta y esta tarde ha ido a su casa a visitarla. Ella ha sido mejor recibida allí que yo, puesto que su marido es sacerdote del templo de la Concordia y, naturalmente... Tal vez esté siendo injusta con ese hombre y sea un honrado fregasuelos del lugar. En resumidas cuentas, la mujer me ha contado que encontró a todos los Laelios muy alterados y nerviosos y que, aunque intentan fingir en público que no ocurre nada, mi amiga sabe por qué. A Gaya Laelia le ha sucedido algo.

—¿Nos lo vas a contar? —pregunté incorporándome de repente.

Hasta allí, Maya había disfrutado contando la historia. Cuando llegó a este punto, bajó la voz con un tono de auténtica preocupación.

—La han perdido, Marco. Ha desaparecido por completo. Nadie sabe dónde está la niña.

XXVI

No era asunto nuestro. Eso, al menos, era lo que nos dirían los Laelios. Y, de todas formas, a aquellas horas poco podíamos hacer.

Petronio se comprometió a acompañar a Maya y a su hijo pequeño a casa para que no pensase que podía correr algún riesgo. Helena y yo nos fuimos directos a la cama. Todos esperábamos, como acostumbra a hacerse cuando se pierde un niño, que a la mañana siguiente el asunto estaría resuelto y que Gaya aparecería, dejando que la aventura se convirtiera en una más de esas historias inolvidables que la gente cuenta año tras año junto a la lumbre en las Saturnales para avergonzar a la víctima. Pero cuando la desaparecida es una niña que dice que su familia prefiere verla muerta, el asunto produce escalofríos por más que uno intente quitarle importancia.

Al día siguiente, muy temprano, Maya fue a ver a su amiga, la madre que le había dado las noticias. La mujer, ansiosa, ya había ido a ver a Cecilia Paeta, la madre de Gaya. La niña no había vuelto a casa y la familia había hecho pública la noticia.

Entonces Helena visitó la casa de los Laelios, acompañada de Maya, como matronas que ofrecían sus condolencias, pero las trataron con brusquedad y no las dejaron pasar de la puerta.

Los niños se pierden por razones muy distintas. Olvidan el camino de regreso a casa, o se quedan con sus amigos sin molestarse en avisar a nadie. A veces, en cambio, traban amistad con personajes desconocidos y siniestros que los atraen a peligrosos destinos.

A los niños les gusta esconderse. Muchos niños «perdidos» son encontrados de nuevo en casa: metidos en un armario o boca abajo en una tinaja de grandes proporciones. Por lo general, consiguen no asfixiarse.

A veces, las niñas son secuestradas para carne de burdel. Petronio Longo me contó en voz baja que en los asquerosos bajos fondos donde todo está permitido, una niña de seis años, de buena familia y camino de convertirse en virgen vestal, era un trofeo de valor incalculable. A la mañana siguiente, tan pronto como Maya contó que la niña seguía perdida, se encargó personalmente de poner en alerta a todas las cohortes.

—Tú eres mi testigo principal, Falco. Descripción de la niña, por favor.

—¡Por Júpiter! ¿Cómo quieres que lo sepa? —De repente me sentí mucho más paciente con todos los testigos inconcretos a los que había tratado a gritos por darme informaciones inútiles—. Se llama Gaya Laelia, hija de Laelio Escauro. Tiene seis años, es pequeña. Iba bien vestida, con joyas (unas pulseras) y el cabello bien peinado.

—Eso puede cambiarse —dijo Petronio en tono sombrío—. Si la ha secuestrado el dueño de un burdel, lo primero que hará será vestirla y peinarla de otro modo.

—Tienes razón. Ojos oscuros, muy oscuros. Bienhablada, confiada. Bonita...

Petronio soltó un gruñido.

Tal vez en contra de su buen tino, había decidido contarle a Rubela lo que estaba pasando. No podía ignorar la posibilidad de que Gaya hubiera sido secuestrada, y en tal caso todas las chicas que intervenían en el sorteo eran posibles víctimas.

Rubela le había dicho a Petronio que dudaba que la hubieran matado. A pesar de eso, el escéptico y torpe tribuno se fue inmediatamente a ver al prefecto. La reputación de la cuarta cohorte quedaría a salvo. Si el prefecto se tomaba esta historia en serio, su siguiente paso sería pedir a la oficina del pontífice máximo (el emperador, por supuesto) una lista con todas las jovencitas que entrarían en el sorteo para advertir a sus padres. Desde que la familia Laelia había intentado hacer creer que se trataba de un conflicto doméstico en el que nadie debía meterse, yo me temía que las cosas irían de mal en peor. Pero, por su posición social, no debería sorprenderles que se hubiera divulgado a los cuatro vientos.

El tiempo cuenta. Los Laelios no lo tenían presente. Aunque la pequeña Gaya estuviera atrapada en un armario de su propia casa, tenían que emprender una búsqueda sistemática. Había que empezar de inmediato. Petronio y yo podríamos haberles dado instrucciones sobre cómo proceder; nos sentíamos frustrados por no poder ni siquiera acercarnos a sus familiares. Pero un flamen dialis era lo más parecido que existe a los dioses con forma humana y uno jubilado podía ser tan arrogante como ellos. Laelio Numentino había representado a Júpiter en la tierra durante treinta años. Tanto Petronio como yo sabíamos que no podíamos abordarlo. Petronio no era más que un miembro de los vigiles y sus superiores le habían dicho que no interviniese hasta que los Laelios pidiesen ayuda, en caso de que lo hicieran. En cuanto a mí, era el advenedizo cuidador de los gansos del Capitolio y Laelio Numentino ya había dejado claro lo que pensaba al respecto.

Faltaban ocho días para los idus de junio. Al día siguiente comenzarían las fiestas en honor de Vesta. Ese día no había celebraciones religiosas. Como cuidador de las aves, no tenía que hacer nada. Cuando Helena y Maya volvieron furiosas de su fracasada misión de presentar sus condolencias en la residencia de los Laelios, yo ya tenía un plan para desbordar a aquella reservada familia. Consistía en una visita a una casa muy diferente, una que aún estaba más cuidadosamente cerrada al público: la casa de las vestales al final de la Vía Sacra.

XXVII

Caminando desde el Aventino, no estaba lejos. Había que pasar junto al templo de Ceres, bordear el Circo Máximo por el lado del mercado de ganado y entrar en el Foro al pie del Capitolio, a la sombra de la roca Tarpeya. Tomamos la Vía Sacra junto a la basílica, giramos bajo el Arco de Augusto entre los templos de Cástor y de Julio César y llegamos al santuario de las vírgenes, situado en medio del Foro. A nuestra izquierda se alzaba la Regia, antiguo palacio de Numa Pompilio, el segundo rey de Roma, y ahora oficina del pontífice, a la derecha el templo de Vesta. Detrás del templo, situado entre la Vía Sacra y la Vía Nova, se encontraba la casa de las vestales.

Helena me acompañó, haciendo de carabina. Llevábamos también a Julia, aunque dejamos a *Nux* con Maya, que, a regañadientes, se avino a salvaguardarla de las atenciones de los perros lujuriosos. Nos acompañaba Cloelia, la hija de Maya, a la que puse como condición que no se alejara de nosotros para nada por si los secuestradores de Gaya, en el caso de que existieran realmente, la tenían en su punto de mira. Mi plan era hablar con la virgen Constanza. Cloelia la identificaría cuando la tuviera junto a nosotros mientras se encontraba entre las otras respetadas vestales, dedicada a sus deberes cotidianos.

Me puse mi toga. La de mi difunto hermano, debería decir. Había tenido una vida muy larga. Helena me la había enrollado murmurando que, como ya era una persona respetable, tendría que comprarme una nueva. Al parecer, ser respetable significaba tener que gastar mucho dinero, pero nadie se acerca a una virgen con una túnica manchada y con el remate del cuello descosido.

¿Qué habría sucedido si me hubiera presentado directamente en la casa de las vestales y hubiese pedido que la dama me recibiera? Habría sido absurdo hacerlo porque me lo habrían negado sin más. A las vírgenes vestales les está permitido hablar con personas de alto rango mientras realizan su respetado trabajo. Puede darse el caso de recibir el testamento de un cónsul para guardarlo en un lugar seguro, o apelar al prefecto de la ciudad en una situación de crisis, pero tienen los mismos prejuicios que todo el mundo: los informadores no están en la lista de visitantes a los que pueden aceptar.

Maya me miró con mucha suspicacia cuando sugerí llevar a Cloelia. Sospeché que lo que yo buscaba era sacar información a su hija. Mientras bajábamos hacia el Foro, me puse manos a la obra.

Helena la tomó de la mano y mientras caminaba con dificultad, calzada con unas sandalias que le estaban grandes (Maya esperaba que le crecieran los pies), Cloelia alzó la vista y me miró temerosa. Tenía los rizos de los Didio y también la constitución algo robusta de la familia, pero los rasgos de la cara eran iguales que los

de Famia. Los pómulos altos que habían dado a su padre aquel aire de borrachín, en la fisonomía mucho más delicada de Cloelia podían transformarla en muy hermosa cuando fuera mayor. Probablemente Maya se estaba adelantando a los problemas. Podría hacerles frente o al menos intentarlo. El que su hija se aviniera a llevar una vida sensata era algo que aún estaba por ver.

—Vaya, Cloelia, desde que no nos vemos te has convertido en una celebridad. ¿Te gustó que te llevaran al palacio de los Césares para conocer a la reina Berenice?

—Tío Marco, mamá ha dicho que no permita que me hagas preguntas si ella no está presente. —Cloelia tenía ocho años y era mucho más madura de lo que Gaya se suponía que había sido, menos confiada con los desconocidos pero, en mi opinión, más inteligente. Yo no era un desconocido, claro; era el chalado del tío Marco, un hombre con una ocupación ridícula y unas pretensiones sociales nuevas, del cual había aprendido a burlarse según sus familiares le habían enseñado.

—Exacto, pero resulta que podrías ayudarme en algo muy importante.

—Pues yo estoy segura de que no sé nada de nada —rió Cloelia con presunción. Era una testigo de lo más típico. Tendría que sonsacarle lo que supiera con sacacorchos. Si Helena no hubiese estado mirando con gesto de desaprobación, habría intentado el procedimiento normal, es decir, ofrecerle dinero. Pero tuve que limitarme a dirigirle una sonrisa complaciente. Cloelia miró al frente, satisfecha de sí misma.

—Deja que sea yo quien haga las preguntas —sugirió Helena—. ¿Qué te pareció la reina, Cloelia?

—No me gustó el olor del perfume que llevaba. Y sólo quiso hablar con las personas adecuadas.

—¿Y cuáles eran esas personas adecuadas?

—Nosotras, no, claro. No sobresalíamos entre aquella gente. El vestido de mi madre era mucho más brillante que los de las demás. Ya se lo había advertido yo, pero supongo que lo hizo a propósito. Y luego tuve que decirle a todo el mundo que mi padre trabaja de auriga. Imagina, Helena Justina, lo que pensarían de eso. —Hizo una pausa—. Bueno, trabajaba —se corrigió en voz baja.

La tomé de la otra mano.

—Ahora no podré ser una vestal, ¿sabes? —dijo al cabo de un instante alzando la vista para mirarme—. Tuvimos que pasar un reconocimiento para ver si estábamos absolutamente sanas y nos dijeron que la otra condición indispensable era tener vivos al padre y a la madre. Así, ahora ya no puedo serlo, ni Rea tampoco. De todas formas, probablemente sea mejor que me quede en casa y ayude a mamá.

—Cierto —le dije, perplejo como a menudo me ocurría. Los hijos de Maya eran más maduros que los chicos de nuestra generación—. Dime, Cloelia, ¿conociste a esa niña, a Gaya Laelia?

—Ya sabes que sí.

—Quería que tú me lo dijeras.

—Era una de las que tenía más posibilidades de ser elegida.

—¿Elegida por los Hados?

—No seas estúpido, tío Marco.

—Mira, Cloelia, no me importa que creas que las loterías del Estado están amañadas, pero no le comentes a nadie que yo lo he dicho.

—No te preocupes, Mario y yo hemos decidido que ni siquiera diremos a nadie que te conocemos.

—¿Crees que el tío Marco es un bribón? —Helena fingía estar sorprendida. Cloelia parecía modosa—. Tú y Gaya Laelia os hicisteis muy amigas, ¿verdad?

—Pues no. —Una expresión de desdén cruzó el rostro de mi sobrina—. ¡Sólo tiene seis años!

Un error de cálculo. Para los adultos, las niñas formaban un grupo, pero aquellas pequeñas tenían entre seis y diez años y en las jerarquías de la infancia, tal diferencia de edades es un abismo.

—Pero, ¿hablaste con ella? —preguntó Helena.

—Siempre andaba sola. Cuando vimos que la habían elegido, ninguna de las demás quisimos hablar más con ella. Naturalmente, después de pensárselo mejor, algunas no la habrían dejado ni a sol ni a sombra, pero sus madres se mostraron muy desdenosas y no permitieron que sus preciosas hijitas se alejaran de ellas ni un segundo.

—Y tu madre, ¿no lo hizo?

—La esquivé.

Helena y yo intercambiamos una rápida mirada. Habíamos cruzado el Foro Boario caminando despacio, pero al llegar a la basílica Julia tuvimos que abrirnos paso entre la multitud que atestaba las escaleras en medio de una bruma de pomada para el cabello utilizada con profusión.

Decidí ser sincero.

—Mira, Cloelia, como tu madre ya te habrá dicho, a la pequeña Gaya puede haberle ocurrido algo malo, y lo que ella te contó serviría para ayudarme a encontrarla.

—Lo único que hicimos fue jugar a las vírgenes vestales. —Era evidente que Cloelia tenía la lección bien aprendida—. Hacíamos como si cogiéramos agua de la fuente Egeria y rociáramos el templo con ella, como hacen las vírgenes. Siempre jugaba a lo mismo. Llegó a aburrirme.

—¿Y antes de eso? ¿No tuvo una pequeña rabieta cuando la reina la tenía sentada en el regazo?

—No lo sé.

—¿No oíste comentar a qué se debía?

—No.

—¿Te parece que a Gaya le gustaba que la preparasen para virgen vestal?

—Creo que sí.

—¿No te contó nada de su familia?

—Sí, quiso que supiera lo importantes que eran sus parientes... —Cloelia calló durante unos instantes para pensar y yo no la presioné—. Creo que no se divertía mucho. Cuando vino mi madre para ver si estaba bien, Gaya vio que mamá me guiñaba el ojo y pareció sorprenderse mucho de que una madre hiciera tales cosas.

—Sí, he conocido a su madre. Es muy seria. Supongo que Gaya no te dijo nada de que quería escaparse de casa...

—No, porque si una piensa hacerlo, no lo cuenta. Si lo cuentas, te lo impiden. —A Maya le horrorizaría pensar que Cloelia hubiese tenido en cuenta tal posibilidad.

—Bien, entonces, ¿crees que no tenía ningún problema con los suyos?

—No puedo contarte más —dijo Cloelia. La brusquedad con la que terminó la charla era significativa. Por desgracia, yo no podía poner a mi sobrina de ocho años contra la pared y gritarle que sabía que me había mentado. Helena me miraba enfurecida, y pensar en Maya me daba pánico.

—Bueno, pues muchas gracias, Cloelia.

—De nada.

—Maya tiene razón —dijo Helena, frunciendo el entrecejo con expresión severa—. Tenías que haberle pedido permiso para interrogar a Cloelia. Sé cómo me sentiría yo si hubiera ocurrido eso mismo con Julia. —Cloelia asintió con la cabeza.

—¡Callad las dos! No soy un desconocido. Ahora que Fania ha muerto, soy el cabeza de familia en casa de Maya Favonia...

Helena soltó una sonora carcajada y Cloelia la imitó. Vaya con el poder del patriarcado... Supe que tenía que callar.

De todas formas, ya habíamos llegado al templo de Vesta. Destruído en el gran incendio de Roma ocurrido en el imperio de Nerón, lo habían reconstruido rápidamente según el modelo antiguo: era redondo, imitando una cabaña de pastores. La nueva construcción es de mármol pulido y se eleva sobre una vasta plataforma, rodeada por columnas y celosías labradas. En el tejado circular existe un orificio por el que sale el humo del fuego sagrado del interior. En esos instantes, las puertas del templo estaban abiertas. Los pretores, los cónsules y los magistrados podían entrar a hacer sus ofrendas en el fuego pero un simple cuidador de las aves tendría que encontrar una buena excusa para atreverse a entrar en el santuario.

Y sabía que en el interior del templo no había ninguna imagen de Vesta, sólo el fuego, que representaba la vida, el bienestar y la unidad del Estado romano, a la sombra de un laurel sagrado. También se guarda allí el paladión, un objeto extraño

que, según algunos, era una imagen de Palas Atenea, es decir, de Minerva, aunque otros lo duden. Fuera lo que fuese, obraba como talismán protector de Roma y una de las principales tareas encomendadas a las vírgenes era su custodia. Como el público no podía entrar en el recinto, las posibilidades de que el preciado objeto fuese robado eran poquísimas. Tampoco podía venderse. Mi padre me dijo una vez que, como nadie sabía cuál era el aspecto del paladión, éste no tenía ningún valor como pieza artística para coleccionistas.

Cuando llegamos, las vestales estaban entregadas a sus tareas. Eran una menos del número de rigor, y ese puesto vacante sería cubierto mediante el sorteo o lotería del día siguiente. Eran cinco, encabezadas por la ojerosa jefa de las vestales, la cual parecía tener problemas de sofocos. Todas ellas iban vestidas con los anticuados vestidos de lana, atados bajo el busto con unos nudos de Hércules que sus amantes nunca podrían desatar, y los cabellos peinados con complejidad nupcial, sujetos con cintas y lazos. Tenían que cuidar del fuego sagrado porque si se apagaba, significaría un mal augurio para la ciudad y serían flageladas por el pontífice máximo, en este caso por Vespasiano, que era famoso por sus criterios estrictos con respecto a las virtudes tradicionales. También tenían que realizar ritos diarios de purificación, como limpiar el templo con agua de la fuente sagrada. (Una de ellas apareció con la fregona ritual, hecha de cola de caballo, que utilizaban para este menester.) Después, tenían que hacer pasteles sagrados para los oficios religiosos. También cantaban plegarias y asistían a los sacrificios con las cabezas cubiertas por unos velos.

Cada vestal era ayudada por un lictor. Como incluso el lictor del pretor estaba obligado a bajar las fasces rituales si se acercaba una virgen, los lictores eran famosos por su presunción. Las doncellas podían representar la antigua simplicidad de la que disfrutaban las hijas de un rey en épocas que se pierden en la bruma de los tiempos, pero sus guardianes modernos no se lo pensaban dos veces a la hora de acercarse y darle a uno un pisotón. Esos hombres holgazaneaban en el recinto, en el que era posible entrar aunque hacerlo levantaba sospechas incluso si se trataba de un cuidador perfectamente respetable, acompañado de su patricia esposa y de una niña apocada. En el interior del complejo había un santuario grande y ostentoso y la entrada vigilada a la casa de las vestales. Estaba perfectamente claro que yo no tenía la posibilidad de entrar en la casa o de evitar a los lictores para acceder al templo. Lo único que podía hacer era quedarme allí, con mis acompañantes femeninas, y adoptar una actitud piadosa mientras las vírgenes salían del templo y entraban en su casa que amenazaba ruina. Cuando una de las más jóvenes pasó junto a nosotros, Cloelia me dio con la punta del pie para avisarme de que se trataba de Constanza.

Con audacia, Helena Justina caminó hasta la puerta de entrada y solicitó una entrevista formal. Dijo incluso que tenía información relativa al sorteo que se avecinaba. Un ayudante le tomó el nombre con ese aire burocrático que significa:

«No te molestes en quedarte en casa esperando a un mensajero».

Nos quedamos por allí un rato como panecillos sobrantes después de una fiesta. Finalmente, decidimos marcharnos y, para variar, subimos la alta escalinata que llevaba a la Vía Nova bajo la densa mole del Palatino. En lo alto de las escaleras, me volví para mirar atrás un momento porque la vista del Foro merece una pausa para admirarlo. De repente, Helena me tomó del brazo. Por la puerta trasera de la casa de las vestales salía un grupo de gente. Encabezado por un lictor, en el centro del grupo se encontraba la virgen que ese día era la encargada de coger agua de la fuente Egeria para la casa de las vestales (a la que no llegaba ninguna canalización). En la cabeza llevaba la jarra especial que tenían que utilizar las vestales y tuvimos la suerte de que ese día la aguadora fuera Constanza.

Mientras la doncella vestida de blanco recorría el tan transitado camino, Cloelia nos cogió a Helena y a mí y tiró de nosotros para que la siguiéramos.

XXVIII

Más allá del polvo y el ruido del emplazamiento del futuro anfiteatro de los Flavios y más allá de la gran explanada donde se levantará el templo de Claudio que Vespasiano estaba completando gracias a la gratitud de su protector político, se alza la colina del Celio. Este tranquilo rincón arbolado domina por la parte sur la puerta Capena y el Circo Máximo. Es una de las partes más antiguas y mejor conservadas de la ciudad. Originariamente, era el territorio de las diosas del agua, llamadas las Camenas, pero la ninfa Egeria, una joven descarada, les usurpó su dominio. Ahí está también el famoso huerto en el que el rey Numa Pompilio consultaba a la hermosa ninfa noche tras noche y ella le dictaba edictos políticos. Ahí está también la fuente que lleva el nombre de esa adorable y graciosa ninfa y a la que las vestales acuden cada día.

La fuente Egeria está a tiro de piedra del palacio del rey Numa. Éste no tenía que ir demasiado lejos en busca de inspiración. (Un ejemplo más, me cuenta Helena, de un hombre estúpido aunque bien intencionado que alcanzó más fama de la que merecía gracias a una inteligente amistad femenina.) Egeria mantuvo en forma al viejo Numa hasta los ochenta años.

Constanza se acercó al pozo con el porte majestuoso del que hacía gala su hermandad. Se supone que llevar una jarra de agua en la cabeza realza la apostura de las jóvenes; lo que sí es cierto es que hace que te fijes en las rotundas formas femeninas de un modo en que no sueles hacer con las damiselas vestidas de blanco. Llevar un cinturón con un nudo de Hércules debajo de un busto bien redondeado realza ese busto. Es probable que muchas generaciones de vestales lo hayan sabido. Sin lugar a dudas, Constanza contemplaba esos pensamientos con desdén. Parecía tener poco más de veinte años; así pues, ya debía de haber completado los diez primeros años de aprendizaje de sus tareas y, en estos momentos, ya estaba calificada para realizarlas con un estilo reverencial aunque ligeramente perturbador.

Mientras Constanza llenaba la jarra, Helena Justina tomó a Cloelia de la mano y, tras indicarme con un gesto que esperase allí, empezaron a caminar pausadamente hacia la virgen. Helena la llamó por su nombre y el lictor le indicó que se esfumase de inmediato. Al ver los amenazadores extremos de sus varas de ceremonia, Helena retrocedió.

Constanza, debido tal vez a su larga experiencia, pasó sin hacer caso del pequeño alboroto. Cuando la jarra estuvo llena, como pesaba mucho más, trató de concentrarse. Se la puso en la cabeza, con la espalda erguida y el porte majestuoso. Empecé a notar que las complejas disposiciones de las trenzas que llevan las vírgenes forman una especie de esterilla enrollada en la que apoyar las jarras y evitar lastimarse la cabeza. Con la mirada al frente, como si caminara sobre la cuerda floja,

la vestal volvió a dirigirse hacia el Foro. Llevaba el brazo libre muy separado del cuerpo para mantener el equilibrio, pero se balanceaba suavemente como las mujeres de las provincias cuando van a los pozos alejados de sus poblados de adobe.

Las piedras que rodean el santuario de Egeria estaban cubiertas de algas verdes. Constanza parecía estar preparada para afrontar ése y otros problemas. Cuando su pie resbaló, recuperó el equilibrio con un aplomo encomiable. De la jarra sólo se derramó un poco de agua. Probablemente, le ocurría eso todos los días y, en cada ocasión, Constanza ponía la misma cara de preocupación cuando se le doblaba el tobillo.

Helena todavía estaba mucho más cerca de ella que yo. Creo que lo que me murmuró después, con aire de auténtico asombro e intentando que Cloelia no la oyese, debió de ser un error. Seguramente, no oyó bien lo que Constanza dijo al resbalar.

—Mira, Marco, tú piensa lo que quieras. Eres tan inocente que hasta has llegado a insinuar que Numa Pompilio no era más que un hombre a quien le gustaba trabajar con una secretaria femenina. Egeria resultó ser eficiente y, como es natural, él nunca le puso un dedo encima... Pero yo juraría que cuando la venerable virgen estuvo a punto de torcerse el tobillo, dio un respingo y soltó una maldición.

—Sí, Helena. Eso fue exactamente lo que hizo —rió con desdén la pequeña Cloelia—. Dijo: «¡Cojones!».

XXIX

Seguimos a Constanza todo el trayecto de regreso hasta la casa de las vestales y nos mantuvimos a cierta distancia por si el lictor se ponía retozón con sus varas. Helena, que podía ser terriblemente tenaz, se encaminó directamente a la puerta trasera y preguntó al portero si le habían concedido la entrevista que había pedido. Era demasiado pronto para tener respuesta. Las damas que llevan una vida de sencillez tradicional también cumplen las normas tradicionales: no responden a los mensajes hasta pasado cierto tiempo.

Constanza tenía una excusa: venía a buscar agua del santuario. Pero no cabía pensar que las vírgenes llevaran una vida tan sencilla que incluso leyeran personalmente las cartas que el público les enviaba. Al contrario, las vestales tienen mucho personal a su cargo, secretarios incluidos.

No, no creo que emplearan secretarios para que les escribieran cartas de amor. Decir eso sería una blasfemia.

Hicimos un segundo intento de alcanzar la casa. En esta ocasión, salimos del recinto por el lado de la Vía Sacra para llegar a la pequeña calle de las Vestales, frente al Regia, un palacio etrusco de Numa Pompilio, el monarca entusiasta de las ninfas a quien ya nos hemos referido. Me desabroché la faja de la toga y me eché esa calurosa y odiada prenda sobre el hombro.

Hacía mucho tiempo que el Regia estaba desocupado y apenas quedaban restos de los antiguos edificios que lo habían formado. Era una zona sagrada, utilizada durante siglos por el Colegio de Pontífices. Saben distinguir muy bien los buenos alojamientos. Algún cónsul había restaurado todo lo que se veía requisado en los botines de guerra, una expoliación tan fabulosa que con ella se habían construido las paredes y los suelos del nuevo edificio con mármol gris y blanco. Como resultado de ello, esta zona sobrevivió al gran incendio mientras que las enormes casas patricias de la Vía Sacra fueron pasto de las llamas y quedaron destruidas. En estos momentos, nos hallábamos ante el templo de Marte, en el que se guardan las lanzas que los generales blandían antes de partir hacia la batalla; un vestíbulo completo y el templo de Ops, la vieja diosa de la abundancia, en el que sólo podían entrar las vestales y el pontífice máximo. A nuestra derecha, en el extremo más alejado del complejo de edificios, había un pequeño porche bajo el cual presenciábamos un pequeño revuelo.

Unos porteadores levantaban un palanquín con un águila en la parte superior y cortinas de color púrpura y comenzaban a caminar a paso ligero. Delante, avanzaba una falange con plumas en los cascos: la guardia pretoriana. Cuando se desplegaron en la calzada, haciéndose más espacio para echar a un lado a los pasajeros, comprendimos que estábamos presenciando la partida del emperador. Probablemente había estado allí en su calidad de pontífice, visitando el colegio sacerdotal por algún

asunto religioso.

Yo no le habría dado ninguna importancia al hecho, pero había una multitud de gorriones esperando la marcha de Vespasiano. Cuando empezaron a dispersarse, un hombre salió de entre los demás, me vio y una expresión de alivio iluminó su cara. Aminoró el paso y gritó:

—¡Falco! Menuda coincidencia... Me habían mandado ir a buscarte y pensé que, como mínimo, tardaría medio día.

Lo reconocí. Lo había visto por última vez en Lepcis Magna hacía unas cuantas semanas. Era un esclavo tranquilo y sensato con el cargo de ayudante del mensajero del emperador, Rutilio Gálico. En aquel momento, lo último que quería era recibir una invitación social del hombre que había mandado echar a mi cuñado a los leones, pero nadie cursa sus invitaciones para cenar desde el Regia. Tenía que tratarse de otra cosa. Tal como sospeché, el mensaje era que me entrevistase urgentemente con Rutilio por un asunto oficial. Tenía que haber algún vínculo religioso. Sin embargo, no creí que tuviera nada que ver con los pavos o los pollos.

Helena me dio un beso y dijo que iría a ver a sus padres a Puerta Capena antes de llevar a Cloelia a su casa. Corrí por la calle con el ayudante, con la esperanza de encontrar todavía a Rutilio en el Regia y así evitarme tener que ir en su busca.

Allí estaba, con su túnica de senador color púrpura. Con un suspiro, me puse bien la toga y me acerqué a él.

Su esclavo se ganó una mirada de aprobación por haberme encontrado tan pronto. A mí me saludó de una manera más bien displicente. Yo conocí bien aquel escenario con ocasión de ciertas asambleas de Vespasiano y algunos altos funcionarios reunidos en las dependencias pontificias. Fuera cual fuese el motivo de esta cita, Rutilio Gálico había sido informado del plan de acción registrado en el memorándum. Todos los demás se habían marchado a casa para el almuerzo. A mi hombre de Libia lo habían dejado al cargo de una tarea problemática.

No perdí tiempo ni energías en compadecerme de él. Si me había mandado llamar, el paso siguiente era tan sencillo y tradicional como la vida cotidiana de las vestales: el noble Rutilio se quitaría un peso de encima y me lo pasaría a mí. Luego, se marcharía a casa a dar cuenta de su almuerzo. El mío, huevos con aceitunas, se lo comería la perra por la noche.

Rutilio empezó por mirar a su alrededor con aire cauteloso. Su intención no era, en verdad, la de entrevistarme en el Regia, y quería encontrar algún lugar más adecuado. Incluso en un sitio donde todos los pergaminos son catalogados automáticamente como reservados, una oficina no lo es. Mala suerte.

Me llevó al patio, una curiosa zona triangular también pavimentada con losas de mármol blanco y gris. A su alrededor había diversas habitaciones viejas que se usaban para reuniones y cuartos de escribas ocupados por los guardianes de los

archivos y anales que se guardaban allí. Aislado del bullicio de la Vía Sacra por una columnata, era un lugar tranquilo, agradable y pausado. De vez en cuando se oían voces apagadas y los pasos ligeros de sandalias que conocían bien los pasillos interiores.

En el centro del patio había una gran cisterna subterránea, probablemente un viejo silo de cereales de muchos siglos atrás, de cuando el palacio de Numa estaba habitado. Rutilio me llevó hasta ella. Allí, de pie junto a la estructura, podríamos fingir que la estábamos inspeccionando y hablar sin que nadie se acercara a nosotros o se pusiera a escuchar a escondidas. Tantas precauciones y tanto secreto no eran normales. Mis temores debían de ser ciertos: Rutilio tenía un trabajo desagradable para mí.

—¿Que tal, Falco? ¿Disfrutando de tu regreso a Roma? —Le sonreí en silencio. Podía ahorrarse tanta cortesía. Se aclaró la garganta—. Felicidades por tu ascenso social. —Me puse los pulgares en el cinturón como un plebeyo redomado—. ¿Y también cuidador de las aves? —Asentí complacido. No podía considerarse un insulto aun cuando mi familia estallase en carcajadas cada vez que se mencionaba este hecho—. Eres un hombre de muchos recursos. Sí, en África lo advertí. Alguien me ha dicho que también escribes poesía. —Durante un momento que me pareció terrible, pensé que estaba a punto de confesarme que él también escribía y de pedirme si tenía tiempo de leer sus poemas.

Dejé de sonreír. ¿Poesía? A un informador nadie le pregunta por su vida intelectual. Rutilio debía de estar verdaderamente desesperado.

—El otro día, ¿mencionamos que soy sacerdote del culto de los emperadores divinizados?

—Sí, señor. *Sodalis Augustalis*. Todo un honor.

Era difícil comprender cómo lo había logrado. Un hombre nacido a los pies de los Alpes, el primero en su familia que ostentaba un rango tan elevado... Seguro que había muchos senadores con su mismo talento y mucho más conocidos. Por lo que yo sabía, su carrera era normal, con el habitual servicio civil y militar. Edil, cuestor, pretor, cónsul... Había sido gobernador de Galacia cuando el famoso general Corbulón fanfarroneaba en esa zona conflictiva. Nerón lo hizo matar porque era demasiado buen soldado. Galba, el emperador que le sucedió, tal vez esperaba aprovecharse de cualquier antagonismo que Rutilio sintiera después hacia Nerón, y era precisamente por eso por lo que había adquirido su prestigioso sacerdocio.

De haber sido así, Galba murió demasiado pronto para poder disfrutar de cualquier lealtad que hubiese intentado cultivar en Rutilio. Pero éste también tenía vínculos personales con la legión que Vespasiano había confiado a su hijo Tito (la decimoquinta, a la que había pertenecido mi difunto hermano, por lo cual sabía lo uña y carne que eran todos aquellos bravucones). Cuando Vespasiano llegó a emperador,

Rutilio adquirió protagonismo y fue uno de los primeros cónsules del Imperio. A decir verdad, nadie había oído hablar de él y yo tampoco sabía quién era hasta que lo conocí en la Tripolitania.

Lo que rezumaba por todos los poros era ambición, lo cual lo convertía en un trabajador incansable. Estaba escalando los peldaños del poder con la misma elegancia que un albañil con un capazo de tejas al hombro. Era el tipo de funcionario que gustaba a Vespasiano: Rutilio Gálico llegaba sin incómodas deudas de padrinazgo. Galba era irrelevante; eran los Flavios quienes habían hecho a Rutilio un hombre dotado de energía y buena voluntad y muy posiblemente en el trabajo que aquel día le habían encomendado se había presentado como voluntario.

Yo sabía que no podría disfrutar de la misma opción.

—Quiero hablarte de un asunto delicado, Falco. Para este trabajo, tú eres el mejor dotado.

—Sé lo que eso suele significar.

—No es peligroso.

—¡Qué sorpresa! Entonces, ¿de qué se trata?

Rutilio no perdió la paciencia. Comprendió que aquellas eran mis cortesías, una manera de hacer acopio de fuerzas ante aquella petición no deseada y ante el amargo trabajo que me esperaba.

—Hay un problema. Un asunto del cual ya tienes noticia. —Su tono de voz se hizo más enérgico. Así me gustaba más—. Ha desaparecido una niña que mañana tenía que entrar en el sorteo de las vestales.

—Gaya Laelia.

—Exacto. Como verás, entran en juego elementos muy complejos... Nieta de un ex flamen dialis, sobrina de un flamen pomonalis. Aparte de la necesidad de tener que encontrarla por razones humanitarias...

—Ah, ¿pero cuentan esas razones?

—¡Claro! Mira, Falco, esto es extraordinariamente delicado.

—No quiero sugerir que el sorteo esté decidido de antemano, pero digamos que si Gaya Laelia resultase elegida, ¿se la consideraría del todo adecuada?

—Sus antecedentes familiares harían que el pontífice tuviera la absoluta certeza de que está completamente preparada para una vida de servicio.

—Esto suena a comunicado oficial. No escurras el bulto: ¿quieres que la encuentre?

—Bueno, los mediadores de palacio están nerviosos. El prefecto de la ciudad ha dado la voz de alarma. —Se equivocaba, lo había hecho Lucio Petronio—. Su abuelo ha reconocido la desaparición ante Vespasiano. Alguien ha sabido de tu interés por el asunto y ha comprobado que, según los registros de palacio, todavía tienes como socio a un miembro de los vigiles. Esos registros no están actualizados, claro. En la

reunión a la que acabo de asistir hemos tenido una interesante charla acerca de cómo te apoyan los vigiles. Luego Vespasiano ha señalado que tu último socio conocido es Anácrates, el jefe de su propio servicio secreto.

—¿Y ha habido gritos airados?

—La verdad es que tienes cierta fama.

—Entonces, Rutilio, habrás explicado que mi socio actual es Camilo Justino, por lo que ya no pirateo apoyo de los funcionarios públicos. ¿Eso me convierte en un sabueso responsable al que se puede contratar sin problemas para que encuentre vírgenes perdidas?

—Lo que he dicho, Falco, es que tienes toda mi confianza. Que eres discreto y efectivo. Supongo que te gustará saber que Vespasiano ha estado de acuerdo.

—Muchas gracias. Si acepto este trabajo, necesitaré poder entrar en casa de los Laelios y un permiso para interrogar a la familia.

—Ya les he dicho que sería lo primero que pedirías —replicó Rutilio acompañando sus palabras con un gruñido.

—Cualquiera haría lo mismo —respondí, mirándolo fijamente. No hizo ningún comentario—. Rutilio, ¿has conseguido convencer a tus colegas, incluido el emperador, de que tiene que hacerse de esta manera?

Se quedó pensativo unos instantes y luego dijo:

—El emperador se ha marchado de aquí para ir a informar a Laelio Numentino de que tendrá que permitirte entrar en su casa.

—Bien. —Me relajé. Me había temido condiciones inaceptables. Aquel trabajo me interesaba y probablemente lo habría aceptado de todos modos—. No quiero ofender a nadie pero es sabido por qué impongo estas reglas. Es posible que la niña aparezca en casa. Tendré que hacer un registro a fondo, lo cual, reconozco, será entrometerme en su intimidad. Es preciso que sea así. El primer sitio en el que miraré será en los cestos de los calzoncillos sucios y, a partir de ahí, será peor. Además, si su desaparición no es un accidente, la causa más probable de la fuga será alguna cuestión doméstica. Resulta de vital importancia interrogar a toda la familia.

—Todo esto queda perfectamente comprendido.

—Y seré discreto, como se me pide.

—Gracias, Falco.

Habíamos empezado a caminar hacia una de las salidas del patio, la que daba al antiguo arco cuadrangular de Fabio Máximo sobre el cruce de caminos de la Vía Sacra.

—¿Por qué estamos siendo tan cuidadosos con esta familia? —pregunté con contundencia—. Seguro que no es sólo por una cuestión de estatus social...

Rutilio hizo una pausa y luego se encogió de hombros. Intuí que sabía más de lo que me había dado a entender. Mientras salíamos, señaló con la mano hacia la

derecha y preguntó:

—¿Tienes la dirección actual de los Laelios? Antes de que Numentino llegara a flamen dialis y se trasladara a la residencia oficial, vivían aquí abajo, ¿sabes?, en una de esas grandes mansiones que destruyó el gran incendio de Nerón.

—¡Por Júpiter! ¿En la Vía Sacra? Una de las mejores zonas de Roma... Sí, sé dónde está su nueva casa, gracias. En el Aventino, una casa decente, pero no es lo mismo, claro.

—Antes era una familia muy importante —me recordó Rutilio.

—Eso es evidente. El barrio favorito de los republicanos: Clodio Pulcher, Cicerón... ¿Y no había una famosa casa cuyo propietario era Escauro, con unas columnas carísimas de mármol rojo y negro, que llegaba hasta el teatro de Marcelo? Mi padre es vendedor de antigüedades y siempre cita su precio récord: quince millones de sestercios y cambió de manos. El padre de Gaya Laelia usa como sobrenombre el de Escauro. ¿Tiene esto alguna importancia?

Rutilio volvió a encogerse de hombros. Aquel día, esos nobles hombros aguantaron un trabajo muy pesado.

—Tal vez haya alguna relación que venga de antiguo. Es, sin lugar a dudas, un apellido.

—Y ahora, ¿tienen dinero los Laelios? —pregunté, entornando los ojos.

—Algo deben de tener.

—¿Me permitirán preguntárselo?

—Sólo si es realmente importante. Y es posible que no respondan, claro —advirtió Rutilio—. Y por favor, recuerda que no será como interrogar a defraudadores de impuestos.

Algo que yo habría preferido. Dadme un mentiroso honesto, es preferible a uno de los llamados pilares de la vida pública, hipócrita y engañoso.

—Una cosa más, señor. El tiempo es vital. Necesito ayuda. Me gustaría que mi amigo y ex socio Petronio Longo colaborase conmigo.

—Ya sabía que lo pedirías —confesó Rutilio—, pero lo siento, es imposible. El emperador ha decidido que los vigiles no entren en contacto directo con la familia. Podemos ordenar a las tropas que registren la ciudad en busca de la niña, pero el viejo flamen es inflexible en cuanto a no permitir que los vigiles registren su casa.

Recuerda, Falco, que durante casi toda su vida Numentino ha estado obligado a no ver nunca a hombres armados o a presenciar cautiverios. Hasta su anillo tuvo que hacerse con un trozo de metal roto. A estas alturas, es incapaz de cambiar. La parafernalia del orden y de la ley todavía lo ultraja. Ésta es la situación: se niega a dejar entrar a los vigiles y tú has sido propuesto como alternativa aceptable.

—Tal vez no me acepte.

—Lo hará.

Qué mala suerte...

XXX

Primero, la casa.

Tenía un aspecto tan siniestro como cuando estuve allí por primera vez con Maya. Tenía la sensación de que la visita de ese día sería igualmente infructuosa. Al acercarme por segunda vez, sabiendo mucho más de la familia, contemplé aquella casa tan poco atractiva con una mayor sensación de desconfianza.

Cuando llegué, alguien se disponía a partir. Salía un palanquín con unas gruesas cortinas corridas. No era el de la imagen de la Medusa que los Laelios utilizaban. Tal vez era de alguien que había ido a interesarse por el problema. Fuera quien fuese, lo acompañaba su servicio de lavandería: detrás del palanquín iba un pequeño grupo de esclavos. Uno de ellos llevaba un gran cesto de ropa y los otros cargaban piezas de equipaje más pequeñas. Me contuve de preguntar quién era. Junto a la silla de manos caminaban unos muchachos de narices respingonas y aspecto desagradable. Prestaban tanta atención a que las medias puertas estuvieran bien cerradas y las oscuras cortinas corridas como a las posibles amenazas que pudieran salirles al paso. Algún marido que no quería que su esposa saliera a comprar demasiadas joyas, pensé bromeando.

Cuando se alejaron, me acerqué a la casa cabizbajo. La mirilla del portero estaba cerrada, por lo que me detuve de espaldas a la entrada como si esperase a que me abrieran. Los transeúntes pensarían que había llamado y aguardaba a que me hicieran pasar. En cambio, me dediqué a escuchar. En aquella casa había desaparecido una niña. Dentro, todo el mundo tenía que estar aterrorizado. Unos pasos en la puerta de la fachada harían que alguien saliera a investigar. Nada.

Tiré de la campanilla que colgaba de su soporte con tanta rigidez que tuve que retorcerla con una fuerza que me pareció descortés. Bueno, lo que ocurre es que soy un tipo delicado. Después de un silencio que se hizo eterno, contestó un portero pálido y delgado. No era el mismo hombre que nos había impedido la entrada a Maya y a mí. Le recomendé que engrasara el tirador de la campanilla.

—No con aceite de pescado. Se llenará todo de gatos. —Me miró fijamente—. Soy Didio Falco. Tu amo me está esperando.

Era un esclavo de ésos que sólo necesitan órdenes firmes. Hablando con jactancia y un acento refinado, cualquier ladrón habría entrado en la casa. Yo podría haber sido cualquier tramposo barato que quisiera vender a su amo una colección de vasijas griegas falsas, unos relojes robados o las maldiciones especiales de la semana, con la garantía de pudrir el hígado de un enemigo en cinco días o se le devolvía el dinero.

Me había puesto la toga de nuevo. Supongo que eso me ayudó. El portero no tenía conocimientos de sastrería; de lo contrario, habría visto que esa prenda había pertenecido al ejército del centurión más desacreditado y que aquella arrugada delicia de las polillas había pasado tanto tiempo colgada en una percha que había producido

un gran roto en la lana, en el lugar en el que la prenda colgaba con tanta elegancia sobre mi hombro izquierdo.

Pensara lo que pensase de mí, se dispuso a llevarme ante el viejo. Ya estaba dentro e intuí que en la casa había mucho personal empleado. Tenía que haber un mayordomo o un ayuda de cámara, pero el portero no consultó con ningún superior si podía dejarme entrar. Mejor; de esa manera, yo ganaba tiempo.

Mientras seguía a mi guía, hice unas rápidas observaciones. Después de un rincón separado con cortinas donde se sentaba el portero de servicio, cruzamos un pequeño vestíbulo embaldosado en negro y gris y recorrimos un oscuro pasillo. Oí los ruidos matutinos normales en una casa grande: escobas y voces que daban instrucciones domésticas. No eran voces estentóreas, pero tampoco cuchicheos. No oí risas ni a cocineros bromistas ni a jóvenes traviosos. Ni perros, ni gatos ni pinzones enjaulados. La casa estaba limpia aunque no immaculada. No había malos olores, pero tampoco aromas agradables. Ni cajas de sándalo, ni lirios blancos en macetas, ni agua de rosas para el baño. O la cocina estaba en otro lado o el almuerzo de aquel día tenía que ser un plato frío.

Primero, atravesamos el atrio. Era anticuado y a cielo abierto, con un pequeño estanque rectangular que, en esos momentos, estaba seco. Eso se debía (como primer signo de humanidad) a que los Laelios tenían albañiles en la casa. Tal vez era ahí donde Glauco y Cota se recluían cada vez que Helena los necesitaba. De ser así, allí tampoco se les veía, aunque podían haberlos mandado a casa por lo que había ocurrido con Gaya.

La zona adyacente al atrio tenía las paredes desnudas en espera de ser pintadas de nuevo y a un lado había un pequeño santuario en construcción, de éstos en los que las familias de linaje distinguido no sólo guardan sus lares sino también los horribles bustos de sus más destacados antepasados.

Me llevaron a una sala lateral. El portero me dejó allí sin ninguna ceremonia. Empecé a oler a incienso, algo inusual en una casa particular. El portero había olvidado mi nombre, por lo que tuve que presentarme yo mismo. Por fortuna, sabía hacerlo. Sabía incluso el nombre de la persona a la que me estaba dirigiendo. Tenía que tratarse del viejo Laelio. Podía estar jubilado pero estaba claro que le costaba acostumbrarse a ello. Todavía vestía con la túnica de su antiguo cargo, la gruesa toga de lana praetexta con el borde púrpura tejida, según el ritual, por las manos de su difunta esposa; y el ápex o ápice del casquete, un tocado cónico con orejeras, coronado con la rama de olivo y forrado con lana blanca.

Lo estudié rápidamente. Sesenta y muchos años, carnes delgadas, cuello arrugado, manos ligeramente temblorosas, barbilla altiva, nariz algo picuda y un ademán despectivo que se remontaba a cinco siglos de antepasados arrogantes. Lo había visto antes en algún lugar y probablemente lo reconocí por el papel que había

desempeñado en pasadas fiestas de la diosa. Me sorprendió recordarlo porque, hasta que empecé a ocuparme de los gansos sagrados, solía quedarme en cama durante esos acontecimientos.

—Soy Marco Didio Falco, señor. Usted debe de ser Publio Laelio Numentino. — Me dirigió una dura mirada como para indicarme que había sido el flamen dialis tanto tiempo que le parecía un insulto que lo llamara por su nombre, pero, por más indulgentes que fueran con él los demás, yo me ceñí a las formas. Estaba retirado. En aquellos momentos, el verdadero flamen dialis era otro hombre. No podía quejarse, pues le había nombrado por sus tres nombres completos. También había dicho los tres míos, claro. A un determinado nivel, éramos iguales: una broma democrática.

Estaba sentado en una especie de trono, un taburete de marfil con reposabrazos, como si fuera un magistrado. Antes de que yo entrase, ya estaba sentado, a solas, en esa postura. Otras personas habrían leído o escrito, pero él prefería la quietud meditativa de un dios de piedra.

La sala estaba amueblada con mesas laterales y lámparas y a sus pies había una pequeña alfombra con un escabel. Quizá fuese confortable pero, si lo era, se debía al contraste con la frialdad del ambiente.

Helena Justina me había informado acerca de los flámenes la primera vez que ella y yo hablamos de Gaya. El sacerdote de Júpiter llevaba una vida tan llena de deberes y restricciones que no tenía tiempo de desmadrarse. Como representaba al dios, era intocable en el más estricto de los sentidos. Cuando salía, con una capa doble sobre su vestimenta de lana, llevaba un cuchillo de sacrificio en una mano para evitar los contactos no deseados y en la otra una larga vara que le mantenía a distancia del populacho. Iba precedido de un lictor y de unos pregoneros a cuyo paso todo el mundo tenía que dejar lo que estuviera haciendo porque para el flamen no sólo cada día era fiesta (¡qué buena vida!), sino que, además, no podía ver a nadie trabajando.

Y había más. No podía montar a caballo; ni siquiera tocar a tales animales. No podía salir de la ciudad (excepto en tiempos más recientes, durante un máximo de dos noches, para atender a deberes familiares ineludibles si el pontífice máximo se lo ordenaba). No llevaba nudos y sus ropas se sujetaban con hebillas; sus anillos eran partidos y tenía prohibido mencionar la hiedra debido a sus propiedades aglutinantes o caminar bajo una pérgola cubierta de enredaderas. Si llevaban a su casa a alguien con ataduras, se las arrancaban y tiraban desde lo alto del tejado. Si se cruzaba con un criminal, ese hombre no podía ser flagelado ni ejecutado. Sólo un ciudadano libre podía cortar la barba a un flamen y tenía que hacerlo con una cuchilla de bronce. Los cabellos cortados y las uñas tenían que ser quemados en un fuego sagrado. El flamen no podía quitarse la túnica o el tocado durante el día, no fuera que Júpiter descubriera su persona.

Tenía que evitar a los perros (lo cual explicaba que en la casa no hubiera canes

guardianes), las cabras, las alubias, la carne cruda y la masa fermentada.

Probablemente había más, pero Helena había visto que los ojos se me ponían vidriosos al oír estas cosas, y me lo había ahorrado. Aquellas restricciones eran excesivas; estaban hechas para asegurar que la mente del flamen nunca se descarriara, aunque me miró como si todavía mantuviera el control absoluto de sus pensamientos y también de sus rígidas opiniones.

Pese a todo esto y en virtud de su sacerdocio, aquel individuo singular se había sentado en el Senado. Sin embargo, no debía de desentonar en medio de los otros excéntricos y dementes senadores.

Allí, en su casa, todo estaba a su gusto. Eso no me incluía a mí. Me miró como si acabase de salir de una alcantarilla.

—He sabido que el emperador me ha permitido el acceso a usted, señor. Su nieta ha desaparecido y yo tengo experiencia para intentar encontrarla. Es de vital importancia que colabore conmigo ya que ha expresado su deseo de no tener contactos con los vigiles. Lo lamento mucho porque la ayuda de éstos nos podría ahorrar mucho tiempo y, en un caso como éste, el tiempo es oro.

—Has sido recomendado para este trabajo por ser tu especialidad. ¿Quieres decir ahora que no estás preparado para hacerlo? —Tenía una voz fina y con un deje de malicia. Supe lo que tenía delante: un viejo malvado y retorcido. En familias como la mía no tenían ningún poder y por ello no podían hacer ningún daño, pero aquella familia no era como la mía.

—Haré todo lo que pueda, señor, pero el éxito dependerá de la cooperación que reciba.

—Y tú, ¿qué ofreces?

—Un servicio rápido y discreto. Lo más probable es que Gaya haya quedado encerrada accidentalmente en algún lugar de su propia casa. Tendré que registrarla a fondo para encontrar posibles escondrijos que atraigan a los niños. Tendré que buscar en todas partes, aunque le prometo que olvidaré al instante todo lo que vea si no importa para el caso.

—Comprendo. —Su arrogancia era gélida.

—Antes de entrar en cada habitación, llamaré a la puerta y esperaré. Daré a sus ocupantes la oportunidad de marcharse. Trabajaré lo más deprisa que pueda.

—Muy bien.

—Tengo que poder hablar con toda la familia.

—Es comprensible.

—No tendrán que responder a las preguntas que consideren inapropiadas. —Lo miré a los ojos. Era inteligente. Sabía que negarse a responder preguntas justas ya era, en sí mismo, una información—. También tengo que pedirle permiso para hablar con los fámulos. Mi intención es limitar al máximo esas entrevistas. Pero, por ejemplo,

¿Gaya no estaba al cuidado de una niñera?

—Sí, hay una chica que la cuida. Puedes hablar con ella.

—Gracias. —Me debía de estar volviendo blando. No merecía la contención que yo estaba mostrando. Sin embargo, vi que esperaba mis malos modos. Me encantó poder sorprenderlo.

—¿Y cuáles son las preguntas a las que quieres que responda? —quiso saber el ex flamen con voz tensa.

XXXI

Saqué mi tablilla de notas. Escribiría algo de vez en cuando para parecer competente aunque, básicamente, tendría la pluma en la mano y escucharía para demostrar mi tacto irreprochable.

—La investigación tiene que empezar con los datos de la desaparición de su nieta. Usted ha expresado sus reservas a dar la voz de alarma y a que las autoridades participen en la búsqueda. Dígame por qué, por favor.

—Porque no hay ninguna necesidad de ello. Hace poco ordené que Gaya Laelia no saliera nunca sola. —Después de visitarme a mí, supuse—. Si lo hubiese intentado, el portero le habría cerrado el paso.

Pero yo ya sabía que el portero se marchaba alegremente de su puesto de vigilancia.

—¿Fue ayer cuando notó que había desaparecido?

—Pregunta esos detalles a su madre.

—Muy bien. Mi hermana es amiga de Cecilia Paeta —recordé no meterla en problemas admitiendo que yo la había conocido cuando fue a visitar a Maya en secreto—. Sé que es una persona sensata. —Numentino me miró, molesto por el comentario. Entornó los ojos y vi que, como a casi todo el mundo, la sola mención de su nuera le ponía furioso. Me alegró haberla nombrado. Quería que supiese que yo valoraría a los testigos según mis propias impresiones—. Pasemos a considerar otras cuestiones más generales. Se ha pedido a los vigiles que peinen la ciudad por si Gaya ha sido secuestrada. Es un trabajo complejo pero lo harán lo mejor que puedan. —Intentaba hacerle ver que sería casi imposible encontrarla a menos que las cohortes tuvieran alguna pista—. Mi búsqueda empieza aquí. ¿Hay alguna razón para que la niña se oculte deliberadamente o se haya escapado de casa? ¿Era infeliz?

—No tenía ninguna razón para serlo.

—Sus padres no viven juntos. ¿La turbó la separación?

—Al principio, sí. —Me sorprendió que respondiera, pero supongo que ya sabía que se lo preguntaría—. Mi hijo se marchó de casa hace tres años. Gaya Laelia era aún muy pequeña. Ha aceptado la situación. —De más buena gana que el viejo, probablemente.

—Esa separación, ¿no provocó discusiones que más tarde hubieran podido dañarla? Aunque después tuvo que darse cuenta de que vivía en un hogar seguro y en el que era querida. —Numentino me miró con suspicacia, como si pensara que había ironía en mis palabras—. ¿Quiere contarme por qué se marchó de casa su hijo Laelio Escauro?

—No, porque no tiene nada que ver con este problema. —Después de aquello, ya no me atreví a preguntar sobre la posibilidad de que los padres de Gaya se

divorciaran y mucho menos sobre la relación entre Escauro y su tía. Tendría que averiguarlo a través de otra persona.

—Así pues, Gaya aceptó lo ocurrido, siguió viviendo aquí con su madre y, a los tres años, su nombre entró en el sorteo de las vestales. ¿Tengo que entender que usted se opone a ello?

—Mi opinión no tiene ninguna importancia.

—Perdone. Simplemente me preguntaba si en el hogar ha habido algún tipo de enfado que haya provocado una reacción negativa en una niña sensible. —No se inmutó. Alzó de nuevo la barbilla como para advertirme que me había metido en terrenos que no quería que explorase—. Muy bien, pero tendrá que admitir que lo verdaderamente importante es la reacción de la propia Gaya Laelia ante su futuro como vestal. Si no le gustaba esa perspectiva, tal vez haya huido para evitarla, pero todo el mundo me ha dicho que estaba encantada con esa idea. Precisamente por eso creo que su desaparición se debe a un accidente infantil.

—Es una niña muy precavida —replicó. Ningún niño es precavido.

—Y muy inteligente —añadí, y no capté ni el más leve indicio de orgullo de abuelo. Si en casa hubiéramos hablado así de Julia Junila, tanto mi padre como el senador habrían soltado un buen discurso—. Como usted ya sabe, conocí a Gaya, lo cual me obliga inevitablemente a esta pregunta: ¿Por qué su nieta se puso en contacto con un informador para decirle que su familia intentaba matarla?

—Como no es cierto, no sé que motivos la llevaron a ello. —El viejo me miró con desdén.

—¿La castigó cuando descubrió que lo había hecho? —pregunté, intentando mantener la voz tranquila.

El ex flamen no habría querido responder, pero sabía que, si no lo hacía, lo harían los sirvientes.

—Se le explicó que se había equivocado.

—¿Le pegaron? —sugerí en tono desenfadado, normal.

—No. —Apretó los labios como si la mera idea le produjese aversión. Sin embargo, las vestales tenían que ser perfectas. Y como su madre quería que Gaya fuese elegida, se habría opuesto a que le pegasen aunque no se atreviera a discutir mucho más.

—¿La encerraron en su habitación?

—Durante muy poco tiempo. No tenía que haber salido de casa sin permiso.

—Cuando escapó, ¿dónde estaba su niñera?

—Encerrada en una despensa.

Numentino no expresó ninguna emoción, pero le permití que me viera sonreír ante la valentía y la iniciativa de Gaya antes de continuar en el mismo tono indiferente de antes.

—¿Era la misma despensa en donde fue recluida tras su desaparición?

—No.

—¿Quién puede contarme mejor lo que ocurrió?

—Habla con mi nuera.

—Gracias. —Había terminado con él, aunque era como si ni siquiera hubiese empezado. Él lo sabía y estaba muy satisfecho de sí mismo—. Si me lo permite, tendré que registrar esta habitación y así no tendré que molestarlo de nuevo. —Lo miré todo rápidamente: paredes planas, ningún arco tras unas cortinas, sólo muebles pequeños, aparte de un arcón—. ¿Puedo abrir el arcón?

—No está cerrado —respondió de malos modos.

Yo esperaba que se acercase a mirar, pero permaneció inmóvil como una piedra. Anduve unos pasos hasta el arcón de madera y levanté la tapa. Pesaba tanto que casi se me cayó, pero conseguí sujetarla. En su interior había pergaminos y bolsas de dinero. Dejé que el viejo me viera sacarlo todo para comprobar que no había ninguna niña escondida en el fondo y, luego, volví a ponerlo todo en su sitio, bajé la tapa con cuidado, asegurándome de no demostrar ningún interés por lo que había visto.

—Gracias, señor. —Sin embargo, el dinero propició otra pregunta—. Es posible, me temo, que Gaya Laelia haya sido secuestrada por algún elemento criminal para pedir un rescate. ¿Es considerada rica su familia?

—Vivimos de una manera muy sencilla y tranquila. —Numentino sólo había respondido a una parte de mi pregunta, pero no insistí más. Después de mi trabajo en el Censo, no me costaría mucho averiguar su situación financiera.

—Esta casa es muy grande. Quiero hacer un informe de cada habitación después de haberla registrado. Hace poco que viven aquí; ¿le dio el agente inmobiliario un plano del edificio?

—Sí, y ahora mandaré que lo traigan. —Dio una palmada y al instante apareció un esclavo a quien se le mandó que se presentara al mayordomo para que le diera el plano—. Este esclavo te acompañará mientras dure el registro.

Me iban a supervisar. Lo esperaba.

—Gracias. Esta casa, ¿es comprada o alquilada?

Pensaba que me diría que la había comprado, probablemente horrorizado de que alguien pensase que una familia como la suya tenía un casero. En cambio, respondió:

—Es alquilada.

—¿Con contrato indefinido? —Tenía que serlo; de otro modo no habría podido hacer las obras que se estaban realizando en el atrio.

El viejo asintió altivamente.

—Muchas gracias por su sinceridad. Espero que las preguntas no le hayan resultado demasiado dolorosas. Ahora hablaré con su nuera.

Volvió el esclavo y dijo que habían encontrado el plano que yo había pedido.

—Una última cosa, señor. Le presento mis condolencias por la muerte de su esposa. ¿Fue hace poco?

—La flaminia sufrió una trágica enfermedad que le sobrevino el pasado julio. — Laelio Numentino respondió con tanta rapidez que me sorprendió. Era la primera vez que me daba algo más que una respuesta mínima. ¿Amaba a su esposa? —No tienes que preocuparte en absoluto por eso. Su muerte fue repentina aunque no inesperada.

Lo que yo suponía. De todas formas, lo único que quería preguntarle era si Gaya estaba especialmente encariñada con su abuela y si la muerte de ésta podía haberla afectado, pero no lo hice y seguí al esclavo.

XXXII

Tardé un rato en ser admitido a presencia de Cecilia Paeta. Empleé el tiempo mientras tanto en familiarizarme con la distribución de la casa; me fijé en la estancia donde había visto al ex flamen y, para no perder el tiempo mientras esperaba, estudié un par de salas más. Eran salones de recibir de tamaño mediano, muy poco amueblados y, probablemente, nunca utilizados. Dado que la familia llevaba allí ya casi un año, me sorprendieron los escasos progresos que había realizado para instalarse de forma más definitiva. ¿Les faltaba práctica, o todos se mostraban reacios a afrontar el hecho de que iban a quedarse?

La flaminia, o residencia oficial en el Palatinado, estaba amueblada con objetos de propiedad oficial. Yo me había dado cuenta ya de que cuanto poseía la familia era antiguo y de calidad (piezas de herencia familiar, sin duda), pero no abundaban estas joyas. Como muchas familias de clase alta, ésta parecía tener dinero, pero menos efectivo del que necesitaba. Eso, o que cuando habían necesitado proveerse de enseres se habían visto en apuros para encontrar tiempo e ir de compras.

El salón recibidor al que fui conducido acto seguido resultaba típico: demasiado espacio vacío y ni una muestra de buen gusto. Cecilia Paeta se parecía mucho a como la recordaba de la visita a la casa de Maya, aunque se la veía más apagada. Varias doncellas con cara de susto habían corrido a protegerla de la falta de recato de entrevistarse con un informante. Sentada en cuclillas en una única silla de mimbre trenzado, se envolvió en una estola ligera mientras las doncellas ocupaban sendos taburetes bajos o cojines, formando un círculo en torno a ella. Todas con la mirada fija en el suelo.

De nuevo mantuve la voz serena y los ademanes tranquilos, aunque no serviles. Tendría que saber mucho más de la situación familiar antes de empezar a aplicar mi fuerza, pero ya percibía allí la tensión que agarrotaba a los moradores de aquella casa y a la familia entera. En el silencio de la madre cuando me miraba, podía percibir los años de opresión que le habían anulado cualquier asomo de energía.

¿Qué clase de vida afrontaba? Abandonada por un marido que, si Numentino lograba su propósito, nunca le concedería el divorcio, se le negaba el derecho normal a regresar con su familia y a rehacer su vida. De entrada, su suegro debía de tenerla en poca consideración; los fanfarrones siempre desprecian a sus víctimas. Cuando Cecilia fracasó en sus intentos de retener a su marido, al tirano le pareció lógico que su desprecio aumentara. Y ahora, Cecilia perdía a su hija...

—No desesperes. —No era mi intención ser amable con ella. Cecilia tampoco lo esperaba y compartimos un momento de incómoda expectación—. Mira, no vamos a perder el tiempo. Necesito saber todo lo que sucedió ayer hasta el momento en que se advirtió la desaparición de Gaya. Quiero que me describas cómo transcurrió el día.

Cecilia se mostró nerviosa. Cuando habló, lo hizo en voz tan queda que tuve que inclinarme hacia delante para oírla.

—Nos levantamos todos como de costumbre, poco después del amanecer. —Ya me lo suponía. Cuando tu hogar está lleno de problemas, ¿para qué perder un tiempo precioso que puede dedicarse a una buena discusión? —El flamen hace ofrendas a los dioses antes de desayunar.

—¿Coméis juntos, en familia? ¿Quién estaba presente?

—Todos. El flamen, Gaya y yo, Laelia y Ariminio... —Cecilia hizo una pausa, dubitativa.

—Ariminio es el flamen pomonalis. Y Laelia, ¿es su mujer? ¿La hermana de tu marido? ¿Alguien más? —pregunté, al tiempo que bajaba la vista a la tablilla que tenía en la mano. Me pareció notar algo. Cecilia era tan miope que, probablemente, no alcanzaba a ver mi expresión, pero mi tono de voz se la transmitía. Además, las doncellas nos observaban y, si me mostraba demasiado insistente en algún punto en concreto, Cecilia percibiría la inquietud que la rodeaba.

—Nadie más. —Estuve seguro de que Cecilia vacilaba antes de decirlo.

—¿Y después de desayunar os dedicasteis a vuestras respectivas ocupaciones?

—Laelia estaba en su habitación, según creo. Yo me dediqué a mis tareas domésticas. —De modo que la nuera era la que trabajaba, mientras que la hija llevaba una vida ociosa—. Arminio salió.

Un hombre con suerte.

—¿Qué hay de Gaya? ¿Va a la escuela?

—¡Oh, no! —exclamó su madre. Estúpido de mí...

—Quieres decir que tiene un tutor, ¿no es eso?

—No. Yo misma le enseño el alfabeto y ya sabe leer y escribir. Todo lo que los niños y niñas de la casa deben saber, lo aprenden en casa.

La casta sacerdotal podía estar especializada en determinados rituales pero, desde luego, no tenía fama de erudita, precisamente.

—Bien, pues. Haz el favor de contarme a qué dedicó Gaya la jornada.

—Al principio, se sentó tranquilamente con las doncellas y las ayudó a hilar y a tejer. —Debería haber supuesto que, además de creer en la autoeducación, había maniáticos del hilado casero. Bien, un flamen dialis tiene que insistir en que su flaminia se deje los dedos preparando sus ropajes de ceremonia. Me pregunté, bromeando, cuál habría sido la reacción de Helena si hubiera vuelto a casa con mi nuevo cargo honorífico y le sugiriese que un procurador de las aves debía darse pisto por ahí con ropas tejidas y cosidas por su esposa—. Más tarde —continuó Cecilia, ahora con un tono de mayor confianza—, la dejaron ir a jugar a un jardín interior, donde estaba segura.

—¿Cuándo se descubrió la desaparición?

—Después de almorzar. En esta casa el almuerzo suele ser una colación informal pero, por supuesto, yo esperaba que asistiera.

Cuando comprobé que no aparecía, acepté lo que me contó su cuidadora, que Gaya había cogido su plato y se lo había llevado para comerlo a solas. Lo hace algunas veces: se sienta en un banco al sol o se prepara un pequeño picnic, sin dejar de jugar... —De pronto, me dirigió una mirada penetrante—: Supongo que nos consideras una familia rara y peculiar, pero toleramos que Gaya se comporte como lo que es, una chiquilla. Se pasa el día jugando, ¿sabes, Falco? Tiene montones de juguetes.

Pero pocas amiguitas con las que compartirlos, pensé yo.

—Tendré que registrar su habitación —anuncié.

—Y observarás que vivía en una auténtica casita de muñecas, y que estaba absolutamente mimada y consentida.

—De donde se colige que no tenía ningún motivo razonable para querer escapar de casa, ¿no es eso? —pregunté a modo de conclusión. Cecilia calló y apretó los labios—. ¿Y no ha habido alguna nueva y terrible crisis familiar? He notado nervios en las doncellas. No levantan la vista del suelo. Han sido bien aleccionadas, probablemente mientras me hacías esperar antes de recibirme.

—Gaya siempre ha sido una niña feliz. Una niña dulce y feliz. —La madre se había refugiado en una salmodia mágica. Sin embargo, por lo menos, en esta ocasión mostraba cierta inquietud muy lógica—. ¿Qué le ha sucedido? ¿Volveré a verla?

—Estoy tratando de encontrar la respuesta. Por favor, confía en mí.

La mujer seguía agitada. Yo no tenía esperanza de llegar a ninguna conclusión satisfactoria mientras ella estuviera rodeada de su guardia de corps femenina. Las doncellas no sólo protegían a la dama en mi presencia, sino que también me protegían a mí de la verdad. Fingí que había terminado y luego pedí a Cecilia que me mostrara la habitación de la niña. Le dije que me gustaría que lo hiciera ella personalmente por si advertía algo fuera de lo normal que nos sirviera de clave. La madre accedió a acompañarme sin las doncellas. El esclavo que debía acompañarme salió apresuradamente detrás de nosotros, pero era un simplón y casi todo el rato se quedaba retrasado. Ya iba cargado con el plano de la casa, que yo había pedido, y le entregué mi toga para cargarlo todavía más.

Cecilia me condujo por una serie de pasillos. Sólo cubierto con la túnica, de pronto noté frío y metí los pulgares bajo el cinto. Di tiempo a la mujer para que se relajara y volví sobre la pregunta que antes había evitado:

—Algo salió mal, ¿verdad?

Cecilia respiró profundamente.

—Había mal ambiente, por diversas razones, y Gaya siempre ha sido muy sensible. Como cualquier niña, ha dado por sentado que todos los problemas eran

culpa suya.

—¿Y lo eran?

—¿Cómo podrían serlo?

—No tengo la menor idea —respondí, sin alterarme—. Como no sé cuáles eran esos problemas... —Pero ella estaba decidida a no soltar prenda. Ordenes del flamen, sin duda. Avanzamos en silencio unos instantes e insistí—: ¿El problema tenía que ver con la tía de tu marido?

Cecilia me miró de reojo.

—¿Estás al corriente de eso? —Hizo una mueca de sorpresa. Una mueca exagerada. En aquel mismo momento, los dos nos dimos cuenta de que nuestros propósitos eran distintos y divergentes. Tomé nota mental del descubrimiento.

—Terencia Paula parece una fuerza con la que debe contarse —comenté. Cecilia soltó una carcajada bastante amarga—. Habla con franqueza. ¿A qué juega, realmente, ese vejstorio?

Cecilia movió la cabeza en un gesto en el que hacía gala de su negativa.

—Todo es un desastre. No me hagas más preguntas, por favor. Limítate a encontrar a Gaya. Eso es todo.

Llegamos a la habitación de la niña.

Era de tamaño modesto, aunque la madre tenía razón cuando había dado a entender que la niña no vivía en una celda, precisamente. En cualquier caso, no sobraba el espacio libre y Cecilia ordenó al esclavo que me había impuesto Numentino que esperase fuera. Al hombre no le gustó la sugerencia, pero siguió las instrucciones de Cecilia como si saltarse a la torera las del flamen no fuera nada insólito.

Me hice una composición de lugar. Había allí más desorden del que hubiera encontrado en ninguna parte. Había visto a Gaya vestida con finas ropas, pero allí había una cómoda abierta, llena de prendas de parecida calidad: túnicas y forros de túnica, menudas sandalias a la moda, cintas, estolas de colores y capas de tamaño infantil. Un revoltijo de cuentas y brazaletes (nada de imitaciones baratas, sino plata de ley y piedras semipreciosas) ocupaban una bandeja en una mesa auxiliar. De un gancho de la puerta colgaba un sombrero.

Para entretenerse, Gaya disponía de muchos juguetes que mi Julia disfrutaría agarrando y tirando al suelo: muñecas de madera, de cerámica y de trapo, pelotas rellenas de plumas o de judías, un aro, caballos y carros de juguete, una villa o casa de campo en miniatura... Todos eran de buena calidad, obra de artesanos, y no esos objetos bastos y mal acabados con los que tienen que contentarse los pequeños de mi familia. Las muñecas estaban ordenadas en fila en un estante. La casa de campo, en cambio, estaba desparramada por el suelo con los animales dispuestos como si la niña acabara de salir de la habitación por un instante mientras estaba jugando con ellos.

Al contemplar la granja a escala que su hijita había instalado con tanta minuciosidad, a Cecilia Paeta se le cortó el aliento, aunque intentó ocultarlo. Cruzó los brazos con energía y se agarró el cuerpo como si estuviera dispuesta a contener su emoción.

Yo la había detenido en el umbral de la estancia.

—Ahora, dentro, mira con detenimiento. ¿Está todo como lo tiene Gaya normalmente? ¿Hay algo extraño, algo fuera de lugar?

Cecilia miró con atención; luego, sacudió la cabeza enérgicamente. Resultaba difícil ver algún desorden en el mar de tesoros que poseía Gaya; entré en la habitación y empecé a buscar.

El mobiliario era menos lujoso que las pertenencias personales de la niña y quizá pertenecían ya a la casa. Las lámparas de aceite, las alfombras y los cojines eran escasos. En una alcoba especialmente preparada había una camita de niño cubierta con una colcha a cuadros, y varios armarios, casi todos empotrados. Miré en la cama y debajo de ella y luego en las alacenas, donde encontré unos cuantos juguetes más, zapatos y un orinal. Una gran caja de madera de tipo y calidad bastante normal, contenía un espejo, peines, alfileres, instrumentos de manicura, un anillo de plata y unos cuantos lazos enredados con cintas para el cabello.

Alcé en la mano una solitaria botita de esas que sólo llegan hasta el tobillo que acababa de encontrar bajo la cama y pregunté quién compraba los juguetes.

—Los parientes —Cecilia Paeta cruzó la estancia y alisó obsesivamente la colcha. Parecía a punto de verter unas lágrimas.

—¿Alguien en especial?

—Todo el mundo le compra cosas. —Hizo un amplio gesto con la mano, reconociendo que Gaya siempre había estado rodeada de lujos, de mimos y de regalos. Yo lo comprendía: era la única hija de una familia con dinero y, por lo que había observado, mimada por todos.

—Tú te trasladaste aquí cuando la flaminia murió. ¿Echa mucho de menos Gaya a su abuela?

—Un poco. Estatilia Paula era más condescendiente que nadie con mi esposo. Lo malcrió de pequeño, ésa es mi opinión.

—¿Incluso después de que abandonara la casa?

Cecilia bajó el tono de voz, nerviosa.

—Por favor, no hables de él. Ahora nadie aquí menciona su nombre.

—La gente espía —comenté. Cecilia no replicó—. ¿Cómo reaccionó Estatilia Paula al hecho de que su propia hermana, Terencia, animara a Escauro a marcharse y le facilitara la marcha?

—¿Cómo crees tú? Causó más problemas.

Eso podría haberlo adivinado yo solo. Exhalé un suspiro.

—¿Gaya echa de menos a su padre?

—Lo ve de vez en cuando, como tantos niños en iguales circunstancias.

—¿De padres divorciados, te refieres? ¿Qué me dices de ti? ¿Lo echas de menos?

—No tengo elección —respondió. Su tono de voz no parecía demasiado perturbado.

—¿Tuviste elección a la hora de casarte con él?

—Estaba contenta. Nuestras familias se conocían de mucho tiempo atrás. Y Escauro es un hombre decente.

—Pero he de entender que no estabais enamorados apasionadamente...

Cecilia respondió con una sonrisa desvaída. No era un insulto, pero dio la impresión de que consideraba el comentario acerca de su pasión amorosa como una extraña broma. En privado agradecí a los dioses que no todas las hijas de familias patricias tuvieran la misma educación. Por lo menos, Cecilia no parecía saber lo que se perdía.

Muchas mujeres romanas de buena familia se unen a hombres que apenas conocen. La mayoría les dan hijos, ya que de eso se trata. Después, algunas son abandonadas a su suerte. Muchas agradecen tal libertad. No tienen que seguir fingiendo ningún profundo afecto por sus maridos y pueden evitar a los demás hombres casi totalmente. Adquieren una buena posición sin responsabilidades emocionales. Mientras se concierten unos acuerdos económicos aceptables, lo único que se espera de ellas es que se abstengan de tomar amantes. En cualquier caso, no deben hacer alarde de esos amantes abiertamente.

Yo no creía que Cecilia Paeta tuviera un amante pero, ¿cómo se podía saber?

Insistí en mis esfuerzos por encontrar a Gaya y probé otro enfoque distinto:

—¿Y la tía de tu marido, Terencia Paula, tiene mucha relación con Gaya?

A Cecilia se le nubló de nuevo la expresión. Me pregunté si el tema sería aún más delicado de lo que había supuesto.

—Sólo desde que se jubiló como vestal, naturalmente. Eso fue hace un año y medio. Le tiene un afecto especial.

Aquello reforzaba mi impresión de que Gaya Laelia había sido utilizada en las interminables escaramuzas emocionales que se libraban en el seno de la familia.

—¿No le parece bien que Gaya se convierta en vestal?

Por una vez, Cecilia mostró cierta acritud natural:

—¡Tal vez quiere todo el honor para ella sola!

—¿Le has contado que Gaya ha desaparecido? —Cecilia se mostraba inquieta. Yo estaba tenso—. Si Gaya se sentía bien con ella y se ha fugado de vuestro hogar, quizás aparezca en casa de Terencia.

—¡Oh! Ya nos habríamos enterado.

—¿Dónde vive Terencia?

—La casa de su marido queda a veinte millas de Roma. —Demasiado lejos como para que una niña haga el viaje sola sin problemas, aunque se sabe que los fugitivos cubren distancias asombrosas.

—Necesitaré una dirección.

Cecilia dio la impresión de sonrojarse.

—No es necesario; Gaya sabía muy bien que Terencia está ausente de casa en este momento.

—¿Cómo? ¿Está en Roma?

—Viene a veces...

No entendía por qué se demoraba Cecilia.

—Escucha, estoy repasando la lista de personas a las que podría recurrir Gaya.

La mujer aún parecía abrumada y apenada. Había cogido la miniatura de un toro de la casa de campo de Gaya y se dedicaba a retorcerla entre los dedos en un gesto obsesivo. Me di cuenta de que estaba mintiendo en algo, pero le dejé pensar que me lo había tragado.

—¿Ha informado a su marido de que Gaya ha desaparecido?

—No se me permite ponerme en contacto con él.

—¡Oh, vamos! Esto no es sólo suficientemente importante, sino que sé que esta misma semana le has escrito para decirle que su tía deseaba verle. —Cecilia se volvió hacia mí—. He conocido a tu esposo. Él mismo me lo dijo.

—¿Qué te dijo? —murmuró Cecilia con un cuidado casi excesivo. ¿Temía que Escauro hubiera criticado su conducta matrimonial?

—No tienes de qué alarmarte. Hablamos sobre todo de una cuestión de tutorías...

—No puedo hablar de eso —me interrumpió con expresión horrorizada.

Como consideraba que el cuento ridículo que me había contado Escauro era falso, me sobresaltó la reacción de Cecilia. ¿Había alguna otra cuestión de tutorías distinta de la que planteaba la ex vestal? Empecé a ponerme duro.

—Laelio Escauro vino a la ciudad esta semana para ver a su tía y a otros miembros de su familia. Y bien, ¿qué hay de verdad en eso?

Cecilia movió la cabeza en un enérgico gesto de desacuerdo:

—No fue más que un consejo familiar.

—¿Por algo relacionado con Gaya?

—No, no tiene nada que ver.

—¿Y Terencia Paula? ¿Está creando problemas?

—Para ser justos con ella, no.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—No hay ninguno —volvió a mentir. ¿Por qué?

—¿Crees que ese «ninguno» perturbó a Gaya?

—Sólo se trataba de algo que había que arreglar, un asunto legal —suspiró la

madre de la pequeña desaparecida—. Terencia quería que consultáramos a mi esposo; el padre de Escauro, en cambio, pensaba que éste no debía intervenir.

—¿Qué opinas tú?

—¡Escauro es un inútil! —se lamentó con gran violencia—. Siempre lo ha sido. —Durante un instante, dio la impresión de estar agotada de sus esfuerzos por salir adelante. Ahora entendía por qué la mujer se había tomado con cierto alivio, tal vez, la partida de Roma de su marido. Tras este breve asomo de frustración, Cecilia hizo un intento de desviar mi pregunta—: Muchas de las cosas que Gaya tiene aquí son regalos de tía Terencia y tío Tiberio.

Yo insistí:

—¿Tío Tiberio? ¿El que fue marido de Terencia Paula? ¿El que murió? ¿Murió recientemente?

Otra mirada de preocupación cruzó las pálidas facciones de Cecilia.

—Sí, hace muy poco.

—De ahí la necesidad de reunir al consejo familiar, ¿verdad?

Dio la impresión de que la había pillado con la guardia baja.

—Bien, sí. Fue preciso convocarlo a raíz de esa muerte.

—Cuando mi hermana vino aquí por primera vez a visitarte, toda la familia estabais en un funeral. ¿Era tal vez la cremación del marido de Terencia? —La expresión de Cecilia así lo confirmó, aunque tenía cara de asombro; tal vez esto tenía que ver con el enfado del ex flamen por la visita de Maya—. Disculpa la pregunta, pero ¿no es inusual que una vestal se case, al término de su servicio?

—Sí.

—Qué respuesta más lacónica. ¿Fue eso, pues, otra causa de conflictos?

—¡Oh, sí! —respondió Cecilia con una repentina explosión de emociones—. Sí, Falco. ¡Eso ha causado más conflictos de lo que imaginas!

Esperé una explicación pero el drama había sido suficiente para ella. Se le notaba un asomo de desafío, como si se alegrara de haber hablado, pero después de esto, había enmudecido. Pensé en algo que pudiera explicar unas cuantas cosas:

—Cuando las vestales se jubilan, suelen ser recompensadas por el emperador con una considerable dote, ¿no es así?

Recuperada la compostura, Cecilia se mostró de acuerdo con un mudo gesto de la cabeza:

—Sí, la tía Terencia tenía una buena dote en dinero, pero no era eso lo que atraía a tío Tiberio, que también era un hombre riquísimo.

—¿Y cuál era ese atractivo? —pregunté. ¡Mala jugada, Falco! Cecilia adoptó una expresión ofendida y yo me corregí sobre la marcha—: Y ahora que está muerto, ¿Terencia hereda sus riquezas?

—Probablemente. No creo que la viuda haya pensado en eso. Ha estado

demasiado ocupada con otros asuntos.

—Todo lo que oigo acerca de Terencia apunta a que tiene bien controlada su situación financiera... ¿Qué asuntos?

—Negocios de familia, nada más... ¿Pero qué tiene que ver eso con lo de encontrar a Gaya?

Cecilia era más inteligente de lo que aparentaba a primera vista. Ahora estaba aprendiendo a rehuir las preguntas. Me pareció muy bien; quizá me resultara útil fijarme en cuáles evitaba y cuáles no.

Por suerte, me vino a la cabeza una pregunta que no tenía pensada:

—¿Te gustaba tío Tiberio?

—No. —El monosílabo fue rotundo y conciso. La miré.

—¿Por qué? —pregunté con un tono de voz indiferente. Luego, al ver que no contestaba, añadí en tono más seco—: ¿Acaso te hizo proposiciones a ti?

—Sí, me las hizo. —Su tono de voz era tenso. Para mí, aquélla era una revelación inesperada.

—Unas proposiciones que tú rechazaste, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —fue su réplica, irritada esta vez.

—¿Sucedió eso después de la boda?

—Sí. Llevaba casado con tía Terencia un poco más de un año... Era un tipo asqueroso. Pensaba que todas las mujeres estaban a su disposición y, por desgracia, tenía la habilidad de convencer de ello a muchas, a demasiadas.

Cuando Cecilia enmudeció otra vez, vi que temblaba ligeramente. Los pensamientos se me dispararon. ¿El difunto no era más que un típico maníaco sexual que acosaba a mujeres casadas? ¿O acaso había en él algo peor?

—Por favor, Cecilia Paeta, no te inquietes, pero tengo que hacerte una pregunta muy desagradable. Si la situación era ésa, ¿existe alguna posibilidad de que ese horrible Tiberio intentara propasarse con la pequeña Gaya?

Cecilia se tomó un largo rato en contestar, aunque encajó la pregunta con más calma de lo que yo me pensaba. Cecilia era su madre, al fin y al cabo; una mujer un tanto atolondrada en algunas cosas, pero que no había dudado en ningún momento en lanzarse a proteger a su pequeña.

—Eso me inquietaba —murmuró despacio—, y he llegado a pensar que podía suceder, pero no. Sé que esas cosas pasan, sobre todo con las esclavas jóvenes, pero cuando reflexioné sobre ello, tuve la certeza de que tío Tiberio no tiene el menor interés en las niñas. —Hizo una pausa y luego se obligó a añadir, a duras penas—: De todos modos, yo temía que la situación se hiciera más incómoda con el paso del tiempo, cuando Gaya creciese, pero Tiberio ya ha muerto y, por lo tanto, no es preciso seguir preocupada, ¿verdad?

—Así pues, ¿seguro que Gaya no se ha escapado de casa por culpa de tío Tiberio?

—Seguro. Gaya, por supuesto, sabe que Tiberio ha muerto. ¿Deseas algo más de mí, Falco?

Comprendí que la había puesto a prueba suficientemente. Yo había progresado más de lo que esperaba, aunque no entendiera todo el significado de alguna de sus respuestas. Entendí que la conversación había sido especialmente atormentadora para Cecilia. Numentino debía de haberla sometido a una gran presión para que no me contara nada sobre los asuntos familiares, pero no habíamos hecho otra cosa que sondear en más secretos de los que el anciano habría deseado.

—Sí, gracias. ¿Puedo hacerte una sugerencia? Escauro merece saber lo sucedido con Gaya. Mándale noticias hoy mismo. Y respecto a los acosos de tío Tiberio, no te guardes eso para ti sola. Cuéntaselo a alguien.

Cecilia se permitió una mueca de agradecimiento. Mientras abandonaba la estancia precipitadamente, murmuró:

—Tienes razón. Ya lo he hecho.

Y antes que pudiera preguntarle quién era su confidente, ya había desaparecido.

XXXIII

Ya que estaba allí, eché un vistazo al resto de los dormitorios del pasillo. Una esclava andaba limpiando el suelo con esponjas y, como era evidente que mi escolta había sido escogido a propósito por su inutilidad, la mujer dejó el cubo y me indicó quién utilizaba cada cuarto; todos eran miembros de la familia. Siempre resulta entretenido explorar los armarios y los dormitorios de otras personas, sobre todo cuando no se les ha dicho que alguien va a hurgar en ellos. Los ladrones deben de pasar momentos muy divertidos. Pero, por supuesto, mis labios estaban sellados. Había prometido confidencialidad al ex flamen y éste no era un hombre al que conviniera irritar.

Cecilia y la pareja tenían habitaciones grandes y bien equipadas. La de Cecilia estaba extremadamente limpia, como si pasara en ella mucho tiempo y por eso quisiera tenerla como los chorros del oro. ¿Es que se ocultaba de la familia? Bien, quizá se trataba solamente de que tenía una doncella que se lo organizaba bien. El pomonalis y su esposa tenían su estancia más abarrotada; a juzgar por las cajas apiladas a lo largo de una pared, daba la impresión de no haber terminado todavía de desembalar todas sus cosas después del traslado forzoso. Ariminio utilizaba una desdichada variedad de gomina para el cabello. Me extendí un poco de esa gomina en la mano y luego me resultó muy difícil quitarme el fuerte olor. Era azafrán, pero podría haber sido ajo.

Tuve que mandar por una palanqueta para abrir las cajas selladas, aunque sólo fuera para dejar constancia de que había hecho un registro a fondo. Y como Gaya me había contado que su familia quería matarla, lo que estaba haciendo me tenía sobre ascuas. En cualquier momento podía descubrir un cadáver escondido.

De momento, me desagradaba el ambiente en el que estaba, pero la historia de Gaya seguía pareciéndome difícil de creer. Aquélla era una familia en permanente agitación, pero no había ninguna prueba fehaciente de auténtica malicia. Pedí al esclavo que me escoltaba que fuese a buscar a la niñera de Gaya. El hombre lo hizo a regañadientes.

—Ése no es de los que buscan las alegrías de la vida —dije con una sonrisa a la mujer de las esponjas—. ¿Me queda algo por ver aquí?

—Hay una habitación más al doblar la esquina.

—¡Oh! ¿Y quién duerme allí habitualmente?

La esclava, una mujer obesa, avanzó delante de mí para indicarme la puerta de la habitación que acababa de mencionar. Tenía el mismo tamaño que las otras pero la decoración mostraba algunas sutiles mejoras. En lugar de simples esteras de lana italiana, había alfombras egipcias junto a la cama, elevada sobre una tarima. En una cómoda había ropas femeninas perfectamente dobladas, aunque los armarios

empotrados estaban vacíos. Sobre una repisa, junto a un vaso de alabastro verde que contenía un perfume más fragante que el de la gomina de azafrán que todavía me acompañaba cuando me acercaba la mano, había un peine con varios cabellos largos, canosos, entre las púas.

Miré a la esclava y ella me devolvió la mirada. Apretó los labios. Y, sin apartar la vista de mis pupilas, anunció:

—Hemos tenido visita que ha ocupado esta alcoba.

—Eso parece un poco raro —apunté con franqueza. Aquella mujer era todo un carácter. La esclava asintió, admirada de su propia actuación—. Alguien te ha dicho que me contaras eso.

—Esas personas vivían fuera de Roma —añadió ella, como si acabara de recordar su papel—. Una de ellas murió y ya no han vuelto más.

—Y los nombres de esos misteriosos visitantes, ¿no serían Terencia y Tiberio...? —La mujer respondió con un lento gesto de asentimiento—. Y te han dicho que no hablaras de ellos conmigo, ¿verdad? —La esclava asintió de nuevo y yo dirigí una mirada a mi alrededor—. ¿Sabes?, creo que alguien ha estado aquí hace muy poco. Alguien que se marchó a toda prisa y dejó la casa en un palanquín, coincidiendo con mi llegada, imagino. ¿Por qué, pues, los Laelios están tan interesados en desviar mi atención para que no me entere de que Terencia Paula ha sido recientemente una invitada de la casa?

Por desgracia, allí terminó la pantomima. Yo esperaba que la esclava se extendiera sobre el tema por propia iniciativa, pero cuando se lo pregunté, se limitó a negar con la cabeza en gesto que no admitía controversia. Aun así, yo sabía agradecer como es debido una pista anónima (y, creedme, allí las pistas estaban esparcidas de tal manera que me mostré más generoso de lo habitual cuando metí la mano en la bolsa). Pero el problema de los indicios indirectos de esa clase es que uno nunca consigue descifrar su significado.

—¿Tienes alguna idea de qué le ha sucedido a la pequeña? —le pregunté con tono conspirador.

—Si la tuviera, se la diría, señor.

—¿Sabes si es especialmente amiga de alguien, aquí?

—No. Gaya nunca ha tenido amigas, que yo sepa. En fin —dijo con una risita despectiva mi nueva confidente—, no hay mucha gente que cumpla los estrictos requisitos que exige esta familia, ¿verdad?

El esclavo que me habían asignado volvía ya con una muchacha que debía de ser la niñera de Gaya.

—¡Me sorprende que te dejen entrar! —se burló la esclava de la limpieza al tiempo que daba unos pasos vacilantes para volver al trabajo.

XXXIV

La niñera de Gaya, una esclava de algún lugar perdido de Oriente, llamaba la atención por su aspecto: bajita, de constitución robusta, de piel morena y muy velluda. Probablemente adoraba a dioses de nombres ásperos y cinco sílabas y de costumbres caníbales. Tenía aspecto de descender de arqueros vestidos con pantalones que montaban caballos a pelo y disparaban hacia atrás furtivamente. De hecho, incluso sin intención de mostrarme desagradable, sus facciones casi insinuaban que uno de sus progenitores había sido un caballo.

Pero su aspecto se contradecía con su carácter encogido y tímido. Por su condición de bárbara, era una nulidad. No necesitaba presenciar sus intentos de supervisar a la pequeña Gaya para darme cuenta de que cualquier chiquilla de seis años con un poco de genio podía llevar de cabeza a aquella belleza. Encerrarla en la despensa era un castigo demasiado extremo; para mí que Gaya podría haber ordenado a la niñera que se quedara sentada sobre un cardo sin moverse durante seis horas y la muchacha estaría demasiado aterrorizada como para desobedecer.

—¡Yo no sé nada!

Cuando abrió la boca, habló con un acento que los niños de mi familia habrían imitado alegremente durante semanas, provocando un coro de risas histéricas en cada ocasión. Incluso sin público, Gaya debía de realizar ante ella alguna cruel imitación. Y, con ello, reducía a la muchacha a un guiñapo sollozante.

Alguien la había maltratado. Aprecié en ella algunas contusiones recientes. Por su llamativa distribución, imaginé que tras la desaparición de Gaya el día anterior, varias personas habían intentado obligar a la muchacha a responder a sus preguntas y, al no obtener respuestas, cada una de ellas había recurrido al castigo. Ahora la niñera pensaba que la habían conducido allí para que también yo le pusiera la mano encima.

—Siéntate en ese arcón.

La muchacha tardó en convencerse de que se lo decía a ella. Tal vez era la primera ocasión en que tomaba asiento delante de un ciudadano libre. Pero no me hice ilusiones; probablemente la muchacha me despreciaba por no saber estar en mi lugar.

Estábamos todavía en lo que llamaríamos el cuarto de invitados. Me ocupé de mirar bajo la cama e incluso de separar ésta de la pared y echar un vistazo a la pelusa acumulada detrás.

—Busco a Gaya. Puede haberle sucedido algo muy malo y debemos encontrarla cuanto antes. ¿Me has entendido? —Bajé el tono de voz—: Si respondes a mis preguntas enseguida y eres sincera, no te azotaré.

La niñera me miró con aire hosco. La sinceridad que pudiera tener de natural hacía mucho que le había sido arrancada a fuerza de palos. Como testigo, no servía. Y

como niñera, tampoco, en mi opinión.

De todos modos, ¿qué sabía yo? Mi hijita no había tenido nunca una niñera y, tal como íbamos desenvolviéndonos, nunca experimentaría la inquietud de tener que escoger, aleccionar y, sin duda, despedir finalmente a alguien que ayudara a Julia. Una extranjera mal preparada, inmadura y desinteresada, para quien nuestro bebé representara una mocosa romana, brusca y malcriada por sus padres romanos, igualmente bruscos y malcriados, a todos los cuales la Fortuna había salvado de la esclavitud y del sufrimiento por razones nada evidentes..., salvo la hipotética niñera que se considerara, gracias a la Fortuna, tan buena como nosotros. Como bien podría ser su caso si también estaba en manos de la Fortuna.

—Bien. —Me senté en el borde de la cama y clavé la vista en la muchacha—. ¿Cómo te llamas?

—Atiné.

Suspiré largamente. ¿Quién hace estas cosas? Costaba de imaginar un nombre menos apropiado para la niñera.

—Tú cuidas de Gaya. ¿Te gusta hacerlo? —La respuesta fue una mirada ceñuda—. ¿Te agrada Gaya?

—No.

—¿La niña tiene permiso para pegarte como hacen los mayores?

—No.

Bien, ya era algo.

—Pero el otro día te encerró en la despensa, según he oído. —Silencio—. Me da la impresión de que a esa niña la tratan aquí como si fuera una reina. Supongo que así no hay manera de que se porte bien, ¿verdad? —No hubo respuesta—. Bien. Escucha, pues, Atiné. Estás metida en un lío muy grave. Si Gaya Laelia ha sufrido algún daño, tú, que eres la niñera, serás la primera sospechosa. En Roma se aplica la ley de que si un ciudadano libre muere en circunstancias sospechosas, todos los esclavos de la casa son pasados a degüello. Tendrás que convencerme de que no le has causado ningún mal. Será mejor que demuestres que quieres ver rescatada a la pequeña de cualquier problema en el que se haya metido.

—No está muerta, ¿verdad? —Atiné parecía sinceramente horrorizada—. Sólo se ha escapado otra vez.

—¿Otra vez? ¿Te refieres al día aquel que te dejó encerrada? —Esta vez asintió con la cabeza—. Ese día Gaya fue a verme a mí y, cuando terminamos, la envié de nuevo a casa. ¿Te ha insinuado en alguna ocasión que quería escaparse para no volver?

—No.

—¿Confía en ti?

—Es una niña muy reservada.

Pero la Gaya que yo había conocido hablaba con rotundidad y soltura; sin duda, estaba acostumbrada a conversar y debía de hacerlo con alguien.

Miré a la muchacha y, de improviso, le pregunté si creía que alguien de la familia quería matar a Gaya.

Se quedó boquiabierta. No era una visión muy atractiva. La idea era absolutamente nueva para Atiné. Allí todo el mundo guardaba bien sus secretos. No era de extrañar. Se ocupaban de los rituales y de los misterios. Para mí, la religión no tenía nada que ver en todo aquello. Los rituales extravagantes de los cultos antiguos, donde sólo el favorecido por los dioses podía comunicarse con ellos, tienen que ver con el poder en este mundo. Y resulta fácil extender el mismo sistema dentro de la familia. En ésta el cabeza de familia es el sacerdote principal. Por fortuna, no se espera que todos llevemos casquetes de madera de olivo con tocados y orejeras. Antes de llevar este atuendo, preferiría emigrar a un campo de legumbres de la Capadocia.

Atiné ignoraba, realmente, que Gaya temía que la mataran. La niña había confiado en mí, un absoluto desconocido, pero sabía que no debía arriesgarse a contárselo a su niñera. Y se me ocurría una razón para ello: que la niñera respondía ante su familia.

Es rotundamente falso que los esclavos siempre conozcan los oscuros secretos de la casa en la que habitan. Saben más de la cuenta, es cierto, pero nunca lo saben todo. Un propietario de esclavos que sepa tratarlos les comentará confidencias de forma selectiva: uno tiene que difundir los escándalos que son simplemente embarazosos, como el adulterio y la quiebra y la vez aquella en que la abuela se orinó encima en el mejor comedor de la casa, pero debe mantener absoluto silencio acerca de la acusación de traición pendiente de juicio de los tres hijos ilegítimos y de cuánto vale uno realmente.

—Bien, Atiné; háblame de ayer.

A base de sonsacarle, la niñera me explicó la misma historia que había oído de boca de Cecilia respecto a lo que había hecho Gaya durante la mañana: desayunó con la familia, se entretuvo un rato tejiendo y, después, salió a jugar a uno de los patios de la casa.

—Así pues, ¿cuándo te convenciste de que se había perdido? —Atiné me dirigió una mirada de recelo—. No importa cuándo te decidiste a informar. —Había visto aquella mirada cien veces. Con frecuencia, los mentirosos se delatan así; es casi como si le suplicaran o lo retaran a uno a descubrir la verdadera historia—. No intentes confundirme. ¿Cuándo te diste cuenta por primera vez de lo que estaba sucediendo?

—Casi a la hora del almuerzo.

—O sea, lo sabías por anticipado, ¿no?

—Sí —reconoció la chica en tono hosco.

—¿Por qué le dijiste a la madre de Gaya que la niña había decidido tomar el almuerzo a solas?

—¡Porque lo hace a menudo!

—Sí, pero esta vez sabías que no podrías encontrarla. Deberías haber dicho la verdad. ¿Por qué mentiste? ¿Tenías miedo?

Atiné no contestó. Yo la comprendía, pero su conducta había sido ilógica y peligrosa.

—¿Por qué, crees tú, a Gaya le gusta almorzar sola?

—Para estar lejos de ellos —refunfuñó la niñera. Era su primer asomo de sinceridad—. Yo pensaba que se había ocultado en alguna parte. Imaginaba que volvería a aparecer.

—¿Gaya es capaz de esconderse para crearte un problema?

—Nunca ha hecho una cosa así —reconoció la niñera a regañadientes.

—Yo sé que no era feliz —declaré—. ¿Alguien ha sido cruel con Gaya? Dime la verdad. No le contaré a nadie lo que me digas.

—Cruel, no. Pero tal vez severo, sí.

—¿La castigan cuando se porta mal?

—Si se lo merece, sí.

—¿Como ese día que te encerró en la despensa y cogió el palanquín?

—No debería haberlo hecho. Debería haber sabido que iba a causar un auténtico ciclón en la casa.

—¿Qué sucedió cuando volvió a casa?

—La esperaba el viejo para echarle un buen sermón.

—¿Algo más?

—La mandaron a la cama sin cenar. Después, me encargaron que me pegara a ella todo el día, y que, por la noche, durmiese en su habitación. Cuando intenté esto último, se puso a chillarme de tal manera que preparé una cama fuera, a la puerta de la estancia, y allí dormí.

—¿Y no le dieron una buena zurra?

Atiné me miró con sorpresa.

—Nadie da nunca el menor cachete a la niña. Nunca.

—¿Y tú?

—¡No! Me darían una paliza si lo hiciera.

—Entonces, te resultaba problemático controlarla, ¿no es eso?

Una vez más, la muchacha admitió a regañadientes que las cosas no estaban tan mal como yo había supuesto:

—Normalmente, no —respondió con una sonrisa apagada—. Aquí todo el mundo hace lo que se le dice. Si Gaya se hubiera pasado conmigo, el viejo la habría llamado para decirle que aquel comportamiento era impropio en alguien de su posición.

«¡Siempre se espera de nosotros lo mejor, Gaya!», le habría dicho.

—De modo que Numentino gobierna a pura fuerza de personalidad, ¿no? —La muchacha no me comprendió—. Si a ti te tocaba estar pegada a Gaya continuamente, ¿por qué estaba jugando a solas en el jardín ayer por la mañana?

—Yo tenía otras cosas que hacer. Su madre vino y me dijo que podía dejar a la niña que se entretuviera sola durante un rato. Luego tuve que ayudar a otra de las chicas en un trabajo que estaba haciendo.

—¿Qué trabajo?

—No recuerdo... —Atiné no concretó más.

—¡Hum! Y cuando volviste a buscar a Gaya, no había ni rastro de ella, ¿verdad? Pero al principio no se lo dijiste a nadie.

—No tardé mucho. Pensé que Gaya tendría hambre. Fui a mirar en la cocina para que, cuando llegara y pidiera algo que comer, yo pudiera llevarle algún bocado.

—¿Podría haber estado en la cocina antes de que tú pasaras por allí?

—No. Pregunté a la gente de la dependencia. La habían echado de allí por la fuerza cuando se puso pesada pidiendo que le llenaran de agua la jarra con la que estaba jugando. Al final, a mí también me echaron y tuve que acudir a su madre y contarle lo que sucedía.

—¿Se organizó la búsqueda de la muchacha?

—Sí, desde luego. Y no han parado de buscar... al menos, hasta el momento de tu llegada. El emperador habló con el viejo y, a continuación, todos recibimos orden de dejar de buscar. Nos informaron de que venías y de que todo debía parecer tranquilo.

—No sé por qué. No hay nada de qué avergonzarse en mostrar una gran preocupación por la pérdida de una chiquilla de esa edad. Si se hubiera tratado de mi hija y el propio Vespasiano se hubiera presentado en mi casa, le habría pedido que se sumara al grupo de buscadores.

—¡Eres muy descarado!

Dirigí una breve sonrisa a la muchacha:

—¡Eso es lo que él dice!

Me pareció que ya no iba a sacar mucho más de aquel lío y, a continuación, hice que me llevara fuera, al patio donde Gaya solía jugar.

XXXV

Una bandada de gorriones emprendió el vuelo cuando aparecimos. Aquello apuntaba a que no había presencia humana en el lugar hasta aquel momento.

Nos hallábamos en un peristilo interior, rodeado por los cuatro costados por columnas esbeltas que formaban un claustro umbrío. Unos canales de agua incrementaban el efecto refrescante de la arquitectura. Gracias a los planos, esta vez sabía que, por casualidad, había entrado en la casa por una puerta secundaria, uno de los tres accesos (dos puertas y una escalera corta) situados en diferentes calles del bloque. Como cabía esperar en una casa de aquella calidad, utilizada por gente que se consideraba superior, los propietarios ocupaban su propia ínsula.

La entrada principal estaba fuera de servicio en aquellos momentos, debido a unas obras que se estaban llevando a cabo en el edificio. No la estaban remodelando, pero los albañiles habían utilizado las pequeñas dependencias contiguas a la puerta como almacenes para herramientas y materiales, que rebosaban hasta invadir el pasillo, al que habían bloqueado por completo con escaleras y caballetes que de momento no usaban. Me asombró que Numentino soportara aquel desbarajuste, pues equivalía a demostrar que el poder de la industria de la construcción eclipsaba cualquier cosa que la religión organizada hubiera inventado jamás. En otra época de su vida, el viejo había sido representante de Júpiter, pero, en su nueva situación, unos cuantos vulgares peones podían marearlo sin hacer el menor caso de sus atronadoras voces furibundas.

De haber estado en uso la entrada principal, habríamos tenido una buena panorámica desde la puerta, atravesando el atrio, hasta alcanzar un rincón de la vegetación del jardín; una panorámica que daría a entender el gusto exquisito de sus ocupantes y la extraordinaria cantidad de dinero que poseían (o que debían).

El peristilo tenía una disposición clásica. Las columnas que lo rodeaban eran de piedra tallada con delicados motivos decorativos en espiral. El espacio interior contenía arbustos de boj podados en forma de obeliscos y peanas vacías que, según me contaron, iban a sostener bustos esculpidos de miembros de la familia. Un seto central circular rodeaba la piscina, vacía hasta el punto de que se apreciaba el recubrimiento de mosaico azul en cuyo centro aparecía reclinado un dios del océano, con unas greñas de algas deshilachadas, en una fuente que en aquel momento estaba silenciosa debido a los trabajos de drenaje. Una futura virgen vestal no tenía muchos alicientes para jugar en aquel estanque seco.

—¿Dónde están los albañiles? —pregunté a Atiné—. No parece que tengan mucha prisa en terminar. ¿Tenéis aquí a Glauco y a Cota?

—¿A quién dices? Los obreros recibieron órdenes de no presentarse hoy, porque venías tú.

—Qué estupidez. Podrían haberme ayudado a buscar. Los albañiles siempre encuentran excusas para hacer cosas que no están en sus contratos. ¿Estaban aquí ayer por la mañana?

—Sí.

—¿Se le ocurrió a alguien preguntarles si habían visto algo?

—Sí, el pomonalis los interrogó al respecto.

Por lo menos, alguien había mostrado cierta iniciativa. Él sería el siguiente en mi lista de entrevistados.

—¿Dijeron algo?

—No —respondió la niñera. Me pareció que estaba algo nerviosa. ¡Dioses!, seguro que se había dedicado a mirar a los obreros.

Salí al jardín. Había señales de haber estado descuidado durante un tiempo, pero que había florecido recientemente con un tratamiento de urgencia. Los árboles más que podados parecían talados después de haberse agostado. Vi muestras de que los senderos habían sido reparados y un muro bajo tenía repellos recientes de cemento y marcas de la hiedra que habían arrancado de él. Recordé que los flámenes tenían prohibida la visión de la hiedra. Estúpido anciano; ahora podía disfrutar de ella y ver cómo se enredaba en torno a las estatuas y las celosías. De todos modos, la hiedra había estropeado la obra del muro, por lo que la prohibición tal vez tenía cierto sentido.

Un jardinero amante de su oficio se había preocupado de plantar flores. El aire tenía el perfume de verbena y alhelí. Acantos y laureles como adornos de estatuas proporcionaban un aire más serio y unos tiestos de helechos y de violetas recién plantados salpicaban el patio, goteando el agua de riego.

—¿De dónde viene el agua? —La niñera respondió de forma bastante inconcreta y, como no tenía tiempo para remilgos, lo adiviné yo solo—. Del tejado pasa a grandes aljibes...

En verano, ese sistema no resultaría suficiente. Eché un vistazo en torno al estanque y a la fuente y descubrí un tubo de plomo que llevaba a una cisterna elevada. Un sistema tosco. Aunque el rumor del agua resultara agradable, debía de proporcionar un chorrillo muy tenue a la fuente y la cisterna debía de necesitar una aportación suplementaria continuamente. En aquel momento estaba vacía y me encaramé a una pared para inspeccionar el contenido y estudié el fondo antes de que la mano me resbalara y yo cayera hecho un ovillo. Para rellenar el aljibe debían de volcar cubos y ánforas desde una escalera.

—¿Cómo traen el agua hasta aquí? —pregunté.

—En cubos. La traen de la cocina.

Estudié la ruta marcada en el plano. Un estrecho pasillo con una vuelta conducía desde una esquina hasta la zona de servicio. Aquello debía de llevar locos a los

criados. (Comprendía su irritación cuando a sus preocupaciones normales se añadían las súplicas de Gaya para que jugaran con ella a las vestales.) Rellenar la cisterna del jardín debía de ser también un trabajo mortal para los portadores. Me daba la impresión de que, si bien los albañiles habían sido contratados para establecer una conexión directa entre el aljibe y el estanque, habían dejado de trabajar una vez vaciado éste. Era típico en ellos.

—¿Y cómo llega el agua a la casa? ¿De dónde procede el suministro?

La niñera no tenía la menor idea, pero el esclavo que me acompañaba a todas partes abrió la boca por fin para decirme que la casa estaba conectada a un acueducto. Con el Aqua Appia o con el Aqua Marcia, debía de ser.

—Algunas partes de la casa parecen muy antiguas. ¿Alguien sabe cómo llegaba el agua antes de la construcción del acueducto?

El esclavo me ayudó otra vez:

—Los constructores encontraron un viejo pozo cerca de la cocina, pero estaba cegado.

—¿Del todo? Los pozos me ponen nervioso; ¿se puede acceder a él?

—No, es muy seguro. Está bien relleno hasta el nivel del suelo.

—¿Y es el único? —pregunté. El esclavo se encogió de hombros—. Está bien. Y, por cierto, ¿dónde anduvo jugando Gaya, ayer?

—Junto al estanque.

Me dio la impresión de que el estanque seco no significaba una alternativa muy atractiva a la fuente Egeria. Además, los albañiles debían de haber estado presentes allí. Las chiquillas solitarias no suelen entretenerse con juegos imaginarios mientras unos hombres con túnica corta, de voz áspera y opiniones roncadas iban y venían con capazos de cemento. Y, si lo pensaba aún mejor, a los obreros no les gusta tener a una chiquilla de seis años estorbándoles mientras trabajan.

Los gorriones habían vuelto. Habían descubierto una buena provisión de migajas de pan junto a un banco blanco, pulido, con una mesa de mármol, ambos con esfinges por patas, que habría sido el lugar lógico para que los obreros pusieran sus fiambreras para acceder a ellas cómodamente. Como sospechaba, descubrí dos odres de vino vacíos, escondidos cuidadosamente tras una de las patas del banco porque los tipos no se preocupaban de llevárselos una vez apurados. Los gorriones se movían a saltitos en torno al estanque seco y me miraban como si me preguntaran dónde estaba su agua de beber y de bañarse.

—Realmente nunca habría dicho que una chiquilla se sentiría feliz jugando aquí.

El esclavo que me escoltaba intervino de nuevo:

—Gaya siempre anda por ahí... —Me condujo hacia uno de los pasillos de columnas. Adosada al muro de la casa había una capillita. Al parecer, Gaya jugaba a que aquél era el templo de las vestales. Allí rociaba con agua las paredes, cuidaba un

fuego imaginario y fingía que cocinaba unos pastelillos salados. Descubrí un puñado de varitas, atadas juntas meticulosamente con unas hebras de lana hasta darles forma de escoba, que Gaya debía de usar cuando imaginaba que limpiaba el templo a imitación de los ritos diarios de las vestales.

—¿Y le dejan los ingredientes para los falsos pastelillos salados?

—No. Al flamen no le gusta.

¡Vaya sorpresa! Me puse en cuclillas delante de la capilla. Una cortina de celosía y un seto de adelfas me ocultaban casi todo el resto del jardín. A menos que la niñera estuviera siempre muy cerca de ella, Gaya podía fácilmente haber dejado de jugar para escabullirse sin ser vista.

Me incorporé. Sin hacer caso de la presencia de los dos esclavos, me dirigí a la salida más próxima del pasillo. Crucé salones y antecámaras carentes de mobiliario. Aquélla era la parte menos usada de la casa. Era la parte que preferiría una niña. Un rincón privado, donde nadie la observara. Con la atmósfera, siempre atractiva, de un lugar donde se suponía que nadie entraba sin permiso. Pero no había rastro de Gaya.

Continué mi recorrido.

En el plano, tres lados de la casa daban a otras tantas calles. En ellas había tiendas y almacenes que se alquilaban a artesanos; más tarde comprobaría si todos los locales estaban completamente separados, sin ningún acceso desde la casa, aunque estaba seguro de que el ex flamen habría insistido en ello. El cuarto lado no figuraba en el plano, aunque la casa se extendía ligeramente en dos pequeñas alas.

Tal como pensaba: entre ambas alas había una zona rectangular al aire libre. Era mayor de lo que aparecía en el plano.

—¡Podrías haberme dicho que había otro jardín!

—Gaya no tiene permiso para entrar ahí —protestó la niñera con voz hosca.

—¿Y estás segura de que obedece?

Allí también estaban en obras. Antes de que los Laelios tomaran posesión de la casa, aquella parte debió de ser terreno baldío. Probablemente había sido después un huerto con bancales cuadrados donde se cultivarían verduras para la casa. Desatendido durante años, el perejil gigante y el espárrago silvestre se reproducían espontáneamente. Ciertas partes habían sido desbrozadas y había una arada, mientras que otras zonas del jardín todavía estaban llenas de malas hierbas. Toda la zona central debía de quedar en penumbra gracias a una compleja serie de pérgolas que sostenían viejas parras.

Entonces me topé con un desastre.

—¡Oh, Júpiter, qué manera de podar!

Las parras habían sido podadas a apenas un palmo del suelo. Era increíble. Entre los restos, observé que las plantas habían sido, hacía poco, unos ejemplares trepadores sanos y vigorosos, una vez quedaban bien dirigidos. Entre las hojas de un

verde brillante se habían formado ya nuevos pámpanos. En cualquier caso, era demasiado tarde para andar podando de nuevo las parras y toda la cosecha del huerto se había perdido ya. Por todas partes se apilaban montones de vegetación mustia o seca. Para mí, que procedía de una familia de campesinos, aquello resultaba descorazonador. Avancé un paso hacia aquella profanación y no pude continuar adelante.

Mi mente corría a dos velocidades distintas. Los Laelios tendrían que facilitarme esclavos para que me ayudaran. Habría que levantar todos los cascotes, y dispersar los montones para que volvieran a la tierra y las ramas liadas, desenmarañadas. Pero haber destrozado aquellas parras era imperdonable.

—¿Eso fue orden de Numentino? —al percibir mi irritación, los esclavos se limitaron a asentir—. ¡Dioses excelsos!

—El flamen no puede pasar bajo un emparrado.

—¡Ahora, sí! Dejó de ser flamen dialis el año pasado...

Me obligué a contener la ira y regresé a la casa, de momento.

XXXVI

Estatilia Laelia y Ariminio Módulo, la hija del ex flamen y su esposo, el pomonalis, estaban juntos cuando fui a verlos.

Al llegar a su presencia, ya había conseguido controlar mi respiración, agitada y furiosa. La pareja estaba sentada en un diván, demasiado estirados como para que resultara natural. Tenían un aspecto relajado. Es decir, tan relajado como si los dos acabaran de tomar un caldo caliente y no tuvieran agua para enfriar sus bocas escaldadas. De haber estado seguro de que se había cometido un crimen, los habría considerado sospechosos desde el primer momento.

A Ariminio sólo lo había visto de espaldas cuando se presentó en la plaza de la Fuente, pero reconocí su voz, que fingía sostener una conversación distendida; al instante, me asaltó de nuevo el sonido discordante de aquellas vocales ligeramente toscas que había oído en mi piso. Cara a cara, resultó ser un tipo vulgar con unas cejas bastante rectas y descuidadas y con un lunar cerca de la nariz. En esta ocasión no llevaba el casquete puntiagudo de flamen; por lo menos, sabía ser normal cuando estaba en casa.

Para mi sorpresa, a quien sí reconocí fue a su esposa: era la mujer que había visto brevemente en el atrio la primera vez que me presenté en la casa con Maya, a la que recogió una comitiva de esclavas y fue alejada de mí antes de que pudiera hablar con ella. En esta ocasión, las esclavas andaban por allí también. Se arracimaban en torno a ella en actitud protectora incluso cuando su marido estaba presente para ocuparse de ella. Tal vez era una de esas mujeres nerviosas... (¿Nerviosa? ¿Por qué razón?) ¿O acaso las hijas de un flamen solían rodearse de una feroz guardia de corps contra la proximidad de cualquier hombre?

Estatilia Laelia guardaba poco parecido con su hermano, Escauro, excepto en los modales. Tenía la misma expresión vaga de quien nada lo emociona demasiado y nunca se esfuerza por ninguna causa. Estaba sentada con una pierna cruzada sobre la otra y no cambió de postura. Llevaba un vestido blanco sin adornos: ni trenzas, ni joyas. Tenía los cabellos recogidos en la nuca, sencillamente; para ser sinceros, no lo llevaba muy aseado pero no paraba de enroscarse unos mechones en torno a los dedos y de llevárselos cerca de la boca. El labio inferior tendía a abrirse ligeramente y, cuando lo cerraba con fuerza, su boca se convertía en un botoncito fruncido.

—Gracias a los dos por recibirme. Espero no molestaros mucho. —En esta ocasión, los formulismos hipócritas me salían solos. Me asombré de mí mismo—. He conseguido reconstruir los movimientos de Gaya hasta que, supuestamente, se coló en el jardín del peristilo para jugar. Creo que su madre la vio allí y dijo que podían dejarla sola, de modo que hasta ahí todo parece claro. ¿Podría ayudarme alguno de vosotros respecto a lo que sucedió después?

Los dos movieron la cabeza al unísono, negándome en ese gesto la ayuda que les pedía.

—Yo estaba fuera, atendiendo unos negocios —dijo Ariminio, distanciándose del asunto impertérrito—. Y tú no viste a Gaya después del desayuno, ¿verdad, querida?

Laelia movió la cabeza y continuó jugando con sus cabellos.

El apelativo cariñoso sonó un tanto forzado. Me pregunté cómo sería realmente la relación entre ellos. Laelia parecía una mujer sin empuje, pero yo nunca me dejaba engañar por tales parejas. Probablemente se pasaban el tiempo liados en la cama. Que no tuvieran hijos no significaba nada. Yo sabía que era por propia voluntad. Además del repulsivo frasco de gomina de azafrán que tenían en la alcoba, vi allí otro frasco del inconfundible anticonceptivo de cera de alumbre que utilizábamos Helena y yo. Estaba casi vacío, pero al lado había otro recipiente idéntico, sellado con una capa de cera clara. No tenían la menor intención de quedarse sin producto.

—Gracias. —Decidí tratar a Ariminio como un contacto sensato con el cual podía compartir mis pensamientos—. Verás, no creo que Gaya se quedara en el peristilo. En cualquier caso, no está allí; no hay dónde esconderse. Detrás de la casa hay una zona de terreno inculto que necesito batir. ¿Puedes prestarme unos esclavos vigorosos para levantar los montones de hierbas y forraje que hay allí?

—¡Oh, Gaya no se metería ahí por nada del mundo! —dijo Laelia con un gorjeo.

—Tal vez no. Tengo que mirar para estar seguro.

—Podemos proporcionarte toda la ayuda que necesites. El asunto no tiene buen aspecto, ¿verdad? —preguntó Ariminio, y me escrutó con la mirada—. Dinos la verdad, Falco. Crees que puede estar... —no se atrevió a terminar la frase.

—Tienes razón. La situación es desesperada. Cuando una niña desaparece un día y una noche seguidos, se doblan las posibilidades de que no la encontremos con vida.

—Rondaría por toda la casa —me dijo Ariminio con voz grave y enérgica. Estaba saltándose claramente el deseo de Numentino de mantener la discreción. Laelia no protestó pero se encogió tras la sombra de su marido sin rechistar. Mientras que la madre de Gaya se había dejado llevar, al menos, por el miedo a que le hubiese sucedido algo a su hija, Laelia obedecía las órdenes familiares de guardar silencio, aunque me observaba con detenimiento. Noté algo casi malicioso en su manera de hacerlo. Sentía curiosidad por conocer qué descubriría y, al mismo tiempo, su sonrisa desagradable daba a entender que esperaba ver cómo se frustraban mis esfuerzos.

—Imagino lo que sería vivir en el Palatino con una niña aventurera —comenté a Ariminio.

—Por lo menos aquí la casa está bastante cerrada. Tres de los lados dan a la calle pero tienen las puertas y ventanas bien atrancadas y la zona que decías, en la parte de atrás del edificio, está rodeada de un muro alto.

—Pero es cosa sabida que Gaya ya se ha escapado una vez. ¿Acaso la niñera

descuida sus deberes? —sugerí.

El pomonalis suspiró antes de responder:

—Coquettea con los operarios siempre que puede.

—Exacto. No quiero parecer indiscreto pero, ¿crees que va más allá del simple coqueteo? —Me preguntaba si Gaya habría visto algo que la había turbado.

Ariminio hizo un sonido en son de mofa.

—¡Ya has visto a la chica! Pero a los hombres no les importa reírse con ella. Cualquier excusa es buena para dejar de trabajar.

—¿Es que Gaya se escabulle?

—No tiene maldad —dijo Laelia con un arrullo como si a la tía se le cayera la baba por la niña—. No hace más que jugar ella sola.

—Tiene una imaginación enorme, supongo... —La mujer asintió y yo pregunté, sin alzar la voz—: Por eso vino a decirme que alguien quería matarla, ¿no?

Los dos se encresparon. Los dos hicieron oídos sordos a la pregunta.

—Pues a mí me parece que lo de la amenaza era cierto —declaré.

Tampoco esta vez hubo respuesta.

Los miré de hito en hito como si sopesara de cuál de los dos procedían tales amenazas. Luego, dejé el tema.

—Hay varias posibilidades —les dije fríamente—. Las principales son que Gaya se sintiera desgraciada por alguna causa que nadie quiere reconocer y huyera en busca de su padre o de su tía Terencia. En mi opinión, deberíais informar a ambos para que puedan buscarla.

—Tomo nota de tu opinión —dijo Ariminio—. Comentaré con el flamen si se lo decimos a Escauro.

—¿Terencia Paula sabe ya que la niña se ha perdido?

—Sí —respondió Ariminio, sin revelar que la ex vestal se había alojado en la casa hasta aquella misma mañana. Yo, por mi parte, no revelé que conocía su presencia.

—Otras posibilidades son que la niña siga aquí, escondida por voluntad propia o forzada. Mi próximo movimiento será una búsqueda completa y sistemática. Una tercera opción es que la hayan secuestrado, posiblemente por dinero.

—No somos una familia rica —confesó Laelia y enarcó las cejas.

—Eso es en términos comparativos, por supuesto. Donde tú sólo ves hipotecas, un ladrón famélico puede esperar, en cambio, conseguir una fortuna. ¿El dinero es un problema? —Vi que Ariminio lo negaba con un movimiento de cabeza, que dirigió por igual a mí y a su esposa. Aunque al principio lo había considerado un inútil, empezaba a parecerme que tenía los pies en el suelo y que era más realista que cualquiera de los otros. Laelia se limitó a encogerse de hombros con gesto vago—. Bien, infórmame inmediatamente si llega alguna nota pidiendo un rescate —le dije al hombre.

—Sí, desde luego. —Los secuestradores se dirigirían al ex flamen, probablemente, pero Ariminio se mostró de nuevo como un hombre experto en tomar decisiones. En cualquier caso, si veía una araña de buen tamaño que se desplazaba suficientemente despacio, tal vez pensaría en que lo mejor era pisarla.

—La peor posibilidad, si es cierto que la han secuestrado, es que sea carne de burdel. —Estaba siendo brusco a conciencia. La única arma que me quedaba era provocar el sobresalto—. Una candidata a virgen vestal sería considerada un buen botín.

—¡Por todos los dioses, Falco!

—No quiero asustar a nadie, pero es preciso que lo sepáis. Ésta es una de las razones que han movido al emperador a tomarse tan en serio la desaparición de Gaya. Por eso estoy aquí. Por eso tenéis que ser sinceros. La niña tiene seis años. Está donde esté, a estas alturas debe de sentirse aterrorizada. Y debo encontrarla pronto. Tengo que saber si ha ocurrido algo fuera de lo habitual, si alguien ha visto a algún merodeador, si se conoce algún aspecto de su inclusión en el sorteo que pueda haberla afectado. La niña quería ser una vestal, pero no es un honor que todo el mundo considere por igual, me parece.

Había vuelto a incidir en la misma cuestión de siempre: las rivalidades en la familia.

—¡Ah, eso era sólo tía Terencia! —me aseguró Laelia. El nerviosismo sacaba lo mejor de ella y soltó una risita—. Es un poco retorcida, en ese punto. En realidad, lo que dijo fue que en su familia había suficientes mujeres que habían visto arruinada su vida de alcoba.

Conseguí no mostrarme sorprendido.

—Así pues, ¿ella no llevó a gusto guardar el celibato?

Laelia lamentó haber hablado.

—No, no; ha vivido dedicada a su vocación.

—Fue una virgen casta... y luego se casó. No es un hecho sin precedentes. Bien, hálbame del «tío Tiberio». ¿Tengo razón al pensar que la vida de alcoba de ese hombre era, digamos, desinhibida?

Marido y mujer intercambiaron una mirada. Ariminio acababa de mover el pie hacia el de Laelia. Una coincidencia, tal vez. Si se trataba de una advertencia, no fue suficientemente enérgica.

—Tiberio ha muerto —me recordó con aire algo jactancioso.

—¿Y, por tanto, lo único que merece ahora son elogios? Por fortuna, ya hemos celebrado el funeral, de modo que puedes olvidar esa estúpida pretensión de que ese hombre era descendiente de probos héroes republicanos y tenía unos niveles morales impecables. —Me volví hacia Laelia—. Supongo que pensaba que debía repartir generosamente sus favores viriles. ¿Alguna vez te hizo proposiciones?

Esperaba verla ocultarse tras su marido una vez más, pero respondió directamente:

—No. Aunque debo aclarar que me traía al fresco.

La réplica había sido muy directa. Demasiado, tal vez; como si la tuviera ensayada.

—¿Sabes cómo era?

Esta vez, su mirada vaciló un poco. Tal vez el hombre la había manoseado pero ella no se lo había dicho a su marido. Ojala hubiera podido hablar con ella sin la presencia del pomonalis.

—¿Sabes que Cecilia Paeta lo consideraba un tipo desagradable? —insistí.

—Sí, lo sé —respondió Laelia en voz baja.

—¿Cecilia te confiaba sus cosas?

—Sí.

Por un instante me pregunté si Laelia no estaría celosa, puesto que Cecilia había atraído a aquel libertino y ella, no.

—¿Te contó sus temores de que Tiberio acosase algún día a la pequeña Gaya?

—¡Sí! —Sus afirmaciones fueron tajantes, en esta ocasión.

—¿Alguien se lo contó a Laelio Numentino?

—¡Oh, no!

—¿Ya teníais suficientes problemas familiares? —pregunté secamente.

—¡Cuánta razón tienes! —replicó Laelia con tono bastante desafiante. Eso no significaba que fuese a extenderse acerca de cuáles eran esos problemas. Ariminio, observé, se mostraba visiblemente incómodo.

—¿Terencia Paula sabía qué resultó ser el hombre con el que se había casado?

En esta ocasión Laelia buscó el apoyo de su marido. Él era quien tomaba las decisiones sobre qué confidencias revelar o qué mentiras contar.

—Terencia Paula sabía lo que se hacía cuando se casó —dijo.

—¿Cómo es que lo sabía? —lo miré fijamente.

—Tío Tiberio era un amigo de la familia de toda la vida.

Hice una pausa. Ésta es una situación desconcertante que se repite muchas veces. Los viejos amigos de la familia rara vez son lo que aparentan. Con frecuencia son como éste: un cerdo incapaz de mantener sus deseos lascivos bajo la túnica, hombres que fuerzan a las mujeres a tolerar sus abusos porque, sencillamente, ninguna se ha quejado hasta entonces y parece demasiado tarde para decir nada, después de tantos años.

—Entonces, si sus tendencias eran tan evidentes, ¿cómo es que una mujer tan sagrada, que acababa de pasar tres décadas viviendo recatadamente, quiso casarse con él?

—¡Eso sólo ella puede contestarlo! —exclamó Laelia con aspereza.

—Pues si no tengo suerte en encontrar a Gaya, quizá deba hablar con tu tía.

Advertí que mis palabras producían una reacción de pánico en Laelia. Pero supo ocultarla. A pesar de su disimulada alarma, por una vez fue la mujer y no el marido quien me recitó la historia oficial:

—Tía Terencia prefiere no ver a nadie, de momento. Está de luto por su esposo y no anda muy bien de salud.

¿De luto por el marido... o doliéndose de su propia estupidez al casarse con un tenorio? ¿Mala salud o falta de juicio?

—En ese caso, procuraré no molestarla. He conocido a tu hermano —le dije a Laelia—. ¿Te llevas bien con Escauro?

—Sí, estamos muy unidos.

También dejé pasar aquella falsedad. No presumí lo que dirían mis hermanas a esa misma pregunta.

—Creo que lo has visto hace poco, ¿no?

—No fue por nada en especial —musitó Laelia, algo nerviosa ante la pregunta. Su inquietud parecía tener algo que ver con su marido, como si éste no supiera nada del asunto.

—¿No se trató de una reunión familiar?

—Tratamos algunos asuntos legales de poca importancia —intervino Ariminio. Yo no aparté la mirada de Laelia, que en este momento fingía inocencia con unos ojos muy abiertos. Recordé que Meldina, la chica de la casa de campo, mencionó que Escauro había acudido a Roma recientemente «para ver a su hermana». Una vez más, deseé ardientemente interrogar a Laelia sin la presencia de su marido. Por desgracia, parecían unidos por una soldadura.

—¿Asuntos legales? ¿Consecuencia de la muerte del marido de Terencia?

Ariminio no quiso seguir por aquel camino:

—En parte —respondió.

—¿Y Terencia estaba presente?

—Terencia Paula siempre es bien recibida.

¿Por qué, entonces, se había ordenado a la esclava de la bayeta y el cubo que dijera que Terencia no volvería más?

—Esta reunión familiar debió de ser muy animada —comenté sin alzar la voz. Laelia y Ariminio intercambiaron unas miradas en las que se decían más de lo que yo podía entender—. Por cierto —inquirí sin darle importancia—, ¿de qué murió realmente vuestro tío Tiberio, tan querido de todos?

Al ver que no había respuesta, no insistí. De todos modos, pregunté si su esposa estaba con él en el momento de su muerte.

Ariminio me miró fijamente.

—No, Falco —dijo con suavidad, como si supiera por qué se lo preguntaba—.

Esa noche, Terencia Paula cenaba con sus antiguas amigas de la casa de las vestales.

Aquella era la coartada definitiva e inamovible... si alguien necesitaba una, claro está.

Sostuve la mirada de Ariminio.

—Lo siento —murmuré, sin molestarme en explicar por qué.

—No sabes nada del asunto, Falco. —De repente, el pomonalis parecía cansado—. Y no tiene nada que ver con la búsqueda de Gaya.

Me incorporé.

Aquella pareja estaba metida en algún engaño, de eso no me cabía la menor duda. Pero Ariminio tenía razón. Había una chiquilla en peligro y eso era lo prioritario. Mi trabajo consistía en encontrar a Gaya.

Le pedí a Ariminio que me suministrara esclavos que me ayudaran y me dediqué a efectuar una búsqueda sistemática en la casa y en los terrenos adyacentes.

XXXVII

Era primera hora de la tarde cuando emprendimos la tarea. Con ayuda de un numeroso contingente de esclavos, todo el recinto quedó batido en pocas horas.

Nos acompañaba Ariminio Módulo. Me preguntaba si sabría más de lo que confesaba y su temor era que me acercara demasiado. No me fiaba de él, pero debo confesar que fue muy escrupuloso en la búsqueda. No hice más que dar las primeras órdenes y él ya estaba observando y escuchando; después, participaría como el que más. Daba la impresión de que entendía la urgencia de la situación, pero noté que empezaba a disfrutar de la acción de manera casi perversa; escogió una cuadrilla de esclavos y empezó a remedar mis esfuerzos por mostrarles cómo debían mirar en los arcones y en los armarios, dentro de ellos, debajo, encima y detrás de cualquier mueble en el que hubiera un resquicio de espacio en el que ocultarse.

Le gustaba tener algo que hacer. Yo siempre andaba vigilante, pero su colaboración me descargó de parte de la tensión y se lo agradecí. Buscar a la pequeña era una gran responsabilidad. No encontrarla sería una carga que me pesaría el resto de mi vida. Ya resultaría bastante deprimente sin saber que cuando ella acudió a mí en busca de ayuda se la negué.

Tuve la impresión de que, desde su matrimonio con Laelia, Ariminio era un hombre apático, fruto de la convivencia con una figura tan poderosa como la de su suegro. Al caer la tarde, llegué incluso a comentárselo, de hombre a hombre.

—Numentino no goza de ninguna autoridad patriarcal sobre ti. Puedes respetarlo y valorar la posición de honor que ostenta en vuestra organización sacerdotal, pero ante quien respondes es ante tu propio padre.

—Ante mi abuelo, en realidad. Está un poco senil, pero me deja hacer lo que yo creo conveniente.

Ariminio parecía un ser muy humano; sin embargo, antes de afiliarse a los cabezas puntiagudas era un tipo corriente como yo hasta hacía muy poco. Los dos éramos de cuna plebeya.

—Mi consejo es que dejes esta casa cuando se termine este triste episodio y que te conviertas en cabeza de familia de tu propia residencia. —Cuando vi que titubeaba, le recordé el aspecto más vulgar de ser un plebeyo y le pregunté si el dinero era algún impedimento.

Para sorpresa mía, dijo al momento:

—No. Tengo dinero.

—¿Pero cómo, es que vivir en la flaminia es demasiado atractivo tal vez?

Ariminio me miró sonriente, como con complicidad.

—¡En una época, tuve mis ambiciones! Ahora ya no pasaré de flamen pomonalis. No llegó a decir: «Incluso siendo mi suegro es ex flamen dialis».

—Supongo que tu suegro te desprecia por tu posición, ¿no?

Al principio no parecía dispuesto a responder; finalmente, asintió a regañadientes.

—Además, debo tener en cuenta a mi esposa.

—Pero Estatilia Laelia, una vez casada, ya no está bajo la tutela del patriarca...

—¡Según la ley, no! —replicó con énfasis.

—Si su marido dejara la casa para vivir independiente, ella lo acompañaría, por supuesto...

Ariminio guardó silencio. Muy interesante, me dije.

—En este momento —murmuró a continuación, como si ya le hubiera dado vueltas a la idea—, la desertión sería una crueldad.

Deserción parecía una palabra muy fuerte para referirse a un traslado y a dejar la casa de los suegros, aunque Numentino no era un padre político corriente. Entonces me pregunté si sus palabras se referirían a algo más; si se marchaba, ¿dejaría a toda la familia?, ¿abandonaría también a Laelia?

No me dio tiempo a preguntárselo; enseguida, como si quisiera dar por terminada la conversación, añadió:

—Es una época difícil, Falco.

—¿De veras? Supongo que hay un secreto familiar...

—No se te escapa nada.

—Al final, llegó la verdad. Empiezo a sospechar que conozco tu secreto. ¿Vas a contármelo?

—No soy yo quien ha de hacerlo. Pero tampoco tiene nada que ver con la pequeña.

—Será mejor que tengas razón, flamen pomonalis. Porque, si le ha sucedido algo, caerá sobre tu conciencia.

Habíamos empezado a buscar por el patio de la cocina, en la parte trasera de la casa. Peinamos cada palmo de terreno y los esclavos utilizaron horcas y almocafres para remover los montones de desperdicios. Habían hecho una hoguera y yo, personalmente, rastrillé las cenizas mientras los esclavos daban la última batida en la zona de matorrales más tupidos, junto al muro del fondo. Pedí una escalera (los albañiles disponían de varias) e incluso subí y me asomé al otro lado del muro. Allí había unos baños públicos en un laberinto de calles. Si Gaya había conseguido escalar aquella tapia, bien pudo alcanzar las callejas del Aventino y escapar hacia la puerta Raudusculana. Pero, para lograrlo, debería haber llevado a cabo una hazaña como suponía la de la escalada. Yo mismo apenas conseguí abrirme paso entre los ásperos matorrales después de soltar un montón de tacos, recibir rasguños y varios sietes en la túnica. Parecía una tarea sumamente difícil para una niña. La altura del muro una vez subido sobre la escalera apoyada precariamente en el suelo desigual imponía demasiado. Pero yo nunca descartaba nada de forma rotunda y absoluta. Si Gaya

pensaba que con la huida salvaba la vida, la desesperación podía hacer posible cualquier cosa.

A continuación buscamos y rebuscamos por toda la casa. Dividí a mi grupo y puse la mitad a las órdenes de Ariminio. Yo empecé por arriba con mi grupo y él, por abajo con el suyo. Cuando nos cruzamos a mitad de camino, comprendimos que cada rincón convenía rastrearlo dos veces y no sólo una.

Abundaban los grandes salones y los pequeños cubículos. Una zona, que a juzgar por su estado era mucho más antigua que el resto de la propiedad, tenía todas las estancias conectadas entre sí siguiendo una anticuada secuencia; otras alas se componían de salones modernos decorados con gusto que conducían a pasillos con murales al fresco. Un sótano húmedo constaba de una cincuentena de celdas para esclavos, lo cual permitía una inspección más rápida. Lo único que había en ellas era unos cuantos tesoros sin valor y unas colchonetas duras en las que dormir. Hicimos formar a los esclavos al estilo militar, cada uno a la entrada de su compartimiento, mientras los demás buscábamos. Aquello me dio la oportunidad de preguntarles, uno por uno, si sabían algo de Gaya o si la habían visto el día anterior, después de enviar su madre a la niñera a cumplir otras obligaciones.

—Por cierto, ¿cuáles eran esas obligaciones? —pregunté a Ariminio como quien no quiere la cosa, pero se limitó a encogerse de hombros con un gesto vago. Dar instrucciones a las mujeres era cosa de mujeres o, al menos, era lo que quería hacerme pensar.

En la mayoría de las casas había extrañas creencias, pero pocas tan extrañas como las que veía allí. En la alcoba del ex flamen, que estaba a cierta distancia del resto de la zona familiar, había un cuenco de pastelillos de los que se ofrecían en los sacrificios (¿por si de noche le daba por atracarse?). Las patas de la mesa estaban embadurnadas de arcilla, un recurso que permitía a un flamen dialis en ejercicio de su cargo cumplir con la antigua tradición de que siempre debía dormir en el suelo. Pero Numentino no necesitaba recurrir a esta estratagema. El retiro no significaba nada para el viejo, aunque tal cosa parecía forzada con el cambio de residencia.

Yo habría sido incapaz de vivir allí. Lo que para ellos significaba un refinamiento de gente de buena posición, a mí me hacía apartar mi larga y bien dibujada nariz etrusca; la biblioteca del ex flamen, por ejemplo, no contenía más que rollos de tonterías rituales, tan oscuras como los Libros Sibilinos. Por toda la casa había diseminada una incontable cantidad de nichos y hornacinas que hacían de capillas y el hedor dulzón del incienso reinaba por doquier. Los telares de las mujeres se alineaban en una sala sin otro mobiliario, como el taller del sastre más miserable. La bodega estaba poco surtida. Incluso Helena y yo, con el agua al cuello en asuntos de dinero, prestábamos más atención a la calidad del aceite que se quemaba en nuestras lámparas. Una cosa es la falta de recursos y otra la falta de interés. Esta última es

lamentable.

Pero yo no estaba allí para criticar sus costumbres y su vida; si lo hubiera hecho más gente en el pasado y si su calidad hubiese mejorado un poco, tal vez habrían conseguido padecer menos infelicidad, y quizá la niña aún estaría en su casa, sana y salva.

Llegamos al punto en que sólo quedaba un lugar en el que mirar. El corazón se me encogió. Había confiado en poder evitarlo, pero ahora tenía que hacerse. Después de comprobar el plano, encabecé la marcha hacia un pequeño cubículo de la zona de la cocina. Al llegar allí pedí un voluntario. Se produjo un silencio embarazoso. Le dije a Ariminio que escogiera a un esclavo que fuera merecedor de un castigo, mandé traer unos cubos y di orden de quitar el asiento de madera con doble agujero para vaciar la letrina.

Era imposible llegar desde fuera mucho más abajo del nivel del suelo, de modo que colgamos al esclavo sobre el agujero con unas correas y le dimos un palo largo para que removiera el fondo. Lo mantuvimos allí suspendido durante más de una hora, hasta que dio la impresión de estar a punto de desmayarse. Lo izamos muy oportunamente. La letrina estaba muy bien construida, con una profundidad de una braza y media pero gracias a los dioses no encontramos nada.

Bueno, encontramos mucho, pero nada importante.

Habíamos hecho todo lo posible. Salvo arrancar el tejado y hacer agujerear los tabiques, habíamos buscado en todos los lugares sospechosos. Ariminio se esfumó como por ensalmo, perdido su anterior entusiasmo en vista del fracaso que se veía venir. Al no recibir más órdenes ni suyas ni mías, los esclavos también perdieron el interés. Incluso mi escolta olvidó, muy convenientemente, que le habían ordenado no apartarse de mi lado.

No podía hacer nada más. Pensé en pasar allí la noche, escuchar ruidos y husmear el ambiente. Pero se me había pegado más de lo justo ese halo entontecedor y deprimente que envolvía aquel hogar infeliz. No podía determinar con precisión qué era lo que sucedía, pero quedaban restos de viejos misterios por todos los rincones. Se palpaba que aquella gente ocultaba algo terrible. Lo único que me aliviaba era pensar que el pomonalis tuviera razón cuando decía que aquello no afectaba a Gaya.

Salí por última vez al jardín del peristilo. En aquel momento, no había nadie. Con la escoba de varillas de Gaya en la mano, avancé despacio por la zona central, me senté en el banco de mármol y apoyé los codos en las rodillas. No había comido en todo el día y me sentía sucio y agotado. Allí no se le ocurría a nadie ofrecerme un refresco o el uso de las dependencias de aseo. Ya hacía mucho rato que había renunciado a quejarme o a decir lo que pensaba de todos ellos. Pero, bueno, aquello era el pan de cada día para un informante. Estaba claro que todavía no era lo bastante respetable como para ponerme a chillar si veía que mi túnica estaba más negra que

blanca y que, por no andarme con excesivas lindezas,apestaba a sudor.

Alguien apareció a mi espalda. Me sentía demasiado tenso y demasiado deprimido como para volverme.

—Falco... —Era la voz del ex flamen. Me esforcé por darme la vuelta, aunque no estaba dispuesto a levantarme para saludarlo—. Lo has hecho muy bien. Te damos las más rendidas gracias.

No pude evitar un suspiro.

—No he hecho nada.

—Parece que la niña no está aquí.

Miré a mi alrededor una vez más, con un gesto de impotencia. La pequeña seguía en la casa. Estaba convencido de ello. Con voz ronca, repliqué:

—Perdóname por no haberla encontrado.

—Sé muy bien el empeño que has puesto en ello. —Viniendo de quien venía, debía interpretar la frase como una muestra de gratitud. Para sorpresa y admiración mía, vi que se acercaba y se sentaba a la mesa sobre la cual los gorriones se habían disputado antes las migajas que habían dejado los obreros—. No nos juzgues con severidad, Falco. La niña, mi única nieta, es una chiquilla encantadora y dulce. He rogado a los dioses con todo mi corazón que consiguieras encontrarla.

Yo estaba demasiado cansado para reaccionar. Pero di crédito a sus palabras, que yo juzgué sinceras. Me incorporé en mi asiento.

—Voy a enterarme de si los vigiles han descubierto algo. —Si era así, a estas alturas sólo podían ser malas noticias. Daba la impresión de que el viejo lo sabía—. ¿Puedo volver mañana, si aún no ha aparecido, y ver qué más se puede hacer?

El ex flamen apretó los labios. No me quería por allí ni en pintura, pero inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. Tal vez era cierto que adoraba a la chiquilla. O tal vez percibía que la desaparición de Gaya podía ser el incidente que rompiera la familia cuando nada más había conseguido quebrantar el dominio que ejercía sobre ella.

—Ya sé lo que opinas de los vigiles, honorable ex flamen, pero me gustaría presentarte a un oficial del cuerpo, mi amigo Petronio Longo. Es un hombre de gran experiencia... y padre de dos niñas pequeñas. Querría recorrer la zona con él y ver si descubre algo que a mí se me haya pasado por alto.

—Preferiría evitar tal cosa. —No era una negativa rotunda y tomé nota de ello—. Ha venido una mujer que quiere hablar contigo —me dijo—. Te requieren en otra parte.

En ese momento no parecía que me importase nada más, pero mi curiosidad seguía despierta. A duras penas conseguía ponerme de pie y, mientras me daba media vuelta para abandonar el jardín e ir al encuentro de mi visitante, la otra curiosidad se impuso. Miré a Numentino y le comenté con tono preocupado:

—Me parece que las mayores esperanzas de encontrar a Gaya residen en que la pequeña se haya escondido en algún lugar de difícil acceso, del cual no haya podido salir después. Pero parece que eso ha quedado descartado. —Numentino caminaba despacio a mi lado. Dispuesto a no ahorrarle ya más inquietudes, añadí—: Ahora, la alternativa más probable es que se haya marchado de casa debido a los problemas familiares.

Pensaba que el ex flamen reaccionaría con rabia, pero su respuesta rompió con todas mis previsiones. Numentino se echó a reír.

—¡Vaya, es verdad que a todos nos gustaría escapar de esos problemas y de todos! —Mientras yo reflexionaba sobre la respuesta, el anciano descartó la sugerencia con una mueca de desagrado.

—Bien, Falco, con eso has perdido mi confianza, después de todo.

—¡Oh! No creo que me merezca una consideración tan negativa —repliqué—. Está bastante claro que alguien ha provocado una crisis en esta casa después de la muerte del marido de Terencia Paula. Bien, veamos: ese hombre ni siquiera era pariente carnal; era un amigo de la familia, sí, pero también era un tipo que acosaba a las mujeres del clan familiar... —Aunque me habían dicho que Numentino no sabía nada al respecto, tuve la certeza de que estaba perfectamente al corriente del asunto; en cualquier caso, no demostró la menor sorpresa al oír mis palabras—. Al momento, empiezas a consultar a todo el mundo, incluidas la viuda (otra pariente sólo política, por parte de tu difunta esposa) y otra mujer con la que has tenido enfrentamientos regularmente. Incluso tu hijo alejado de casa, no digo desterrado, participa en el debate. ¡Lo que me contó! ¡Toda una historia absurda al respecto! Dime, pues —insistí acaloradamente—, ¿quién necesita de ese tutor legal, realmente? ¿Y por qué, exactamente?

Desconcertado por mi vehemencia, Numentino guardó silencio. No tenía la menor intención de responder y esquivó darme una respuesta concreta.

—No puedo imaginarme qué ha dicho mi hijo para que pienses así. Eso indica, sencillamente, lo ingenuo que es todavía. Y demuestra que tengo razón al seguir teniéndolo bajo mi patria potestad.

—Tu hijo quiere ayudar a su tía. Una actitud encomiable, me parece a mí.

—Terencia Paula no necesita la ayuda de nadie —masculló Numentino terminantemente—. Quien te haya dicho lo contrario es un estúpido —añadió. Hizo una pausa y continuó, con voz ominosa—: Eso, o está completamente loco.

Estaba demasiado abatido para atreverme a protestar o para hacer más preguntas. Lo que Numentino acababa de decir mostraba un auténtico tono de sinceridad.

Anduve hasta el vestíbulo de entrada que la gente de la casa utilizaba aquellos días y allí, por fin, se me levantó ligeramente el ánimo. La persona que había preguntado por mí era Helena. Tenía en las manos mi toga, que alguien debía de

haber encontrado y se la había entregado a ella. Helena aún sonreía deliciosamente. Era evidente que había tenido noticia de mi fracaso. No era necesario abundar en explicaciones.

Me fijé en que venía bastante bien vestida, con una túnica limpiísima de un blanco deslumbrante y una modesta estola sobre unos cabellos que parecían sospechosamente necesitados de nuevos rizos. Llevaba una cadena de oro al cuello que su padre le había regalado cuando nació. Iba perfumada divinamente con bálsamo árabe y su rostro, si se observaba con detenimiento, estaba levemente retocado con tal destreza en el uso de la pintura que tenía que habérsela aplicado una de las doncellas de su madre o había contado con la ayuda de Maya.

Lo último que deseaba ahora era conocer la clase de reunión social que la había obligado a tal acicalamiento.

—Vamos —sonrió Helena al ver mi expresión de sorpresa. Me olfateó y murmuró—: ¡Buenos ungüentos, Falco! Tienes un gusto exquisito... A la puerta te espera una litera con una túnica limpia. Si te das prisa, podemos hacer un alto en una casa de baños.

—No estoy de humor para fiestas esta noche.

—Es oficial. No hay alternativa. Tito César quiere verte.

En efecto, Tito César trataba conmigo, en ocasiones, algunos asuntos de Estado. Pero no se esperaba que me presentase con una dama de compañía. ¿De qué se trataría, pues?

En mi opinión, hubo una época en que Tito había sentido cierta debilidad por Helena. Hasta donde alcanzaban mis conocimientos, esta tendencia afectuosa no había pasado de platónica, aunque Helena tuvo que dejar Roma a toda prisa para evitar situaciones embarazosas. Helena seguía evitándolo y, desde luego, nunca se presentaría ataviada de aquel modo por propia iniciativa, no fuera que con ello reavivara viejos sentimientos.

—¿A qué viene ese ceño, querida?

Helena me dedicó una sonrisa. Muy contento de verla así, empecé al instante a dejarme llevar por sus encantos.

—No te preocupes, querido —murmuró—. Yo me ocuparé de ti. Por lo que ha dicho el mensajero, creo que nuestros anfitriones serán el maravilloso Tito y la fabulosa reina de Judea.

XXXVIII

Ningún hombre en su sano juicio podía responder a la pregunta de si la reina Berenice era hermosa realmente. Por lo menos, no podía responder si estaba presente alguna mujer de la familia.

Me preguntaba si mi hermano Festo, el que había tenido una muerte heroica o cuasiheroica en el país de Berenice, habría visto en alguna ocasión a la amante de Tito. Me sentí abrumado por el deseo ya imposible de preguntarle a Festo qué opinaba de ella. Y con eso no quiero dar a entender que hubiera sucedido algo si Festo, un simple centurión de origen modesto y de costumbres vulgares, la hubiera visto alguna vez, ya que, como es bien sabido, Didio Festo era todavía un muchacho.

Y bien, ¿era hermosa esa mujer?

—¡Es llamativa! —habría dicho mi madre.

Si se consigue con sensibilidad y con prendas de buena calidad, ser llamativa tiene sus virtudes. Yo, precisamente, creo que las mujeres llamativas tienen un lugar muy importante. (Festo compartía esa idea. Y, para él, ese lugar era su cama.)

No querría dar a entender que rehuyo tratar el tema recurriendo a un mal hermano que, precisamente, tenía fama de acosar a cualquiera que llevase faldas largas. Sólo pretendo decir, como hago tantas veces incluso en presencia de Helena Justina, que si mi hermano hubiera visto a la reina Berenice en alguna ocasión, sin duda se habría planteado el reto de intentar desplazar a su comandante en jefe (Tito César, legado de la XV legión cuando Festo sirvió en el ejército) y que yo personalmente habría disfrutado viendo a Festo probar su suerte.

Eso es todo. Cualquiera puede soñar si le dejan.

Quienquiera que sea, difícilmente puede evitarlo, creedme, cuando ha pasado horas enteras supervisando cubos de excrementos de las profundidades de una letrina que probablemente empezó a utilizarse en tiempos de la República y que apenas ha sido vaciada desde entonces y, a continuación, entra en una estancia tan llena de objetos exóticos que apenas es capaz de abarcarlos todos, por no hablar de la dama con la diadema que parece saciar de halagos a Tito como si fueran enormes ostras perlíferas en salsa de vino. (A Tito se le cae la baba con los murmullos cariñosos como a un perro faldero.) (Los fámulos tienen fija la mirada en el suelo.) (Helena se sofoca.)

—¡Oh, tranquilízate, Falco! No es más que una mujer. Dos ojos, una nariz, dos brazos, un busto bien perfilado y, tal vez, no tantos dientes como debía de tener tiempo atrás.

Pero yo no soy dentista. No eran los dientes lo que yo había escrutado de la reina Berenice.

Por fortuna acabábamos de entrar en la Casa Dorada de Nerón, donde el

abastecimiento de agua se producía desde múltiples puntos diferentes, con un caudal extraordinario que se mantenía abierto permanentemente. Sin proponérselo, el desquiciado arpista imperial había creado el sueño de un satírico: en la Casa Dorada, una chica enérgica podía ser desconsiderada con una rival de un extremo a otro del recinto; de hecho, podía serlo hasta que los perfumes orientales de la rival la hicieran retroceder un paso e intentara no estornudar.

Con un revuelo de seda y púrpura, Tito César, todo rizos y mejillas regordetas, se levantó del estrado para darnos la bienvenida. Era un Flavio típico; grueso, achaparrado, el aspecto como el de un saludable campesino, corriente pero consciente de su dignidad.

—¡Helena Justina! ¡Qué alegría me da verte! Bienvenido, Falco.

Tito parecía dispuesto a reventar de orgullo ante su conquista... o ante el hecho de haber sido conquistado por tal belleza. Como es comprensible, estaba impaciente por exhibir a su nueva novia de estirpe real ante la hija de un senador que un día se mostró fría y displicente con él. Helena respondió con una sonrisa tierna. De haber conocido bien a Helena, Tito habría contenido su entusiasmo. Si me hubiera sonreído así a mí, habría vuelto a mi diván, habría juntado las rodillas, habría cruzado las manos y guardado silencio durante una hora por lo menos antes de que me estallaran los oídos.

En su condición de hijo y heredero del emperador, Tito dio por sentado que él era la autoridad suprema allí. La reina Berenice, si no estoy equivocado en mi juicio, detectaba corrientes ocultas más complejas. Lo había seguido hasta nosotros, envuelta en ropas llamativas. Era un buen truco. Las vestiduras de seda contribuían a ello. De ese modo es fácil hacerlo (según me contó Helena más tarde) si una lleva sandalias con las que es difícil caminar, y tiene que balancearse insinuándose para no caer cuando desciende por unos peldaños bajos.

Los fámulos nos situaron a todos informalmente, en divanes repartidos al pie del estrado. Los cojines estaban tan rellenos de plumón que casi me resbalé del mío. Como en todas las mansiones diseñadas por arquitectos, los suelos resultaban peligrosos; mis botas tachonadas de clavos ya habían resbalado unas cuantas veces sobre los mosaicos del suelo, sumamente pulimentados. No había mucho que ver y no supe dónde posar la mirada. (Me refiero a los exquisitos murales, tanto de las paredes como en las bóvedas del techo, por supuesto.)

—¡Estás muy callado, Falco! —dijo Tito con una risita estridente. El muy desgraciado apestaba a felicidad.

—Estoy deslumbrado, César. —Sabía ser cortés. Sin embargo, después de los esfuerzos de aquel día, quizás estaba visiblemente apático. Físicamente, estaba agotado. Confiaba en que mi cansancio fuera pasajero. Tenía yo unas agujetas que me preocupaban. La edad empezaba a pesarme. Notaba ásperas las manos y las uñas,

tirante la piel seca del rostro e incluso después de un baño de vapor y un buen baño en las termas, el contenido de la letrina todavía despertaba en mí recuerdos olfativos nauseabundos.

—Marco está exhausto —le dijo Helena a Tito, al tiempo que tomaba asiento con elegancia. Aunque era una chica reservada, en ocasiones mostraba una compostura que me asombraba. En todo caso, sabía cuándo mantener la boca cerrada. La verdad es que estaba demasiado cansado y ella, impaciente por hacerse cargo de la situación, continuó—: Ha pasado todo el día buscando a esa chiquilla de la casa de los Laelios. Cuando fui a buscarlo por indicación tuya, estaba sucio y tengo la certeza de que no le han dado nada de comer en todo el día...

Berenice respondió inmediatamente a la insinuación. (Así pues, los rumores eran ciertos; la reina ya se había hecho con las llaves de la casa...) Unos rubíes deslumbrantes brillaron en su lánguida mano para pedir que me trajeran algo de comer. Helena le dedicó una sonrisa radiante.

—¿Y no ha habido suerte? —preguntó Tito. Parecía muy interesado por recibir una respuesta tranquilizadora.

—Ni rastro, por desgracia —repuso Helena. Enseguida nos trajeron una bandeja llena de canapés. Empecé a picar; Helena los estudió como una degustadora profesional, escogió varios de las diferentes fuentes de plata y me los iba metiendo en la boca casi tan deprisa como yo los tragaba. Por fortuna, la toga, bien atada, evitó que me desplomara. Apoyado en sus cálidos pliegues de lana, sucumbí a la tentación de ser atendido como un inválido. El lugar era agradable, Helena se encargaba de la conversación y yo me entretenía en mirar a mi alrededor mientras dejaba que ella llevara la voz cantante.

Me pregunté cómo sería en esta época la vida hogareña de la familia imperial; el joven Domiciano, imitando el rapto de Livia por Augusto, había hecho lo mismo con una mujer casada y había anunciado que se casaba con ella; eso sucedió después de seducir a todas las esposas de senadores a las que pudo convencer de que le ofrecieran sus favores..., antes de que su padre regresara y le cortara las alas. Tito (una vez divorciado y otra, viudo) se había unido, de forma quizás inesperada, con aquella exótica mujer de estirpe regia. Anteriormente, Vespasiano había vivido abiertamente con una liberta sumamente astuta, Antonia Caenis, mi difunta patrona. (¿Era pura coincidencia que Berenice hubiera retrasado su llegada a Roma hasta después de la muerte de la sensata e influyente concubina de Vespasiano?) También había un par de mujeres en la familia: Julia, la hija de Tito, y Flavia. Vespasiano se había retirado a vivir a los jardines de Salustro, al norte de la ciudad, cerca de su casa familiar. Sin embargo, incluso en ausencia del anciano emperador, los desayunos en común debían de ser acontecimientos por todo lo alto.

—Supongo que tu padre debe de haber reflexionado sobre la conveniencia de

seguir adelante con el sorteo de las vestales, ¿no? —le preguntó Helena a Tito.

—Bueno, creemos que no hay nada que hacer al respecto. Tenemos veinte candidatas que cumplen perfectamente las condiciones...

—Diecinueve —murmuré con la boca llena.

—¡Gaya Laelia todavía puede aparecer sana y salva! —me reprendió Tito.

—Es que hay que retirar a otra de las niñas —le informó Helena con voz parsimoniosa—. Su padre ha muerto. —Tito se incorporó al comprobar que Helena sabía más del asunto que él mismo—. Si se celebra el sorteo —explicó Helena para poner al corriente a la reina Berenice—, todas las candidatas deben estar presentes. Es fundamental que, cuando el pontífice máximo dé a conocer el nombre seleccionado, pueda continuar el ritual: tomar de la mano a la niña, recibirla con la antigua fórmula y apartarla de inmediato de la familia para llevarla a su nuevo hogar, la casa de las vestales.

La reina prestó atención sin hacer comentario alguno, fijos sus ojos en los ojos oscuros de Helena. Me pregunté qué opinión tendría de nosotros. ¿Le había contado Tito a quién había mandado llamar? Y, si así era, ¿cómo nos habría descrito? ¿Esperaba Berenice que aquel hombre de baja cuna, brazos y piernas fatigados y perilla bien cuidada, se rindiera con dócil sumisión a una criatura fría que le hablaba al hijo del emperador como si fuera uno de sus hermanos?

Helena continuó su explicación, especialmente dirigida a la reina:

—Hablamos de una ceremonia simbólica en la que la niña elegida abandona la autoridad de su familia y se convierte en hija de Vesta. Se le rapa la cabeza y los cabellos se cuelgan de un árbol sagrado. Aunque, por supuesto, después se deja que le crezcan otra vez; también se la viste con el atuendo formal de una virgen vestal y, desde ese día, empieza su instrucción. Si la elegida no estuviera presente cuando se pronuncia su nombre, se produciría una situación muy embarazosa.

—Imposible que sea éste el caso —dijo Tito.

Me comí con aire pensativo un buñuelo de langosta. El cocinero se había dejado un pedazo de concha. La saqué con expresión dolorida, como si esperase algo mejor allí.

—Tenía entendido que habías encargado la búsqueda de Gaya Laelia a Rutilio Gálico —comentó Helena a Tito, reprochándole tal vez su interferencia. Crucé la mirada con la del joven César y le dediqué una débil sonrisa. Tiempo atrás, me tenía en la cuerda floja cada vez que me llamaba a una reunión. Bien, ahora era una persona respetable y podía llevar conmigo a mi novia, inteligente y de buena cuna, para defenderme como un preparador de gladiadores que coreografiara una pelea.

Había sobornado a un fámulo con un botellón de vino pero, cuando el chico llegó hasta nosotros, cogió el jarro que el fámulo tenía en la mano y me sirvió una copa ella misma. El fámulo dio un respingo de sorpresa. Tomé un poco de vino. Helena se

inclinó hacia delante como si esperara a oír lo que Tito tenía que decir. La fina estola que la cubría se había deslizado por su espalda y los rizos de sus cabellos pendían sobre su cuello. Alargué la mano libre y tiré suavemente de uno de los rizos sedosos de forma que, cuando volvió a sentarse, lo hizo más cerca de mí. Desafiando el protocolo, la ceñí con mi brazo.

—¿Alguna medida extra, César?

Esta vez el tono autoritario era el mío. Me pareció que Berenice entornaba los ojos ligeramente, como si se preguntara si Helena aceptaría mi gesto descarado. Así fue, naturalmente. La refinada y elegante Helena Justina sabía que si me causaba algún problema le haría cosquillas en el cuello hasta que no resistiera más.

—Eso es bastante sensato, Falco. —Sí que lo era. Quizás ahora fuese procurador de los gansos sagrados, pero seguía siendo el componedor que se encargaba de todos los trabajos difíciles—. Sólo quiero pedirte que hagas todo lo que puedas.

—Marco no cejará hasta que encuentre a la niña.

Con la facilidad que da la práctica, Helena se había desembarazado del brazo con que la rodeaba.

—Sí, claro. —Tito se mostró satisfecho. Después, miró a Berenice. La reina daba la impresión de esperar algo; él parecía apurado—. Ha habido cierto resentimiento contra la reina y contra mí...

Incliné la cabeza con gesto de cortesía. Helena, a mi lado, me tomó de la mano. Pero no creería que iba a responder con alguna brusquedad, ¿no? El joven estaba enamorado. Daba pena verlo.

—Es ridículo —dijo Tito en son de burla. A sus ojos Berenice no podía equivocarse y cualquiera que insinuara que había problemas era cruel e irracional. Pero el joven tenía que estar sobre aviso, como lo había estado su padre cuando Berenice, al principio, había probado sus estratagemas con el propio viejo.

Allí los amantes estaban aislados y podían convencerse a sí mismos de que todo iba bien. Esto permitía a Tito hacer caso omiso de la general desaprobación pública. Sin embargo, tendría que afrontar la realidad cuando Vespasiano en persona decidiera desmontar aquel nido de amor.

Los murmullos de desaprobación ya debían de haber alcanzado a la romántica pareja.

—Como quizá sepas —me dijo Tito con voz firme y formal, como si estuviera pronunciando un discurso—, la última vez que la pequeña desaparecida, Gaya Laelia, fue vista en público estaba en una recepción ofrecida por la reina Berenice a todas las jóvenes candidatas al sorteo.

—Gaya Laelia pasó parte de la tarde en el regazo de la reina —asentí—. Me alegro de que hayas sacado el tema a colación, César. Tengo entendido que se produjo cierta conmoción...

—Estás bien informado, Falco.

—Tengo contactos en todas partes.

Tito me escuchó, pensativo. Lamenté haber hablado.

Helena se volvió hacia Berenice y comentó:

—Tal vez eso sea importante. ¿Podrías decirnos a qué se debió esa conmoción?

—No —respondió Tito en lugar de la reina—. De lo único que hablaba la pequeña era de su alegría por ser seleccionada. Por entrar en el sorteo, quiero decir.

Empezaba a preguntarme si Berenice conocía el latín. Sin embargo, aquella era la mujer que, cuando compartía el trono del reino de Judea junto con su incestuoso hermano, había elevado en cierta ocasión una voluble protesta contra el comportamiento bárbaro de un gobernador romano de Jerusalén. Berenice era una oradora intrépida capaz de pedir clemencia para su pueblo descalzo, pese a que con ello ponía en peligro su vida. La reina nunca se reprimía de hablar cuando le venía en gana.

Y en aquel momento decidió hacerlo. Con gesto estudiado, olvidándose de Tito por un momento, dio la impresión de desoír sus instrucciones de mantener la boca cerrada:

—La niña estaba bastante callada. Cuando, al parecer, me hube ganado su confianza, exclamó de improviso: «¡Por favor, deja que me quede aquí! ¡En mi casa hay alguien que no está en sus cabales y quiere matarme!». Aquello me alarmó. Pensé que era la niña la que debía de estar chiflada. Al momento, se acercaron unas esclavas y se la llevaron.

En honor de la reina debo decir que, al recordar el incidente, la vi turbada.

—¿Alguien investigó lo que decía? —pregunté.

—¡Por todos los dioses, Falco! —exclamó Tito—. ¿Quién iba a creerla? ¡Procede de una familia muy distinguida!

—¡Ah, está muy bien, pues! —le repliqué, cáustico.

—Cometimos un error —reconoció él.

Tuve que aceptarlo, ya que a mí me había sucedido lo mismo.

—Gaya también habló ese día, y creo que en otra ocasión posterior, con la vestal Constanza —le dije—. ¿Sería posible que me concertaras oficialmente una entrevista con ella?

Tito apretó los labios.

—Es preferible que tal encuentro no se produzca, no vaya a ser que demos una falsa impresión. No conviene que haya el menor indicio de una relación especial entre las vestales y alguna de las niñas en particular. No nos interesa en absoluto comprometer la limpieza del sorteo.

Este argumento me convenció. Ya no tenía ninguna duda: el sorteo no sólo estaba comprometido; estaba amañado a fondo.

—Con la misteriosa desaparición de Gaya Laelia, la recepción ha tenido consecuencias infortunadas e imprevistas —comentó Tito. Gracias a la comida, me sentía nuevo; de todos modos, estaba tan cansado que debía de parecer muy lento—. Ha sido la comidilla de las malas lenguas.

Con retraso, capté el sentido de la frase.

—No pretenderán vincular a la reina con la desaparición de una niña a la que sólo había visto una vez, y en una ocasión protocolaria, ¿verdad?

Apenas hube dicho aquello, comprendí lo difícil de la situación. La calumnia no necesita ser creíble. El chismorreó siempre se disfruta más si parece probable que sea falso.

Berenice era judía y corría la voz de que Tito le había prometido el matrimonio. Incluso era posible que lo hubieran contraído ya, aunque el padre del muchacho no iba a permitirselo jamás. Desde Cleopatra, los romanos vivían horrorizados ante la posibilidad de que alguna extranjera robara el corazón de sus generales y subvirtiera la paz y la prosperidad de Roma.

Tito habló con aspereza:

—¡Memeces!

Tal vez, pero la acusación de que Berenice era una asesina de niños, o secuestradora de vírgenes vestales, no era más que ese tipo de rumores ridículos que cualquier estúpido aceptaría creer.

—Falco, quiero que esa niña aparezca.

Durante unos segundos sentí lástima de ellos. La mujer tenía que volver a casa, sí, pero tenía que hacerlo por las debidas razones, no por algún plan ruin concebido por los opositores políticos. Al contrario, los Flavios tenían que demostrar que comprendían lo que precisaba Roma y que, si había de convertirse en emperador algún día, Tito era lo bastante hombre como para afrontar sus responsabilidades.

Para aligerar la atmósfera, comenté con gentileza: —Si encuentro a Gaya sana y salva, y si es demasiado tarde para el sorteo, sólo tengo una petición que hacer: que se encargue otro de explicarle a la niña llorosa que no será una de las vírgenes vestales.

Tito se relajó y atronó la sala con una carcajada contagiosa.

Helena, que había estado probando los canapés mientras yo hablaba, se puso de pie de pronto y tiró de mí. El protocolo señalaba que los visitantes deben esperar a que la realeza autorice su retirada, pero Helena no se preocupó de seguirlo. Hasta que me ascendieron al rango medio, a mí también me había traído sin cuidado..., de modo que llevé la mano atrás descaradamente para coger otro aperitivo de langosta.

—Necesita descansar —dijo mi amada a Tito.

El joven César se levantó, se acercó y me tomó de la mano. Tuvo la suerte de no coger la queapestaba.

—Te estoy sumamente agradecido, Falco.

El único beneficio de mi nuevo rango era que todos mis clientes me trataban con absoluta corrección. Lo cual no significaba que se apresuraran a liquidarme las minutas (cuando lo hacían).

Tras despedirse de mí, Tito tomó la mano de Helena.

—Me alegro de haberte visto aquí esta noche —le dijo en voz baja. Helena se mostró algo nerviosa, aunque no tanto como me sentía yo—. Quiero que le expliques algo a tu hermano discretamente.

—¿A Eliano?

—Ha solicitado el ingreso en la hermandad de los arvales. Mira, hazle saber que los hermanos no tienen nada personal contra él. Está bien cualificado. Pero tendrá que transcurrir un período de reajuste después de la desafortunada fuga de tu tío.

—¡Oh, entiendo! —replicó Helena con un tono de voz extraño en ella—. ¿Te refieres a ese desdichado de mi tío Publio?

Se refería al hermano del senador, que hacía algún tiempo había cometido el error de conspirar para desestabilizar el Imperio y para destronar a Vespasiano. El mal aconsejado tío Publio ya no era ninguna amenaza. Ya no estaba. Su cuerpo se pudría en el gran sumidero. Yo lo sabía muy bien; lo había arrojado allí con mis propias manos.

—Ya ves a qué me refiero —apuntó Tito, esperando con impaciencia la respuesta de Helena.

—Sí, ya veo. —Con un gesto frío, volvió la cara y ofreció la mejilla para que Tito César la besara, lo cual hizo éste resueltamente. Y antes de que pudiera detenerla, ella se inclinó hacia él como una antigua amiga de la infancia que estuviera a punto de devolverle el beso. Pero, en lugar de ello, añadió en un susurro—: De eso hace cuatro años. Mi tío ha muerto. La conspiración fue desbaratada por completo y no ha habido nunca la menor duda acerca de la lealtad de mi padre y de mis hermanos. ¡Lo que veo es una excusa carente de argumentos!

Tito volvió junto a su deslumbradora dama y fingió tomarse todo aquello a broma.

—¡Qué pareja tan excepcional! —Berenice dio la impresión de pensar lo mismo, aunque no por las mismas razones—. Los quiero muchísimo a los dos —proclamó Tito.

Tomé de la mano a Helena y la enganché del brazo, tirando de ella y manteniéndola pegada a mí. Agradecí a Tito la confianza que depositaba en nosotros y me llevé a mi desafiante compañera.

Estaba terriblemente molesta. Me había dado cuenta de ello antes de que respondiera. Tito, por supuesto, no tenía ni idea. Helena me hablaría del asunto, aunque dejaría pasar unos días probablemente. Cuando al fin abriera la boca, daría

rienda suelta a su cólera. Era mejor esperar. Me limité a mantenerla ceñida con fuerza mientras ella dominaba su ira más inmediata.

Anduvimos en silencio un buen trecho. Como Helena estaba sumida en sus propios pensamientos, yo pude hacerlo en los míos. La presión que sentía sobre mí en aquel momento era el mismo peso muerto de siempre. Además de la tragedia doméstica que estaba intentando evitar a los Laelios, mi labor había adquirido un significado mucho más amplio. Aquella nueva carga, la de salvar a Berenice de la pena por Tito, era muy delicada.

¿De modo que aquélla era la despampanante reina Berenice? Si aquello le hubiese sucedido a mi hermano Festo, antes de alcanzar la puerta de la calle habría recibido una nota perfumada.

Aunque, claro, cuando Didio Festo visitaba a una mujer de fabulosa belleza, se aseguraba de acudir sin compañía.

XXXIX

En tiempos de Nerón toda la planta baja del ala de la Casa Dorada del monte Esquilino estaba dedicada a comedores. Había salas emparejadas, la mitad de las cuales daba a un espacioso patio y la otra mitad se asomaba al Foro, donde Nerón había instalado un parque de fieras pero donde Vespasiano estaba construyendo ahora su anfiteatro. Dado su género de vida tan radicalmente distinto, Nerón no necesitaba un salón elegante donde dar de comer a los aduladores (el mejor de los cuales era el famoso salón octogonal), sino complejas salas para tres o cinco comensales, en las que se celebraban las fiestas desenfadadas que tanto le gustaban. Era en ese laberinto de salas donde habíamos visto a Tito.

Los Flavios eran muy distintos a Nerón. Se ocupaban más de los asuntos oficiales del Imperio en el viejo palacio de los Césares, en lo alto del Palatino. Se decía que tenían intención de dismantelar la Casa Dorada muy pronto, puesto que representaba no sólo el lujo detestado, sino el desprecio de Nerón por el pueblo, cuyas viviendas había quemado deliberadamente para desplazar a los residentes y poder construir otras. Los Flavios respetaban al pueblo. Estaban dispuestos a hacerlo mientras el pueblo los respetara a ellos. Pero también eran frugales. En tanto la absurda y estrafalaria construcción de su predecesor, con su gloriosa ornamentación, continuara existiendo, parecía indicado que Roma, en la persona de los frugales Flavios, hiciera uso de ella. Había resultado costosísima y Vespasiano era un ardiente defensor del principio del valor del dinero.

Yo había estado allí en otras ocasiones, en reuniones privadas y en una conferencia oficial celebrada en el salón octogonal. Tito solía frecuentarlo cuando no estaba de servicio. Y, a veces, me llevaba allí para tener una conversación franca y seria conmigo.

El edificio era amplísimo. Pasillos de altos techos con las paredes llenas de frescos se extendían en todas direcciones. La mayoría de las estancias no tenían un tamaño particularmente grandioso, pero se alineaban unas frente a otras a modo de chocantes púas de peine. Había peculiares ángulos y rincones sin salida, debido a que aquella ala había sido taladrada en la roca viva en la colina Opia. Sin escolta habría sido fácil perderse.

Reinaba una atmósfera distendida. Algún que otro guardia pretoriano aparecía apostado en los pasillos, sobre todo porque Tito era su comandante ahora. En conjunto, nadie miraba a los visitantes con demasiada atención y daba la impresión de que podíamos deambular libremente.

Pero, de algún modo, uno nunca lo hacía. De todas formas, los pies lo conducían a uno muy deprisa al exterior del edificio y por lo que observé, eso era un camino muy hollado. El resultado final era que, a pesar del número enorme de habitaciones,

con su variedad de entradas y salidas, y a pesar de la tentación de entrar en ellas de puntillas para sacar ideas para la decoración del propio hogar, si dos grupos visitaban a Tito la misma velada y con el mismo propósito, aunque tal cosa parecía muy improbable, terminarían por toparse cara a cara.

Así fue como Helena y yo nos encontramos con Rubela y Petronio.

Aquellos dos cabronazos chivatos no se alegraron del encuentro. —Parece que nosotros hemos llegado antes al aperitivo —les dije a modo de saludo. Sabía que debían de estar furiosos al saber que a ellos, los vigiles, se les había negado completamente el permiso para registrar la casa de Laelio, mientras que yo había sido llamado allí especialmente. El abismo abierto entre los detectives privados y los vigiles, centinelas o guardas de la ciudad, no se cerraría nunca—. No os preocupéis. Le he hecho un resumen muy completo a Tito César. Sólo tenéis que dejaros ver y podréis volver enseguida a vuestro cuerpo de guardia.

—Ahórrate esas pamplinas, Falco —refunfuñó mi ex socio, Petronio.

—Está bien. Es hora de reconocerlo: he sido incapaz de encontrar la menor pista sobre la niña perdida. ¿Qué tal os ha ido a vosotros?

—Nada —se dignó responder Rubela. El tribuno de la IV cohorte era un ex centurión rechoncho, duro, de cabeza rasurada, que sólo entendía de juego sucio y de trato desagradable. En eso, era muy superior a la media. Su ambición y su fanatismo lo habían llevado a lo alto del escalafón de los vigiles, aunque su auténtico deseo era ser pretoriano. Pero ése es el sueño de todo muchacho.

A su lado, Petronio parecía más alto, menos corpulento de tórax pero más potente de hombros, más tranquilo, un par de kilos más pesado debido a su estatura y mucho menos vehemente. Vestía de cuero marrón, con una cinta en torno a la cabeza para mantener el rostro despejado de los largos cabellos lisos en plena refriega, botas de triple suela tan pesadas que yo sentía cansados los pies con sólo verlas, y una vara de policía al cinto. Mi antiguo compañero de tienda era un hombre atractivo.

Le dirigí una sonrisa irónica de aprobación.

—¡La sensual Berenice te amará!

—Como él te ha dicho, Falco, olvídalo. —Era Helena, todavía alicaída por la injusta referencia a su hermano. Le presenté a Rubela aunque éste ya había adivinado quién era ella.

—Falco está cansado —anunció—. Me lo llevo a casa para que se recupere de la visión de esa deslumbrante belleza judía.

—¿Has abandonado la búsqueda? —preguntó Petronio, ciñéndose al trabajo que teníamos entre manos. Mi ex socio tenía una vena pudibunda. Cuando estábamos solos, no tenía ningún reparo en hablar de mujeres en tono lascivo, pero consideraba inadecuado que una mujer supiera que eran éstos los temas de los que conversaban los hombres.

—Yo, no. ¿Y vosotros?

—Si anda por las calles, la encontraremos. ¿Y tú? ¿Sabrás dar con ella si sigue en casa?

Irritado momentáneamente, renuncié a mi plan de pedirle que me acompañara al día siguiente. Era evidente que los activos miembros de la IV cohorte —y, probablemente, miembros de las otras seis— se limitaban a vigilar, a la espera de que me organizara un lío con la tarea. Pero estaba decidido a decepcionarlos. Sin embargo, tenía que mantener abiertas todas las opciones:

—No nos peleemos cuando hay en juego la vida de una chiquilla.

—¿Quién se pelea?

Petronio era quien tenía ganas de disputas. No obstante, pensando en Gaya, volví a cambiar de idea respecto al día siguiente:

—Lucio Petronio, acabo de pedirle permiso a Numentino para que me ayudes, en vista de tu experiencia.

Petronio hizo una irritante reverencia en son de broma.

—Cada vez que te quedas atascado, Marco Didio, puedes pedirme que te ayude a salir del apuro.

—Por todos los dioses —refunfuñó Helena—, dejaos de juegos los dos.

Con un encogimiento de hombros, me dispuse a marcharme. Rubela decidió intervenir. Para él, en condiciones normales, yo sería un aficionado entrometido al que, si por él fuese, encerraría en una celda hasta que se me pudriesen las botas. Aquella noche, en vista de que siempre se imponía a Petronio y de que éste estaba de broma, se decidió por una colaboración amigable.

—¿Necesitas algo, Falco?

—Gracias, pero no. Se trata de un registro domiciliario de rutina y la familia no pone dificultades. Al menos, que yo sepa.

—¿Has encontrado algo que pueda ser de utilidad?

—Me parece que no. La última vez que se vio a la niña fue en casa. Es muy probable que aún siga allí. No tiene contactos externos conocidos... —Aparte de mí, por supuesto, pero preferí no insistir en ello. Rubela era más suspicaz que el Hades. Le encantaría detenerme bajo la falsa acusación de complicidad—. Tampoco he visto rastro de que los Laelios oculten una petición de rescate. Todos sus problemas, que yo sepa, son de naturaleza familiar. Ahí ha de estar la respuesta.

—Así pues, la familia tiene problemas... —A Rubela le encantaba repetir parte de lo que uno decía, como si quisiera adelantarse a los acontecimientos. Capté la mirada de Petronio. Él y yo siempre habíamos estado de acuerdo en que las personas de más alta posición robaban las ideas a los demás.

—Muchos. Por cierto, ¿alguno de vosotros, expertos en el tema, podría explicarme eso de las normas que rigen a los tutores? —inquirí—. ¿Puede aceptar ese

trabajo un hijo que, oficialmente, está todavía bajo la autoridad de su padre?

—Sí, claro. Es un deber cívico, como votar. —La respuesta procedía de Petronio—. Cualquiera que haya cumplido la edad estipulada tiene derecho a ello, sea cual sea su posición social. Pensaba que tú mismo serías el tutor de Maya, a estas alturas.

—¡Por Júpiter! Detestaría ser el encargado de decirle a Maya que tiene que darme explicaciones de sus actos formalmente.

Petronio me dedicó una mirada extraña, casi como si considerase que estaba abandonando a mi hermana.

—¿Y qué tiene que ver eso con la niña desaparecida? —preguntó Rubela.

—El padre de Gaya me ha contado un cuento increíble. Se habló de peticiones legales y toda clase de papeleo. Todo ello para nada, según parece. O bien el padre anda metido en algo muy retorcido o, como lo ha definido el abuelo, es un completo idiota.

—¿Y dónde está ese idiota? —musitó Rubela.

Le indiqué dónde vivía Laelio Escauro.

—He aconsejado a la familia que le informe de que Gaya se ha perdido...

—Podemos hacer algo mejor —me interrumpió el tribuno con una sonrisa de complicidad—. Si su querida hijita anda metida en algún problema terrible, debemos traer a Roma a ese pobre padre preocupado lo antes posible. De hecho, podría contar con una escolta oficial de vigiles para que le despejen el camino.

No era conveniente rechazar la colaboración de los vigiles, como descubriría más tarde Numentino. Los tribunos de las cohortes no encajaban bien una negativa.

—¡Vaya, vaya! —exclamé con una mueca—. Laelio Escauro recibió una educación inocente, sacerdotal. Esto constituirá un golpe terrible para él. Pensará que quieres detenerlo.

—¡Que lo piense! —replicó Rubela con una sonrisa maliciosa.

No se me ocurría para qué podía servir tal cosa, pero cualquier sorpresa inesperada puede causar una reacción favorable en alguien como Escauro. Que la IV cohorte de vigiles acudiera a explicarle sus derechos y responsabilidades legales lo alarmaría, sin duda.

Con todo, no estaba seguro de querer estar en la piel de Rubela cuando la influyente familia Laelia, indignada, se quejara ante el prefecto de la ciudad de que uno de sus miembros había sido detenido injustamente. Y los Laelios eran algo más que influyentes. Recibían el trato más exquisito por parte de las autoridades más altas... y aún no sabía por qué.

XL

Increíble, pero todavía quedaban ocho días para los idus de junio. Anochecía. Era el mismo día en que me levanté al alba y acudí a la casa de las vestales con la intención de ver a Constanza, a la que seguí a la fuente Egeria, cuando recibí la llamada de Rutilio Gálico y conseguí permiso para entrar a investigar en la casa de la familia Laelia. Ahora, ya había realizado también una visita a la Casa Dorada. La jornada ya se extendía más de lo que yo deseaba, pero todavía no había terminado.

—Coge la litera, vuelve a casa y descansa —dijo Helena con voz lánguida.

—¿Dónde está Julia?

—He conseguido encontrar a Cayo. —Cuando encontrábamos la manera de disuadir a mi zarrapastroso sobrino de que dejara de deambular por las callejas, sabía cuidar de nuestra hija excelentemente (si le pagábamos bien)—. Le he dicho que durmiera en nuestra cama si nos retrasábamos.

—Lo lamentarás. Ese chico nunca va limpio. ¿Qué te propones? ¡Como si no lo supiera!

—Será mejor que me acerque a casa de mi padre y le dé noticia del destino de mi hermano.

Naturalmente, fui con ella.

El senador me prestó a su barbero y me ofreció algo más de comer. Mientras me aseaban y me atendían, tuve mucho en qué pensar. En realidad, no me preocupaban gran cosa los Camilos y su traidor ya muerto. Para mí, el caso de Publio Camilo Meto estaba cerrado. Sus parientes, en cambio, no se librarían nunca de él. Los recuerdos de un escándalo duran mucho tiempo en Roma. Una familia podía tener numerosos antepasados estadistas de gran prestigio, pero los biógrafos se fijarán sólo en un antiguo traidor.

Cuando me sumé de nuevo al grupo, todos estaban concentrados en un agitado debate acerca de su nuevo sufrimiento. Eliano me vio aparecer en el umbral, se levantó y, tras pedirme que quería hablar conmigo unos instantes en privado, me condujo a una antesala. Detrás de él, en el salón, la conversación bajó ligeramente de tono cuando los padres de Helena lo vieron que me llevaba aparte.

—Tendrás que preguntarle los detalles a tu padre, Eliano. Mi situación siempre ha sido difícil; siempre he deseado vehementemente que nadie descubra que me desembaracé del cadáver de Publio arrojándolo a una alcantarilla.

—Mi padre me ha contado lo que sucedió. A la sazón, yo estaba en el extranjero. Cuando volví a casa, descubrí que mi tío había desaparecido. Desde entonces, lo que hizo se ha cernido sobre nosotros como una plaga. Hoy, incluso, parece que no puedo librarme de las consecuencias. Falco, tú tuviste algo que ver...

—Me temo que todo lo que no te ha revelado tu padre es confidencial.

—Así pues, están haciéndome el vacío, pero no puedo saber por qué.

—Ya sabes lo suficiente. Y tienes razón: es injusto —asentí, comprensivo—. Pero era inevitable que quedara un estigma. Por lo menos no hubo ejecuciones públicas, ni confiscación de propiedades.

—Tío Publio siempre me cayó bastante bien. —Aquel aspecto debía de atemorizar a sus padres, aunque no se lo dije a Eliano. Los padres temían que sacara el mismo temperamento que su tío. El muchacho era inquieto e impaciente con el resto de la sociedad. Igual que su tío, podía perder la paciencia con las normas y buscar sus propias soluciones, a menos que fuese conducido por el buen camino durante los años siguientes. Era un intruso. Un problema latente.

Durante unos instantes me pregunté si sería aquélla la clase de problema que había sufrido la familia Laelia respecto a Escauro.

—Tu tío parecía bastante difícil de abordar.

Para mí tenía un aire frío, casi lúgubre.

—Sí, pero se supone que Escauro ha tenido una vida turbulenta, que se pasaba el tiempo fuera y que vivía en el límite. También que ha tenido una hija ilegítima... y según las noticias que me han llegado murió en circunstancias poco corrientes.

Eliano enmudeció.

—Sosias —dije en tono de reproche—. Sí, sé cómo murió.

—Era apenas una muchacha. En realidad, no la recuerdo, Falco.

—Yo, sí. —Lo miré fijamente y contuve una lágrima.

Eliano aún quería presionarme para que le diera más información, pero no tuvo suerte. Me estaba hundiendo bajo los efectos de un día largo y deprimente. Me quedaban dos alternativas: derrumbarme y echarme a dormir, o mantenerme alerta en la búsqueda de la pequeña Gaya emprendiendo alguna nueva actividad. Estaba pensando en esto mientras el barbero me pasaba la navaja por el cuello. Quieto en mi asiento, trataba de evitar que se le escapara un corte; mi cuerpo se había relajado y mi mente se aclaraba por momentos. Mis pensamientos tenían tiempo de concentrarse como no habían podido hacerlo en toda la tarde, por estar volcado en el registro de la casa de Laelio.

Ahora sabía qué se necesitaba a continuación. También sabía que necesitaría ayuda. Y la mejor persona a quien podía recurrir era a Lucio Petronio pero, para ser justo con él, no podía pedírselo. Ya casi había perdido su trabajo por relacionarse con la hija de un delincuente. Lo que yo planeaba era un riesgo excesivo para él.

—Así pues, ¿qué me aconsejas, Falco? —preguntó Eliano por sorpresa.

—Que olvides el pasado.

—Tengo que vivir con él.

—Construye para el futuro. Probablemente los arvaes son una mala opción para ti, de todos modos: demasiado exclusivos, demasiado restrictivos y retrógrados. No te

puede gustar eso de bailar en mitad de un bosque donde unas esposas chifladas matan con cuchillos de ceremonia a sus maridos coronados con espigas. —Recordé algo que quería preguntarle y así lo hice—: Por cierto, me han dicho que le has pedido al jefe de los espías que descubra quién era la víctima. ¿Es cierto eso?

Eliano tuvo el detalle de sonrojarse ligeramente.

—Nosotros no llegábamos a ninguna parte...

—¿Nosotros? El misterio, que, por cierto, me dijiste que ibas a revelar de todos modos, era cosa tuya.

—Lo siento.

—Está bien.

—De todos modos, Falco, es inútil recurrir a Anácrates. No ha sabido darme una sola respuesta.

—En cambio, a mí, sí. El hombre se llamaba Ventidio Silano. ¿Has oído hablar de él alguna vez? Yo, no. —Eliano movió la cabeza. Lo miré con calma y añadí—: Me sorprende que hayas acudido a Anácrates.

—Bien, parecía la única esperanza. Había hecho todo lo que estaba a mi alcance. Incluso había pensado en cabalgar por la Vía Apia y mirar en todas las tumbas patricias buscando indicios de algún funeral reciente. No había nada. Si era allí donde había ido a parar la urna, todas las flores funerarias y otras cosas habían sido retiradas.

Realmente Eliano había demostrado que tenía iniciativa. Oculté mi asombro.

—Tienes suerte. El jefe de espías no lo sabe.

—¿No sabe qué, Falco?

Dejé que el asunto lo inquietara el tiempo suficiente.

—Pero podría enterarse fácilmente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la prueba material todavía sigue ahí, en su casilla. Me asombra que te arriesgues a recordárselo. Aunque, claro, eso podría hacerlo otro...

—¿Tú? —Por fin, empezaba a entender mis amenazas.

—¡Te tengo en mi poder! —le dije con una mueca. Después, me puse duro—. Se te confió un documento secreto, del cual pende el destino de la industria aceitera de la Bética y, tal vez, de toda la provincia de la Hispania Bética, y dejaste que cayera en manos de unos hombres a quienes se tiene por conspiradores. Les diste tiempo y ocasión de modificar ese documento. Más tarde, cuando comprendiste que tu buena fe había sido traicionada, fingiste no darte cuenta y entregaste al jefe de espías el rollo alterado, sin decirle nada.

Eliano permaneció muy callado.

—Igual que tío Publio, realmente —le dije en son de chanza—. Y ya sabemos lo que le sucedió. Bueno, no lo sabemos; tenemos que imaginarlo. —Hice un alto e

imaginé, demasiado vividamente, el hedor del cuerpo del traidor descompuesto y lleno de gases—. Ahora, presta mucha atención: Anácrites es terriblemente peligroso. Si quieres hacer carrera (de hecho, si quieres tener futuro en cualquier cosa), no te metas con él.

El joven se pasó la lengua, seca, por los labios, aún más resecos.

—¿Y ahora, qué, Falco?

—Ahora —respondí— tengo que intentar algo que es una pura locura. Pero tengo suerte porque tú, Aulo, me debes una buena cantidad. Así pues, sin una discusión, sin un titubeo y, desde luego, sin poner al corriente a la familia, vas a acompañarme para encargarte de mi manutención.

—Me parece justo —asintió él con expresión resuelta—. ¿En qué consiste mi tarea?

—En sujetarme una escalera, simplemente eso.

—De eso soy capaz —dijo él con un pestañeo.

—Bien. Tendrás que estar muy callado mientras yo subo. No podemos arriesgarnos a que nos descubran.

Eliano se mostró más inquieto.

—¿Se trata de algo ilegal, Falco?

¡Vaya perspicacia!, pensé.

—Todo lo ilegal que puede ser. Tú y yo, mi fiel camarada, nos disponemos a forzar la entrada en la casa de las vestales.

Eliano sabía que se trataba de una mala noticia, pero tardó un momento en recordar con precisión que cualquier acto contra las vírgenes vestales estaba castigado con la pena de muerte.

XLI

—Esto no me gusta, Falco.

—Calla. Sólo es un leve atropello de la intimidación.

Había conseguido llevar a Eliano hasta el final de la Vía Sacra antes de que le fallara el ánimo. Caminaba embozado bajo una capa oscura, que era su idea de lo que había que llevar para un trabajo lóbrego. Yo no necesitaba jugar a disfraces; había pasado toda mi vida profesional disimulando mi aspecto real. Era mejor parecer normal. Aún llevaba mi toga de respetable procurador romano.

Bueno, también Festo acostumbraba a ponérsela y le quedaba muy elegante. En mí, por no sé qué razón, la vieja toga siempre parecía raída y apolillada.

Me imaginaba que, vestidos de tal guisa, podríamos deambular por las calles como dos relajados conmlitones sumidos en una profunda conversación filosófica. Si más tarde me pillaban en plena faena, la toga podría serme de gran ayuda. A diferencia de los hijos de Maya, que tendrían que cargar con la vergüenza de tener por padre a Famia, Julia Junila sabría, cuando creciese, que su querido padre quizás había mostrado una falta de respeto hacia las vestales, pero que iba bien vestido cuando lo hizo.

—Van a cogernos, Falco.

—Seguro que sí, como no cierres el pico. Haz como si tuvieras un documento que te autoriza a estar aquí.

Ahora, el corazón me latía alocada y febrilmente. La última vez que me sentí tan nervioso estaba trabajando con mi padre. En su compañía, siempre había buenas razones para sentirse aterrorizado. Por ejemplo, revolver en el mundo del arte y ser conocidos como los terribles Didios habría sido un juego de niños comparado con lo de ahora.

—Aulo, no espero que me acompañes; puedes quedarte fuera, de guardia. He hecho cosas peores. Lo único que debo hacer ahora es saltar, entrar y rondar un poco hasta dar con la puerta del dormitorio de Constanza.

—No puedo creer que las vestales tengan una placa con su nombre en la puerta de su celda.

—Veo que eres el miembro de la familia que tiene la mente más lógica.

Habíamos dejado la casa del senador (tras dar al portero un mensaje en clave respecto a nuestros futuros movimientos). Nos encaminamos a la puerta Capena, tomamos a la derecha frente al templo del divino Claudio y bajamos por la Vía Sacra hasta llegar a la calle de Vesta. Nos encaminamos directamente al recinto de las vestales rodeado por el muro, cuya verja no estaba cerrada.

—¡Sorpresa! —murmuró Eliano.

—No, no; tienen obreros que trabajan en esta parte. Los obreros nunca echan el

candado en la propiedad ajena.

Capté el olor del fuego sagrado que se alzaba en volutas de humo a través del agujero del techo del templo. Ya era demasiado oscuro como para distinguir la fina columna de humo. El tambor ornamental del templo parecía cernerse sobre nosotros, con su imponente majestuosidad, con un brillo blanco pálido. Fuera, el Foro se volvería espectral en poco rato. Parecía desierto, pero estaría lleno por todas partes de siniestros susurros y ruidos de pasos. Probablemente también se producían allí encuentros amorosos y otros asuntos deshonestos. De haber estado abierto, los vagabundos se habrían calentado a la lumbre del fuego sagrado.

En la zona había patrullas rondando que echaban a patadas a los merodeadores. Cuando las criaturas de la noche se apoderaban de Roma, los ciudadanos nos hallábamos bajo una doble amenaza, la suya y la de quienes nos protegían contra ellas. Teníamos que actuar deprisa.

Unas pálidas luces parpadearon en la gran capilla jónica anexa al bloque de entrada. No podíamos arriesgarnos a prender una antorcha. Ni siquiera se nos había ocurrido traer una. Las lámparas vacilantes de la capilla hacían de ésta el mejor lugar para intentar la entrada. Cualquier otro resultaba, simplemente, demasiado oscuro. Pero aquel punto también significaba que, si se acercaba alguien, nos vería claramente.

Sabía perfectamente dónde encontrar una escalera. Por la mañana, cuando estuve allí, no perdí el tiempo. Como en todos los demás lugares que había visitado esos días, los contratistas de obras que habían trabajado en la casa de las vestales después de su destrucción durante el gran incendio habían dejado una zona para almacén que abarcaba un lado del recinto, probablemente sin permiso. Para ellos no había nada sagrado. Finalmente, me decidí a tomar prestada una lámpara de la capilla para explorar qué habían dejado los hombres. Con gran esfuerzo por no hacer ruido, cogimos la escalera más próxima. Al principio, la movimos sin problemas; después, cuando apartamos un extremo del resto del material allí guardado, dio la impresión de que la escalera se hacía más pesada y más engorrosa de transportar.

La dejamos en el suelo y cubrí la luz con la mano.

Nada.

Mientras me lamía la palma de la mano chamuscada, presté atención a los sonidos nocturnos de Roma. Unas voces distantes; unos débiles acordes de vaga música de flauta; dioses santos, un búho. Más bien un vigía de alguna banda de delincuentes que daba una señal a sus compinches. Quizás un primer aviso de que su presa se acercaba; tal vez un aviso sobre los vigiles.

Ya se oían chirriar las ruedas en todos los caminos de acceso a la ciudad. El ruido aumentaría cuando los carromatos de reparto avanzaran uno tras otro en una caravana sin fin por apresurar el aprovisionamiento. Productos manufacturados y alimentos

frescos; bocados delicados y utensilios para el hogar; mármoles y maderas; cestos y ánforas; carruajes de potentados. Por lo menos, toda esa barahúnda nos cubriría si teníamos algún accidente.

Aunque estábamos a primeros de junio, la temperatura había descendido con la llegada de la oscuridad. El aire frío heló mi rostro vuelto hacia el cielo. Era hora de moverse.

Eliano me tocó el brazo y asentí con un resoplido. Entre los dos, levantamos la escalera y la trasladamos hasta el costado de la capilla. Me remangué la toga y me la colgué del hombro. Una diosa altiva, bien esculpida, me observó críticamente. Eliano sonrió y la cubrió con la capa que había terminado por quitarse. Era peor que yo.

Trepé por la escalera. La pared era demasiado alta. Habría podido descolgarme de un salto al otro lado sin sufrir más que ligeras magulladuras, pero así no habría tenido manera de huir. Con una maldición, descendí y susurré a Eliano la conveniencia de traer otra escalera y levantarla. Entonces, yo me sentaría a horcajadas sobre el muro, izaría la escalera y la colocaría al otro lado. Los albañiles profesionales lo hacían así cada día. Ojala hubiera llevado conmigo a uno de ellos para que se encargara de estas menudencias.

Esto me llevó un buen rato. Maniobrar con escaleras no es ninguna broma. Quien no lo ha intentado no tiene la más remota idea. Las escaleras de los albañiles de la construcción son toscas; los largueros no son más que meros troncos de árboles jóvenes y delgados, con los travesaños clavados a demasiada distancia unos de otros como para subirlos con facilidad. Si uno resbala, las manos se le quedan despellejadas. Si uno quiere, puede probar su ingenio, su fuerza bruta y su tranquilidad en situaciones apuradas intentando mover escaleras en silencio y a oscuras, mientras piensa en todo momento que ha llegado su última hora.

—Bien hecho, Aulo. Voy a pasar. Si oyes que se acerca alguien, no lo dudes, quita la escalera exterior. Y si se presenta aquí un puñado de lictores, guarda silencio. A esos tipejos no les importa un pimiento dónde dan con sus porras.

—¿Qué hago si algo sale mal?

—Huye para salvar la vida.

Estaba hablando con el preciado hermano de Helena. Debería haberle dicho que se marchara a casa.

XLII

Al parecer, no había nadie por allí.

Descendí por la esquina de la zona del jardín. Cerca, en el lado interior de la verja, encontré una oportuna linterna colgada de un gancho. Probablemente la habían dejado allí a la espera de la sacerdotisa que estaba de guardia esa noche, a la cual correspondía mantener el fuego sagrado.

La tomé prestada.

Si el fuego sagrado llegara a apagarse por falta de atención de una de las vírgenes, a la responsable la desnudarían y la azotarían el pontífice máximo (a oscuras y detrás de una recatada cortina). A continuación, el pontífice tendría que reavivar la llama mediante fricción en una corteza de árbol frutal. Todo un trabajo. Las vírgenes son mujeres santas que respetan sus deberes tradicionales, pero no tenía duda de que si la llama vacilaba y se apagaba en mitad de la noche, cuando no había testigos, la vestal de guardia se limitaba a prenderla de nuevo con la llama de la lámpara. Inquieto ante la posibilidad de que se echara de menos la lámpara, decidí devolverla a su sitio.

Me dediqué a explorar y, al cabo de unos minutos, uno de mis pies no encontró apoyo y me vi metido hasta la rodilla en las aguas frías de un estanque ornamental. Conseguí sofocar un grito y, con esfuerzo, saqué la bota empapada, aparté un puñado de plantas acuáticas que se habían enredado en ella y retrocedí hasta la lámpara.

Protegí mis ojos de la luz y volví a alejarme de la verja, siguiendo esta vez una larga columnata silenciosa y tranquila. El modesto recinto, que había quedado destruido en el gran incendio de Nerón, estaba siendo remozado, aunque parecía que los contratiempos habituales hacían que las obras no estuvieran demasiado avanzadas. Bajo la pendiente húmeda y oscura del Palatino, la mole chamuscada de la residencia principal estaba envuelta en andamios. Sucia de fino polvo, a la columnata le faltaban los pilares superiores y, en aquellos momentos, los inferiores estaban reemplazados por refuerzos provisionales. El hueco de la escalera, por su parte, era una especie de pozo sin fondo abierto en la estructura de ladrillo.

En el otro extremo encontré las cuatro paredes de un nuevo gran salón en plena construcción, al que se accedía por unos peldaños de madera provisionales y que, al parecer, estaría flanqueado por seis estancias menores; el lugar representaba la cabaña regia del monarca y seis celdas para sus hijas solteras pero, aunque hubiera estado completo, las vírgenes modernas no habrían dormido nunca allí. Sin duda, su casa contenía numerosas habitaciones para invitados... y otras dependencias de lujo para cada uno de ellos.

Todo seguía en calma. Tal vez aquellas damas preferían las primeras horas de la noche para recogerse, y, lo más seguro, el resto del personal se escabullía hacia las tabernas de la zona del Circo Máximo cuando quería correrse una juerga.

Desanduve mis pasos, esta vez por la columnata del bloque que se extiende a lo largo de la Vía Nova. Allí había más señales de ocupación. Probé suavemente puertas y ventanas, pero todas estaban cerradas con pestillo. Tenían que estarlo, no tanto para mantener encerradas a las vírgenes como para mantener a distancia a los obreros de la construcción de dedos rápidos y precisos capaces de despojarlas de sus joyas.

Esto no es más que un libelo, me dije. Las vírgenes vestales no se adornan nunca, ni con un simple collar.

LIMITACIÓN DE RESPONSABILIDADES:

Cualquier imputación de vanidad a las vestales queda revocada por consejo legal.

Supuse que las vestales se hacían personalmente la colada de sus prendas íntimas. Oí que una voz de mujer tarareaba algo, salí al jardín y eché un vistazo al edificio que se alzaba encima de mí. La luz se filtró en un fino rayo por una ventana del piso superior, donde las contraventanas estaban abiertas. Colgaba una cuerda de tender la ropa como la que se puede ver cualquier día sobre cualquier calleja del Aventino, en las que se secan al aire nocturno unas largas cintas blancas. Estas cintas, ornamentos capilares que emplean las vestales, eran lo único que no se ve, normalmente, en los tendederos de las casas.

La tonada que tarareaban era demasiado animada para tratarse de un himno, pero se me ocurrió darle una gran sorpresa a una de las mujeres más serias y majestuosas del Imperio, una mujer que no tenía absolutamente ninguna razón para aceptar la presencia de un intruso bajo el alféizar de su ventana. Ella también corría un riesgo. Una virgen sospechosa de haber roto su voto de castidad afrontaba sin más la pena de muerte. El presunto amante sería lapidado; ella, enterrada viva.

Me encontraba en un apuro, pero, es que, a decir verdad, toda la aventura era de estar loco. No había marcha atrás. Intenté quedarme en las sombras y silbar levemente para ver qué efecto producía, pero el animado murmullo continuó como antes. Fui a buscar la escalera con la que había descendido del muro y recogí la toga, aunque mal podía servirme de disfraz.

La escalera era muy larga; en vertical, oscilaba peligrosamente sobre mi cabeza. Cuando la trasladé procuré con muchísimo cuidado no hacer ruido mientras la colocaba exactamente bajo la ventana iluminada. Pasé unos momentos difíciles hasta encontrar un lugar plano en el que apoyarla. Cuando pude soltarla, me apoyé en los travesaños entre audibles jadeos. Tenía el corazón en un puño. Desde luego, aquella era la mayor tontería que había cometido en mi vida.

Ya había ascendido la mitad de la distancia cuando se produjo el desastre. La bota mojada, todavía con el légamo del fondo del estanque pegado a la suela, resbaló en uno de los peldaños. Conseguí recuperar el equilibrio pero hice demasiado ruido. Enseguida me agarré a la escalera y permanecí sin moverme, como paralizado.

Pensé que no había sucedido nada irremediable hasta que oí que la ventana se

abría un poco más. Una luz bañó la pared bajo el alféizar. Levanté la mirada y vi una silueta femenina con la diadema rígida que lucen las vestales. Me llegó un sonido apagado, que en otras circunstancias habría tomado por una risilla. A continuación, una voz cuchicheó en tono jocoso:

—¡Oh, querido! ¡Pensaba que no llegarías nunca!

Era broma. Por lo menos, esperaba que lo fuera.

En cualquier caso, no tuve tiempo para discutir. Constanza alargó los brazos hacia mí, me agarró por la espalda de la túnica, me izó sobre el alféizar de la ventana y me entró a tirones.

XLIII

—¡Qué sitio tan bonito!

—Gracias.

—¿Constanza? —Generalmente, a las vestales se les conoce por un solo nombre aunque, al parecer, ella tenía dos.

—Soy yo. ¿Y tú?

—Marco Didio Falco —respondí, intentando transmitir cierta formalidad.

—¡Oh, Falco! He oído hablar de ti. ¡Eres muy osado! ¿Qué habrías hecho si yo hubiese chillado?

—Fingir que era un pintor de ventanas haciendo turno de noche y gritar más fuerte que tú me habías atacado primero.

—Bueno, tal vez habría colado.

—No voy a verificar la teoría. Tenía la esperanza de que fueras tú. He estado en el jardín intentando comprobar si esa dulce voz de soprano era la misma que esta mañana gruñó «cojones».

—¡Oh, lo oíste! —comentó Constanza en tono indiferente—. Siéntate en el sofá y disculpa un momento. Voy a quitarme el uniforme.

Sus delgados dedos deshicieron el nudo de Hércules bajo su pechera blanca. Tragué saliva. Por un momento, creí que iba a ser agasajado por una representación en directo de *Afrodita desnudándose para el baño*. Pero además del espacioso camarín donde me había recibido, a Constanza también le habían asignado un vestidor donde podía quitarse decentemente su túnica blanca. Ella, sin embargo, vio mi pánico y tras guiñarme el ojo, desapareció en su recinto interior.

—Quédate ahí sentado. ¡No te muevas!

No era el momento de que un niño valiente empezara a llorar llamando a su madre. Me acomodé en aquella especie de triclinio tal como me había ordenado. Sólo había uno. Me pregunté dónde se sentaría Constanza cuando regresara.

Era un mueble elegante hecho con una lujosa madera extranjera y cubierto con unos cojines de lana hermosamente tejidos. Mis botas descubrieron un escabel a juego. Hundí el hombro en un cojín cilíndrico adornado con borlas. Al mirar a mi alrededor vi que la habitación era un dechado de buen gusto. Murales arquitectónicos rojos y negros en las paredes, con mediacañas enmarcando sencillas urnas. Soportes para las luces y lámparas de bronce. Discretas alfombras de piel de venado. Novelas griegas. Uno no podía esperar que la chica se sentase ahí, noche tras noche, jugando interminables partidas de soldados contra ella misma.

Mi anfitriona volvió al instante. La miré detenidamente fingiendo no hacerlo. Ella sabía que yo no le quitaba ojo.

Más cerca de los veinte que de los treinta, se le veía magnífica en un suelto

vestido de movediza tela color ocre y unas exquisitas chinelas doradas por las que asomaban los dedos de sus pies. Bajo el brazo llevaba un recargado espejo de mano y lo que parecía una caja de cosméticos. Se había quitado la diadema y, mientras hablábamos, se desanudó varios lazos y se deshizo las plisadas trenzas de estilo tradicional hasta dejar todo el cabello suelto, que brilló bajo la luz de la lámpara. De un color castaño oscuro, era probable que no se lo hubiese cortado desde que había entrado por primera vez en la casa de las vestales.

Constanza dobló un pequeño pie bajo el cuerpo y se sentó en el otro extremo del sofá, dejando espacio entre ambos. Luego puso el espejo en equilibrio sobre una rodilla y procedió a encender un pequeño brasero con la mecha de una de las lámparas.

—Veo que estás acostumbrada a manejar el fuego.

Pese a mi punzada de inquietud, el brasero no era para hacer sortilegios ni oficios religiosos. Era para calentar sus tenacillas de rizarse el cabello. Allí estaba yo, ilegalmente en la casa de las vestales, contemplando a una vestal en su tiempo libre mientras mojaba el peine en una jofaina con agua y empezaba a hacerse un peinado distinto.

—Nos permiten relajarnos —comentó al ver mi asombro. Sus manos torcieron las tenacillas calientes con mucha práctica. Podemos emplear como queramos nuestro tiempo libre, siempre y cuando la jefa de las vestales no oiga música demasiado alta ni huela perfumes que tengan inquietantes fragancias eróticas del país de los partos.

—Así que la sencilla vida de célibe no te molesta...

—Tiene algunas desventajas, no lo niego. —Sus ojos castaños claro brillaron expresivos.

—Pocos visitantes, ¿no es eso?

—Tú eres el primero, Falco.

—Qué suerte la mía. Mi amigo Petronio cree que todas las vírgenes son lesbianas.

—Quizás algunas lo sean. —Me convencí de que ella no lo era.

—O que tienen amantes que entran y salen de noche furtivamente.

—Tal vez algunas los tengan. —No contaba mucho pero añadió alguna sugerencia—: O que todas somos unas brujas gruñonas que quieren desposeer a los hombres, o que la simplicidad de la vida significa dientes ennegrecidos y olores corporales.

—Sí, creo que ésas son otras teorías populares.

—Espero que alguna que otra vez, todas ellas sean ciertas. ¿Por qué generalizar? En cualquier grupo de seis personas hay todo tipo de personalidades. Y tú, ¿cómo lo ves, Falco?

Yo veía muchas cosas pero no estaba dispuesto a decirlas, como, por ejemplo, que me gustaban los pequeños y descarados tirabuzones que se había hecho sobre las

orejas.

—Hablas como si hubieses nacido en el lado malo de la Vía Sacra. Un distintivo plebeyo, ¿no?

Constanza se encogió de hombros y sus tirabuzones se movieron ligeramente. En realidad, su acento era del todo neutral, pero le habían enseñado a hablar de una forma aceptable, claro. Era su actitud franca y desenvuelta lo que la delataba.

—¿Piensas que no encajo aquí? —Asentí—. Pues te equivocas. Éste es mi oficio y me siento orgullosa de él. Ah, y nunca esperé llegar a superiora de las vestales, pero no me encontrarás eludiendo mis tareas o deshonrando a los dioses.

—No hay ninguna duda de que tus pasteles salados son maravillosos.

—Exacto. Cuando me retire, tengo planeado abrir una pastelería.

—Yo pensaba que recibirías la dote imperial y te casarías.

Constanza me miró de soslayo mientras soltaba un mechón de pelo de las tenacillas.

—Eso dependerá de las ofertas que haya en ese momento.

Pensé que no muchos hombres tendrían el ánimo suficiente para casarse con aquel vivaz personaje.

Mientras se aplicaba de nuevo las tenacillas calientes, se limpió la carbonilla con una tela suave y luego envolvió un nuevo mechón de pelo en la barra de metal.

—Si el hierro está demasiado caliente, el cabello se cae. —Me lanzó una mirada que me arrepentí de haber hablado—. Bueno, eso es lo que me han dicho. Supongo que mañana tendrán que hacerte de nuevo esas recatadas trenzas para asistir al sorteo. —Constanza hizo una pausa al comprender que había ido a verla para hablar de ese asunto. Le tendí el espejo para que viera cómo iba quedando el peinado—. He estado buscando a la niña desaparecida.

—Pero no la has encontrado. —Era una afirmación llana, una que me puso en mi lugar.

—Ah, pero ¿lo sabes? Supongo que como punto de relación virginal, has recibido informes cada hora.

—Así como peticiones casi cada hora para que discuta la cuestión con tu novia. —Su tono era un tanto crítico.

—Helena Justina es sumamente persistente.

—Y ahora, ¿te ha enviado a ti?

—No, de esto no sabe nada. Visito furtivamente a mujeres por cuenta propia.

—Pues se enterará.

—Yo mismo se lo contaré.

—¿Se enfadará?

—¿Por qué va a enfadarse? Sabe que necesito desesperadamente hablar contigo sobre Gaya Laelia. He entrado colándome por la ventana tras un número razonable de

negativas a recibirme, no porque me apeteciera una aventura barata.

—Pues si te pillan aquí será más cara que barata, Falco.

—¡Como si no lo supiera! Y entonces, ¿por qué esa reserva tan obsesiva con respecto a los Laelios?

Constanza dejó a un lado sus artilugios de cosmética y se inclinó hacia mí con vehemencia. Llevaba el traje recatadamente abrochado y sin embargo tuve una extraña sensación de alarma al ver el pálido cuello desnudo de una vestal por encima de los sueltos pliegues de su oscuro vestido.

—Eso no importa, Falco.

Yo estaba molesto y ella fingió no advertirlo.

—Bien, y entonces, ¿que ocurre con Gaya? Sé que habló contigo acerca de hacerse vestal, la primera vez en la recepción de la reina de Judea. Y su madre me ha dicho que vino a verte.

—Sí.

—¿Y cuáles son las preocupaciones de las que quería hablarte?

—Las que conlleva ser vestal, nada más. Pensé que esa cría tenía un maravilloso espíritu inquisitivo. Una candidata de lo más prometedor. Me preguntó por todos los rituales y, como es natural, la ayudé todo lo que pude.

—Yo también te estoy preguntando —gruñí—, pero a mí no me ayudas.

—¡Oh querido! —Sus pucheros no habrían desmerecido a los de una camarera de taberna coqueteando con un cliente.

Contuve el mal humor.

—Gaya me dijo que alguien de su familia quería matarla. ¡Por Júpiter! ¿Cómo es posible que alguien con autoridad la escuche y crea que habla en serio?

—Lo es. A mí me contó lo mismo y me pareció que decía la verdad.

Me recliné de nuevo en el triclinio y sentí que estaba a punto de terminar una horrible pesadilla. Respiré despacio. Mis problemas, sin embargo, no habían terminado. La vestal en cuyos aposentos privados me encontraba gracias a haberme colado a hurtadillas alargó la mano, me acarició la frente y me ofreció vino.

Tenía preparada una jarra siria de cristal en una bandeja y no sabía que yo iría a verla. Debía de ser su sosiego habitual. Sólo había un vaso pero convinimos que no sería inteligente mandar que trajeran otro.

—¿Que te parece? —preguntó con cortesía mientras yo bebía—. No sé de dónde es pero me han asegurado que es bueno.

—Muy bueno. —Yo tampoco reconocí el vino pero, fuera cual fuese la uva y el origen, era más que aceptable. Pensé que me habría gustado que Petronio lo probase. En realidad, me habría gustado que Petronio contemplase toda aquella situación así como verlo soltando su repertorio de aullidos de incredulidad—. ¿Te lo ha regalado un admirador?

—En honor de Vesta.

—Muy devoto. ¿Y qué dijo Gaya? —No dejé que me desviara del camino—. ¿Quién la había amenazado?

—Nadie le hará daño, Falco. No corre ningún peligro.

—¡Tú sabes algo!

—Sé que ahora está a salvo de los miembros de su familia pero no puedo decir dónde se encuentra. Eso no lo sabe nadie. Tendrás que descubrirlo.

—¿Por qué? —Me había sacado de mis casillas—. Ya he perdido todo un día con esto. Estoy derrotado y desconcertado por los obstáculos que han puesto en mi camino. ¿Cuál es la razón? Si supiera de qué tenía miedo Gaya, me resultaría más fácil encontrarla.

—No creo, Falco.

La chica continuó atosigándome con el vino pero yo conocía ese viejo truco. Tal vez lo notó porque me quitó el vaso y bebió ella.

Yo se lo quité de nuevo y lo dejé en la bandeja.

—¡Concéntrate! Pensé que a Gaya la había importunado el «tío Tiberio» con sus proposiciones deshonestas. ¿No lo mencionó?

—Oh, ese hombre era un sucio —admitió de inmediato Constanza.

—Entonces, ¿como es posible que una vestal retirada, Terencia Paula, se casara con él?

—Porque era rico.

—Un hijo de puta rico.

—Engañó a Terencia haciéndole creer que la amaba.

—¿Él era rico y ella tonta?

—¿No vas a rendirte?

—No.

—Muy bien —Constanza decidió darme algo. Tal vez no fuese todo (pocas mujeres lo hacen a la primera ocasión y mucho menos las vírgenes consagradas)—. Terencia se casó con él porque le dijo que era la mujer que siempre había deseado. Ella se emocionó y lo aceptó por una zalamería equivocada y por despecho tal vez..., ya que Tiberio era el amante que su hermana casada le había pasado por el morro durante muchos años.

XLIV

Doblé los brazos sobre el pecho y estiré las piernas, cruzando los tobillos. Me sentía terriblemente cansado.

¿Qué significaba todo aquello para Gaya? Más explosiones en la familia, eso seguro. Lo que en esos momentos entendí era lo que habían querido decir cuando me contaron que «tío Tiberio» era un viejo amigo de la familia.

Sabía que Terencia Paula se había retirado de vestal hacía unos dieciocho meses y que se había casado hacía menos de un año. Estábamos en junio. Su hermana, había dicho el ex flamen, murió en julio del año pasado.

—La boda de la vestal y la muerte de la flaminia prácticamente coincidieron.

—Es lo más probable. —Noté que Constanza se resistía a hablar. Sus brillantes ojos me miraban enfebrecidos. Yo hubiese podido creerla si a ella le hubiera gustado la novedad de mirar a un perro atractivo con rizos desgreñados y una cautivadora sonrisa, para no mencionar, por supuesto, la arruga levemente marcada que se insinuaba en mi perfil meditabundo y sensible.

Ella tenía un aire recatado. Tal vez se la veía severa cuando vestía la túnica religiosa, pero tenía unos rasgos normales iluminados por una inteligencia perceptible; en su tiempo libre era una chica muy bonita. Como hija de un centurión o esposa de un tribuno, habría causado el revuelo de cualquier legión y una fuente inevitable de problemas entre sus hombres.

Por suerte, las chicas bonitas no son ningún problema para mí.

—Me han dicho que la flaminia, ¿se llamaba Estatilia Paula?, murió repentinamente. ¿Sabes cuál fue la causa de su muerte?

—¿Aparte del ataque de ira por el anuncio de la boda de su hermana? —Constanza se mordió el labio—. De hecho, sí lo sé. Tenía un tumor, así se lo había contado a la superiora de las vestales, no para compartir con alguien su tragedia sino para molestar a su hermana, al no querer confiarle a ella su secreto.

—¿Conocía alguien de la familia la larga aventura amorosa de la flaminia?

—Supongo que sí, pero desde luego no la pequeña Gaya.

—¿Significa eso que incluso el flamen lo sabía?

—Se sabía que era un hecho aceptado tácitamente. El suyo era sólo un matrimonio de compromiso.

—Pero eso debía de despertar en él sentimientos de algún tipo. De hecho, el único momento en que lo vi animado fue cuando habló de su esposa.

—Eso —dijo Constanza con frialdad— se debe a que culpa a su mujer de su muerte y haberlo desposeído de su posición.

—Eres muy dura. —No replicó—. ¿Y Gaya? ¿Quería a su abuela?

—Lo que quieres saber es si la muerte de su abuela la afectó, ¿no? Creo que la

niña estaba muy unida a Terencia. Terencia la convirtió en su mascota. Me parece que incluso pensó en nombrarla heredera.

—¿Y Laelio Escauro? Tengo entendido que era al favorito de Terencia.

—Sí —respondió Constanza, jugando con uno de sus tirabuzones—, pero sigue estando bajo el control paterno, por lo que no puede tener propiedades.

—¿Cuál es la diferencia?

—Ninguna, tal como están las cosas. Gaya también está bajo la potestad de su abuelo, pero si se convirtiera en virgen vestal, una vez habitara la casa de las vestales, a diferencia de sus otros parientes, podría tener propiedades. De hecho, hasta podría hacer testamento.

—Entonces, si Terencia muere y Gaya hereda, el botín le pertenece a ella de inmediato y puede legarlo incluso a alguien que no sea miembro de la familia, mientras que si Gaya no consigue hacerse vestal, todo lo que Terencia deje a Gaya o a su padre será controlado por Laelio Numentino desde el momento en que entre en vigor el testamento.

Todo esto era muy intrigante.

—Mientras viva. Luego, la posición de cabeza de familia pasa a Laelio Escauro.

—A quien incluso su querida tía puede considerar un tipo algo ingenuo para mantener el control... Pero si enfurece demasiado a su padre, Numentino podría desheredarlo.

—Todo esto te ha excitado mucho, Falco.

—Bueno, explica muchas cosas —le dediqué mi mejor sonrisa. En su inmensa mansión llena de esclavos del Aventino, los Laelios afirman vivir en una decorosa pobreza.

—Sí, pobrecitos —dijo Constanza con un tono de voz mordaz e irónico, al tiempo que arqueaba las cejas. Era una chica con un carácter al que podría aficionarme.

—Me pregunto —comenté— si alguien de la familia ha escondido a Gaya deliberadamente para asegurarse de que no resulte elegida en el sorteo y sea económicamente independiente.

—Qué drástico, ¿no?

—El dinero hace perder el sentido de la realidad a mucha gente.

—Y otras cosas también.

—¿Como cuáles? —pregunté, y esta vez, cuando le dediqué una sonrisa, me la devolvió amablemente.

—El amor —sugirió Constanza—. O lo que se confunde con el amor en la cama.

Quién sabe qué derroteros hubiera tomado el interrogatorio pero, en aquellos momentos, se oyeron pasos en el pasillo exterior.

Me puse de pie y me acerqué a la ventana sin hacer ruido. Constanza se puso un dedo sobre los labios. Los pasos se alejaron. Parecían de una sola persona. Constanza,

que no se había inmutado, debió de reconocer el pesado taconeo de los pasos de una de sus compañeras. Las vestales suelen ser mujeres corpulentas. Para compensar su vida solitaria, tienen que alimentarse bien.

La prudencia me recordó que no debía quedarme allí más tiempo. Constanza, que también se había puesto de pie, me susurró en tono conspirador:

—He disfrutado mucho hablando contigo, pero ahora tienes que irte. Siempre cabe la posibilidad de que aparezca una compañera a tomar un ponche caliente, a pedir prestado un escrito o a hablar un rato de cosas de chicas.

—¡Muy bonito! De todos modos, gracias por tu ayuda. Saldré por la escalera de la ventana.

Me miró con desdén.

—No seas ridículo. Maderas viejas que pueden romperse. —Por cierto, ¿cómo lo sabía?—. Después de beber un trago de vino, los hombres no tienen que andar encaramados por escaleras. Ven conmigo y te haré salir por la puerta como es debido.

Cuando abrió la puerta que daba al pasillo no había nadie a la vista y me pareció más sensato caminar en silencio entre las sombras que descolgarme por una escalera como si fuera un ladrón. Dejé que me guiara hasta la planta baja por corredores débilmente iluminados caminando de puntillas para no hacer ruido. Una vez allí, volví a la escalera que seguía apoyada en la ventana de Constanza y la metí debajo de la columnata como si los obreros, perezosos, la hubiesen dejado abandonada.

Recorrimos el oscuro claustro hasta el portón principal. De repente se oyó un ruido y se abrió una puerta. No llegué a ver quién salía. Constanza me agarró la mano. Entonces, y con gran serenidad, me arrastró hasta un palanquín que estaba vacío en el vestíbulo. Nos metimos dentro, se cubrió la cabeza con el velo y corrimos las cortinas.

Sé que las personas vulgares especularán ahora sobre qué haría un vehemente romano apretado contra una virgen vestal en el interior de una pequeña silla de manos. Tranquilícense. Ella tenía un compromiso religioso y yo estaba fielmente entregado a mi novia. Y, de todas las maneras, la necesidad de silencio pudo con todo lo demás.

XLV

No, pretor, con toda sinceridad: no le toqué un pelo de la cabeza.

XLVI

Espero que nunca nadie me pregunte qué me hizo esa vulgar.

XLVII

¡Por Júpiter! Esa mujer era una vergüenza.

XLVIII

Me recuperé de la sorpresa y retomé mi aire de dignidad. Después, me asomé para comprobar que no había moros en la costa.

Me desembaracé de las ropas y me volví para examinar el palanquín en el que nos habíamos escondido. Era de color negro mate, con asideros de plata en los travesaños y largas cortinas de color gris carbón. Yo había visto ese carruaje en otras ocasiones, precisamente cuando acudí por primera vez a casa de los Laelios.

—Ya sé que las vestales tienen derecho a ser transportadas en silla de manos pero, ¿ésta es tuya también para tus viajes de incógnito, para tus compras de chucherías y prendas de moda?

—No. Pertenece a una visitante.

—¿De quién se trata?

—De una ex vestal. Algunas se quedan aquí cuando se retiran del cargo. Así son bien atendidas en la tranquilidad de la casa que conocen. Pero las otras, las que deciden marcharse, siempre son bien acogidas cuando regresan.

Su lucha conmigo cuerpo a cuerpo la había dejado impasible, pero Constanza sabía que allí corríamos peligro. Intentaba forzarme a que me fuera, pero me mantuve quieto sin dar un paso.

—¡Tu visitante no sabe en absoluto qué es la tranquilidad! Sé que hoy dejó la casa de Laelio hace un rato. ¿Es Terencia Paula, que vuelve a la hermandad...?

—La virgen superiora la está consolando; y lamenta muchísimo la desaparición de la pequeña Gaya.

—¿De veras? Tengo que hablar con ella.

—No te entrometas en esto, Falco.

—¡No me sermonees! De lo contrario, tal vez tenga que entrar subiendo por su ventana...

—No. Lo que vas a hacer es salir ahora mismo por la verja.

Me di cuenta de que había tensado la cuerda lo suficiente aquella noche. Dejé que Constanza me llevara hasta la puerta que conducía al recinto del templo de Vesta. Mi espeluznante aventura tocaba a su fin con gran éxito. O así me lo pareció hasta que mi acompañante abrió la verja y me franqueó el paso.

Fuera, cerca del templo, un grupo de lictores y otros tipos de aspecto duro rodeaban a un muchacho que bien podía ser Eliano. Seguramente acababan de detenerlo, pues hacía unos momentos que le oí replicar con energía:

—¡Agentes oficiales! Me alegro de haber dado con vosotros —exclamó con el aire tranquilizador de un patricio. Acabo de advertir que alguien ha colocado una escalera contra la pared de la casa de las vestales. Quizá tenga algo que ver con ese tipo de aspecto rudo que acaba de marcharse a toda prisa cuando me ha visto aparecer

a mí. Se ha ido por ahí...

Eliano señaló hacia el Regia.

—¡Enseñanos por dónde se ha ido!

La patrulla de guardia no estaba completamente convencida. Más prácticos de lo que yo imaginaba, aquellos hombres tuvieron la sensatez de no dejar que se marchase hasta que un destacamento de la guardia hubiese investigado el asunto. No obstante, Eliano era hijo de un senador y disponía de todas las noches para pasear por la Roma nocturna en busca de un alboroto en el que poder participar.

Constanza había cerrado la puerta rápidamente, antes de que alguien tuviera tiempo de vernos. De nuevo empleó esa palabra que una virgen no debería conocer siquiera. Con una mueca me indicó que la siguiera y murmuró que me enseñaría la salida a la Vía Nova.

—¿Está cerrada con llave?

—Espero que no.

—¡Por todos los dioses!

Experimenté un miedo cervical. Podía afrontar el simple hecho de adentrarme en una residencia estrictamente cerrada a los varones, pero lo que no quería era encontrarme en otro rincón a oscuras donde Constanza pudiera saltarme encima.

Se acercó alguien más e incluso Constanza perdió su aplomo. Le pregunté la dirección y enseguida le indiqué que apresurara el paso y volviera a la seguridad de sus aposentos.

—Si me detienen, tú nunca me has visto y no sabes nada de mí.

—¡Oh, no estoy dispuesta a decir eso, Falco! —Aquella mujer era incorregible.

—Está bien. Pero sé sensata.

Tuve dificultades para localizar la dirección. Nadie es perfecto. Constanza parecía un personaje absolutamente delicioso, sin duda lleno de talento. Probablemente, habría podido dar vueltas y vueltas al Circo en el carromato pero, como navegante, era una inutilidad, incapaz de distinguir la derecha de la izquierda. Por suerte, terminé por encontrar la puerta que me había descrito. Por desgracia, estaba cerrada.

Aquella puerta se encontraba en el interior del bloque residencial, de modo que no había manera de salir escalando el muro. Cada vez más atemorizado, avancé una vez más hasta la zona central ajardinada. También allí alguien había cerrado la puerta con candado. Me mantuve entre las sombras más densas y retrocedí hacia la escalera. Todo salió bien. Me sentía extremadamente cansado pero anduve con sumo cuidado a la hora de levantar la escalera y transportarla. Más o menos en silencio, volví al punto por el que había entrado en el recinto y apoyé el artilugio en la pared con gran atención. Después empecé a subir y no tardé en tener ante mis ojos la libertad.

No es preciso decir que, cuando llegué a la parte superior del muro, la escalera que había dejado al otro lado, junto a la capilla, ya no estaba. Era inútil esperar ayuda

de Eliano. Sin duda, había sido él mismo quien la había retirado de un lugar tan peligroso.

Podía descolgarme hasta el techo de la capilla y luego dejarme caer al suelo con cuidado. Había hecho cosas más arriesgadas. O podía sentarme a horcajadas en lo alto del muro y probar a izar la escalera del interior hasta pasarla por encima de éste. Estaba dudando por qué decidirme cuando oí a un destacamento de tropas que se acercaba al recinto del templo. Descendí unos peldaños otra vez y, con ello, me mantuve fuera de su vista. En ese instante, desde el suelo, alguien me agarró por la parte de atrás de la pantorrilla izquierda.

Pensé que era Constanza que se disponía a manosearme otra vez y me volví para protestar, pero con lo que me topé fue con la expresión ceñuda y feroz de tres lictores. Normalmente éstos no tienen mucho que hacer; en ese momento, aquella jornada se convertía en el mejor día de trabajo de su existencia. Tal vez por primera vez en la historia, habían atrapado a un intruso. Estaban encantados.

El hombre que me había agarrado me tiró del pie hacia abajo. Caí de la escalera pero, por suerte, lo hice encima de él. Así, tuve un aterrizaje en blando, aunque a él lo vi bastante molesto.

Puestas las cosas en su sitio, mis captores tuvieron la cortesía de permitirme que me pusiera la toga. De este modo, llevaría una indumentaria formal para la entrevista con la superiora de las vestales. Y era esa entrevista en la que la superiora podía sentenciarme a muerte.

XLIX

Qué mujer más espantosa.

Tenía el aspecto de haber hervido en leche demasiado tiempo. Llevaba la indumentaria completa, con el velo blanco de bordes púrpura que lucían en los sacrificios y los dos cordones sujetos bajo la doble papada con el broche especial de las vestales. Reconocí su silueta y su porte porque la había visto en el teatro y en algunas fiestas. Tenía una figura bien perfilada, como la de una estatua, con unas facciones que evocaban auténticamente las de la Gorgona. Toda ella rezumaba devoción religiosa. Esta vez, el ara del sacrificio la ocuparía un informante capturado y tal perspectiva la complacía visiblemente.

—¡Un hombre! ¿Qué hacías aquí? —exclamó con sarcasmo mal disimulado.

Dejé a Constanza fuera del asunto. Estaba, sin más, contemplando la escena. Cuatro vírgenes menores habían aparecido en la sala y se arremolinaban detrás de su superiora con aire excitado y ojos como platos. Constanza era la que destacaba por el reborde amarillo que colgaba bajo la túnica blanca que debía de haberse echado por encima de la ropa de andar por casa.

—Sólo quería hacerle una pregunta vital a Terencia Paula —respondí. Ninguna de las presentes parecía identificable como Terencia. Ésta ya se había jubilado de su servicio como vestal, de modo que tenía permitido verse con hombres; de todos modos, le bastaba con decir que no había conseguido dar con ella. ¿Me descalificaría ese argumento?

Presente también en mi humillación estaba un destacamento completo de lictores con su otra presa, Camilo Eliano.

—Este ciudadano, hijo de un respetable senador, dice que vio a alguien que acechaba sospechosamente, señora.

—¿Y es éste el felón que tú viste?

—No, no. El que yo vi era un hombre rubio, alto y atractivo.

Buen intento, me dije.

—Gracias por exonerarme, pero si no me consideras atractivo, permíteme que te recomiende a un oculista competente.

—Has profanado la casa de Vesta —dijo la superiora de las vestales. Algo en su parsimonia en el hablar hizo que sus declaraciones empezaran a atraer mi atención.

Supongo que, después de mi visita a Constanza, debería haber estado preparado para cualquier cosa. La superiora era una cuarentona, dura como el hierro y recatada, con una imagen dictatorial de pureza moral. ¡Y una cosa más, por Júpiter! Tenía los párpados flojos de una llorona melancólica que le había estado dando al ánfora del vino. La demostración palpable estaba en su aliento. Inspeccionada de cerca, todo el mundo podía darse cuenta de que era, en secreto, una devota de Baco, vacilante y

ebria, una bebedora impenitente.

¿Para qué andarme con tapujos? La superiora de las vestales era una borrachina.

En el tiempo que tardaban los pensamientos de la mujer en recorrer el camino saturado de uva entre el cerebro y la lengua, conseguí inventar y probar varias débiles protestas acerca del carácter oficial de mi misión, de los apoyos de altísimo nivel a los que podía recurrir y a la urgencia de encontrar a Gaya Laelia, no importaba lo heterodoxo de los métodos que empleara. Me calificué de auténtico servidor de las vestales, en aquella búsqueda. Reducido a la máxima humillación, incluso murmuré la vieja y penosa disculpa de que no se había producido ningún mal.

Todo ello, sin duda, era malgastar saliva.

Y entonces salió Eliano con un argumento convincente.

—Señora... —empezó a decir con tono sumiso y respetuoso. Era evidente que sabía actuar. Jamás lo habría imaginado, pues Eliano siempre se había mostrado irritable y estirado—. Sólo soy un observador que asiste a esta escena por casualidad —«¡No te pases, Aulo!», me dije—, pero este hombre tiene, al parecer, una misión oficial. Su necesidad de recoger información era urgente y desesperada. Sus esfuerzos en favor de esa chiquilla son verdaderamente bienintencionados. Si sus motivos también lo son, ¿puedo apelar a ti? ¿No tengo razón en que, si una virgen vestal se encuentra con un delincuente, tiene, por una antigua tradición, la facultad de interceder para que se suspenda provisionalmente la pena a la que deba ser condenado?

—No te equivocas, joven. —La superiora de las vestales inspeccionó a Eliano a través de sus párpados entornados—. Sin embargo, existe una condición que limita esa facultad o, de lo contrario, las vestales estarían sometidas al acoso constante de los condenados. Tiene que demostrarse que el encuentro entre el delincuente y la virgen ha sido pura coincidencia. —Se volvió hacia mí con aire triunfal—. Irrumpir en la casa de las vestales con escaleras hace que este encuentro no sea en absoluto una coincidencia. ¡Llévalo a la cárcel Mamertina! ¡A la celda de los condenados!

El de Eliano había sido un buen intento, pero comprendí la posición de Constanza. Sin más aspavientos, los lictores y sus escuderos me rodearon y me llevaron con ellos.

—¡Qué mujer más terrible!

Seguí la máxima de mostrarme siempre amistoso con los guardianes. A veces le buscan a uno una celda mejor.

El lictor personal de la superiora de las vestales me dirigió una mirada socarrona.

—Encantadora, ¿verdad?

Me golpeé la espinilla contra un caballete de los albañiles.

—¿Están de obras? Parece que se progresa despacio, ¿verdad? ¿Acaso Vespasiano se resiste a pagar?

—La superiora de las vestales tiene toda una serie de esbozos de trabajo para una remodelación completa. Esperará. Algún día conseguirá exactamente lo que quiere.

—Me gustaría verlo.

—¡Qué lástima! —replicaron mientras me conducían por la Vía Sacra, sabedores de que apenas me quedaba un día de vida.

Cuando llegamos al pie de las Gemonias, esas famosas escalinatas en la cuesta del monte Capitalino, tardaron horas en encontrar al custodio, que ya no esperaba clientela. Sin embargo, muy pronto estuve instalado en la mazmorra que normalmente alberga a los extranjeros que se han rebelado contra la autoridad romana, un agujero desnudo y pestilente cerca del Tabulado, del cual el ejecutor público saca a sus víctimas para que paguen el precio final y fatal por ser enemigos de Roma. Mi llegada decepcionó al carcelero, quien normalmente saca una pequeña fortuna a base de mostrar a los turistas las celdas donde los bárbaros son arrojados por poco tiempo al término de un triunfo. El hombre seguiría admitiendo apuestas, pero se daba cuenta de que, durante el breve período en que yo ocuparía el lugar antes de ser ajusticiado, esperaba que nos repartiéramos las propinas. El hombre regresó, sombrío, al rincón donde estaba disfrutando cuando lo habían mandado llamar.

La cárcel Mamertina se compone de una serie de calabozos horribles. Unos firmes muros de piedra encierran unas celdas irregulares que un día fueron parte de una cantera y por las cuales corren regatas de agua. El desinterés del carcelero significó, por lo menos, que me encerrasen en una de las celdas del piso superior en lugar de ser arrojado por el hueco del suelo a las temibles profundidades inferiores. La celda estaba negra como el betún. Y helada. Era un lugar solitario y deprimente.

Y todavía quedaban ocho días para los idus de junio. Dejaba atrás el día más largo del que tenía recuerdo y, al final del mismo, me encontraba enfrentado a la muerte. Hice algunos planes de fuga no muy serios. En otro momento habría probado fortuna con alguno: el problema de ser el conocido caballero procurador de los gansos y pollos sagrados era que nunca más podría sumergirme en el anonimato. Si conseguía escapar, no podría tener nunca una vida normal, ni siquiera en el Aventino, o alguien me reconocería y terminaría otra vez en una de aquellas celdas.

En ausencia de algo más optimista que contemplar, me envolví en la toga y me eché a dormir.

L

El amanecer tiñó de rosa el Palatino y el Capitolio, inaugurando el séptimo día previo a los idus de junio. Por fin. Seguro que no sería tan agotador y deprimente como el octavo. Con un poco de suerte, el camino hasta la laguna Estigia sería breve y sencillo.

De haberme encontrado en casa, el calendario me habría recordado que era la fecha de inicio de las Vestalias. En esta jornada Vespasiano presidiría el sorteo de la nueva sacerdotisa. El sorteo, en efecto, se llevaría a cabo según el orden previsto, pero no antes de un frenético retoque a la lista de favoritas por parte de los escribientes con cargos pontificales, para tener en cuenta la ausencia de Gaya Laelia. Durante el día, quizás alguien le hablara de mi situación al emperador.

O quizá no. Yo era historia.

En el agujero de mi calabozo apenas penetraba un poco de luz. Las paredes, empapadas de agua, no tenían un solo mensaje de anteriores prisioneros. Nadie alcanzaba a ver lo suficiente como para grabar un mensaje suplicando ayuda. Y nadie permanecía allí el tiempo suficiente para hacerlo. El hedor era abrumador. Desperté entumecido y helado. Era muy fácil sentirse horrorizado.

Dejé mi marca cuando alivié mis necesidades en un rincón. No había otro sitio donde hacerlo y resultaba evidente que no era el primero que lo hacía.

A aquellas alturas, Helena ya sabría perfectamente dónde estaba. Me pregunté qué habría hecho su hermano después de que los lictores me llevaran prisionero. Seguramente lo habían inducido a efectuar una declaración formal. ¿Y luego? Probablemente le habría contado a su padre lo sucedido. Los Camilos estaban al corriente. Helena también debía de estarlo. Sin duda alguna, no sería ejecutado sin que antes se armara un buen alboroto en los salones de suelos de mármol donde trabajaban los funcionarios. Quizás incluso los gansos sagrados soltarían algún graznido de protesta.

Helena acudiría a Tito y se pondría a su merced. Lo haría aunque las últimas palabras que le había dirigido en la Casa Dorada habían sido deliberadamente rudas. Tito tenía fama por su buen carácter. La visión de aquella mujer desesperada borraría cualquier inquina que sintiera hacia ella.

Pero no estaba al alcance de Tito ayudarla. Nadie podía sacarme de aquel trance. Había ofendido a las vestales y, por tanto, era hombre muerto.

Alguien despertaba al carcelero.

Yo también me desperté y adormilado aún presté atención. Las negociaciones para que se abriera la puerta y se franqueara el paso me pareció que tardaban siglos. Me pregunté si el agente que había acudido a interesarse por mí andaría corto de dinero. Al parecer, no era así; sencillamente, se trataba de un aficionado.

—¡Eliano!

—La última persona que esperabas ver, supongo... —Como todos en su familia, el muchacho podía ser muy irónico—. No soy un simple chico malcriado, Falco. En fin, me atrevería a decir que incluso tú tienes alguna buena cualidad que ocultas bajo una capa de modestia.

—Estar en este calabozo ya es suficiente castigo. No necesito que, encima, vengas ni tú ni nadie con comentarios mordaces. Calla, pues, antes de que te abra la cabeza a golpes.

Un puñado más de monedas cambió de mano y, aunque el carcelero sentía curiosidad por lo que hablábamos, aceptó dejarnos a solas. Eliano encendió una lámpara de aceite, miró a su alrededor y se estremeció.

Yo continué hablando para evitar que me castañetearan los dientes.

—Bien, eres muy amable al venir a visitarme en este momento de aflicción. ¡Debes de tenerle mucho miedo a tu hermana!

—¿Tú no?

Bajo la luz de la patética lamparilla, el joven y noble Camilo parecía incómodo; no se había percatado de que, cuando el carcelero se marchó, él también había quedado encerrado. Llevaba una túnica limpia y elegante, de color granate, con tres lujosas tirillas con un diseño de grecas llamativas.

—Vas muy elegante. A mí me gusta la gente que prefiere la ropa informal. Sobre todo cuando visitan la celda de un condenado a muerte. Es un recordatorio de la normalidad y significa un detalle muy considerado.

—Siempre tienes una buena réplica, un comentario oportuno... —Eliano estaba pálido y tenso, agitado por algo que esperaba con impaciencia. Aquello estaba fuera de lugar. Era yo quien afrontaba una ardua jornada, al término de la cual me esperaba un ataúd y una urna—. Estábamos juntos en este asunto —añadió pomposamente—. Está claro que debo hacer todo cuanto pueda para librarte de esto. Te he traído algo.

—Espero que lo consigas, te lo aseguro. Y los regalos tradicionales son una espada para matar al carcelero y un gran aro repleto de llaves maestras. Un plan de rescate bien organizado incluye además un pasaporte y algo de dinero en efectivo.

Me había traído un pastelillo de canela.

—El desayuno —murmuró, irascible, al ver mi expresión. No respondí—. Si no lo quieres, puedo comérmelo yo.

—Me digo y me repito que no estoy soñando todo esto.

—Falco, he estado moviéndome toda la noche para ayudarte. Espero que todo salga según lo previsto. Pronto vendrá alguien.

—¿Quién? ¿Un vendedor de hojas de parra rellenas? ¿Un especialista en guisantes?

Eliano tenía la mirada fija en el pastelillo. Lo cogí y di cuenta de él.

Apenas me había quitado las migas de los labios con una punta de la toga cuando percibimos unas reverberaciones producidas por una lámpara mortecina y el apagado ruido de unas recias botas. Eliano se levantó de un salto. No vi que hubiese ninguna urgencia. La ejecución podía tardar todo el tiempo del mundo en producirse. Sin embargo, no había esperanza de retrasar mi cita con la Fortuna. El carcelero volvió a asomar su feo rostro y yo fui trasladado de mi minúscula celda a la cruel luz del día.

Ya en el exterior, al principio, no hice sino seguir estremeciéndome hasta que el débil calorcillo del sol matinal que bañaba el Foro empezó a revitalizarme. Mis ojos tuvieron tiempo de acostumbrarse de nuevo a la luz hiriente de la mañana. Luego me di cuenta de que mi escolta de honor era la mejor que hubiese podido pedir: un destacamento pequeño pero extraordinariamente aguerrido de la guardia pretoriana.

—¡Esto sí que es categoría, Aulo!

—Me alegro de que te guste. Aquí está nuestro contacto.

Un minuto más tarde, estuve a punto de devolver mi sabroso desayuno y derramarlo por las Gemonias. Acompañando a los imponentes pretorianos de relucientes cascos con plumas, distinguí a Anácrites.

—¡Derecha! —Anácrites tenía mucho descaro, incluso si se dedicaba a dar órdenes... Bien, como jefe de espías, siempre se había sentido muy próximo a la guardia pretoriana. La misión de Anácrites, como la de la guardia, consistía en proteger al emperador. En la estricta jerarquía de palacio, Anácrites estaba incorporado a dicha guardia, aunque apenas hacía mención de ello y nunca le había visto ejercer sus derechos pretorianos. Y, desde luego, los guardias no lo habían invitado nunca a sus cenas de confraternización. Aunque, bien mirado, ¿a quién convocaban?—. Encadenadlo. —Anácrites mostraba auténtico entusiasmo a la hora de vejarme y humillarme—. Ponedle los grilletes. Todos los que queráis, no importa que no pueda caminar con ellos. Lo llevaremos a rastras.

Mientras me inmovilizaban, tuve ocasión de replicar:

—¿Podría preguntar a dónde me lleváis?

—Guarda silencio, Falco. Ya has causado suficientes problemas.

Dirigí una mirada colérica al joven Eliano.

—Hazme un favor, chico. Pregunta a tu hermana dónde vive mi madre y, cuando todo esto haya terminado, asegúrate de decirle que ha sido su traicionero inquilino quien ha enviado a su destino a su último hijo aún vivo.

—¿Preparados? —Anácrites hizo oídos sordos a mis palabras y, por alguna razón, se dirigió a Eliano en voz baja—. Yo puedo llevarlo, pero de hablar tendrás que encargarte tú, Camilo. ¡No quiero que este suceso aparezca nunca en mi expediente personal! —Mi visión de aquella extraña situación se tiñó de auténtico asombro—. Vamos, muchachos. Seguidme. Llevad al Palatino a este tipejo impresentable.

Había dormido a pierna suelta y me habían ofrecido un desayuno delicioso. Me

limité, pues, a seguirles la corriente.

Cuando me pusieron de pie frente al templo de Concordia Augusta, donde la hermandad de los arvales llevaba a cabo sus elecciones, aún era demasiado temprano para la mayoría de la gente. El Foro estaba vacío, sólo un borracho dormía la cogorza en los peldaños del templo de Saturno. Las calles aún mostraban los desperdicios de la noche anterior, más que la promesa del día que se preparaba. Un montón de guirnalda aplastadas nos impedía el paso mientras avanzábamos bajo el arco de Tiberio hacia el Vicus Jugario. Unos pétalos sueltos se pegaron a una de mis botas y, mientras pateaba para librarme de ellos, los guardias casi me alzaron en vilo y me trasladaron sin tocar el suelo.

Pensé que nos encaminábamos a la zona de administración del palacio, pero me equivocaba. Si hubiéramos subido al Arx o al Capitolio, habría sospechado que el plan consistía en arrojarme desde la cima de la roca Tarpeya, como se hacía con los traidores. Sin embargo, la tortura que me esperaba, fuera cual fuese, sería más refinada.

Luego me pareció que nos acercábamos a una casa privada. Todo el Palatino había sido de propiedad pública durante muchos años. Augusto tuvo la fortuna de nacer allí en los tiempos en que cualquier rico podía poseer una mansión privada en lo mejor de las Siete Colinas; más adelante adquirió todas las demás casas y empleó todo el Palatino para labores oficiales. Entre los templos se alzaba su propia residencia, una finca supuestamente pequeña en la que decía vivir de forma muy modesta, aunque nadie se llamaba a engaño al respecto. Había otra vivienda sumamente lujosa, el recinto de las mujeres de la familia imperial, que llevaba el nombre de la emperatriz viuda, Livia. Y también estaba la flaminia, residencia oficial del flamen dialis en ejercicio, una casa de aspecto ordinario aunque afectada por extraños convenios rituales de tal forma que el fuego de su interior no podía salir del hogar, salvo con propósitos religiosos.

De pronto, Anácrites se envolvió los delgados hombros con la toga. Eliano también desplegó una. A continuación, entraron en la flaminia mientras los pretorianos me llevaban, levantado por los hombros, como el asado principal de un banquete.

La escena que siguió resultó curiosa. Fuimos conducidos enseguida a presencia del flamen y de su majestuosa esposa. Rodeado por todas partes de pretorianos, me depositaron en el suelo. Varios fámulos vestidos de blanco se alineaban junto a las paredes de la estancia con aire respetuoso. Unas vaharadas de aceites perfumados emanaban de una pátera con la que acababa de realizarse un brindis a los dioses.

El flamen vestía ropas tejidas a mano idénticas a las que había visto llevar a Numentino, rematadas con el bonete y con la peineta de madera de olivo. Sostenía en la mano el cuchillo para los sacrificios y mantenía a distancia al pueblo con su larga

vara. Su esposa también llevaba un cuchillo, un vestido de tela gruesa y diseño antiguo y lucía un tocado más complicado que el de las vestales. A juego con el casquete de cuero tenía otro cónico, de color púrpura, cubierto con un velo. Como yo bien sabía, la mujer estaba sometida casi a tantas restricciones como su marido, incluida la que decía que no debía subir nunca más de tres peldaños (para que nadie pudiera verle los tobillos). Quizás hubiera sido una mujer atractiva, pero no sentí la menor tentación de comérmela con la mirada.

El flamen dialis parecía estar ligeramente nervioso. Por lo menos, tenía la ventaja de conocer el plan.

La pareja sacerdotal ocupaba sendas sillas curules, esos asientos plegables sin respaldo y de patas curvas que utilizan formalmente los magistrados superiores como símbolo de su cargo. Cerca del flamen se había colocado un tercer asiento. Junto a éste había una figura familiar; era Laelio Numentino, aunque por una vez no llevaba sus ropajes de sacerdote. Quizás una visita al hogar de su sucesor lo había convencido finalmente de la conveniencia de abandonar su gloria perdida. Tenía la cabeza descubierta. Unos cabellos canosos rodeaban un cráneo calvo. Cuando lo reconocí, me llevé una gran sorpresa. Miré rápidamente a Eliano. Él también había reconocido al anciano altivo que los dos habíamos visto salir de la casa del maestro de la hermandad de los arvaes cuando acudimos para informar del hallazgo de un cadáver. Era el hombre que creíamos que había entrado para convencerlos de que mantuvieran el silencio en torno a la muerte; el hombre que considerábamos que era un pariente cercano de la asesina.

No había tiempo para indagaciones. Todos parecían esperarnos. Habíamos entrado en la estancia con pocas formalidades. Yo aún estaba retenido por los pretorianos. Anácrites intentó fundirse con el fresco de la pared, como si formara parte de un bodegón. El joven Eliano dio un paso adelante. A un gesto de cabeza del flamen, inició un breve parlamento que traía preparado. Era muy parecido a la súplica de clemencia que había efectuado ante la superiora de las vestales la noche anterior. Con más tiempo para reflexionar sobre lo que hacía, se había vuelto más vacilante, pero consiguió expresarse bastante bien.

Antes de responder, el flamen dialis se inclinó hacia Numentino como para confirmar su asentimiento. En esta ocasión, tras intercambiar unos murmullos en voz baja, los dos asintieron. Los pretorianos se apartaron un poco y el flamen dialis, con un gesto afectado, fingió darse cuenta en aquel instante de mi presencia. Con un respingo se cubrió los ojos con gesto teatral. Luego, con una inesperada mueca de horror, exclamó en voz alta:

—¡Un hombre encadenado! ¡Quitadle los grilletes como manda el ritual!

Creo que, a veces, los delincuentes son liberados formalmente de sus cadenas mandando llamar a un herrero para que rompa los eslabones. Debe de haber una

forma de liberación que resulte satisfactoria. Pero Anácrites siempre había sido un tacaño (aunque no era culpa suya; su trabajo conllevaba siempre la escasez de recursos). Al principio, había asegurado los grilletes con un candado y, siguiendo órdenes del flamen, los abrió con la llave adecuada para guardarlos hasta la siguiente ocasión.

Retiraron las cadenas de la estancia y todos esperamos en silencio hasta que oímos el tintineo metálico al ser arrojadas desde lo alto del tejado de la flaminia. Después se oyeron nuevos ruidos metálicos cuando los eslabones fueron recogidos sigilosamente. Anácrites guiñó un ojo a los pretorianos, que le dedicaron un saludo marcial al unísono y se retiraron con un retumbar de botas sobre los tablones del suelo. La flaminia torció el gesto, hincó la rodilla y aplicó cera de abeja con sus propias manos. Tal vez era un ritual. O tal vez era sólo el gesto de un ama de casa que cuida con respeto las maderas nobles y antiguas.

—Estás libre —confirmó el flamen dialis.

Gracias —dije a todos.

Mientras me frotaba las extremidades doloridas, el nuevo flamen habló con voz grave desde la silla curul.

—Marco Didio Falco, he decidido que recibas una explicación de ciertos asuntos.

Indicó a los criados que abandonaran la estancia, donde permanecieron él y su esposa, junto con Numentino y yo, claro. También se quedó Camilo Eliano, a un gesto del flamen. Eliano se acercó y se detuvo a mi lado. Parecía satisfecho de sí mismo y no se lo eché en cara.

Por involuntario respeto al otro hombre que me había ayudado a salvar la vida, murmuré:

—Me gustaría que Anácrites también escuchara esto.

Anácrites fue autorizado a quedarse. Se mantuvo en segundo plano, con aire humilde. Bien, todo lo humilde que uno puede mostrarse cuando es un espía de la peor ralea.

El flamen dialis se dirigió a Eliano y a mí.

—Los dos habéis intentado descubrir la identidad del hermano arval asesinado en el bosque sagrado de la diosa Día.

No rechistamos.

—Se llamaba Ventidio Silano.

Menos experimentado que yo, Eliano estuvo a punto de replicar que ya lo sabíamos. Lo sujeté del brazo discretamente.

Fue Laelio Numentino, con la vista perdida, quien nos explicó lo que yo ya había deducido por mi cuenta:

—Ventidio Silano estaba casado con Terencia Paula, la hermana de mi difunta esposa.

Me pareció oportuno no hacer comentario alguno; habría sido difícil hacerlo con suficiente tacto, de buen principio. Exhalé un suspiro, despacio; después conseguí pasar por alto los aspectos escandalosos del asunto y dije con tono respetuoso:

—Te presentamos nuestras condolencias, señor. —Respiré de nuevo—. Eso nos da en qué pensar. Sin embargo, con todo respeto, tampoco cambia la urgente necesidad de encontrar a tu pequeña nieta. Espero que sigas aceptando nuestra ayuda para buscarla... —Numentino inclinó rígidamente su cabeza canosa—. Luego, me apresuraré a ir a casa para ver a mi esposa. Cuando me haya quitado el hedor de la prisión, volveré a tu casa y continuaré donde lo dejé ayer.

Nadie comentó lo que era obvio según lo que nos había llevado a creer. El maestro de la hermandad de los arvaes, Terencia Paula, la viuda del difunto Ventidio, era una loca asesina.

¿Significaba eso que la loca también había matado a la pequeña Gaya?

LI

En el exterior de la flaminia, los tres nos detuvimos a recuperar el aliento. Le tendí la mano a Anácrites y nos sujetamos del brazo como hermanos de sangre del ejército.

—Gracias. Me has salvado la vida.

—Ahora estamos en paz, Falco.

—Te estaré siempre agradecido, Anácrites.

Lo miré. Él me devolvió la mirada. Jamás estaríamos en paz.

Estreché también la mano de Eliano y a continuación, dado que prácticamente podíamos considerarnos cuñados, le di un abrazo. Me miró con sorpresa, aunque no tanta como la que me llevé yo al descubrirme haciéndolo.

—¿Ha sido idea tuya, Aulo? ¿Has organizado tú todo esto?

—Si una maniobra sale mal una vez, se puede repetir otra vez con entusiasmo e inspiración hasta que se consiga.

—¡Eso me suena a las fantasiosas bobadas que sueltan los informantes!

Eliano se echó a reír.

—Anácrites ha sugerido que me estaba saliendo tan bien la cosa que debería seguir trabajando contigo. Dice que, cuando me hayas enseñado unas cuantas cosas, habrá un puesto para mí en los servicios de seguridad a su lado.

Habría podido comentarme aquello más tarde, en la intimidad, que es lo que yo habría hecho de haber estado en su lugar. Anácrites y yo nos miramos con ira. Los dos nos dábamos cuenta de que Eliano planteaba lo de su puesto de trabajo en presencia de ambos deliberadamente. El joven no era el pelele por el que lo habíamos tomado.

Anácrites intentó tomarse el asunto a la ligera.

—Te dejo que lo tengas tú primero, Falco.

—Pero piensas aprovechar la experiencia que yo le proporcione, ¿no? Yo lo instruyo y tú lo explotas...

—Ahora estás en deuda conmigo...

—¡No te debo nada, Anácrites! —exclamé, y me volví hacia Eliano—. Y en cuanto a ti, bribón, no finjas que quieres dejar aparte tus orlas púrpura para dedicarte a vagar y a divertirse por los barrios bajos. —Eliano no creía realmente que tuviera algo que enseñarle; si venía conmigo, su único deseo era enseñarme a hacer mi trabajo superándome sin esfuerzo—. Se supone que formo sociedad con tu hermano... cuando se digne aparecer.

Eliano sonrió.

—Él me birló a mi chica, yo le robaré su puesto.

—Bien, es justo —comenté, citando sus palabras en otro contexto.

Al cabo de un momento, todos nos reíamos.

Nos calmamos.

—Esos comentarios dispersos respecto a Ventidio... —empecé a decir. En aquel momento, los tres caminábamos despacio hacia el rincón del Palatino en el que se alza el Circo, desde donde descendía un camino serpenteante.

—Supongo que, a estas alturas, ya os habrán contado toda la historia —murmuró Anácrites. A veces, el tipo no era tan estúpido.

—Lo dudo. Lo suficiente como para quitárnoslo de encima. Pero lo que hemos oído nos aclara muchas cosas. La ex vestal se casó con un hombre que resultó ser un mujeriego tan descarado y vicioso que incluso se insinuó a una de sus propias parientes, Cecilia Paeta, la mujer de su sobrino; la propia Cecilia me lo contó. Ahora, el resto encaja: Terencia, probablemente, se enteró de lo sucedido. Puede que se lo contara Cecilia, o la otra, Laelia, la hija del ex flamen. Entonces, Terencia se vuelve loca y mata a Ventidio en el bosque sagrado, le raja la garganta y lo deja desangrar como si fuera el animal destinado al sacrificio religioso.

Eliano tomó la narración en aquel punto:

—A los hermanos arvales esto debió de parecerles un doble espanto. El cadáver era una imagen terrible, de eso estoy seguro, pero esa noche también debía de parecer como si toda ceremonia de la antigua religión quedara manchada por el escándalo: los propios arvales, las vestales, incluso el colegio de los flámines...

—Exacto —asentí—. El muerto era un arval y el hecho tuvo lugar en el bosque sagrado. Y la asesina era una vestal. Ventidio había sido, además, amante de la anterior flaminia. Esto parecía ser de conocimiento público en Roma. Desde luego, la mayoría de las mujeres estaba al corriente. Y para colmo y como remate, toda esa gente está emparentada con la niña que ha sido escogida como próxima vestal.

—¿Por eso se acordó tan fácilmente encubrir lo sucedido? —apuntó Anácrites—. ¿Por influencia? Nos detuvimos a la altura de la así llamada, aunque sólo supuesta, Cabaña de Rómulo, cuidadosamente conservada (es decir, reconstruida por entero).

—Eso parece —dije—. Decididamente, Numentino acosaba a los arvales respecto a algún asunto; la noche siguiente estaba en la casa del maestro y los demás no parecían muy contentos de saberlo. Y todavía estaban menos contentos respecto a nosotros. Todo habría salido de perlas, probablemente, si Eliano y yo no hubiéramos empezado a meter la nariz. El cadáver fue hecho desaparecer y se celebró un funeral en la mayor intimidad. Terencia tiene que ser atendida y protegida; sin duda, al final, ha de serlo en su propia casa, aunque supongo que, en un primer momento, la habrán llevado a la de Laelio Numentino, tal vez en consideración a su difunta esposa. Terencia ha estado alojada allí en una habitación de invitados, aunque cuando estuve allí para investigar ya había recogido sus bártulos y se había marchado a toda prisa a la casa de las vestales, desapareciendo de la escena. Las vestales, sin duda, debían de

haberla acogido como una más.

—¿Explicaría su presencia por qué Numentino no quería que los vigiles entraran a buscar a la niña desaparecida? —preguntó Anácrites.

—¿Te has enterado de eso?

—Mantengo mis contactos... —respondió, ufano.

—Los vigiles podían olerse el escándalo, y eso explica esa tontería que me contó Laelio Escauro respecto a que su tía quería un tutor legal. Como ex vestal, no necesitaba tenerlo, pero en aquel momento eran fundamentales los acuerdos. Probablemente la habían declarado furiosa, es decir, loca de atar. Alguien debe hacerse responsable de sus asuntos.

—¿Puede escogerlo ella? —preguntó Eliano.

—Si tiene momentos de lucidez, ¿por qué no?

—¿Pero sigue siendo peligrosa?

—Debe de serlo, a juzgar por el modo en que mató a Ventidio. No era el simple acto de una esposa colérica, que agarra el cuchillo más a mano y lo apuñala. No se puede decir que fuera un acto impensado que no repetirá nunca más. La mujer planificó el acto, llevó lo necesario al bosque, se vistió una indumentaria religiosa, asesinó a ese hombre y, a continuación, llevó a cabo una extraordinaria secuencia de acciones con su sangre...

Eliano se estremeció.

—¿Recuerdas lo que te conté —dijo— del paño que cubría el rostro del muerto? Ahora que conozco los rituales que se llevaron a cabo, creo que debía de ser uno de esos velos que llevan las sacerdotisas cuando asisten a un sacrificio.

—Y las vestales —apunté.

—En realidad —señaló Anácrites, siempre atento a los detalles—, las vestales nunca se encargan de degollar animales personalmente.

—Pues parece que ésta aprendió a hacerlo tan pronto como tuvo marido.

—Es una advertencia para todos nosotros.

—¡Oh! —murmuré fríamente, pensando en Maya—. Así pues, ¿andas pensando en casarte, Anácrites?

Se limitó a reírse como les gusta hacerlo a los espías, y adoptó una expresión turbadora.

Anácrites nos dejó cuando llegamos al Aventino. Por lo menos, iba a congraciarse con mi madre dándole a entender que el rescate de su hijo había sido idea suya de cabo a rabo. Ya tendría ocasión de rectificar lo que él le contara, aunque mi madre difícilmente me prestaría atención pudiendo decantarse por creer a Anácrites.

Además, el jefe de espías tenía otro plan:

—Mientras tú vuelves a casa de Laelio, yo me acercaré a la casa de las vestales para ver si se puede sacar algo en limpio sobre Térenia Paula.

—Las vírgenes no te dejarán entrar.

—Sí que me dejarán —replicó él, pavoneándose—. ¡Soy el jefe de los espías!

Llevé conmigo a Eliano pero, cuando llegamos a la plaza de la Fuente, le pedí que hiciera cola en el tenderete que Casio, el panadero, abría de madrugada para comprar unos panecillos para el desayuno. Prefería subir a casa primero y ver a Helena sin compañía. Eliano lo comprendió.

Helena debía de haberse quedado despierta toda la noche. Estaba sentada en su silla de mimbre, junto a la cuna de la niña, y sostenía a Julia en el regazo como si acabara de amamantarla. Las dos estaban profundamente dormidas.

Con mucha suavidad, tomé al bebé de brazos de Helena. Julia se despertó, sin saber si reír o llorar, y luego me saludó con un sonoro grito de «¡Perro!».

—¡Por el Olimpo, su primera palabra! ¡Cree que soy *Nux*!

Sobresaltada por la exclamación de la niña, Helena despertó a su vez.

—Conoce a la perra pero su padre es un extraño para ella. De todos modos, estoy decepcionada. Había puesto tanto empeño en enseñarle a decir «filosofía aristotélica»... ¿Dónde has estado, Marco?

—Es una larga historia. Empieza en la casa de las vestales y termina en la celda de los reos de muerte de la cárcel Mamertina.

—¡Ah!, nada de qué preocuparse, entonces...

Coloqué a Julia en la cuna. Helena ya estaba de pie y se abrazaba a mí más tranquila. Yo me así a ella como si fuera un naufrago a punto de ahogarse y ella, el único tablón flotante en todo el océano.

—¡Pensaba que no volvería a verte!

—Yo también, querida.

Al cabo de un buen rato, Helena se apartó entre sollozos. Durante un momento, pensé que estaba llorando, pero aquél era un típico riesgo del trabajo de detective.

—Lo siento. Debo de apestar a cárcel.

—Sí —respondió ella con un tono de voz especial—. Y a algo más. Sé que te gusta probar las lociones para la piel que te parecen prometedoras, cariño, pero ¿desde cuándo te aplicas aceite de lirio detrás de las orejas?

Aún debía de estar bastante cansado.

—Me temo que es lo que se pone la virgen Constanza cuando no está de servicio.

—Vaya.

—Embriagador, pero persistente. Sobrevive incluso a una noche de cárcel en la celda más asquerosa. No te preocupes; yo no ando persiguiendo mujeres.

—No necesitas hacerlo. ¡Supongo que ellas te persiguen a ti! Y te atrapan, yo diría...

Fue una verdadera suerte que el querido hermano de Helena llegara en aquel momento, pues me libró de aquel apuro. Parecía saber qué se requería.

Como ayudante, Camilo Eliano estaba progresando de forma soberbia.

Comimos, bebimos agua fresca y al final me limpié. Me despedí de Helena con un beso y ella volvió la cara, aunque no la apartó de mí. *Nux*, que no tenía dudas acerca de mi fidelidad, subió ladrando y me trajo, expectante, la cuerda que a veces utilizaba a modo de correa. Acepté su súplica para demostrarle a Helena que sabía responder al buen trato.

Cuando descendíamos las escaleras camino de la calle, vi acercarse a Maya. Iba vestida de blanco, muy recatada, con los rizos bien atados con cintas. Llevaba de la mano a Cloelia, ataviada también como una ofrenda religiosa.

—¡Marco! Ahora mismo vamos a presenciar el sorteo. Hemos decidido que podíamos asistir al espectáculo, por soso que sea.

Creemos que los refrescos, al menos, serán fantásticos, ¿verdad, Cloelia?

—¿Has encontrado a Gaya? —me preguntó ésta, con una expresión ceñuda ante la frivolidad de su madre.

—Todavía no. Pronto reemprenderé la búsqueda.

—Cloelia quiere decirte algo —dijo Maya, esta vez más seria.

—¿De qué se trata?

—Tío Marco, ¿le ha sucedido algo a Gaya?

—Espero que no, pero eso me tiene muy preocupado. ¿Sabes algo que pudiera ayudarme?

—Gaya me dijo que no lo contara, pero creo que ya es hora de hacerlo. Gaya cree que una de sus tías está loca. Esa tía dijo que la mataría. Gaya se lo contó a su madre y a su abuelo, pero parece que nadie la cree. ¿Eso te sirve de algo?

—Sí. Gracias, Cloelia. Sirve de mucho, ¿Algo más?

—No, tío Marco.

Petronio Longo acababa de salir de la lavandería camino del trabajo y se cruzó con nosotros.

—¡Maya! ¿Quieres que te acompañe alguien, hoy? Sé que no puedes esperar apoyo de ese hermano tuyo, en quien tan poco se puede confiar.

—No, gracias —le respondió Maya con frialdad—. He estado casada bastantes años y estoy muy acostumbrada a ocuparme de los asuntos familiares yo sola.

Maya se marchó y Petronio la miró, ceñudo.

—Rubela ha enviado a algunos de nuestros hombres a detener a ese Escauro —me informó con voz apagada—. Debería estar contigo esta mañana, Falco. Dentro de un rato.

—Lo habitual —respondí—. Una tía que se vuelve loca. Caso resuelto. Pero, por desgracia, no tenemos el cuerpo...

—Si tenemos un caso con un cuerpo, no hay prisa. —Los vigiles deben de tener un aspecto brutal. —¿De modo que una tía loca? No me sorprende. Con esa actitud

tan esnob y esos requisitos tan estrictos para casarse, los colegios sacerdotales están emparentados entre sí hasta el punto de la locura completa. Es un hecho bien sabido. —Petronio contempló a Eliano de pies a cabeza. Ni siquiera se molestó en tratarlo con brusquedad. Se limitó a mirarme y comentar—: Hazme saber cuándo estás preparado para que intervengan los especialistas.

—Muy bien —repliqué, irónico—. Pero no esperamos ningún incendio.

A Petronio le irritaba que sólo se le considerase un miembro de la brigada de bomberos.

Acompañado de Eliano y de la perra, me encaminé por última vez a casa de los Laelios.

LII

Hoy el incienso huele a rancio, como tantas de las relaciones de los ocupantes de esta casa.

Los albañiles han vuelto, como atraídos por arte de magia, porque según comentarios habría problemas y ellos querían presenciarlos. Llevaban consigo al contratista de obras, esa figura mítica que, normalmente, no encarga a tiempo los materiales y con la que nunca puedes hablar porque siempre está en una obra más importante.

A fin de poder justificar el hecho de oírlo y verlo todo, los obreros se afanaban en terminar la parte del atrio. Los dos tercios inferiores del recoleto recinto tenían forma de armario de cocina con dos puertas, que recibían ahora el abrillantado final. La parte superior representaba un templo, con columnas corintias profusamente talladas a cada lado. Alguien había colocado ya los lares y los penates, unos pobres dioses de bronce que tendrían mucho trabajo para traer buena fortuna en aquel miserable hogar. En las estanterías del armario inferior se guardaban lámparas, vasijas y una colección de objetos de culto: gorros de repuesto de la flaminia, vasos, jarras y cuencos para las ceremonias. A un lado, estaban los objetos que tenían que guardarse como reliquias de la fallecida flaminia: su bonete de color púrpura y su cuchillo de sacrificar.

Alcé el cuchillo. Tenía un mango grueso en forma de cabeza de águila y ese diseño especial, con una ancha y gruesa hoja de bronce, cuyos dos lados estaban ligeramente curvados, casi en forma de paleta de albañil.

—No hay funda —comentó Eliano. De sobras sabía yo a qué se refería.

—Se ha perdido —terció uno de los trabajadores—. Debió de ocurrir cuando se mudaron de casa. Hubo un buen escándalo cuando lo echaron en falta. Claro que —añadió, disimulando sus pretensiones— encontramos la cuchilla.

—Pero vosotros no teníais nada que ver con eso, ¿verdad? —Yo sabía que no.

Eliano cogió el cuchillo con sumo cuidado. Estaba muy afilado, como si aún se usara a menudo.

—Uno pensaría que degollar animales no es trabajo de mujeres.

—Enseguida te acostumbras a ello. —Nos volvimos, sorprendidos, y vimos que Estatilia Laelia nos estaba mirando—. Mi madre me lo contaba. Siempre bromeaba con que puedes distinguir a una sacerdotisa sacrificadora en cualquier lugar porque ese tipo de mujeres desarrolla unos antebrazos muy fuertes.

—Siempre había creído que las flaminias tienen un ayudante que les degüella los animales —dije.

—Las mujeres son mucho menos melindrosas de lo que crees, Falco —replicó Laelia con una sonrisa.

Se volvió para marcharse pero se detuvo de repente.

—¡Por Juno! ¿Qué es eso? ¿Un perro? —*Nux* movía la cola—. Aquí no pueden entrar perros, Falco.

—He traído a la perra para buscar a Gaya otra vez. Quien tenga una objeción ritual que no aparezca aquí en todo el día. La perra se queda.

Laelia se marchó corriendo, probablemente a quejarse a su marido o a su padre. *Nux* se sentó en el atrio y se dedicó a rascarse.

Con cuidado, Eliano dejó el cuchillo en su sitio.

—Alguien le ha hecho una buena limpieza, ¿verdad, Falco?

—Realmente lo han encontrado en muy buen estado —convino el albañil.

A diferencia de nosotros, no sabía que, probablemente, lo que habían hecho era limpiar la sangre del asesinado Ventidio Silano.

Llevamos a *Nux* al dormitorio de la pequeña Gaya. La dejé husmear en el cuarto y luego le enseñé un zapato de la niña. *Nux* se tumbó con la cabeza entre las patas como si esperase que se lo tirara.

—Esto no funcionará —se burló mi nuevo ayudante. Tenía mucho que aprender; para empezar, saber cuándo tenía que callar.

Le di el zapato a la perra, y se avino a llevarlo en la boca mientras bajábamos hasta el jardín del peristilo. Los albañiles trabajaban en la piscina pero, al verme, abandonaron felizmente su chapuza para observarme. Llevé a la perra a la columnata. Eso le gustó. Olisqueó todas las columnas con interés. La solté, dejó caer el zapato y fue corriendo a husmear las bolsas en las que los trabajadores guardaban el almuerzo.

La llamé y regresó de mala gana.

—Eres un desastre, *Nux*. Helena es mucho mejor sabueso que tú. Me gustaría haberla traído a ella y no a ti.

—¿Quieres un perro cazador auténtico para este trabajo? —preguntó Eliano en tono burlón.

—¿Conoces a alguien que tenga uno?

—Conozco a mucha gente que lo tiene.

—¿Aquí en Roma?

—No, claro que no. La gente caza en el campo.

—Bien, entonces quédate callado hasta que tengas algo útil que ofrecer.

Mostré a *Nux* las ramas con las que Gaya había jugado mientras simulaba limpiar el templo de las vestales. Asombrada, *Nux* las cogió con los dientes y luego las dejó caer, a la espera de un juego distinto.

—Esa mocosa tenía una fregona mejor que ésa. Le hice yo una de verdad con pelo de caballo, como las que usan las vestales —comentó uno de los albañiles.

¿Dónde estaba?

Dejé que Eliano hablara con los trabajadores sobre el día en que desapareció Gaya, aunque era de suponer que, si hubieran tenido algo útil que decir, lo habrían

dicho cuando se dio la voz de alarma.

Dejé a mi desastre de perra cazadora en el otro jardín. Sin la correa, aquel zarrapastroso matojo de pelos empezó a correr, cavando el suelo, oliendo hojas y mirándome, para ver qué esperaba de ella. Todavía tenía el zapato de Gaya en la mano y se lo tiré lo más lejos que pude a los matorrales. *Nux* desapareció corriendo y yo me senté en un banco, a esperar que se aburriera.

Aquel día no había allí ningún jardinero. Estaba yo completamente solo.

A veces no tienes ni idea de cómo estás avanzando en la resolución de un caso. Otras veces parece que esté todo aclarado y, sin embargo, te invade la sensación de que lo que parece simple no puede serlo tanto. Me pregunté continuamente qué me estaba pasando por alto en aquel caso. La historia tenía vacíos, unos vacíos tan bien disfrazados que no los veías y mucho menos podías llenarlos. Sabía que no iba por buen camino pero no sabía por qué.

Todavía era temprano, pero hacía mucho más calor que cuando me sacaron de la cárcel Mamertina. El azul del cielo se intensificaba gradualmente. Las abejas libaban en las pocas flores que quedaban. Un mirlo revoloteaba sobre unas macetas verticales, echando a un lado con desenfreno las hierbas que no quería. Aproveché uno de esos momentos en los que tendría que estar ocupado para descansar, con la esperanza de que mi espíritu se revitalizara y se me ocurriera una brillante idea. De todas formas, ¿qué otra cosa podía hacer? Todo el día anterior me lo había pasado trabajando lo mejor que sabía.

De la casa salió una mujer. Era alguien a quien no había visto nunca. Iba sola. Era una mujer de mediana edad, alta y delgada, vestida de gris, con una túnica larga y una elegante estola. Vino directa a mí y se sentó en el banco. Llevaba un anillo de casada.

—Tú debes de ser Falco. —No respondí, pero la miré de soslayo con incomodidad, a la espera de refuerzos.

La mujer tenía un rostro sin maquillaje pero, probablemente, bien cuidado, que hacía tiempo que había dejado atrás la juventud. Su piel era todavía firme y sus movimientos fáciles. Sus ojos grises me miraron con aire de desafío y astucia. No le daban miedo los hombres. Eso sugería que nunca había tenido miedo de nada, pero la valentía también es una forma de locura. Y, naturalmente, la mujer que mató a Ventidio Silano tenía que haber sido valiente y estar loca a la vez.

LIII

Por extraño que parezca, la mujer estaba perfectamente cuerda.

Me estudió de pies a cabeza con ojos lúcidos y serenos visiblemente inteligentes. Las mujeres que han desempeñado con éxito cargos públicos adquieren cierta majestuosidad. Estaba acostumbrada a tomar decisiones, a hablar en público y a officiar ceremonias.

Tal vez todo dependa del punto de partida. Tal vez, a nuestra manera, todos estemos locos. Pero muy pocos pueden degollar a otro ser humano fuera del campo de batalla y a sangre fría.

—Sé que anoche, Falco, corriste un gran riesgo a fin de poder hablar conmigo. —Asentí con la cabeza. Era, en definitiva, la ex vestal Terencia—. ¡Vaya informador! Nunca me encontraste, nunca lograste acercarte a mí.

—No —me disculpé.

—Supongo que, en cambio, verías a la otra jovencita. —Su comentario me confundió—. Constanza, ya sabes a quién me refiero.

—Sí, la vi.

—¿Y qué te pareció?

—Una joven con mucho talento. Llegará lejos.

—¡O acabará mal! —replicó Terencia con desagrado—. ¡Una Postumia de nuestros días!

—¿Postumia?

—¿No conoces su historia? Fue juzgada por inmoral. Llevaba trajes demasiado elegantes y hablaba con demasiada libertad e ingenio. El pontífice máximo la absolvió de la acusación de delito sexual, pero se le advirtió que se comportara con más decoro, que dejara de contar chistes y que vistiera de una manera menos llamativa.

—Me dejas pasmado.

—Eres un payaso, Falco. Esta mañana ha venido a molestarme otro tipo —gruñó Terencia—. Ese hombre horrible llamado Anácrites.

—¿Lo has recibido?

—Por supuesto que no. Salí por la otra puerta y vine directamente hacia aquí. Yo no me trato con espías.

—Lo cual habrá supuesto un buen golpe a su autoestima. Te seguirá al fin del mundo.

—Probablemente.

Parecía menos loca que mis tías, unas brujas pendencieras con tendencia a lanzar ollas calientes a la cabeza de la gente. De todas formas, y tal vez debido a lo de mis queridas tías, no me relajé.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté con humildad—. No soy un espía, solo el procurador de los gansos sagrados.

—Me llamo Terencia Paula, como bien sabes. —Se decía que los lunáticos creían ser Julio César, pensé. En el caso de Terencia, ésta daba órdenes como un auténtico dictador—. Y en cuanto a ti, después de tu escapada a la casa de las vestales, te será conveniente dimitir de tu cargo como cuidador de las aves.

—No, no. Defenderé mi puesto. Ha llegado a gustarme.

—Vespasiano sacrificará tu prebenda en la próxima tanda de recortes presupuestarios.

—Estoy de acuerdo, es una posibilidad.

—Yo misma se lo sugeriré —dijo Terencia con toda la majestuosidad de una ex vestal. Bueno, eso me ahorraría tener que dimitir. Empezaba a alegrarme que la hija de Maya no fuera a hacerse sacerdotisa de Vesta. No sería nada agradable que, al cabo de treinta años, Cloelia volviera a casa tan mandona y provocadora.

Con mis recién inauguradas credenciales en peligro, decidí ponerme duro.

—Si no es de mala educación preguntarlo, ¿podrías decirme por qué te casaste con Ventidio?

—Es de mala educación. Me casé con él porque me lo pidió. Era un hombre atractivo, cortés, divertido, con muchísimo dinero. Había sido, como estoy segura que sabes, el amante de mi hermana durante mucho tiempo.

—¿No te dio miedo enojar a tu hermana?

—Tengo que admitir que eso era realmente lo que pretendía. —Intenté disimular mi asombro. Entendí por qué Julia Justa, la madre de Helena, una de las mujeres más racional y socialmente discretas, había hablado de Terencia con aversión no disimulada. La ex virgen no sólo era rara sino que hacía lo posible por ser desagradable—. Mi hermana me restregó por las narices su conquista y se empeñó excesivamente en contarme sus detalles, señalando cómo contrastaban sus actividades de alcoba con mi casta vida. Olvidó que mis treinta años de votos terminarían un día. Estatilia Paula estaba enferma. Ella no estaba al corriente de que yo lo sabía pero, cuando se anunció nuestro compromiso, advertí que no iba a dejarla sin amante por mucho tiempo. —Terencia hizo una pausa—. Y, sin embargo, tenía que haber sido más largo de lo que fue.

—¿La enfermedad avanzó muy deprisa?

—No, Falco. Se cortó las venas en el baño. Mi hermana se suicidó.

Lo dijo en un tono muy prosaico. ¿Se trataba de la sinceridad cruel de una mujer demente o era simplemente que, como una mujer extremadamente cuerda, no quería que yo metiera las narices en el asunto? En cualquier caso, significaba que otra crisis, otra tragedia, había destrozado aquella terrible familia. Empecé a comprender por qué el ex flamen hablaba como lo hacía de la muerte de su esposa; habría muerto de todas

maneras pero, deliberadamente, lo había privado de su posición antes de tiempo.

—Entonces —prosiguió Terencia en voz baja—, me casé con Ventidio. No tenía otra opción.

—¿Por qué?

—¿No lo ves? Pensé que podría controlarlo. Antes de ponerse enferma, mi hermana lo había conseguido.

—No comprendo.

—Era un viejo amigo de la familia.

—El muy amigo «tío Tiberio», me han contado —dije secamente. Terencia me lanzó una mirada de odio. Sobreviví.

—Había que vigilar estrechamente a Ventidio —explicó—, de lo contrario se hubiera pasado todo el tiempo por ahí.

—¿Galanteando?

—Exactamente. De sobras sabía yo que Numentino no rompería con Ventidio a la muerte de Estatilia, después de cómo había tolerado hasta entonces el comportamiento de ese hombre. No quería ver que las chicas corrieran peligro. Qué estúpido. No veía hasta qué punto era necesario que actuase.

—Necesario, ¿por qué?

—Eso ya lo sabes.

—¿Porque Ventidio empezó a sentirse sexualmente atraído por Cecilia?

—Por Cecilia y mucho más por Laelia.

—Cecilia admite que tuvo que rechazar a Ventidio. Laelia niega que él la tocara nunca.

—Entonces —replicó Terencia con energía—, Laelia te ha mentado.

—Por recato, sin lugar a dudas —murmuré, pensando que una vestal aprobaría aquella postura mía—. ¿Necesita mentir?

—¡Eso lo necesitamos todos! —Por un momento, Terencia dio la impresión de cansancio.

—Entonces —murmuré dándole vueltas al asunto—, ¿tú sabías que Ventidio iba por las otras dos? ¿Puedo preguntarte quién te informó de ello?

—Laelia me confesó que Cecilia se lo había confiado. Comunicarlo le dio más placer de lo normal. Antes de eso, yo ya le había advertido a él que dejase en paz a Laelia. Ventidio ya llevaba mucho tiempo jugando con ella, que es muy inmadura y se lo tomaba en serio. Escauro, su hermano, lo descubrió y me lo dijo al final. Ventidio disfrutaba pensando que tenía el privilegio de acostarse con más de una generación.

—Así ¿consiguió jugar con Laelia durante mucho tiempo? Me resulta difícil de creer.

—Tú juzgas mal a todo el mundo, Falco. —Después de machacarme para su

satisfacción, siguió con las explicaciones—. Me temo que Laelia se lo permitió enseguida de muy buen grado. Siempre había sido una mujer difícil, pero una vez lo supe, se acabó.

—¿Qué quieres decir?, ¿que Laelia era promiscua?

—No demasiado. Nunca tuvo muchas oportunidades. Los hijos de un flamen dialis crecen aislados.

—Comprendo que eso la convertía en presa fácil para un omnipresente amigo de la familia. ¿Por qué había sido difícil?

—¿Por qué? —Terencia parecía asombrada de que lo preguntase—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Era así, eso es todo. Los niños nacen con rasgos inherentes de carácter, voluntariosos. —Voluntarioso es la última palabra que habría usado para designar a la pastosa hija del ex flamen. Me recordé de nuevo que lo que estaba oyendo lo decía una supuesta demente—. Su madre tenía demasiado trabajo con mimar a Escauro para darse cuenta... a menos que Estatilia se sintiera impotente para tratar con Laelia. El chico y la chica formaban una pareja extraña y tortuosa, pasaban muchos ratos solos. A veces se golpeaban con verdadera violencia; otras, estaban extrañamente quietos, con las cabezas juntas, como si conspirasen.

—Como eran los hijos de un flamen, supongo que se les mantenía alejados de otros niños y, hasta cierto punto, de los adultos.

—Sí, algo que en mi opinión resultó fatal —dijo Terencia en tono críptico.

—¿Nunca aprendieron la conducta normal?

—No. Desde muy pequeños aceptaron bien sus deberes religiosos, pero desarrollaron una autosuficiencia tan grande que eso no pudo hacerles ningún bien.

—Ahora parecen un tanto tímidos —comenté.

—Ambos tienen un temperamento incontrolable cuando se les contradice. Incuban odios, descargan el mal genio, carecen de tolerancia y de freno... Hay niños que no necesitan compañía para ser criaturas dulces. Mira a Gaya, también es una niña que se ha criado en soledad.

—Un poco mimada materialmente, ¿no? —sugerí.

—La culpa es de Laelia —dijo Terencia en un tono cortante—. No tiene sentido de la decencia. Siempre compra regalos sin decírselo a Cecilia y se los da a Gaya a escondidas. Y una vez le ha dado juguetes o vestidos, es muy difícil quitárselos de nuevo.

—Así que Laelia quiere mucho a su sobrinita Gaya... —De repente advertí que, allí, la verdadera tía era Laelia y que Terencia era la tía abuela—. ¿Es un amor consistente o puede perjudicar a la niña?

—El amor de Laelia es una emoción volátil —comentó Terencia. Pero estaba loca. ¿Cómo podía valorar las emociones?

—¿Amenazaría a Gaya con la misma facilidad con que la mimaba?

Terencia hizo un pequeño gesto de asentimiento como felicitándome porque, finalmente, había descubierto la verdad.

—Hicimos por Laelia todo lo que pudimos. Cuando tuvo edad para casarse, sugerí a Ariminio... un cambio total, sangre nueva. A él le halagó mucho que le pidieran unirse a una familia de tan alta posición. Y, todo hay que decirlo, es muy bueno con Laelia.

Yo había entrevistado a Ariminio y a su esposa, por decisión conjunta, ¿o sólo de él? Lo más probable era que intentase protegerse de indiscreciones por parte de la mujer. Desde luego, no había recibido ninguna insinuación respecto a que Laelia le hubiese seguido deliberadamente el juego al «tío Tiberio».

—Parece que forman un buen matrimonio —intervine, en defensa del pomonalis y su mujer, sin revelar que sabía que él quería separarse.

—¡Te engañan con tanta facilidad! —se burló Terencia—. Para ser un hombre con un sello de aprobación por parte de un emperador más eficiente de lo que suele ser habitual, esperaba algo mejor. Ariminio ha llegado a su límite. Ya no aguanta más. Ha solicitado el divorcio.

Sí, eso encajaba con sus comentarios de la tarde anterior mientras buscábamos a Gaya.

—Me dijo que anhelaba la libertad. —En realidad me había hablado de «deserción». Eso encajaba con el hecho de que su mujer diera la sensación de ser una mujer inestable. ¿Tan inestable era Laelia?—. Yo pensaba que el matrimonio de un flamen es para toda la vida. ¿Quieres decir que tendrá que renunciar a su puesto en el colegio sacerdotal?

—Exacto. Precisamente por eso he intentado arreglar la cuestión de la custodia formal. Si hay divorcio, Laelia volverá a su familia natural. Numentino se está volviendo viejo y no se puede confiar en él indefinidamente.

—¡Escauro me aseguró que tú querías que fuese tu tutor!

—¿Yo? —Me miró fijamente—. ¿Por qué iba a necesitar yo eso? ¿En serio? Ese chico es imbécil.

—Yo pensaba que lo apreciabas mucho, Terencia Paula.

—¿Apreciarlo? Aprecio no es la palabra. Esos dos niños se criaron ignorantes y necesitados de control. Escauro es un estúpido y yo intento protegerlo de la vergüenza pública.

Ése era el tipo de locura que yo comprendía: una mujer que había sido declarada furiosa convenciéndose a sí misma e intentando convencerme a mí de que sus protectores necesitaban protección. Sí, había llegado el momento de que me replanteara el esquema de todo aquel problema.

—Terencia Paula, aquí el único que ha dado muestras de cierta iniciativa ha sido tu sobrino, al negarse a que lo dominen las tradiciones familiares; al irse de casa,

quiero decir.

—Tonterías. —Impaciente, su encantadora tía se golpeó la mano con el puño—. Tienes la evidencia delante de tus narices, Falco. ¡Qué te habrá contado del asunto de la custodia! ¿Por qué tenía que contarte algo tan estúpido? Lo único que se le debía ocurrir es decir la verdad: que había venido a Roma por negocios legales. Sabía que todo el asunto tenía que ser confidencial y, cuando se encontró contigo, su padre y yo decidimos que era incapaz de hacerse cargo de su hermana. También se le explicó muy claro que no se le ocurriese abrir la boca. Pero, en lugar de eso, organiza una complicada fantasía y está a punto de hacer que te la creas...

—¿Quieres decir que Escauro es un poco corto?

—¿Corto? Mi pobre sobrino sí que necesita un tutor. Cuando le hablé de su hermana, me di cuenta de que no había nada que hacer y lo largué de casa. Nos deja sin solución, pero con la esperanza puesta en Ariminio.

Me quedé pensativo unos instantes.

—¿Por qué no ayudar a Ariminio a divorciarse con una gran pensión, si es posible, y pedirle que asuma la custodia de Laelia? Todavía puede hacerlo. Y puede ser útil en una crisis. Lo siento —añadí—. Comprendo que esa pensión se pagaría con tu dinero y tal vez no te guste dárselo a Laelia.

—Mi idea —dijo Terencia con deleite— es utilizar el dinero de mi marido después de heredar. El que causó todo esto fue Ventidio. Es él quien debe alguna compensación a la familia. Su fortuna puede hacer feliz a Ariminio Módulo y pagar el cuidado futuro de Laelia.

—¿Y qué pasa con Escauro? ¿No ha llegado a flamen por su falta de inteligencia?

—Pues claro. En teoría, podía optar a los puestos más altos, pero nombrarlo habría sido caótico. Incluso su padre lo admitió. Escauro no sería capaz de recordar uno solo de los rituales aunque hubiese hecho acopio de coraje para intentarlo. Cuando se casaron, Cecilia Paeta creyó que podría ayudarlo en ese aspecto, pero enseguida perdió toda esperanza. Los rituales tienen que hacerse con suma precisión.

—¡Ah, la vieja religión! —gruñí—. Aplacar a los dioses con la repetición absurda de palabras y ceremonias rituales sin sentido hasta que se dignen enviarnos buenas cosechas sólo porque están hartos de aguantar todos esos rezos y el olor de los pasteles de trigo quemado.

—Eres un blasfemo, Falco.

—Sí, lo soy. —Estaba orgulloso de ello.

Terencia decidió pasar por alto mi exabrupto.

—No sé cómo el marido de mi sobrina y la mujer de mi sobrino han aguantado tanto. Ariminio cuidará de sí mismo cuando esté preparado para hacerlo. A fin de cuentas, tiene motivos suficientes para marcharse. —Quise preguntarle qué quería decir, pero la mujer hablaba por los codos, acostumbrada a que no la interrumpieran

—. Hace tres años, Cecilia sufrió una depresión y tuvo que ser exonerada de la carga de su matrimonio, pero Numentino no quería afrontar el problema. Tuve que poner a Escauro en la granja para que no hiciera daño y una de mis sensatas chicas cuida de él.

—¿La seductora Meldina?

—Te equivocas de nuevo, Falco. Meldina está felizmente casada y tiene tres niños. Para convencerla de que haga esto tengo que acomodar también al marido y a la familia.

—¡Ah!, pero, perdona, ¿y Numentino no desempeña ningún papel en todo esto? Tú has asumido responsabilidades, pero el estricto ex flamen ¿acepta que te ocupes de sus hijos por él?

—Lo contempla todo con apatía, se queja y con eso ya tiene bastante. Para él sus hijos son una gran decepción por lo que, en vez de intentar arreglar las cosas, se abstrae implorando a los dioses. Tiene una excusa: todas las horas de su tiempo las ocupaba con sus deberes para con Júpiter cuando era flamen dialis. Mi hermana no le iba a la zaga. En momentos de crisis lo que se dice serias, ambos se dedicaban a mascar hojas de laurel y entraban en trance hasta que otra persona se dignaba solucionar los problemas. Doy gracias a los dioses porque, como vestal, pude ejercer cierta autoridad sobre ellos.

Todo lo que Terencia Paula estaba diciendo podía ser verdad... o ser una distorsión psicótica de la verdad. ¿Era realmente una entregada salvadora de aquel desastre de personas, o su constante interferencia fanática iba más allá de lo que podía creerse? ¿Era un lastre intolerable del que no podían librarse?

Seguí recordando que el maestro de los arvaes había dado a entender que aquella mujer se había vuelto loca y había descuartizado a su marido como si fuera un animal dispuesto para el sacrificio. Cuanto más hablaba, en aquel tono airado aunque controlado, más fácil resultaba creer que podía haber matado a su marido, si había decidido que era necesario hacerlo. Y, en cambio, más difícil resultaba imaginarla convirtiendo la muerte en una escena teatral realizada en pleno ataque de demencia.

Seguro que Terencia habría querido que fuese algo rápido, limpio y pulcro. La intuición me decía que ella habría hecho indetectable aquel crimen (o que, al menos, habría ocultado al autor). Aunque el asesino tuviera la inteligencia y el valor necesarios para sacar adelante su plan, quedaba Terencia Paula. Incluso si lo hubiera hecho y, con sus modales altivos, hubiese decidido reconocerlo, supongo que habría esperado junto al cuerpo y habría hecho una confesión rápida y sistemática. La escena que había descrito el maestro de los arvaes, en la que una mujer enloquecida y bañada en sangre era detenida y, acto seguido, obligada a confesar, no encajaba en absoluto en esta mujer. Como tampoco encajaba esta mujer fría con la que estaba hablando en la descripción de una criatura patética que requería los cuidados de otras

por su estado de demencia.

—¿Y qué hay de Gaya? —pregunté con muchísima delicadeza.

—Esa pequeña es la estrella radiante de la familia. Gaya ha adquirido una inteligencia y una fuerza de carácter que no sé de dónde la ha sacado. De mi familia, probablemente; de la parte de su madre incluso, tal vez.

—Pero tú estás muy en contra de que siga tus pasos y se haga vestal, ¿no es así?

—Tal vez sea hora de que por lo menos un miembro de la familia lleve una vida normal de adulto —respondió Terencia. Por una vez, fue rápida en contestar.

Me pareció que cualquier réplica estaría fuera de lugar.

—Me gustaría ver algunos cambios, Falco. Gaya será aplicada, no importa qué papel decida emprender en la vida. —Hizo una pausa y continuó—: Además, como vestal, debo tener en consideración la orden de las vírgenes. No puedo aprobar, conociéndolo, el modo de seleccionarla. Las posibilidades de un escándalo son demasiado grandes. Es una mala elección para Vesta y la carga sería intolerable para la propia Gaya si llegara a conocimiento público un asesinato tan espantoso.

—El sorteo ya debe de estar celebrándose ahora mismo —dije—. Gaya no participará. Si alguien la ha escondido para evitar que la elijan, ya la puede liberar seguro de haberlo conseguido.

—No lo ha hecho nadie. Y tampoco le han hecho daño deliberadamente. Tampoco —me aseguró Terencia.

—Me gustaría preguntar a Gaya qué opina de todo esto.

—Una vez conocido el peligro, yo estaba en posición de protegerla. —¿Protegerla? ¿De quién? —Primero hay que encontrarla. Ésa, si me permites recordártelo, Falco, es tu principal responsabilidad.

Decidí arriesgarme y apunté:

—Según mi sobrina, Gaya Laelia tiene una tía loca que ha amenazado con matarla.

Terencia no movió un solo músculo. Si podía, seguiría manteniendo el encubrimiento hasta el final.

Volví a probar:

—Gaya me contó, y lo mismo le confirmó a Constanza, la vestal, que alguien de su familia deseaba verla muerta. Perdóname —continué, sin alzar la voz—, pero tengo que tomarme esto en serio, sobre todo si tiene un pariente que ha sido asesinado recientemente. Podría considerarse que el asesino ha golpeado dos veces. —Tampoco esta vez hubo reacción—. Terencia, el maestro de la hermandad de los arvaes me inclinó a creer que Ventidio Silano murió a manos de su esposa.

—Está chiflado. —Terencia Paula alzó la vista al cielo con la cabeza echada para atrás. Luego se inclinó hacia delante, con el rostro entre ambas manos, y se frotó los ojos. ¿Eran aquellos los ojos de una mujer desquiciada? ¿O sencillamente los de una

persona que se siente abrumada ante la exhibición de incompetencia masculina? Refunfuñó para sí con un ruido grave, desesperado, que surgía de lo más profundo de la garganta, pero me sentí extrañamente sereno.

—Si el maestro tiene razón, hay que ver lo valiente que eres —apuntó ella con sarcasmo al cabo de un momento—. Estar aquí sentado, a solas conmigo... Yo no he matado a Ventidio ni a Gaya. Quiero muchísimo a esa niña y ella lo sabe. No soy más que la hermana de su abuela que, terca y benevolente, siempre ha intentado ayudarla.

Observé detenidamente a la mujer. Debía de estar bajo una gran tensión. Las preguntas que le estaba haciendo pondrían tenso a cualquiera, incluso al inocente. Especialmente a él. Terencia sabía que no podía acusarme sin más de ser un informador impertinente. Si aceptaba la insinuación del maestro, la mujer estaba acusada de un crimen terrible. Si Terencia Paula era una persona que se desmoronaba y actuaba alocadamente, éste era el momento de demostrarlo.

Me miró a su vez con arrogancia, ardiendo en ira y con gran ironía femenina. No le faltaban ganas de enfurecerse conmigo; golpearme incluso, probablemente. Pero no se inmutó lo más mínimo.

—No fui yo —dijo—. No fui yo quien mató a mi marido. Cuando fue capturada, toda manchada de sangre, la autora del crimen le aseguró al maestro que ella era la esposa del muerto y, en esta ocasión, el maestro la creyó. Los hombres no son nada observadores y resulta fácil suggestionarlos. Además, si sabes algo de matrimonio, lo que la mujer decía parecía rotundamente factible. Más tarde, por supuesto, fingir que lo había matado una esposa pareció un buen medio de disuadirlos, a ti y al Camilo, de seguir husmeando. Sin embargo, ella no era más que una antigua víctima de Ventidio, al que había dejado, ante mi insistencia, y que se ponía furiosa cuando se sentía rechazada.

—Entonces, ¿no fuiste tú? —le confirmé con un hilo de voz.

—No, no fui yo. Nunca podría hacer algo así.

Naturalmente, todos los asesinos arrinconados entre la espada y la pared recurren en ese argumento.

Con gesto apenado, asentí para demostrarle a Terencia que no habría modo de obligarme a proteger al verdadero asesino. No, mientras hubiera la menor duda sobre el destino de la pequeña Gaya.

Entonces sucedieron dos cosas.

Mi perra se acercó a mí. De pronto, *Nux* apareció a toda carrera de entre los espesos matorrales, ladrando aunque sus gañidos quedaban sofocados por algo que traía en la boca. Me presentó el objeto y vi que se trataba de un pedazo de madera blanca sin vetas, un bastón nuevo al que se habían claveteado largos mechones de crin para convertirlo en una especie de enorme pincel.

Y de la casa salió Eliano. Cuando vio a Terencia, puso expresión de sobresalto,

pero lo que tenía que decir era demasiado urgente como para posponerlo.

—Debes venir conmigo, Falco. —Al instante, me puse de pie—. Los vigiles acaban de llegar aquí con Escauro y todo el mundo está absolutamente fuera de sí. Parece algo más que una simple pelea. Si no hay modo de detenerlos, me temo que alguien resulte muerto.

Cogí en volandas a la perra y eché a correr.

LIV

El revuelo se estaba produciendo en el mismo atrium. Muy tradicional. El centro de una auténtica casa romana. El hogar, el estanque (todavía seco, en este caso) y los dioses familiares.

Había gente por todas partes. El primero al que reconocí fue a Anácrites, que intentaba en vano conducir a un grupo de esclavos y de albañiles lejos del alboroto mientras ellos, por su parte, intentaban escabullirse no sin antes echar un vistazo. Eliano se unió al jefe de espías para enviar al grupo hacia un pasadizo.

—¡Anácrites! ¿Qué ha sucedido?

—La locura. Los vigiles han traído al hijo...

—¿A Escauro?

—Sí. Yo acababa de llegar e intentaba que me permitieran ver a la ex vestal... — Sus ojos se clavaron en Terencia unos segundos—. El viejo se había presentado para discutir conmigo. Cuando vio al hijo, al parecer detenido, fue como si ya lo esperase. Se ha puesto furioso. Se ha lanzado sobre Escauro con insultos, proclamando que su hijo sólo tenía que hacer lo que se le había mandado y todo el asunto habría terminado sin embrollos. No sé qué órdenes tenía...

—¡Tenía orden de guardar silencio! —intervino Terencia. Después, añadió muy irritada—: Numentino podría haber hecho lo propio.

Anácrites identificó a la mujer nada más verla. Podría decirse que adivinaba quién era y que seguía considerándola la loca que había matado a Ventidio. Lo noté nervioso; yo ya no lo estaba. No tenía tiempo de explicarme.

—En éstas estábamos cuando sin más ni más se presentó una mujer —me dijo—. El hijo la trató a gritos, exigiendo que le dijera qué había contado para que lo llevaran allí de aquella manera. Ella se puso histérica...

—Falco... —terció Terencia con tono vehemente.

—Es Laelia... Sí, entiendo. —La miré fijamente. No necesitaba oír más. Dejé a la perra en brazos de Anácrites. Si *Nux* lo mordía, mejor. Me encaminé al atrium a toda prisa. Terencia Paula me siguió pisándome los talones.

Allí estaban todos. Numentino parecía haber sufrido un ataque de alguna consideración. Cecilia Paeta estaba encorvada sobre el anciano e intentaba abanicarle el rostro con las manos. Ariminio yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre, aunque no alcancé a ver dónde estaba herido. Seguía vivo, aunque enroscado sobre sí mismo y jadeante; necesitaba ayuda urgentemente.

Un par de vigiles intentaban arrastrar a Escauro a lugar seguro mientras su hermana, Laelia, empuñaba el cuchillo ritual de los sacrificios de la difunta flaminia. Laelia debía de haberlo cogido de la capilla y me maldije por haberlo dejado allí. Atiné, la cara de caballo, la niñera de la pequeña Gaya, hizo una demostración de

valentía para detener a Laelia; además de las tareas de atender a la niña, Atiné debía de compartir la tarea de cuidar y proteger a la demente. Aunque corría un grave riesgo ella misma, se mantuvo firme y plantó cara a Laelia pese a que ésta le respondía con obscenidades y violencia. Cuando me acerqué, Laelia empezó a golpear a la niñera (por fortuna, con la mano libre y no con la que blandía el arma). Atiné acabó con nuevas contusiones, además de las que ya tenía cuando la interrogué, pero encajó el castigo con paciencia.

Cada vez que sus movimientos la llevaban cerca de Escauro, Laelia le asestaba una puñalada al azar. En lugar de retroceder, Escauro agitaba los brazos y llamaba su atención a gritos. Estaba avivando la agitación de la mujer. Casi parecía un acto deliberado.

Uno de los vigiles inmovilizó por ambos brazos a Escauro y lo habría forzado a retirarse, pero una feroz cuchillada de Laelia le hizo un profundo corte en el antebrazo y el hombre soltó a Escauro, entre juramentos, derramando un chorro de sangre. Otro vigil corrió a apoyar a su colega herido y lo apartó del peligro.

Cecilia Paeta vio en aquel momento lo que sucedía. Con una exclamación, que era un aullido, dejó al viejo y corrió hacia su marido, al tiempo que le gritaba a Escauro que se quedara quieto antes de que lo mataran. Sin hacer el menor caso, Escauro sólo estaba concentrado en provocar a su hermana. Ésta tenía un aspecto radiante y le lanzaba sonrisas exultantes, animándolo a arriesgarse y ponerse al alcance de las cuchilladas que podía asestarle con la espantosa arma de bronce. Cecilia apartó a un lado a Atiné; la pobre chica se derrumbó pesadamente y, mientras me abría paso entre la multitud, le indiqué que se mantuviera a distancia.

Cecilia se había cogido a las ropas de Escauro e intentaba disuadirlo de que no se acercara a su hermana porque estaba chiflada. Con gran determinación, su esposa, todavía fiel, se colgó de él y lo retuvo. Nadie más parecía dispuesto a ayudar.

—¡Por todos los dioses, vaya lío!

Yo siempre llevaba una daga en la bota. La mayor parte del tiempo no la necesitaba y en aquel momento no serviría de gran cosa. Era el único de los presentes que disponía de un arma de cualquier tipo salvo, posiblemente, Anácrites, y éste todavía andaba mal de salud y no era de fiar en un tumulto. Aquélla era una familia de sacerdotes; para ellos, las espadas eran lo que los héroes antiguos colgaban en los lugares más santos de los templos, bellamente adornadas con ramitas de laurel. Incluso los vigiles, como tropas civiles, iban desarmados. Así pues, de mí dependía.

En aquel momento, Laelia estaba desvariando de verdad. Salvo los esfuerzos de Atiné y de Cecilia, sólo la manía incontrolable de su hermana había salvado a Escauro de sufrir un daño irreparable. Nadie se atrevió a acercarse a ella, pero Laelia no disponía de ningún objetivo y apenas si tenía un propósito. Unas vetas de espuma asomaban en la comisura de sus labios y en su rostro sofocado se dibujaba la mueca

de una sonrisa bobalicona y simple. La mujer se balanceaba ya sobre un pie, ya sobre el otro, al tiempo que pasaba el cuchillo de una mano a otra. De momento no parecía que quisiera autolesionarse, pero me di cuenta de que podía ocurrírsele cuando más distraídos estuviéramos.

Por supuesto, yo soy un romano correcto. No me peleo con mujeres. Aquello significaba un problema. Tendría que desarmar a Laelia y luego, sin darle tiempo para nada, inmovilizarla. La loca asía el cuchillo con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

Crucé la sala a toda prisa, saltando sobre el estanque seco, en dirección al punto en el que los obreros habían dejado sus herramientas y materiales. Agarré un palo de madera sin pulir que probablemente utilizaban para montar los andamios. Al percibir una novedad en la situación, Laelia empezó a gritar. La gente gritaba también. Escauro dejó de debatirse repentinamente y Cecilia lo soltó.

Escauro avanzó con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar a Laelia. Ésta, de pronto, se detuvo y permaneció inmóvil.

—Cortarle la garganta no fue suficiente —le dijo a Escauro. Su calma era aún más inquietante que la violencia anterior. Era como si hubiese estado explicando las razones de que hubiese cambiado de panadero. El resto de los presentes permaneció paralizado y horrorizado—. Deberían haberse examinado las entrañas para interpretar los augurios. Y el hígado debería haber sido ofrecido a los dioses.

Empecé a avanzar hacia ella.

—Entonces, ¿fuiste tú quien mató a tío Tiberio? —le pregunté en un intento por distraerla—. ¿Por qué lo hiciste, Laelia?

Ella se volvió hacia mí.

—Porque dejó de quererme. Tía Terencia lo hizo mantenerse a distancia. Y no debería haberlo hecho. ¡Era yo quien tenía el cuenco! —exclamó. Empezó a cobrar sentido algo que hasta entonces no había dejado de inquietarme.

—Me doy cuenta de lo difícil que tuvo que resultar —le dije mientras buscaba el modo de acercarme más a ella—. Ventidio se revolvería en un intento de escapar, cayó fuera de la tienda tras romper la lona, fue a dar con sus huesos en la hierba y... Y el resto resultaría sumamente embarazoso...

No dejé de avanzar aunque poco a poco. Ya estaba cerca de ella.

—Ya lo sabes, ¿no? —me preguntó Laelia—. No se parece en nada a sacrificar a un animal, ¿verdad? En cualquier caso, el sacerdote tiene sus ayudantes. Tiberio yacía en el suelo y resultaba muy difícil ponerle el cuenco bajo la garganta...

Era imposible que lo hiciera una persona sola. En el sacrificio ritual de Ventidio Silano, tenían que officiar dos personas necesariamente. Cuando reparé en ello, el descubrimiento debía de reflejarse en mi rostro. Mientras Laelia me observaba detenidamente, Escauro decidió saltar sobre ella.

—Mantente a distancia —le advertí con voz imperiosa. La mirada de Laelia pasó velozmente de uno a otro; Escauro titubeó. Los observadores se habían quedado mudos de espanto y, al menos, estaban todos muy quietos, mirando—. Déjame a mí este asunto.

Laelia se volvió, me miró fijamente y declaró con toda claridad:

—Yo no podría haberlo hecho. Nunca me han enseñado a realizar el sacrificio ritual. En cambio, mi hermano sí ha sido instruido en los deberes de un flamen, de modo que él sí que sabe. Según Escauro, cuanto más afilado está el cuchillo, más fácil resulta.

Escauro llegó hasta ella antes que yo y la agarró por la muñeca. Todo el mundo decía que aquel hombre era idiota y allí me lo demostró. Había agarrado la muñeca más próxima a él, y no la que sostenía el arma. Laelia se dio la vuelta en redondo; el hecho de que la tuviera asida del otro brazo incluso le facilitó el movimiento. Con la mano libre intentó descargar una cuchillada en el cuello de Escauro. Ella también estaba desesperada. Le hizo sangre en el hombro, pero el hombre se apartó de un salto y se puso a salvo.

De pronto, tuve la oportunidad de pasar a la acción. A salvo del alcance del arma, descargué con todas mis fuerzas un golpe con el palo en la mano con la que Laelia empuñaba el cuchillo. El arma saltó de sus dedos y se deslizó por el mosaico de la sala. Dio la impresión de que Laelia apenas se enteraba y lanzó su mano libre como si quisiera rajarme el cuello con un puñal intangible.

En aquel momento, no era capaz de reconocernos; era evidente que su mente divagaba.

Llegué hasta ella. Seguía empuñando el bastón como si pretendiera mantenerla a raya con él. Conseguí extender un extremo más allá de Laelia en el instante en que Escauro se agachaba y recuperaba el cuchillo ritual de su madre. Yo estaba preparado para cualquier imprevisto. Alargué un brazo hasta Laelia y la aparté de Escauro por la fuerza. Nadie más parecía tener idea del peligro que corría la mujer. Y ella, menos que nadie; aquello era lo que hacía aún más peligroso el trance del que éramos espectadores.

De repente, entre sollozos incontenibles, Laelia me agarró el bastón y me dificultó los movimientos. Mientras la obligaba a soltarse, alguien pasó por detrás de mí en una masa confusa y gris. Terencia Paula pasó ante su sobrina demente en el momento en que Escauro, tan loco como ella, decidía dar muerte a Laelia.

—¡Tú! —exclamó Terencia con absoluta exasperación—. Ya era suficientemente malo pensar que lo había matado tu ridícula hermana... ¡pero tú fuiste su cómplice!

—Ventidio era un animal —respondió Escauro.

Empujé a Laelia y la envié todo lo lejos de mí que pude. Después, me di la vuelta para proteger a Terencia.

No fue necesario. La furiosa ex vestal soltó a su sobrino un directo de derecha y enseguida oí cómo le crujía la mandíbula y cómo llevaba hacia atrás la cabeza. Escauro miró al techo bruscamente. Después, se derrumbó.

LV

Todo el mundo se lanzó sobre las diferentes víctimas.

Yo le murmuré a Terencia, por lo bajo:

—¿Puedo preguntarte dónde has aprendido a lanzar esos rechazos? ¿De alguno de los lictores de las vestales, mientras te preparabas para la vida de matrimonio con Ventidio?

—Es intuición —soltó ella—. Yo puedo encargarme de esto. Tú, Falco, ve a buscar a Gaya.

La mujer se volvió hacia donde estaba Anácrites, todavía quieto con mi perra en brazos. *Nux*, en un acto insólito en ella, seguía mostrando interés por uno de sus trofeos. Sus dientes blancos mordían con fuerza el pequeño estropajo de cerdas de caballo. Sin duda, era la escoba que el artesano había hecho para Gaya.

Anácrites se sintió ridículo; dejó a la perra en el suelo y el animal corrió a sentarse delante de mí, agitando el antihigiénico muñón de la cola contra el mosaico del suelo.

—¿Qué sucede, *Nux*?

Me agaché y cogí el estropajo de entre sus dientes. Como era propio de *Nux*, se mantuvo agarrada al objeto un buen rato, sin querer soltarlo, entre felices gruñidos y saltando tras él cuando lo hube recuperado a tirones. Entonces se puso a ladrar.

—Buena chica...

Cuando la perra comprobó que yo estaba dispuesto a advertir su presencia, empezó a correr delante de mí describiendo amplios círculos. Continué adelante. *Nux* salió a la carrera y desanduvo el camino que habíamos hecho desde el jardín. Cada vez que llegaba a una esquina del pasadizo, se detenía y ladraba. Era un ladrido áspero, insistente y muy agudo con el que pretendía llamar mi atención. Nada que se pareciera a sus insulsos gañidos habituales.

Al salir tras los pasos de mi excitado animal, había dejado atrás a todo el mundo. *Nux* avanzó por el pasadizo y cruzó un umbral tras otro sin dejar de olisquear. De vez en cuando se detenía y miraba atrás para comprobar si aún seguía con ella.

—¡Buena chica! Busca, *Nux*.

La perra salió al patio de la cocina y pasó ante el asiento en el que hacía muy poco había estado hablando con Terencia. Cruzó los surcos recién arados para la plantación, pasó bajo las pérgolas saqueadas, se internó entre las zarzas y se lió entre las enmarañadas enredaderas que cubrían el alto muro de piedra.

Se suponía que el día anterior habíamos buscado por todas partes, especialmente allí. Esclavos con hoces habían desembarazado las enredaderas y yo mismo había batido una zona de matorrales. También le había indicado a alguno de los siervos que se introdujera entre las zarzas a gatas para mirar bien.

No era suficiente, me dije. Había un punto en el que la pared del recinto formaba un ángulo que casi la dejaba fuera de la vista. Últimamente, los matorrales lo resguardaban, pero en otro tiempo había tenido un propósito. Para ser justo, debo reconocer que el día anterior había visto a una persona explorar la zona. Pero nunca resulta seguro confiar en los subordinados. En una emergencia comprometida, uno debe comprobar cuantas veces sean precisas personalmente palmo a palmo el terreno. No importa que los ayudantes se irriten porque da la impresión de que no se confía en ellos. No importa si uno termina exhausto. Nadie merece más confianza que uno mismo; ni siquiera cuando, como en este caso, los colaboradores saben que está en riesgo la vida de una niña.

Nux ya estaba volviéndose loca. Había llegado a un pequeño claro donde los muros de piedra habían desafiado a los matorrales invasores. Allí era donde *Nux* debía de haber encontrado el estropajo. Decididamente, *Gaya* había estado jugando allí y, de algún modo, había conseguido encender una fogata. Para ello tal vez había pasado horas enteras frotando los palillos o, más probablemente, había cogido unas brasas del fuego donde ardían los rastrojos y desperdicios de los campos más próximos a la casa. Las cenizas de su falso fuego vestal, frías a estas alturas, por supuesto, formaban un visible círculo. Eran muy diferentes de los grandes montones de césped recortado y rastrillado y, si alguien me las hubiera enseñado el día anterior, habría seguido el rastro de la niña inmediatamente.

Distinguí una jarra de cocina, volcada de costado.

Nux corrió hasta ella, la olfateó, siguió adelante a toda velocidad y se tumbó con el morro entre las patas, entre frenéticos gañidos.

—Bien hecho, *Nux*; ya voy...

Imagué lo que había sucedido. Unas manitas habían retirado una cortina de malas hierbas y habían dejado a la vista un viejo tramo de cuatro o cinco peldaños de piedra de escasa altura. Los helechos crecían en las grietas y un limo verde asomaba en los peldaños inferiores. Cualquiera que entendiera algo de fuentes se daría cuenta de que aquello había sido en otro tiempo un manantial, aunque debía de quedar a una distancia poco conveniente de la casa. Incluso una chiquilla de seis añitos, si era despierta y capaz, identificaría lo que había descubierto; luego, como tenía prohibido molestar al personal de las dependencias de la cocina, tal vez había probado a llenar allí su jarra. Los peldaños conducían al murete del brocal de un pozo. Al quedar fuera de uso, debieron de cubrirlo con tablones que, con el paso de los años, habían empezado a descomponerse. Así, cuando *Gaya* intentó moverlos o caminar sobre ellos, algunos tablones cedieron y cayeron al fondo. *Gaya* debía de haber caído con ellos.

Me arrodillé en el borde, me asomé demasiado y un brusco desprendimiento de piedras me asustó; el borde estaba desmoronándose peligrosamente y en el fondo no

distinguí más que la oscuridad. Llamé a la niña. Silencio. Gaya se había ahogado o se había matado en la caída. *Nux* dio rienda suelta a una nueva serie de ladridos, mezclada con una terrible sarta de aullidos. Agarré a la perra, la retuve y noté su respiración, tan jadeante y acelerada como la mía bajo su cálida caja torácica. Mi corazón estaba a punto de estallar.

—¡Gaya! —volví a gritar, y el pozo me devolvió el eco de mi propia voz.

Y entonces, desde la oscuridad impenetrable, me respondió un débil gemido.

LVI

Todavía estaba pensando en cómo conseguir ayuda cuando una voz pronunció mi nombre en las cercanías del pozo.

—¡Aulo! ¡Por aquí..., de prisa!

Mi nuevo socio quizá fuera un arisco y malcriado hijo de senador, pero sabía seguir de cerca el trabajo más urgente que tenía entre manos. A solas entre la multitud que llenaba el atrium, se había dignado seguirme. Lo oí echar mil maldiciones mientras venía hacia mí entre los matorrales, desgarrándose la túnica que vestía o haciéndose rasguños en la piel con las espinas.

—Despacio —le advertí en voz baja. Luego me volví hacia el pozo y grité—: ¡Gaya! ¡No te muevas! Ya estamos aquí.

Eliano había llegado a mi lado y se hizo cargo de la situación rápidamente. Señaló hacia abajo con el índice en un gesto que venía a preguntar si era allí donde estaba la pequeña; después hizo una mueca en silencio.

—Necesitamos ayuda —dije con un gruñido—. Necesitamos a Petronio Longo. Sólo los vigiles están preparados para algo así. Quiero que vayas a buscarlo. Yo me quedaré con la niña e intentaré calmarla. Cuéntale la situación a Petronio... —Me asomé al hueco para examinarlo—. Dile que el pozo parece profundo, que se oye a la niña como si estuviera muy abajo y que está viva, pero muy débil. Supongo que lleva ahí abajo más de dos días. Habrá que bajar a buscarla y este pozo parece la boca de un lobo.

—¿Será muy difícil? —dijo Eliano en una interpretación escrupulosa de mis palabras.

—Sobre todo necesitamos cuerdas, pero también todo el equipo útil que los vigiles puedan traer consigo.

—Y luces —apuntó él.

—Sí. Pero, sobre todo, necesitamos todo eso enseguida.

—Es cierto —Eliano inició la retirada.

—Eliano, escucha: quiero que vayas personalmente. No dejes que te detengan en la puerta.

—No voy a ir por ahí —respondió—. Ayúdame a subir y saltaré el muro. De este modo alcanzaré enseguida la calle directamente, sin que nadie me vea.

—Buena idea. Estamos muy cerca del cuartel de la IV cohorte. —Empecé a indicarle el camino mientras, con mi ayuda, se encaramaba sobre el elevado muro que cerraba la finca. No era ningún peso ligero; la próxima vez que escogiera un socio, me decidiría por uno delgado con más hambre que un maestro de escuela.

—¡Por Júpiter, Falco! A lo que parece, este trabajo tuyo consiste por completo en entrar y salir de sitios escalando muros... —Tras algunos gruñidos y quejas, Eliano

saltó. Le oí caer pesadamente al otro lado y, al instante, capté sus pisadas cuando se alejaba. Desde luego, estaba en forma. Debía de hacer ejercicio en alguna parte, en algún gimnasio para ricos con una cuota de inscripción muy elevada y con un instructor físico que pareciera un dios griego embadurnado de aceite.

Debería haber sabido que otra persona no se perdería en una crisis como aquella. El siguiente en aparecer fue Anácrites. Le enseñé el plano, le aconsejé que no provocara el pánico y le pedí que volviera adentro y trajera unas antorchas.

—Y unas cuerdas, claro.

—Si puedes encontrarlas. Pero no esperes gran cosa porque el flamen dialis tiene prohibida la visión de cualquier objeto que indique unión. Pero pide a los albañiles que saquen todos los tablones de que dispongan que puedan utilizarse para soportes.

Anácrites fue a ocuparse del asunto. A veces se comportaba con sensatez. En un par de horas, quizá me encontrase una lámpara de aceite y un pedazo de cuerda.

Me senté junto al pozo y *Nux* aguardó a mi lado, impaciente; empecé a hablar con voz tranquilizadora a la invisible *Gaya*.

—No respondas, encanto. Sólo voy a hablarte para que sepas que estoy aquí. Ya han ido a buscar lo necesario para sacarte.

Empecé a preguntarme cómo lo haríamos. Cuantas más vueltas le daba a la situación, más difícil me parecía.

Oí la voz de *Petronio Longo* al otro lado del muro instantes antes de que Anácrites volviera. Parecía haber transcurrido un siglo. Pronto los vigiles izaron unas escaleras. Anácrites les dirigió unos gritos y acudió a mi lado. Estábamos en el último peldaño, unos tres palmos por encima del nivel del suelo. El jefe de espías había traído un par de antorchas, que prendió enseguida, y un cabo corto de cuerda sucia que los albañiles habían utilizado para algún propósito sin interés. Sin reparar en nada, até una de las antorchas al extremo de la cuerda e intenté bajarla por el pozo. Para ello tuve que ponerme de pie e inclinarme hacia delante sobre el hueco. Anácrites se quedó tendido a mi lado, con la mirada en el légamo de los escalones.

—El muro interior se encuentra en mal estado. Continúa —animó a los vigiles. La luz parpadeante sólo dejó a la vista una pequeña zona del pozo. Cuando la cuerda quedó totalmente desenrollada, seguía sin verse a *Gaya*—. No hay buenas noticias —me murmuró Anácrites en voz baja. Volvió a incorporarse hasta quedar sentado allí, donde permaneció sin moverse con la túnica manchada de barro, dispuesto para otro intento. Mi madre le echaría una buena bronca cuando volviera a casa. De todos modos, Anácrites podía decir que había estado fuera con el pícaro de su hijo.

Petronio apareció detrás de mí, casi en silencio. No saludó a nadie, ni bromeó. Anduvo hasta el otro extremo y nos miró con aire de suficiencia. Luego emitió un silbido muy bajo, casi para sí mismo. Por último, se levantó, permaneció quieto y valoró la situación. Algunos de sus hombres formaron tras él. También apareció

Eliano, que me pasó más cuerda, la cual até a su vez a la que llevaba sujeta la antorcha. Luego continué bajándola despacio, ante la mirada de los demás.

—Quieto ahí —ordenó Anácritos, tumbado en el suelo otra vez, boca abajo.

Me detuve. Anácritos se acercó más al pozo y se asomó hasta donde le resultó posible. Petronio murmuró una advertencia. Eliano se agachó, dispuesto para agarrar por el cinto a Anácritos si éste resbalaba. Anácritos se movió, tendido sobre el brocal. Estúpidamente, tal vez, alargó la mano y se sostuvo contra la pared del pozo.

—Ve algo. —Solté un par de dedos de cuerda—. Alto. Vas a darle...

—Pásala por este lado —indicó Petronio. Tiré de la cuerda ligeramente y me incliné para darle el extremo libre, mientras agarraba la parte tensa con la otra mano. Cuando Petronio la tuvo bien asida, solté poco a poco y con suavidad.

—¡Eh, espera! ¡Se balancea de mala manera! A la derecha. Suelta un poco más. Sí, ahí está la niña. No se mueve. El entablado se ha encajado ahí abajo y la pequeña está colgada de él.

—Muy bien, Gaya, ¡ya te vemos!

—¡Maldita sea! Demasiado tarde. La antorcha se ha apagado.

Anácritos abandonó su posición, suspendido en el hueco, y lo ayudamos a retirarse. Se puso de pie, muy pálido, nos miró y sacudió la cabeza.

—Es un milagro que quedara colgada ahí... y que haya conseguido mantenerse donde está. Un movimiento en falso y todo eso hubiera caído aún más abajo. No se alcanza a ver el fondo del pozo...

Petronio cobró vida:

—Hemos de intentarlo, ¿estamos? —De hecho, no esperó la respuesta. Iba a poner todo su empeño en el rescate, no importaba qué pensarán los demás—. Bien, muchachos; éste es un trabajo de portadores y de apuntalamiento —les dijo a sus hombres—. Pondremos puntos de anclaje para las cuerdas y la boca del pozo también precisará que se refuerce. No pienso enviar a nadie ahí abajo para ver cómo el héroe y la chica son barridos por las piedras y los restos que se desprenden del brocal. El tiempo que dediquemos a estabilizar la boca del pozo no será tiempo perdido.

El problema era un trabajo físico, logístico, de equipo. Era natural que los vigiles se encargaran de todo. Ellos tenían experiencia en alcanzar lugares inaccesibles rápidamente. Intervénían cuando se derrumbaba un edificio o cuando había un incendio. En una ocasión, yo trabajé en una mina, en Britania, pero sólo estuve picando en la superficie. E incluso allí, los expertos habían diseñado e instalado los puntales del entibado en los filones.

Desde el momento mismo en que Petronio apareció, se amontonaron allí también diversos materiales. Sus hombres se pusieron manos a la obra sin aspavientos: planificaron cómo abordar el trabajo, fueron a buscar más materiales fuera de la casa y mandaron a otros a buscar los restantes. Anácritos, que se había nombrado a sí

mismo legado encargado de la iluminación, dijo que se iba a buscar las codiciadas linternas. Aquello lo mantendría fuera durante un rato. Empecé a medir la longitud de las cuerdas que habían traído los vigiles y a comprobar su fuerza. Eliano observó y, luego, me ayudó.

—¡Una lona! —exclamó uno de los vigiles—. Es más rápido que el maderamen para forrar el brocal.

—¿Tenemos? —preguntó Petronio, bastante serio, a mi entender.

—En las tiendas. Será fácil conseguirla en tanto vamos colocando vigas en el brocal.

—Si no, limitaos a traer esteras de esparto —resolvió Petronio. Siempre había sido receptivo a las ideas de los otros y rápido en adaptarse—. En cualquier caso, sólo tenemos tiempo para cubrir los primeros palmos. De todos modos, no podemos arriesgarnos a tocar demasiado material suelto, no vaya a caer sobre la niña.

De vez en cuando alguien llamaba la atención y se hacía el silencio. Uno de nosotros se colocaba sobre el pozo y dirigía unas palabras de ánimo a Gaya. La chiquilla había dejado de responder.

Cuando Anácrites volvió, oí con él unas voces femeninas. Mala noticia. Se había visto obligado a llevar con él a Cecilia Paeta, que exigía ver dónde estaba su hija. Con ella venía Terencia y la niñera, Atiné. Sin que fuera necesario dar órdenes, los vigiles que no participaban en la tarea inmediata de construir una plataforma apuntalada sobre el pozo se dispusieron en un discreto cordón de seguridad para mantener a distancia a las visitantes. Los vigiles estaban habituados a quitar de en medio a los mirones. Su respuesta podía ser brutal aunque, cuando lo requería la ocasión, podían proteger su punto de interés con un tacto sorprendente.

Me acerqué a las mujeres.

—Está bien. Cecilia Paeta es muy sensata. —Por una vez, el truco dio resultado. Cecilia, que había dado muestras de creciente histeria, decidió apaciguarse—. Escucha, te llevaré cerca y podrás hablar con Gaya y decirle que mamá está aquí. Procura aparentar tranquilidad e intenta animarla pero, sobre todo, que mantenga la calma. No debe agitarse, no vaya a moverse y...

Cecilia recuperó la compostura y asintió. Su esposo acababa de ser acusado de asesinato; su cuñada, loca de atar, no tenía remedio; estaba atrapada en casa de un suegro tiránico, e incluso Terencia, la otra fuerza de su existencia, era una engreída. Gaya Laelia era lo único que la pobre mujer tenía para consolarse. No podía culparla si perdía la calma y se echaba a llorar y a gemir, pero no podía arriesgarme a permitir que lo hiciera.

La mantuve asida con fuerza. Los hombres hicieron una pausa, aunque estaba claro que no les agradaba que los detuvieran. Cecilia se quedó donde yo le indiqué, un lugar desde el cual podía ver poco del pozo en realidad. Observé en ella un ligero

temblor. Tal vez tenía más imaginación de la que yo le había supuesto. Pronunció el nombre de Gaya. Tras un débil intento, volvió a probarlo con voz más alta y más firme.

—Estoy aquí mismo, cariño. Estos hombres tan buenos te sacarán de ahí muy pronto.

Se obligó a mantener la voz firme aunque las lágrimas le corrían por el rostro. Por fin quedaban borradas las exaltaciones de los derechos de nacimiento y las vocaciones religiosas. Por una vez, teníamos ante nosotros a una madre de carne y hueso que temía por la vida de su hijita de carne y hueso. Si, gracias a algún milagro, conseguíamos rescatar con vida a la niña, las cosas podían ir mejor para las dos en el futuro.

Uno de los hombres situados junto al brocal levantó el brazo para llamar nuestra atención.

—¡La he oído! ¡Quieta, pequeña! Ya llegamos. ¡Tú quédate quieta!

El hombre y sus colegas retomaron el trabajo de inmediato.

Cecilia Paeta se volvió hacia mí. Su mirada transmitía que entendía lo escasísimas que eran nuestras oportunidades de recuperar a Gaya sana y salva. Demasiado horrorizada como para pedir mi opinión, permaneció muda. Habría preferido verla gemir y retorcerse. La valentía silenciosa era difícil de encajar. La conduje de nuevo junto a Terencia.

—Id a casa. Esto llevará algún tiempo. Hemos de tener mucho cuidado, ya ves por qué. Te informaremos si sucede algo.

—No —respondió Cecilia. Se cruzó de brazos, se arrebujó bajo la estola y se quedó plantada—. Me quedaré cerca de Gaya.

Incluso Terencia se sorprendió ante tan inesperada determinación.

Me quedé con ellas un momento.

—¿Todo anda bien en la casa, ahora?

—Mis sobrinos están sedados y puestos bajo custodia —me informó Terencia sin alzar la voz—. Ariminio se ha vendado la herida y el doctor espera por si se vuelve a necesitar su intervención.

—¿Y el anciano? ¿No le ha dado un síncope?

—Como de costumbre, Laelio Numentino consiguió recuperarse tan pronto como pasó la crisis —respondió Terencia con aspereza.

—Veo que lo tienes todo controlado...

—Pero tú tendrás que hacer lo necesario aquí —comentó la ex vestal y señaló el pozo con un gesto de cabeza, en un suave reconocimiento de que no era competente en todo.

Dejé a las mujeres y volví con mis colegas.

Encima del brocal del pozo se había instalado una plataforma improvisada. Desde

allí podíamos trabajar seguros. No cedería. Las botas se agarrarían a la madera. Se había organizado un armazón de recias vigas que actuaran de soporte de las cuerdas. Y otros las llevaron y las tejieron a través de los bordes de las esteras de esparto, ese áspero vegetal que utilizaban los vigiles para apagar los fuegos. Tales esteras habían sido colgadas del revés dentro del pozo, donde los laterales eran más inestables y donde iba a haber más contratiempos una vez empezase la operación de rescate.

Noté que los miembros de la IV cohorte entraban en creciente número. Aquél era el gran asunto del momento. Los hombres duros tienen corazones notablemente tiernos cuando andan por medio niños pequeños. Todos los vigiles recién llegados se mantuvieron a distancia, silenciosos, con la paciencia de quienes entendían lo que estaban viendo y sabían que el pronóstico no era bueno.

Se había montado un armazón con correajes de cuerda. Petronio, que se había mantenido aparte mientras sus expertos montaban el artilugio, tomó el mando a partir de ese momento. Él se encargaría de supervisar el descenso. Yo sabía que, de haber podido, habría bajado él mismo. Todos lo miramos.

—Soy demasiado grueso —dijo. El comentario era una llamada a que se presentara algún voluntario.

Hasta entonces, yo había sido un observador silencioso, pero en esta ocasión di un paso adelante.

—Iré yo.

—Esto es asunto nuestro, Falco.

—Esto es asunto para un idiota —respondí—. Para alguien duro, pero no demasiado voluminoso ni demasiado pesado.

—¿Te sientes capaz?

—Sí. —Además, tenía cierta deuda con Gaya. Le di una palmadita en el brazo y añadí—: Pero me gustaría saber que tú te encargas de una de las cuerdas.

—Desde luego. —Lucio Petronio me ofreció el arnés, pero antes dijo—: Hay algo en lo que tal vez no hayas pensado...

—No, no, ya sé de qué se trata —repliqué con un suspiro—. El pozo es demasiado estrecho y, en cualquier caso, los tablones en los que se sostiene la niña bloquean el hueco. Es imposible que me descuelgue por debajo de ella. Para tener alguna posibilidad de cogerla cuando esté suficientemente cerca, tengo que descender boca abajo.

—¡Muy perspicaz! —Petronio empezó a sujetar las cuerdas en torno a mis tobillos—. Bien, Marco, viejo amigo, espero que lleves un taparrabos o ya puedes prepararte para oír unas cuantas bromas obscenas, cuando te pongamos del revés sobre la boca del pozo.

—¡Dioses benditos! Envía a uno de tus hombres para que la ex vestal se aleje un poco más. No he llevado taparrabos desde que cumplí un año.

Sujeté la túnica entre las piernas lo mejor que pude y recogí las puntas, metiéndolas bajo el cíngulo. Pensé en asegurarlas con alfileres pero no me sedujo gran cosa la idea de colocar un toско imperdible en aquella zona tan sensible.

—Perfecto —dijo Petronio muy tranquilo. Yo lo había tratado con ese mismo estado de ánimo en otras ocasiones; por fuera, daba la impresión de hacer caso omiso de la dificultad de la situación, pero yo confiaba en él—. He aquí el plan. Primero, bajamos el candil para que tengas luz mientras descienes. No será mucha, pero una antorcha lo más probable es que te quemara. El aire puede estar enrarecido y es mejor que no añadamos más humo. Creemos que tres cuerdas serán suficientes para sujetarte. La tercera irá fijada al arnés y enrollada a tu cintura como recurso de emergencia. Ésta se mantendrá floja. Todas las cuerdas estarán aseguradas. Tenemos un montón de hombres que tirarán de los extremos sueltos. —Me sujetó por ambos hombros y me miró fijamente—: Estarás seguro. Confía en mí.

—¿No es eso lo que les dices a todas esas novias tuyas?

—Deja de jugar. Intentaremos no dejarte caer.

—Será mejor así —repliqué—. Si lo hacéis, tendrás que darle explicaciones a Helena...

—En ese caso, creo que saltaré al maldito pozo de cabeza detrás de ti.

—Siempre tan buen camarada...

—Tendrás las manos libres, pero al principio déjanos a nosotros el trabajo. Guarda las fuerzas para cuando llegues hasta la niña. Para entonces la sangre se te agolpará en la cabeza. Límitate a agarrarla, da un grito para que lo sepamos y, luego, resiste y basta.

Eliano se adelantó y pidió ser uno de los que dirigieran el descenso de las cuerdas. Anácrites pidió conducir la otra. Bien, bien. Trata siempre bien a tus socios. Un día puedes encontrarte suspendido boca abajo sobre un agujero sin fondo, con tres de tus amistosos colegas sujetando las cuerdas y controlando tu destino.

LVII

Siempre he odiado los pozos.

La parte peor era que primero tenían que situarte. Cabeza arriba habría podido introducirme en el agujero y bajar paulatinamente por él. Con la cabeza abajo, se supone que hay momentos en que se está colgado en el vacío. Si no hubiera coleccionado pesadillas suficientes a lo largo de los años, ésa habría sido la que me habría hecho gritar en mis sueños durante mucho tiempo.

Hicieron lo que pudieron para meterme dentro sin problemas. Después de empujarme más allá de las primeras vigas, cuando sentí que me faltaban las manos que me ayudaban y mi peso tensaba las cuerdas que me ataban por los tobillos, llegó un momento tan difícil que me balanceé descontroladamente. Habría gritado de terror, pero estaba demasiado ocupado intentando no rozar la pared. Oí ruidos desesperados arriba y, por fin, recuperaron el control. Yo tenía los brazos para protegerme el cuerpo y controlar los movimientos laterales. Intenté separar los pies todo el tiempo, olvidando que cargaban el peso del cuerpo. Así, el descenso era más suave pero, si me soltaban inesperadamente, me causaría terribles rasguños en las manos. Solté una maldición para mis adentros. Para aquella parte del trabajo, habríamos necesitado estibadores. Tal como iban las cosas, estaba a punto de descubrir cómo se siente un saco que, por descuido, se rompe y cae al muelle.

Enderezaron la dirección. Di gracias a los dioses por ello. Iban cogiendo el tranquilo. Tal vez yo también estaba aprendiendo. Aprendiendo a confiar en ellos, aunque francamente, en esa posición, uno nunca llega a confiar del todo.

En adelante, el descenso se fue realizando despacio.

Pese a la luz que me precedía en el descenso, el hueco estaba oscuro como boca de lobo. Me sentí como una cabra atada, pero sin el apoyo de un poste fijo. Petronio tenía razón. La sangre se me había retirado de las piernas y los pies. Tenía muchísimo calor, las orejas me silbaban, los ojos estaban sometidos a una máxima tensión, tenía los brazos hinchados y notaba que las manos se me hacían enormes. Los regueros de sudor que corrían por el pecho bajo la túnica me llegaban a la cara y me goteaban en los ojos.

Mirar hacia abajo era difícil. Mantuve la cabeza erguida a excepción de unos ocasionales intentos para ver si estaba cerca de la niña.

Era como si las cuerdas se estiraran. Mejor no pensar en ello. Intenté no pensar en nada.

Estaba ya tan abajo que los de arriba no podían controlarme. Con frecuencia me rozaba contra los lados y utilicé las manos lo mejor que pude, pero eso hacía que se cayeran piedras al fondo. Las paredes del pozo eran húmedas y, en ocasiones, mis manos resbalaban en la pared resbaladiza.

Si Gaya hacía algún ruido, yo estaba demasiado ocupado para oírlo.

Dejaron de bajarme. Estaba atrapado. Fui presa del pánico a pesar de que allí, colgado en el vacío, intenté mantener la calma y estar quieto.

—¡Falco! —Era Petronio—. Si puedes gritar, di «arriba» o «abajo». —Su voz se oía apagada y, sin embargo, resonaba como un eco a mi alrededor. Mi ansiedad aumentó. Enseguida estaría tan asustado que no podría hacer nada.

—¡Abajo! —No ocurrió nada. No me habían oído. Al cabo de unos instantes, soltaron más cuerda. Gracias, chicos. Si hubiera gritado «arriba», ¿lo habrían oído?

De repente, me pareció oír un gemido y por fin vi el débil brillo de una luz. Supe que habían conseguido situar la lámpara frente a Gaya. Eché la cabeza hacia atrás y me golpeé contra algo. ¡Por todos los dioses! ¡Las tablas!

Alargué la mano a ciegas y encontré algo. Lo agarré y era una tela. Tiré de ella, noté peso y me llevé un golpe en el ojo, pero no la solté.

Oí fuertes ruidos a mi alrededor. Había caído exactamente contra las tablas, que se habían soltado y se desplomaban por el agujero. Por un momento, me pareció caer con ellas. Más abajo, el hondo agujero estaba lleno de barro y de trozos de madera. Sonó un atronador ruido y creí escuchar un chapoteo. Oí unos débiles gritos cuya procedencia no pude localizar y, como era de temer, se apagó la luz.

Todo quedó en silencio y yo dejé de girar sobre mí mismo. Probablemente, Petronio y los demás debieron de intentar ayudarme para que me quedara quieto, pues sentí que me tiraban de la pierna izquierda desde la cadera. El arnés se me clavaba en los hombros y en la cintura con mucha fuerza, por lo que debían de estar utilizando la cuerda de seguridad. Yo sufría lo indecible pero, en esos instantes, tenía el peso de una niña contra el pecho. Sus cabellos me habían rozado la mejilla. Me agarré deprisa a sus ropas, forzando las manos hacia dentro para estrecharla contra mí al tiempo que separaba los codos para protegerla y que no se aplastara contra las accidentadas paredes del pozo.

—¡Arriba! ¡Arriba!

Si el descenso fue horrible, la subida fue aún peor. Fueron los minutos más largos que haya vivido nunca. Los chicos tuvieron que tirar con toda la fuerza posible y debieron de alzarme lo más deprisa que se atrevían, pero a mí me pareció interminable. No podía mantener el equilibrio y varias veces me golpeé con las piedras de los lados.

—¡Parad!

La niña se había movido y se me escapaba.

Mientras resbalaba, conseguí agarrarla de nuevo pero estaba mucho más abajo, sujeta a mi cuello, no a mi pecho. Me resultaba imposible moverla. En cualquier momento la perdería. No me atrevía a agarrarla mejor por miedo a que se soltara de nuevo. La cogí con fuerza y cuando me pasó por delante de la cara su vestido, clavé

los dientes en él.

Ya no podía gritar. Los demás decidieron tirar de mí otra vez.

Oí a Petronio que, desde arriba pero ya más cerca, me daba ánimos y me tranquilizaba aunque sus palabras sonaban tensas. Tal vez ya me veía, pero era como si quisiera calmar a la niña. Podría haber hecho lo mismo conmigo. Concentré mi atención en su voz y esperé la muerte o el rescate. Cualquier cosa era posible, cualquiera sería un alivio.

Cuando unas manos me agarraron por los tobillos, di un salto tan grande que casi lo eché todo a rodar. De repente, me balanceé tan deprisa que habría perdido a Gaya de no ser porque los otros ya la habían cogido. Recuerdo que abrí la boca y noté que unas manos me agarraban por todo el cuerpo para que no cayera otra vez al pozo.

Ya debía de estar a salvo porque oí que Petronio murmuraba:

—¡Vaya luna llena más hinchada!

Sí, lo peor ya había pasado. En aquellos instantes era mí túnica lo que me torturaba ya que se había soltado y había dejado al descubierto mi cuerpo de cintura para abajo al tiempo que me sofocaba.

Las bromas y los chistes gruesos surgieron enseguida.

—¿Y todo este lío para esto? Tengo que decir que muchas mujeres han sido muy fieles...

—Cuando uno pasa por un trago como éste, seguro que se encoge un poco.

No me importó. Me habían sacado. Aquellos hijos de puta que me insultaban eran fuertes y magníficos. Me desplomé como un saco, me cogieron, me alzaron de lado y me depositaron cuidadosamente en el suelo. El aire me azotó el rostro. El brillante sol de junio me cegó. Las cuerdas se aflojaron. El dolor se hizo más intenso mientras la sangre volvía más deprisa a sus canales habituales. Oí que *Nux* ladraba como una histérica. Debió de escapar de quien la sujetaba porque, al instante, una lengua caliente me lamió la cara con pasión.

Miré frenéticamente a ambos lados y sí, vislumbré a la niña. Estaba pálida como la cera, llevaba la ropa sucia y tenía los cabellos enmarañados. Los vigiles le daban masajes en los brazos y las piernas con vigor y luego la envolvieron en una manta. Uno de ellos la tomó en brazos y salió corriendo hacia la casa. Así que pensaban que estaba viva...

Me habían tumbado de lado y alguien me daba un enérgico masaje en las espinillas y las pantorrillas. De repente, fui consciente de mi dolor. Tenía tanto frío que, de cintura para abajo, había perdido toda sensibilidad. Volvía a tener libres los pies y estaban quitándome las botas para curarme los grandes moratones provocados por las cuerdas.

Pude descansar y dejé de tener miedo. Mientras recuperaba el aliento, mi cerebro dejó de temer que fuese a estallar.

—Gaya...

—Está viva. La han llevado al médico. Buen trabajo.

Cerré los ojos y, paulatinamente, el mundo volvió a parecerme normal.

—¿Quieres algo, Falco?

—Paz. Mérito entre mis iguales. Moderación de los dioses. El amor de una buena mujer, de una mujer en concreto, por cierto. Que los Azules machaquen a los Verdes y los manden al Hades. Un cochinillo asado con romero y piñones y una jarra grande de vino tinto.

Quería que uno u otro me dijeran que pedía demasiado, pero también debían de estar destrozados.

—Estoy seguro de que podremos prepararte el cochinillo —se ofreció Eliano tras un instante de silencio. Su voz sonó cansada y distante.

—Y traerte el vino —dijo Petronio en tono interesado.

—También podríamos traerle a esa mujer —terció Anácrites, más amable de lo que en él era habitual—. Suponiendo que quiera venir.

Me tumbé boca arriba y los miré a los tres. Estaban todos sentados en la hierba, a mi alrededor. Pese a sus bromas, se les veía exhaustos. Las manos con las que habían tirado de la cuerda estaban al rojo vivo, flácidas sobre sus rodillas. Tenían la cabeza hundida de cansancio. Sus rostros tenían el aspecto fatigado y consumido de los hombres que han estado demasiado cerca de la muerte de otro ser humano. Me devolvieron la mirada, incapaces de otra cosa.

—Gracias, socios —dije con ternura—. Me alegro de que no me dejerais ahí abajo. No habría querido ser un peso en vuestras conciencias.

—De nada —respondió uno de ellos, sonriendo.

Ni siquiera recuerdo cuál de los tres fue.

FIN



LINDSEY DAVIS, nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura inglesa en Oxford, aunque como la arqueología le había fascinado siempre, estuvo a punto de estudiar historia. Una de sus novelas románticas fue finalista en 1985 del Premio Georgette Heyer, lo que le animó a desechar cualquier posibilidad de buscar un trabajo más convencional y apostar todo para convertirse en escritora. Le llevó tres años. Sobrevivió gracias al programa gubernamental de subsidios para los emprendedores. Fue cocinera de una empresa de asesores fiscales. Le sigue divirtiéndose mucho investigar, documentarse y buscar el detalle histórico que aporta colorido a la ambientación de la época. Le divierten los rasgos de humor que se manifiestan en la Roma imperial del Siglo I d. C. y que aspira a transmitir al lector en sus novelas. Su más célebre creación es el investigador privado Marco Didio Falco, del que ya lleva escritas veinte novelas.